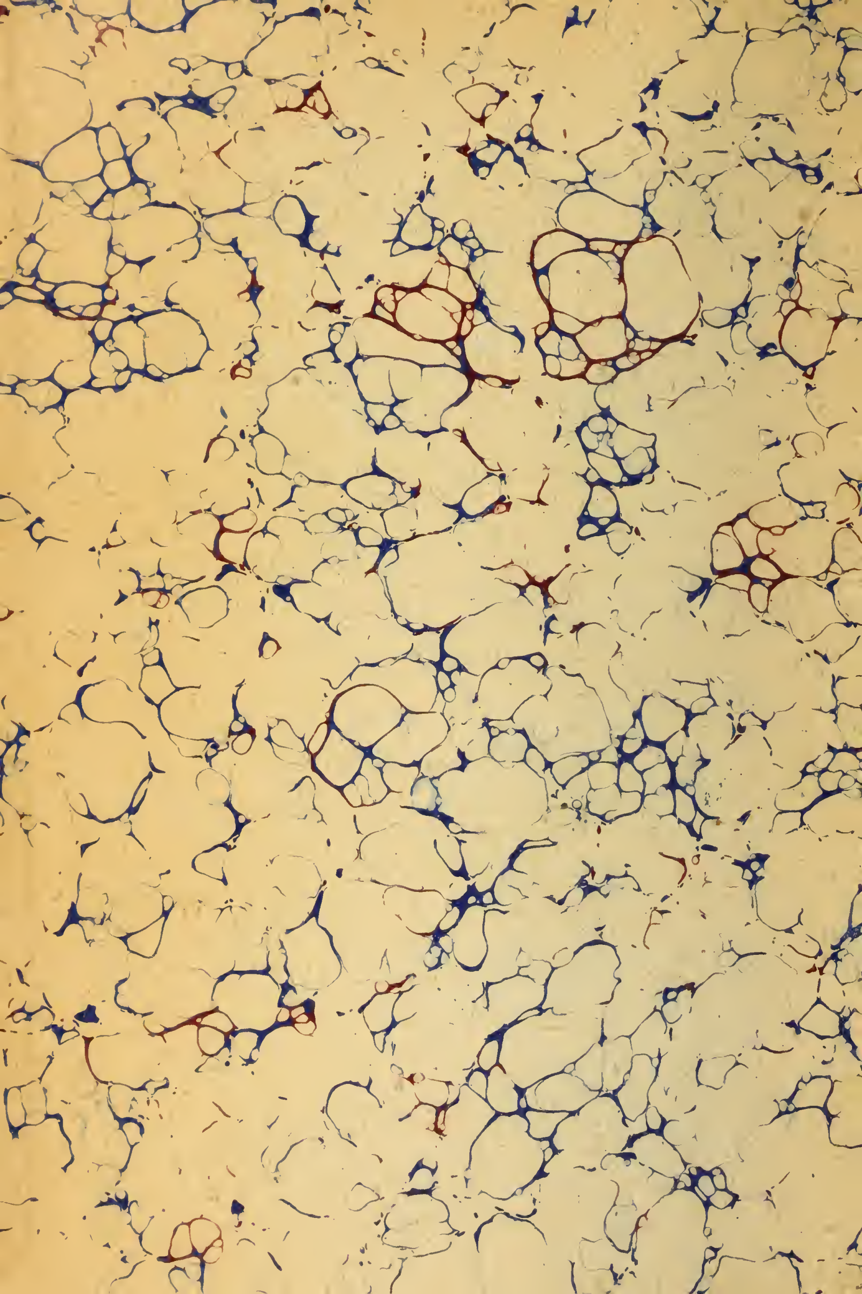
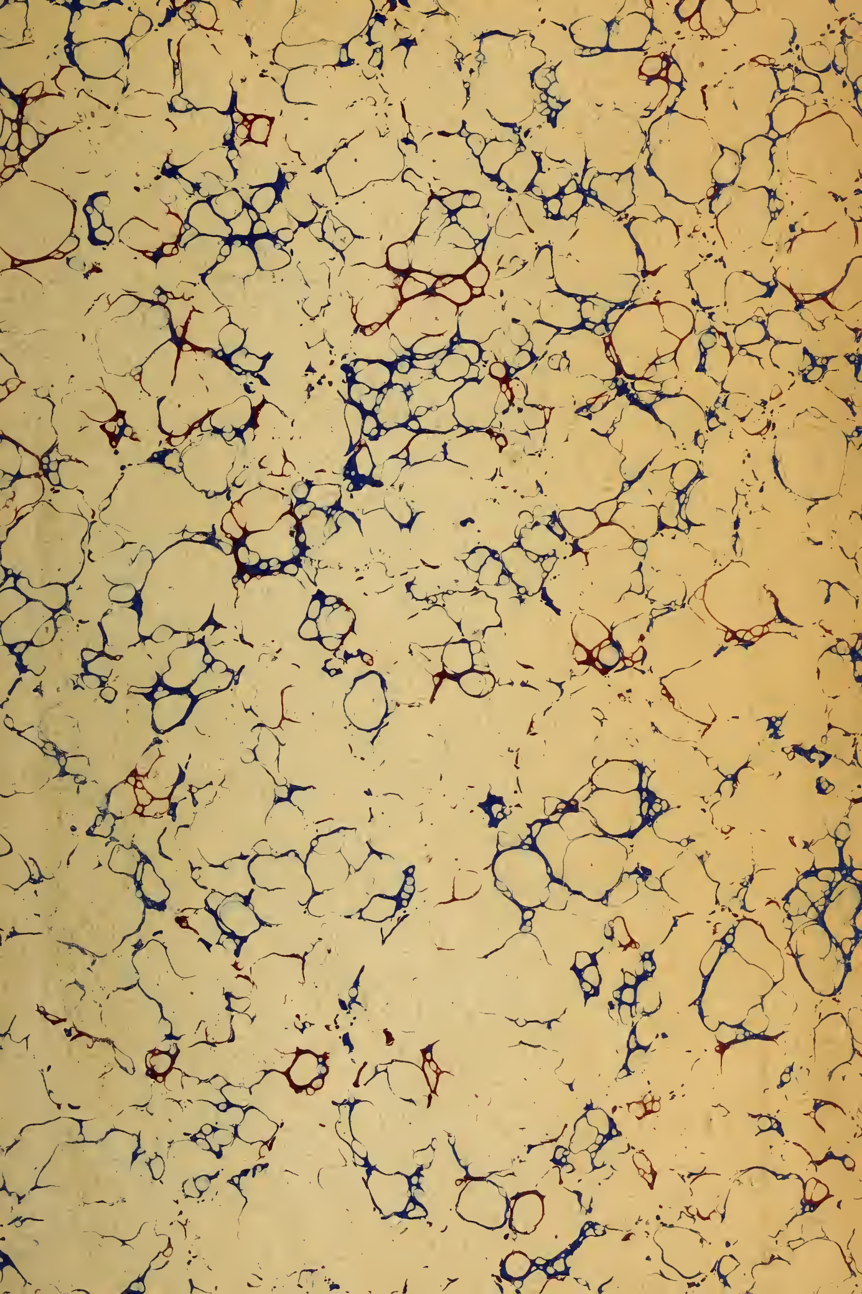






POESÍAS SELECTAS

DE

D. JUAN FRANCISCO LOPEZ DEL PLANO.

POESIAS SELECTAS

DE

D. Juan Francisco Lopez del Plano,

EN GRAN PARTE INÉDITAS

Y AHORA POR PRIMERA VEZ COLECCIONADAS

Y PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

POR

D. JERÓNIMO BORAO Y CLEMENTE.

PUBLICADAS POR LA

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL.



ZARAGOZA.
IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL.
1880.

La Comision encargada de la publicacion de esta Biblioteca en nombre de la Excelentísima Diputacion Provincial, dedica cariñoso homenaje de respeto á la memoria del eminente literato y distinguido aragonés el Excelentísimo Sr. D. Jerónimo Borao, cuya última obra fué el arreglo y prólogo de este libro, y se complace en consignar lo mucho que debieron á su talento las pátrias letras y esta modesta publicacion.

EL PRESIDENTE DE LA COMISION,
MARTIN VILLAR.

PRÓLOGO.

Este volúmen contiene la vida y juicio crítico de Plano y una coleccion selecta de sus poesías. Todo es aquí nuevo; pues ni del autor se habia escrito nada, ni de los versos que ahora se imprimen tenia nadie conocimiento.

Los curiosos (que siempre los hay, hasta en los pueblos poco literarios) pedian con instancia la exposicion de este poeta y de estas poesías; y ahora se les dá más de lo que ellos deseaban, á saber, una biografía llena de pormenores desconocidos y una série de composiciones todas inéditas.

Lo que al presente publicamos no se contenta con ser inédito: era hasta aquí tan no sabido, como que ni aun se sabia que existiese. Nuestra primera idea, cuando no habíamos descubierto más mundo, era la de dar en un volúmen todas las poesías sueltas de Plano, esto es, las impresas, difíciles hoy de reunir, y las inéditas que agregó á aquellas el magistrado

Crespo, creyendo que con esto ya tenia á Plano en el bolsillo; pero cuando la fortuna y la constancia se han dado en nosotros la mano, y el círculo de las obras de aquel poeta se nos ha ensanchado considerablemente, hemos tenido que cambiar el plan de operaciones. Todas las poesías ya no cabian en un tomo regular, que es lo que por ahora creemos que demandan la curiosidad aragonesa y la importancia del autor. En la inteligencia, pues, de haber de elegir materia para un volúmen, nos dedicamos á ese no del todo fácil trabajo; y por el procedimiento de eliminacion, al cual nosotros con frecuencia recurrimos, quedaron excluidas por el pronto las poesías de corto mérito, despues las incompletas, despues las que no podemos considerar sueltas á causa de su índole ó su demasiada extension, y finalmente, todas las impresas.

Prevemos las objeciones que sobre éstas últimas han de hacérsenos: se nos dirá que son casi tan recónditas ó tan difíciles de juntar como las inéditas; que, por lo mismo de haber sido un dia conocidas, son las que han llegado á nosotros, no en persona, pero sí con un renombre que estimula á desearlas; y que los honores mismos de la impresion presuponen en ellas mayor mérito, siendo muy justo que al presentar á Plano como poeta se le presente en las más favorables condiciones. Pero la verdad es que ni por los eruditos ni aun por los curiosos no iguala en importancia lo raro á lo desconocido, y además tenemos el gusto de decir á nuestros lectores que, en general, lo inédito que nosotros hemos elegido es superior en

mérito á lo impreso, y desde luego es mucho más autobiográfico, circunstancia que hoy tiene un gran valor como es notorio.

No entrarán pues en este volúmen ni el *Seno de Abraham*, ni la *Censura del Ocio,* ni la *Memoria de Galatea* ni otras que se verán citadas en nuestra *Vida de Plano*; pero si el presente volúmen, por donde, á nuestro juicio, el poeta se dá á conocer de cuerpo entero, dejase tan satisfechos á los aficionados, que les moviese á pedir á esta Biblioteca otras más obras del autor, no seremos sordos á esas nobles instancias, y para entónces ya nos encontrarán prevenidos y en disposicion de coleccionar lo impreso, añadir mucho inédito y hasta dar á luz, en tomo aparte, las obras dramáticas que nos parecieran más del caso.

Este prólogo no se ha escrito para usar cumplimientos con el lector, sino para hablarle lo puramente preciso en el asunto; y despachado éste, como creemos que ya lo está, sólo resta despedirnos cortesmente del público y conducirle libro adentro, para que, dado nuestro plan, nos juzgue al poeta y al editor, á aquel con el respeto que merece y á éste con la benignidad que necesita.

BIOGRAFÍA

DE

D. JUAN FRANCISCO LOPEZ DEL PLANO.

I.

INTRODUCCION.

Si pudo bastar en otros tiempos al paladar literario el saborear las obras reputadas como bellas, esto es, las que tenian de tales un carácter indeleble, ó las que, escritas á la moda, tenian la belleza actual, todavía más picante que la belleza eterna; hoy, no sólo apreciamos todo eso, y en mayor grado que nunca, sino que extendemos nuestro amor á todo aquello que en cualquier concepto puede interesar nuestra curiosidad inagotable. Y es que llevamos tan léjos el «*nihil alienum*», que, en donde quiera que hay una manifestacion del pensamiento, encontramos pié para sutiles reflexiones, hallamos cómo eslabonar unos conocimientos con otros, hacemos á unas ciencias tributarias de otras, y damos cariñosa acogida, á esto por lo antiguo, á lo otro por lo raro, á aque-

llo por lo personal, á esotro por lo desconocido, todo esto prescindiendo de lo que, por ser bello en sí mismo, nos complace, nos seduce, nos lisonjea, ó nos domina.

Decimos todo esto en son de disculpa anticipada y como en contestacion á los cargos que tal vez se nos dirijan por haber concedido al abogado y poeta D. Juan Francisco del Plano un lugar de los primeros en la Biblioteca aragonesa, y por consagrarle esta biografía tan extensa como es nuestro ánimo escribirla. Sus versos distan mucho, á la verdad, y no nos ciega en este punto nuestro amor aragonés ni el amor editorial, no ya de los que se hacian en el siglo de oro hasta Góngora inclusive, sino aun de los que se escribian hácia fines del siglo pasado por los poetas de primer órden, ya inficionados de algun prosaismo y de no se sabe qué desmayo ó atenuacion poética de que pocos acertaron á librarse. Pero lo inédito, pero lo curioso, pero lo solicitado, pero lo perteneciente á un hombre notable tiene por cada uno de estos conceptos un derecho incontestable de publicidad, que nosotros no podemos negar á del Plano sin caer en responsabilidad para con el público aragonés que nos lo pide y para nosotros mismos que le estimamos, si no como un gran poeta, como un escritor que ha de hacer no débil juego en nuestra historia literaria.

Además de estas razones ha habido otras, por decirlo así confluentes, que han acabado de determinarnos á concederle los honores en cierto modo reservados á lo antiguo ó á lo excelente, y son: las

omisiones y errores padecidos hasta aquí por cuantos de él se han ocupado; la pretericion un poco desdeñosa de su nombre y de sus obras en la importante coleccion de poetas del siglo XVIII hábilmente dirigida por el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto; la favorable coyuntura de haber venido á nuestras manos un Códice de poesías inéditas y más tarde un gran número de autógrafos; y, en fin, la no ménos feliz ocasion que ha dado para esta y otras análogas empresas el pensamiento de una BIBLIOTECA ARAGONESA planteada y sostenida por la Diputacion de Zaragoza.

Algo influyen tambien en un ánimo constante las dificultades mismas que en el camino se le interponen; las cuales, si á los apocados ó perezosos desaniman, á los testarudos ó temosos espolean. Porque ha de llevarse en cuenta, y esto tiene el aire de inverosímil, que á veces un asunto, al parecer fácil por ser moderno, se presenta con tales contradicciones y oscuridades, como si perteneciese á los tiempos prehistóricos; y esto acontece, en efecto, al tratar de Juan Francisco del Plano, de quien todo ó casi todo lo que hemos de decir ha de ser nuevo, pero de quien no se pudiera escribir esta todavía incompleta biografía, sin consultar, como nosotros durante más de un año lo hemos hecho, las noticias que de él nos dejaron Latassa en su *Biblioteca nueva* y Casamayor en sus inéditos *Años políticos é históricos*; los documentos y recuerdos de familia, muchas veces inseguros; los papeles de Estado que se custodian en el Archivo general central; los tratados de bibliografía; los libros parroquiales; los protocolos notariales; las indigestas

colecciones periodísticas de la época; los *Gestis* de la Universidad; los asientos de la Audiencia y del Colegio de Abogados; los apuntes diminutos que dejó el magistrado Crespo en el Códice que llegó á juntar de las poesías de aquel ingenio, y, en fin, las piezas sueltas que acá y allá se han podido conseguir, con perseverancia y con porfía, de los muy pocos aficionados que en Zaragoza guardan y comunican algo á los que se dedican á las letras.

Mas ya es hora de abandonar el terreno del exordio para entrar en el fondo de esta biografía, aunque sin renunciar por eso á las digresiones que se desprendan cómodamente del asunto, siempre que puedan ser útiles ó curiosas para el lector y que entendamos que éste puede agradecerlas.

II.

SU NACIMIENTO, SU FAMILIA Y SUS ESTUDIOS.

D. Juan Francisco del Plano nació en Zaragoza, segun nuestros cálculos, en 1758. No habiendo obtenido la fecha legal por los libros de parroquia, pues no aparece en los que ha estado en nuestra mano consultar, hemos tenido que recurrir á las reglas de buena crítica y éstas nos han dado un resultado satisfactorio. Latassa no marca fecha alguna: el Sr. Lopez

Bernués, que habia borrajeado para su uso unos apuntes biográficos de Plano con el fin de unirlos al Códice de poesías, de que él era poseedor, fijaba la de 1762 y apelaba, fuera de otros datos que de ello tuviera, á las noticias de su padre D. Rafael, presidente que fué de la Diputacion en 1840 y grande amigo de Plano: otro de los curiosos de Zaragoza nos comunicó la fecha de 1752. Ninguna de las dos nos pareció verosímil ni aceptable á primer exámen, porque, partiendo del dato evidente y oficial de la primera matrícula en Artes, el año 1771, era preciso que Plano hubiera empezado los estudios mayores á los nueve ó á los diez y nueve años de su edad, épocas las dos, la una visiblemente tardía y la otra demasiado prematura, si se tiene en cuenta que aquellos estudios exigian entónces préviamente los de latinidad. Llevados de esta idea, la vimos despues robustecida con la partida de defuncion, en que se consigna, que habia fallecido en 1808 de unos cuarenta y nueve años; y, prosiguiendo más en nuestras investigaciones, logramos encontrar en una *Epístola á Fabio* datada á 24 de Enero de 1785, estos versos:

«Ahora que ya los veintisiete espera
Mi edad, un dia de estos.»

Unidos estos datos, el año resultante es el de 1758, con el cual todo casa bien y encaja perfectamente la época de sus estudios y su muerte.

Desembarazados de este importante punto, digamos que Plano tuvo nobles ascendientes y no indignos colaterales y descendientes. No son muy aptas para genealogías las calendas en que hoy vivimos,

pero no ofende á nadie el llevar en la sangre algo de su propia y personal virtud. Plano parece que procedia de nobleza antigua venida de Alemania á tierra española con el emperador Cárlos V. (1) Acercándonos á nuestros tiempos, su abuelo D. Valero del Plano fué Procurador en la Audiencia de Zaragoza por gracia de Felipe V en 16 de Mayo de 1716; sus padres, medianamente acomodados, fueron D. Manuel y D.ª Teresa García, ambos infanzones, y aquel pintor de profesion, aunque muy humilde, segun hemos visto en papeles contemporáneos; su tio D. Valero Gualberto del Plano, ya más conocido, fué natural de Zaragoza, Bachiller en Derecho, poeta, Archivero de la Ciudad, y segun Latassa, hizo el *Diario noticiero* en 1764; el *Semanero curioso*, una *Descripcion del Canal* y un opúsculo manuscrito sobre el *Incendio del Teatro*, habiendo muerto de repente á la edad de sesenta años en el de 1787, hallándose paseando por el Arrabal, en donde vivia.

En cuanto á sus hermanos, tuvo tres: el uno suena como muy perito en el arte de la esgrima, en cuyo arte nos consta que fué tambien muy práctico nuestro poeta, aunque esto no lo sabian sus actuales descen-

(1) El poeta Plano decia que era de solar montañés. Sus armas adosadas á su retrato contemporáneo, eran un escudo cortado y en la parte superior partido, y estos tres cuarteles tenian, el primero cuatro estrellas plata sobre azul, el segundo una cruz roja sobre oro, y el tercero bandas horizontales azules sobre oro ó café. Algunas de estas noticias de familia se nos han comunicado por un nieto del Procurador y sobrino segundo del poeta, el aventajado artista D. Eduardo Lopez del Plano, pensionado en su juventud por la Diputacion de Zaragoza: redimimos nuestra deuda citando aquí su nombre.

dientes; el otro fué secretario de la Academia de Procuradores en 1785, habiendo solicitado, á los nueve años de práctica, la Procura que desde principios de siglo radicaba en su familia; el otro figura como pintor de historia que trabajó para el templo del Pilar, hizo algunos retratos, entre ellos el de su hermano el poeta, y dibujó la capilla del Cristo de La-Seo grabada por un D. Francisco Casanova, que vino á morir en Méjico el año 1778, siendo Director de su Casa de Moneda.

Pero debemos advertir á nuestros lectores que ese pintor no es, como creen sus actuales descendientes, el citado por Palomino y consignado en un apéndice al tratado de pintura de Jusepe Martinez: el que cita aquel escritor en el tomo de su *Museo Pictórico,* consagrado á las biografías es indudablemente más antiguo, aunque no tenemos dificultad en admitir que sea de la misma familia. Palomino le incluye en un artículo que, por ser breve y curioso, reproducimos íntegro:

«CCV. *De otros pintores célebres de la ciudad de »Zaragoza.*—En la ínclita ciudad de Zaragoza ha »habido otros pintores que, aunque su habilidad no »ha sido general, la han tenido muy particular en »algunas cosas: como en retratos Asensio, en flores »Polo, en países Pertús, en batallas Rabiella y en »arquitectura y ornamentos Francisco Plano que ase»guran no le hacian ventaja los célebres boloñeses »Colona y Miteli. Todos los cuales florecieron y aca»baron en el reinado del Señor Cárlos II y por los »dichos nombres son allí conocidos. Murieron por los »años de 1700.»

Este, salvo la fecha en que no podemos convenir con Palomino, debió de ser el Francisco Plano pintor y arquitecto natural de Daroca, cuyas fueron, si no estamos equivocados, las siguientes importantes obras de que se tiene poca noticia y que nosotros hemos recogido en varias fuentes, y vamos ahora á enumerar.

Diseño de la gran portada ó embocadura que ostentaba hasta hace poco la capilla de San Lorenzo en el templo del Pilar: *Cúpula al fresco* en la misma capilla que representa la subida á la Gloria y en donde hay una cornisa muy perpectiva, revelando toda la obra en su autor un artista inteligente: *Martirio de San Lorenzo* y *Presentacion de los pobres* como únicos tesoros de la Iglesia, grandes lienzos murales de bastante mérito y trabajados en sólos cinco meses el año 1718. Recibió por la primera de estas obras 20 libras jaquesas, por la segunda 212 y por la tercera 220, habiendo tomado parte en el dorado sus hijos Antonio y Ambrosio: escribió de esto con buen juicio nuestro amigo D. Mário de la Sala.—*Santiago matando moros*, gran lienzo al temple que llenaba el frente de la capilla de aquel nombre en el mismo templo, hoy baptisterio.—*Gran lienzo* en la de San Braulio, cuyo santo pintó Goya, cuya obra se halla hoy en Nuestra Señora del Portillo desde que la capilla de aquella advocacion se destinó á enterramiento del arzobispo D. Bernardo Francés.—*Muerte del Justo*, cuadro al óleo que, si amanerado y vulgar en las cabezas y con otros resabios de mal gusto de su tiempo, acusa cierto instinto y mano artística en algunos trozos como el de la Gloria, bosquejado en el

ángulo superior derecho: está en el Museo de Zaragoza, cuyo catálogo lo señala como de Plano.—*Sacristia* y pieza anterior de la iglesia del Portillo, decoradas al temple y obra suya, segun Zapater.—*Batalla de Clavijo* sobre el retablo mayor de la parroquial de Santiago en Daroca, patria del pintor.—*Túmulo* que se colocó en el Teatro Mayor de la Universidad de Zaragoza para los funerales de la reina cónyuge D.ª María Gabriela de Saboya en 1714, y que fué despues grabado por Juan Peña.

Pasemos ya, de la pintura, en donde nos ha detenido la aficion perdida que le hemos siempre tenido, á la poesía, en donde volveremos á entendernos, desembarazados ya de sus parientes, con nuestro Plano el jurisconsulto y literato.

Plano fué gran latino y, segun Latassa, fué tambien griego. (1) Hizo estos estudios de Humanidades en las Escuelas Pias, refugio general de la juventud en aquella y posteriores épocas, no solamente porque la enseñanza era gratuita, sino por el crédito que aquella casa tenia en puntos de lengua latina. Los medios auxiliares de que aquellos Padres se valian para grabar en la memoria sus lecciones, no eran á la verdad de los más dulces, y hoy parecen todavía más amargos desde que se enseñan todas las ciencias poco ménos que con objetos de juguetería; pero despues que uno habia olvidado los malos tratos y se encontraba con que no habia olvidado el latin y la

(1) Latassa tenia en esto razon: Plano escribió en verso un compendio de *Gramática griega* de que sólo resta algun fragmento.

mitología, se conformaba con haber vivido entre dos fuegos, entre la palmeta y el Arte escolapio.

Cursó la Filosofía en la Universidad de Zaragoza durante los años 1771 á 1773 y emprendió sin perder tiempo la carrera del Derecho, apareciendo primeramente como condiscípulo, y despues como discípulo del erudito escritor D. Inocencio Camon, el cual le apadrinó á 14 de Mayo de 1776 en el grado primero de Bachiller. Continuada su carrera, llegó á licenciarse; pero no á doctorarse, como afirma Latassa, y como expresa su partida de defuncion, pues por una parte no consta ese grado en los registros de la Universidad, y por otra le vemos firmar varias poesías impresas en 1797 en el *Diario de Zaragoza* con iniciales que responden á su Licenciatura solamente, y le vemos con ese sólo título en la portada de su *Gombela* impresa en 1800. En cuanto á su ingreso en el Colegio de abogados, aunque, segun se nos ha informado, su incorporacion aparece en 19 de Octubre de 1801, esto debe ser su reincorporacion despues de su destierro en Valladolid, en donde parece que ejerció; pues no se concibe que allá ejerciera ántes que acá, ni ménos que malograse en Zaragoza un gran jurisconsulto como él los casi veinte años que mediaron entre su licenciatura y su destierro.

De todas suertes él gozó una gran reputacion como jurisconsulto, y sabemos que Almalilla (1) y otros

(1) Fué notable por su ciencia y por el gracejo, á veces picante, que solia emplear aun en los más graves negocios: á él se atribuye el estribillo de *¿ Quién es ella?* que Breton de los Herreros parafraseó en su comedia de ese nombre. Fué doctor en 1777, y Alcalde constitucional de Zaragoza en 1820, falleciendo en 18 de Febrero de 1829.

abogados que honraron despues el foro aragonés tenian de él la más alta idea, habiendo influido acaso esta misma importancia que como letrado habia conseguido para estimarle en más de su propio mérito como literato. Él repetidas veces manifiesta que sus obras poéticas eran las de un aficionado que busca su propia diversion y no el agrado de los demás; y, en efecto, si bien escribió mucho y en todos los géneros conocidos, fué mucho tambien lo que conservó inédito.

III.

SU CARÁCTER MORAL Y LITERARIO.

Alternando con sus trabajos sérios, jugó por decirlo así, á las nueces con más frecuencia de la que al parecer permitia su profesion, esto es, disipó muchos ratos á vueltas con las musas. No le fueron estas del todo ingratas y él las trataba con llaneza; pero aquellas relaciones amorosas eran más juguetonas que profundas y se parecian á esos amoríos un poco descreidos ó someros que suele contraer el que gusta en general de todas las mujeres y las galantea fácilmente, pero con el ánimo de vivir y morir célibe. Plano, en efecto, cursó todos los géneros poéticos, el lírico, el épico, el didáctico, el trágico y el cómico; pero no se encariñó particularmente con ninguno, no

escribió de asiento alguna obra y no cuidó de levantar bastante el estilo (que bien pudiera), ni de limar sus obras para la posteridad.

Puede ser que ésta parezca á algunos buena ocasion para tratar de la *escuela aragonesa;* mas á nosotros nos pareceria simplemente un buen pretexto; y, aunque un poco amigos de las digresiones, no lo somos de las inconveniencias. Esa cuestion por otra parte nos arredra bastante, (1) porque somos algo duros, ó si se quiere algo torpes, para encontrar todos los caractéres necesarios á constituir una nueva escuela; y, miéntras fácilmente los reconocemos en la Pintura, apenas si discernimos sino la salmantina y la sevillana en la Poesía; pero, si nos obligaran á asomarnos un poco á esa materia, diriamos que, á nuestro parecer, hay en algunas comarcas, no precisamente una escuela propia, sino una mayor predisposicion en sus naturales á ciertas formas del arte y á ciertas

(1) No arredró á D. Braulio Foz, el cual en un periódico literario de Zaragoza publicó en 1840 dos artículos bajo el título de *Escuela poética aragonesa;* pero la verdad es que no penetró verdaderamente en la materia ni dijo en ella nada nuevo: despues en el tomo IV de la que podemos llamar su *Historia de Aragon* afirmó que los Argensolas «hallaron ya formada la escuela aragonesa, la cual se puede afirmar que nunca debió nada á otra.» El erudito catedrático Sr. Fernandez y Gonzalez trató de *La Crítica desde Luzan hasta nuestros dias* y, despues de honrar á Zaragoza concediéndola aparejo y disposicion para artes y letras, dice que allí, bajo los auspicios de los Argensolas, pareció echarse á principios del siglo XVII la simiente de una crítica razonada y séria apartada de las voluntariedades y caprichos del vulgo y que la escuela aragonesa tiene un clasicismo más latino que griego y marcadas tendencias filosóficas: tambien puede verse todo lo que con esto tenga relacion en la gran *Historia de la literatura española* de D. José Amador de los Rios.

maneras de expresion, en las cuales no son inventores ni exclusivos, sino más aficionados ó peritos. Sobre esta base, nos parece que en Aragon ha habido una natural tendencia á cultivar aquellos géneros poéticos que piden reflexion y estudio y que no están obligados á esa gran dósis poética, tan de nuestro personal agrado, que campea por ejemplo en los poetas andaluces. Por eso el género didáctico, tanto en la prosa como en el verso, y por su analogía los géneros satírico y descriptivo, ofrecen mejores modelos que la lírica pura en la literatura aragonesa. Recuérdense en comprobacion de ello los nombres de Pellicer y Garcés, el uno biógrafo y comentador de Cervantes, y el otro escritor analítico sobre el idioma castellano; recuérdese á Gracian, cuyo *Criticon* y aun otras de sus obras son de un gran precio, de un precio muy superior al en que son tasadas por la crítica; recuérdese al mismo Liñan, dotado de gran númen satírico; recuérdese á los Argensolas, felices en la sátira, la descriptiva y el soneto, y harto inferiores en los vuelos puramente líricos; recuérdense, aunque muy inferiores, á Mor de Fuentes y Príncipe, autor aquel de las *Estaciones* y éste de Fábulas (1); sirva de apoyo, en fin, el mismo D. Francisco del Plano, á quien vemos impulsado por la misma tendencia en su *Censura moral*, su *Epístola á Fabio*, su *Arte Poética*, sus *Reflexiones sobre el Hombre*, sus muchas *Sátiras*, y sus epigramas y sonetos.

(1) Acompañadas de una larga disertacion sobre el género y de una demasiado minuciosa *Métrica Castellana*.

En la *Epístola* que acabamos de citar el autor maneja una espada de dos filos: se defiende por una parte de las diatribas del escolapio Basilio Boggiero y sustenta por otra sus teorías poéticas, visiblemente inclinadas hácia la poesía llana, pero sustanciosa, de que llegó á formarse sistema por Iriarte y otros autores.

En su defensa no se extrema; pues léjos de sostener mérito alguno en sus versos, repite á cada paso que los escribe de primera intencion, que son distracciones de sus ocios ó sus penas, y que por nada del mundo consentiria en la pena de corregirlos como manda Horacio, porque no los escribe para el público ni para disputar premios en un certámen, sino para sólo su desahogo.

Pero él, que no toma apenas su propia defensa, ni se venga casi de Boggiero sino llamándole plagiario y diciéndole que al Parnaso tambien suben las aves de corto vuelo, porque de otro modo pocas pararian en la cima

«y tú, Fabio, saldrias el primero,
que en verdad no es tu voz de las mejores;»

en cambio rompe lanzas briosamente en favor de ese sistema poético que huye las ampulosidades de Góngora, que prefiere el fondo á la forma y que, sin estar falto de verdadero calor, se compendia en estos versos:

«Quiero decir que el fuego en la sentencia
y no en la voz hinchada brillar debe.»

Ya que el nombre de Boggiero ha venido por sí propio á nuestra pluma, como émulo y aun enemigo

de Plano, á pesar de ser éste un hijo ilustre de la Escuela Pia en que era aquel profesor, diremos que los dos eran de todo en todo opuestos en cuanto á su manera de escribir; pues, miéntras Plano se abandonaba á su facilidad, emprendía todos los géneros y generalmente no curaba de leerse á sí mismo ni ménos de rectificarse, (1) Boggiero escribía á moco de candil y no avanzaba el pié sino hasta donde conocia que alcanzaba buenamente su númen, que pasaba muy poco de mediocre. La primera muestra de Boggiero que hemos visto es la dedicatoria de unas *Conclusiones* académicas en 1782: por aquellos tiempos ya escribia tal cual composicion ligera: en 1784 se distinguió como orador en dos sermones que predicó con motivo de las enfermedades que diezmaban á la poblacion; y á aquel mismo año corresponden sus disturbios con Plano, el cual asegura que, sólo rogado con grande porfía, consintió en leerle algunos de sus versos para que despues los tratase tan duramente que calificase á su autor de *poeta de deshecho:* en 1787 lució en un certámen de literatura á sus discípulos, cabiendo la oracion latina á D. Luis de Rebolledo, primogénito de los marqueses de Lazan: en adelante se publicaron en los periódicos algunos versos suyos, principalmente desde 1797 hasta 1804 en que vemos unos al *Terremoto* padecido en Febrero: tambien parecen suyos algunos artículos en prosa

(1) «Pues sabe que jamás corregir puedo
estas obrillas que burlando escribo.»
Sobre esto diremos despues alguna cosa desmintiéndole.

que con la inicial B se leen en el *Diario de Zaragoza* de 1799 y 1800 (1). Prisionero en el primer sitio de Zaragoza, demostró tan entero ánimo ante los halagos de Lefebvre, que dejó admirados á sus propios enemigos; pero éstos no le perdonaron despues la influencia que ejerció sobre su discípulo Palafox en el segundo asedio, y, cuando Zaragoza fué rendida, le mataron á bayonetazos y le arrojaron al Ebro, lo cual relevó aun más su importancia, y ¿por qué no decirlo? subió de punto hasta sus versos de que se formó coleccion, así como tambien se imprimió su *Rasgo épico á Santo Tomás de Aquino*. *La Gaceta* le colmó de elogios llamándole «hombre grande y ejemplar, y sujeto de la mayor capacidad y de vastísimos conocimientos en todas materias.» El nombre que todavía conserva es bueno, pero sus poesías no estimulan ya ni aun la curiosidad de algun aficionado.

No tenemos por imposible que la desgracia en que cayó Plano, á los diez años de estas reyertas literarias de que hemos hablado, tuviera su verdadera raiz en estas disensiones con Boggiero, y, segun dicen, con el canónigo Arteta, á quien tambien satirizó; pues, aunque estamos muy léjos de atribuir á aquel no vulgar escolapio ninguna parte activa en el destierro prolongado de su adversario, creemos que estos rozamientos con personas tan bien vistas, esta bilis sobreescitada en la polémica y otras causas derivadas

(1) Otras obras suyas son aun más indudables, pues llevan la firma B. B., como *El Pastor desdichado,* anacreóntica no mala, *Lidoro y Nisa,* describiendo alternativamente el campo y sus frutos en sendas octavas, etc.

del carácter y estudios de Plano, llegarian á presentarle como hombre díscolo, excéntrico, peligroso y antipático; aunque todo esto de su destierro es para tratado más despacio.

Plano, sin embargo de todo, era un hombre recto y era un escritor de gran capacidad y de un gusto muy fino. Tenia verdaderamente el amor del arte, gozaba en el seno de la naturaleza, dió culto al amor, pulsó todas las cuerdas de la lira, fué algo músico hasta el punto (segun frase suya) de «tocar sobre la parte con flauta travesera cuanto veia,» y se dedicó tambien á esos estudios superiores de crítica y de ciencias físicas que hacen al poeta científicamente dueño de las primeras materias con que la poesía se elabora. Si la gravedad de sus tareas forenses no le imprimiera carácter, si la estimacion que de él hicieron personas de cierta clase como los famosos Mina y Guillelmi no le contuviese, si sus cargos públicos como el de Juez del Cuartel del Pilar y el de Síndico personero de la Ciudad en 1792, no le retuvieran en la vida oficial y real, él hubiera sido, para valernos de una expresion moderna pero gráfica, un verdadero bohemio, es decir, un aventurero literario, un escritor de fuerte personalidad, un hombre desarreglado pero noble, y un poeta que se hubiera fogueado en el oficio y hubiera adquirido el gran estilo poético que por negligencia ó desden no quiso sacar de sí mismo, aunque dejó entrever muchas veces que no le era inaccesible.

Son cabos sueltos, en comprobacion de este juicio nuestro, su aficion y facilidad para la poesía, demos-

trada con la variedad y muchedumbre de sus obras; sus hábitos, vida y muerte en sistemático é inhonesto celibato; sus aventuras de amoríos con Galatea, su primer amor con la dulce Flora, con la inocente Elisa y con otra Flora que le ofreció el Pisuerga «aun más que la del Ebro encantadora,» á todas las cuales consagra una sentida memoria en su composicion titulada *Salicio y el Amor;* su marcado sensualismo, que se ve de alto relieve en el *Recuerdo de Flora,* composicion en donde sólo se peca con la vista, pero que por su carácter realista y sobon, es más licenciosa que un cuento de Boccaccio en donde se peca con los cinco sentidos; su humorismo, acritud y mordacidad que reveló en algunas de sus obras y que sabemos por su propia familia; sus ideas avanzadas en política, á las cuales dicen haberse debido su destierro, aunque esto ha de merecernos capítulo aparte; y su especie de profesion periodística y aun su desvergüenza en el oficio, como si se hubiera adelantado medio siglo á su época, de lo cual vamos á dar al punto una convincente prueba.

En 1797 fundóse el *Diario de Zaragoza* (1), periódico simultáneo con la *Gaceta* (generalmente calcada sobre la de Madrid) pero en el cual se daba particular importancia á la bella literatura. En él se incluyeron algunas poesías y artículos de Plano y, entre aquellas, algunas que llevaban la firma de *El Diarista;* y decimos que estas eran suyas, tanto porque las consideró como tales D. Rafael José de Crespo, abo-

(1) El primer número apareció el 22 de Enero.

gado y poeta como Plano, contemporáneo suyo aunque algo posterior, y, lo que es más, colector de sus obras inéditas é impresas, cuanto por otra razon todavia más fuerte, cual es la de que en el romancillo *A mis amigos,* firmado de aquella manera, el autor habla de su modesta Laura, de su dulce Flora y de su desgraciada Galatea, menciona algunas obras conocidamente de del Plano y añade, para que en este punto no cupiese duda alguna:

«*Llano* más que mi nombre,
quiero escribir como hablo.»

Era interesante saber que Plano habia firmado con la indicacion de *El Diarista,* porque de ello nacen dos puntos interesantes á su biografía: el uno relativo al número de sus obras, que entónces serían mucho más numerosas, y el otro relativo á la moralidad literaria que entónces corriese, que no era la más severa. Concedamos un párrafo á cada uno de estos dos extremos.

Aunque acabamos de asegurar que Plano se tituló alguna vez *El Diarista,* tenemos la conviccion más profunda de que no es suyo todo lo que apareció con aquella firma, sino que esta venia á corresponder, poco más ó ménos, á lo que en nuestros dias va como de *La Redaccion* ó se considera como de algun redactor de número. Las razones que tenemos para ello son la variedad, heterogeneidad y desigualdad de mérito de las obras así suscritas, las cuales no pueden ser racionalmente de una mano. Hay, por ejemplo, una *Pintura del invierno*, unas *Anacreónticas,* una *Cantinela*, una *Elegía,* unos *Sáficos* y algunas *Fábu-*

las, (1) que, por lo versificadas á lo sordo ó conducidas á lo lego, sería disfavor é injusticia atribuirlas á Plano: hay, entre los muchísimos *Himnos* que el Diario inserta sin firma, algunos que llevan aquella (2), y siendo todos, como se ve claramente, de un mismo autor, no es posible que este fuera Plano, porque él y Crespo nos lo hubieran dicho, en atencion á la importancia que tiene toda la coleccion, no tanto por su valor literario cuanto por su extension: hay, sobre todo en prosa, trabajillos generalmente de poca monta sobre literatura, moral, crítica é historia natural que arguyen diferente gusto: hay en el curso de los Diarios y, digámoslo así, por entregas muy interrumpidas, una *Historia de Zaragoza* dividida en capítulos ó Anécdotas, y, miéntras todas estas aparecen anónimas, la trigésima aparece firmada por *El Diarista* (3), y claro es que, si Plano fuese autor de una obra tan importante, no hubiéramos dejado de saberlo.

Pero aunque todo esto y mucho más que omitimos no fuese escrito por Plano, debieron de serlo otras piezas de aquella firma, y desde luego una muy curiosa que prueba en él cierta desaprension ó desvergüenza periodística que hemos ofrecido demostrar. En varios números del *Diario* correspondientes á noviembre de 1797 apareció un juicio crítico de todo lo en él publicado el mes anterior, del cual trasladamos

(1) En los Diarios de 10 de Diciembre de 1797 y de 5, 7, 18 y 26 de Enero y 3 y 28 de Marzo de 1798.

(2) En Junio de 1798.

(3) En el número del 20 de Junio de 1798.

lo siguiente: «La *Cancion de la Flora* (1) no necesita »de más alta recomendacion que la de su autor »E. L. D. J. F. D. P. aunque por equivocacion se »puso P. P. E. L. P.; produccion que apura efectiva- »mente todos los justos elogios que pudiera darle mi »pluma: baste decir que en el Petrarca, Medoro, »Camoens y los líricos españoles no he leido alguna »(salvo el concepto crítico) que le exceda. En ella se »ha hallado un precioso laberinto de belleza, entu- »siasmo y delicadeza, donde, embelesada la alma, »siente hallar el dorado hilo para la salida. La pin- »tura de sus imágenes es la más viva y su dulzura »es la más delicada, distinta de aquella de algunos »líricos que empalaga como la miel: esta dulcifica »como el néctar y la ambrosía. Varias estancias, sin »que parezca importuno ni impropio, respiran la »moral filosófica más pura: díganlo *Aquí en estos »vergeles* y otra *¡Ah cómo son crueles,* etc. Ha visto »el público este papel contra la voluntad de su autor, »ya por su humildad y genio filosófico, como por no »truncarla ni separarla del precioso tesoro de sus »producciones, capaces de dar honor á la nacion é »innumerables lauros á las musas españolas.»

Al leer este hiperbólico elogio, que tal vez vendria holgado al mismo Virgilio, y que, si no supiéramos que estaba escrito en sério, nos parecería una broma injuriosa como las del *Dia grande de Navarra*, cuesta mucho el creer que estuviera escrito por el mismo

(1) Su título era *Flora esperando á su amante en el campo* y se publicó en los números 29, 30 y 31 de Octubre de 1797.

Plano; porque aun hoy, en que ciertas insolencias y recursos del arte periodístico son cosas vulgares de que nadie se asusta, sería memorable por lo inaudito este modo de encumbrarse uno á sí mismo. Y, no obstante, Plano era, en nuestra opinion, el valentísimo autor de aquel artículo; y, si así lo creemos, con disgusto pero sin vacilacion, es, en primer lugar porque hubo quien así lo consignó en el mismo periódico, á lo cual no se atreviera nadie sin ser cierto, y en segundo lugar hasta por la débil negativa del *Diarista,* que fuera más vigorosa á ser fundada en cierto.

Véanse ahora esa declaracion y esa negativa para que nuestros lectores juzguen con conocimiento de causa y para que, si asienten á nuestra conclusion, deduzcan por sí propios las reflexiones que se desprenden sobre cosas y personas en aquella época.—Decia Z: «No parece se ha olvidado de aquel adagio »tan vulgar que dice *mientras yo viva no faltará quien »me alabe.....* conque, despues que el público pese con »esta libra de adagio los reconcomios con que V. co»rona á su *Flora* amada á quien debe amar como »hija, entónces podrá hacer su juicio con más cono»cimiento y seguridad; entendiendo que, si V. la »llama *laberinto de hermosura, dulce nectar, suave »ambrosía, delicadeza, etc.,* no es otra cosa que arre»batamiento nacido del amor que profesan los padres »á los hijos.»—*El Diarista* contestó: «¿Quién le estrelló en medio del cacoetes esa aprension de que la *Flora* es hija mia? Si yo tuviera una hija de mi consorte la imaginacion tan hermosa como Flora ¿le

parece á V. que me cambiaría por un Vailío ni por un catedrático de Retórica? ¿Es por ventura de otro que de aquel sublime ingenio que nos mira desde el trono de su filosofía como escarabajos que amontonamos pelotillas de estiércol E. L. D. J. F. D. P. bien conocido en la república de las letras... uno de aquellos *pauci quos equus amavit Jupiter?*» Despues de esto añade que él sólo tiene un Don que le da la Universidad y escasos favores de la naturaleza su madrastra (1).

Debiéramos hacer aquí punto en este que ya consideramos bastante debatido; pero todavía añadiremos que, bajo aquella firma que tanta guerra nos está dando, se encuentran ciertas obrillas que acaso tienen relacion con el poeta Plano. Una de ellas es el juicio de su drama trágico *El Sacrificio de Caliroe* (2), juicio que nos guardaremos de atribuirle á él mismo y que afecta estar escrito por un crítico que ni siquiera era aragonés. Otra, que bien pudiera ser de Plano por su estructura y sus ideas, es un *Discurso sobre los Ingenios* (3), que versa sobre dos puntos, la influencia del clima y demás causas físicas sobre el arte y el artista y la comparacion entre los antiguos y los modernos. Además de estas hay una firmada *J.* que trata de la *Estética* y trae muy buenos

(1) Téngase presente, en comprobacion de nuestro aserto, que Plano era bajo de estatura, un poco patizambo y no muy bien encarado, y que tenía bastante razon para llamar á la naturaleza su madrastra.

(2) *Diario de Zaragoza,* 31 de Enero y 1.° de Febrero de 1798.

(3) Del 5 y 6 de Mayo de 1798.

conceptos acerca de la Música [1], de los cuales entresacamos el siguiente: «Esta es la mayor habilidad »del espíritu humano, atisbar la belleza en el menor »objeto, tomarlo á su cargo y engrandecerlo llenán»dolo de adorno. En Haydn he observado largos »*allegros* formados con el mayor arte sobre un baileto »ó cancioncilla tudesca; así, pues, si tuviésemos un »compositor que filosofase, que recogiese los buenos »pensamientos que andan vagando en nuestras can»ciones, y metódicamente los variase, podria formar »un sistema de música nacional que seguramente »tendria mérito.» Hay, finalmente una série de trece cartas que se suponen cruzadas entre Plácido y Salicio y fueron publicadas de Junio á Noviembre en el año 1800, las cuales indudablemente son de una sola mano y tenemos bastantes indicios para suponer que sean de Plano, tanto porque las doctrinas y el estilo les vienen al justo, cuanto porque en una de ellas dice Salicio que solia pasear por el Retiro y que escribió orillas del Eresma la *Fuga del Buen Gusto*, obra á que él alude como de cosa suya en su romance á Juan de Mata, y sitios en que consta que él estuvo, pues se sabe que estuvo en Madrid y Segovia. Tratan esas cartas del teatro y uso de la máquina, de la poesía y que *el poeta debe arrojarse en el seno de la naturaleza*, del lenguaje poético, de la crítica que con impiedad afea las obras más bellas, y de otros

(1) Este asunto le preocupaba mucho: en una Carta defendió la docilidad del idioma español para la música y dice que en él oyó el *Stabat mater* del desgraciado jóven Pergolese, que en algo fué maestro de Haydn.

puntos no ménos curiosos, siendo una de ellas donosa por todo extremo, que es la que lleva por título *Diario del Parnaso* (1).

Hasta aquí nos ha ido trayendo, de noticia en noticia, quizá estraviándonos un tanto de nuestro verdadero camino, la pintura, que párrafos atrás habíamos emprendido, del carácter moral y literario de Plano. No hemos todavía concluido, pues quedando algo por decir, nada nos parece tan interesante en una biografía como el dar á conocer las intimidades de ella, ó sea el ser moral del personaje á quien aquella se refiere.

Aunque hemos dado á Plano una fisonomía un poco diablesca y le hemos hasta cierto punto afiliado en ese gremio de escritores dotados de genio, pero destituidos de ese fondo moral, sin el cual algunos no conceden pase á los deportes del talento, no se

(1) Vayan por muestra algunos trozos que, por no apelmazar el texto, relegamos á las notas: — «A resultas del frio que domina en la region de Talía y la escasez de carbon y leña, mandó esta Musa quemar tres mil y tantas comedias, pero las habia pasado el frio de tal manera, que no hubo forma de hacerlas arder.—La Sociedad de poetas amigos del país y enemigos entre sí, ha publicado los siguientes premios: uno de cien hojas de laurel al que apure si dos poemas épicos que se han presentado en octavas están en prosa ó en verso: otro de una copa de un cortadillo de agua de Helicona al que mejor demuestre en qué consiste que las mejores odas que se publican son cuadros pesados á la vista y cómo se podrian aligerar.— Ayer se perdió un poeta en el laberinto de una comedia que hacía: al que lo halle le darán buenas estrenas en su casa, y se darán las señas en la de los Orates.—Tambien se ha perdido el buen gusto y á su resulta todas las producciones poéticas salen desabridas y pesadas.—Ultimamente, hace mucho tiempo que falta la *vis cómica* que vió Terencio en el Parnaso y tomó prestada un tal Moliere, sin que se sepa dónde existe.»

entienda por eso que Plano fué un descreido, ni un hombre superficial, ni mucho ménos un hombre malo. Tenia, sí, algunos desarreglos en su vida y en sus obras, propios del que se consagra de todo en todo al arte y del que excede el límite de lo que le rodea; pero su corazon era bueno [1], su aplicacion imponderable, su capacidad extraordinaria y su vida una perpétua lucha de afectos é ideas que no le dieron un punto de reposo.

Él debió de darse á la lectura de los filósofos modernos con un deseo sincero de encontrar la verdad y de razonarse su existencia; y habiendo tomado la Filosofía por lo sério, debió de encontrarse poco ménos que asfixiado en aquella atmósfera de pavorosos problemas. Huyendo de aquel ambiente, sobrado denso para ser bien respirable, salia como escapado para entrar en el aire libre de la poesía, en donde pasaba de esclavo á señor, del hombre de la duda al hombre de la creacion:

Escribo por vencer pesares fieros
que vienen en furioso torbellino
á turbar de mi paz los dulces fueros.

Refiriéndose, por una parte á Leibnitz y Hume y por otra á Galatea, decia:

Aquellos han colmado
mi espíritu de dudas y amarguras;
pero esta lo ha inundado
en feliz y suavísima dulzura.

(1) Que yo, aunque perseguido,
soy de mí dulce y blando.

En otra composicion le dice el Amor:

De la naturaleza contemplabas
con teson los recónditos arcanos
absorto en sus grandezas, y ¿qué hallabas?
dudas sombrías, sí, y errores vanos,
ó verdades amargas y terribles.

Y, de una en otra, venia á esta conclusion pesimista, que sólo en un momento de desesperacion científica puede escaparse á un hombre consagrado toda su vida á la investigacion:

Siempre trajo más males
la ambicion del saber que la ignorancia.

Cierta fraternidad con esos estudios filosóficos tenian, á no dudarlo, sus pensamientos sociales ó políticos. Una de sus primeras obras fué la *Censura moral* impresa en 1786, á la sazon en que él tenia todavia pocos años, y ya allí truena contra los mayorazgos y los poderosos que, desdeñando aplicarse á las ciencias y á las artes, desprecian á las clases laboriosas. En su *Epístola* eptasílaba á D. Francisco Peirolon y Lasala, encabezada con un verso de Lucano, estampa estos versos democráticos:

Lo que un millon de frentes
con su sudor fabrican
devora un Excelencia
en solas dos comidas;

y luego pone por bajo la siguiente más alarmante nota: «Los poseedores de grandes fincas que nunca »trabajan la tierra, y por lo comun ni otra cosa, dis»frutan por sólo el título de dominio sus productos, »que disipan en lucimientos inútiles y nocivos: al

»contrario, los verdaderos trabajadores apenas sacan »en la juventud un mal socorro interino contra la »hambre: si llegan á la vejez, no tienen otro recurso »que la limosna.» Otras veces se revuelve desde las alturas del arte contra el arte mismo, llevado de la corriente utilitaria que seguian los estudios, á lo cual contribuyó la creacion de las Sociedades económicas, y exclama con arrogancia sentenciosa:

Pirámides, colosos, vanos nombres.....
Sólo es grande lo útil á los hombres.

Las pruebas que hemos presentado demuestran bien cuáles eran las ideas de Plano y cuán natural es que se le tildara de espíritu fuerte ó de afrancesado; pero debemos decir tambien con voz muy alta que, en materias religiosas, no solamente no dió nunca escándalo, sino que consagró su pluma á asuntos como el *Seno de Abraham* y otros análogos, y cuando murió, lo hizo como muy buen cristiano, con la circunstancia especial de haber nombrado á dos clérigos sus herederos fideicomisarios. Mas, aun navegando bajo este pabellon, no pudo escapar de muchos escollos la filosofía que llevaba á bordo, y esto pudo ser una causa determinante de su destierro, si ya no lo fueron su carácter literariamente pendenciero, su lenguaje un poco suelto, y las enemistades consiguientes que de esto le sobrevinieron.

Vengamos á este importante período de su historia.

IV.

SU DESTIERRO.

Largando la sonda en el mare-magnum de las obras de Plano y deshenetrando hoja por hoja sus papeles íntimos, le resulta á uno un hombre de dos caras como Jano, ó como el actor Prieto que en el *Vano humillado* reía á su interlocutor de la derecha y lloraba al mismo tiempo al de la izquierda. Pero no es muy difícil reducir esos dos hombres á uno sólo. Plano estaba por una parte á la altura de los adelantos de su época, que ya es sabido que entónces venian de Francia, y por otra parte se conservaba buen español en política, en religion y en literatura: era reverente con la monarquía y sin embargo tiene un soneto contra la idolatría realista: compartía el espíritu innovador de las Sociedades económicas y satirizó el carácter exclusivamente utilitario que las informaba [1]: profesaba ideas avanzadas y de tolerancia, y, no obstante, era rígido censor de teatros y prohibía por parecerle republicano, el drama del

(1) Aquí pudieron ser razones personales, y no políticas ni morales, las que le impulsaron á escribir contra la Sociedad económica aragonesa, corporacion, que, como despues veremos, contribuyó á que se le alzase el destierro; pero es lo cierto que en más de una ocasion disparó

Tirano Gessler, á pesar de que en la córte se estaba representando: simpatizaba en algun modo con los principios filosóficos de la Enciclopédia y amputaba en su poema sobre el *Hombre* todo el Canto del *Taller del alma* por el sabor materialista que pudiera tener para algunos, así como llamaba la atencion sobre otro Canto porque (decia) «son bien conocidos los argumentos que forman contra la Providencia y aun la existencia de Dios los filósofos modernos con las miserias y desórdenes del hombre y es preciso responderles por la metafísica»: revelaba en ciertas ideas una no desconformidad con la revolucion francesa y tronaba contra su período álgido anunciando que aquella Francia moriria «*cuando no por la ajena, por su espada*»: profundizaba hasta donde le era dable los problemas filosóficos, y luego cerraba, por decirlo así, los libros de la Metafísica, y decia:

Virtud y agricultura
bastan á hacer felices los humanos:

pasaba por simpatizador con el enemigo, y, sin embargo, véase lo que resulta de su actitud ante la guerra con Francia, que parece que fué la causa ostensible de su destierro.

Conocida es la parte que tomó España, á pesar de su decaimiento é inferioridad relativa, en la protec-

contra ella sus dardos, por ejemplo, en el soneto que empieza: «*¡Qué Bártulos ni Baldos! Es locura,*» y en la *Sátira de los falsos críticos* donde dice:

Aunque un hombre Platon ó Newton fuera,
siempre sería de una clase ruda,
si no habia seguido esa carrera
socïense, sociática ó sociuda.

cion de la persona y trono de Luis XVI y cómo se aprestó á su venganza cuando aquel infortunado rey subió al cadalso: sabido es que, cuando se disponia á declarar la guerra á aquella nacion parricida, ésta le ganó por la mano, habiendo empezado la lucha con vária fortuna, pero desarrollándose en general desventajosamente para España, cuyo suelo se vió invadido por la frontera navarra. Pues bien: con ocasion de esta guerra, Plano mostró cuánto valía, y la fortuna mostró con él todo lo que tiene de insensata. Congregáronse las Parroquias para promover donativos patrióticos y él correspondió en proporcion superior á sus haberes; recibióse el decreto de 18 de Marzo sobre voluntarios y el Ayuntamiento le llamó para que apaciguase á la juventud levantisca que quería molestar á los franceses avecindados en Zaragoza, lo cual desempeñó con muy buen éxito congregándola y arengándola en el Teatro mayor de la Universidad; vino la órden de quintas y el Capitan general le dió la análoga comision de que suavizase en la opinion pública la mala impresion que produjo; tratóse de levantar compañias de gente armada, cuando los franceses iban ya avanzando Navarra y Cataluña adentro, y él asistió á la Junta con este objeto convocada y su dictámen fué el que al fin prevaleció, y él el que fué encargado de organizar y dirigir las fuerzas de la Capital; llegaron las Reales Cédulas sobre confiscacion de bienes de franceses, y él como Procurador general (con cuyo cargo acababa de ser honrado en aquel mismo año de 1794) siguió ante el Corregidor muchos expedientes, cediendo en

favor del Tesoro los derechos que le correspondian; sobrevino un invierno de los más rigurosos, á la sazon en que Zaragoza carecia de guarnicion, efecto de la guerra, y él propuso la formacion de patrullas de hombres honrados para conservar la tranquilidad, y recibió del Capitan general la comision de arreglar este servicio.

Despues de esta série interminable de sacrificios, y en medio de la popularidad de que, como se ve, gozaba en el pueblo y de la consideracion bien ganada que á las autoridades merecia, ¿pudiera nadie sospechar que en esos críticos instantes se comunicára al Regente de la Audiencia una órden del Ministerio de Estado para que se le obligase á abandonar, en el término de tres dias, la capital y en el de seis el reino de Aragon? Pues tal sucedió ello por ello, y es lo singular que el supuesto delito para tan severo castigo fuese el de simpatizar con la causa francesa en plena guerra. Se le imputó, en efecto, segun se ve por los descargos que él dió más adelante, el delito de no dar crédito á las soñadas victorias de nuestras armas, que con irreflexivo aturdimiento y crasa ignorancia esparcian algunos fervientes noveleros, los cuales no conseguian sino excitar los ánimos un dia con mentidos triunfos y volver á excitarlos al siguiente con efectivos descalabros.

Pero pongamos órden en este asunto del destierro, ya que todos sus antecedentes constan en el expediente que se instruyó al efecto, y ya que nosotros hemos tenido la fortuna de obtener un dilatadísimo

y cabal extracto (1), á cuya luz podemos enterar al público de cosas hoy desconocidas y en nuestros tiempos por demás curiosas.

Un D. Vicente de Córdoba, nombre con el cual, por lo visto, firmaba de confianza ó de medio incógnito el Excmo. Sr. D. Vicente Fernandez de Córdoba, conde de Sástago y Protector entónces del Canal Imperial desde la muerte de Pignatelli, escribió á su amigo el favorito Godoy, en 9 de Setiembre de 1794, una apasionada denuncia contra Plano, acusándole de revolucionario, abogado de los malos franceses y conspirador en favor de las ideas de libertad é igualdad. Algo más decia en aquel papel ó libelo; y, aunque casi nos da vergüenza escribirlo, para la suya debemos en castigo publicarlo: decia, como si esto importase en el asunto, que Plano era, además, de rostro horroroso y de estatura enano y con las piernas de tal (2). El duque de la Alcudia pidió al conde de Sástago más datos y D. Vicente de Córdoba indicó al Arzobispo y al Regente de la Audiencia como á propósito para instruir sobre ello una sumaria. Acordóse así en 26 del propio mes (porque el negocio se llevó como se ve á gran priesa) y se dió comision á D. San-

(1) Le debemos á la leal amistad, rara pericia y ejemplar celo patriótico del Sr. D. Francisco Escudero de la Peña, digno Jefe del Archivo general Central, en donde radica el expediente, bajo la seccion de papeles de Estado y legajo 3.152.

(2) Él aludió á ese defecto suyo en unas décimas *A una Señora que le hizo casamentero* y en otra composicion, cuyos son estos versos:

Que en servir á una hermosura,
aunque corto de estatura,
soy largo de voluntad.

cho de Llamas para que informase, lo cual verificó en 3 de Noviembre.

En ese documento se hace una pintura apasionada de Plano, aunque sin negarle del todo su mérito personal, y se extiende la censura hasta á la familia, precisamente en lo que tiene ésta de más sagrado, que es la honra. Llamas informó: que en Zaragoza habia algunos malvados inficionados de las malas é impías opiniones de libertad é igualdad, y que, si bien en Plano no procedian éstas de un corazon corrompido y depravado, eran hijas de su inconsideracion y amor á la novedad; que á ello contribuian varios comerciantes franceses protegidos por él como Procurador general del Comun; que en la formacion de compañias ó somatenes habia puesto como soldados á personas distinguidas y como oficiales á otras de humilde clase entre ellas un lacayo, un pastor y hasta su sastre, si bien en esto procedió por equivocacion; que en las quintas era la voz pública haber granjeado más de mil doblones; que vivía de la profesion de Abogado, no escaseándole los negocios, porque en su travesura los abarcaba todos, además de facilitárselos el tener un hermano Procurador; que sabia francés y que se daba á lecturas de libros, periódicos, poesías y comedias, miéntras le faltaban los libros de su Facultad; que habia encartado muy bien con el Capitan general duque de Alburquerque desde que tuvieron que relacionarse en las cuestiones de abastos; que su padre era un pobre pintor (á quien él destinaba á la compra) y su hermana una mujer poco honesta, á cuyo propósito y otros se citaba y

acompañaba un pasquin lleno de saña; que él era por otra parte un hombre de treinta á treinta y cinco años, soltero, estatura chica, talento vivo y despejado, feliz memoria, más que regular facilidad para producirse tanto por escrito como de palabra con energía y con viveza, pero de juicio muy escaso y limitado; que el pueblo le llamaba el *Petit Robespierre* y que convenia que se le privase del empleo de Procurador Síndico y se le mandase á otro punto en donde sin embargo pudiera dedicarse á la abogacía.

Este informe surtió tal efecto, que en 13 de Noviembre se expidió la órden de destierro, el 22 dió parte de haberla cumplimentado el Regente D. José María Puig, el 27 se aprobó su conducta, y, habiendo cruzado queja el de Alburquerque en 13 de Enero siguiente, sobre haberse encargado á aquel y no á él la órden del destierro, se le contestó con una órden muy dura, haciéndole entender que «los ministros no despachan órdenes sin obtenerlas de S. M., siendo este árbitro de encargar su cumplimiento á quien le parece oportuno á pesar de las leyes y autos acordados, por lo que nadie podía formar queja sin incurrir en el real desagrado y hacerse merecedor de una severa reprehension.»

Tan fuertemente debió de impresionar á D. Francisco del Plano este desleal pago á sus servicios, y de tal manera quiso ostentar dignidad en aquel trance, que, segun él propio dice, desde el momento en que supo la órden de destierro, que fué en 20 de Noviembre de 1794, ya no volvió á su casa, sino que al

punto emprendió el camino; y, si hemos de creer á su familia, lo hizo á pié y calzado de alpargatas, sufriendo los rigores de aquel incipiente mal invierno, á pesar de los achaques que ya se le iban insinuando.

Situado ya en Valladolid, divirtió su amarga expatriacion, y en cierto modo su soledad, con lo que á su genio más se acomodaba, con el trabajo. Es indecible la actividad vertiginosa con que se dedicó al estudio y á la composicion, y ahí están sus obras para demostrarlo: casi todas sus comedias, su largo poema sobre el *Hombre,* los trabajos en prosa que remitió al *Diario de Zaragoza* fundado en su ausencia, una multitud de sátiras, canciones, epístolas y juguetes y algunos de sus opúsculos están escritos en la época de su destierro: parece que además trabajó allí como abogado, pues así lo indican algunos datos y así se consigna en su retrato que conserva el Colegio de Zaragoza, aunque las noticias negativas que de Valladolid tenemos contradicen este aserto: allí en fin debió de aprender tambien la lengua francesa, si no miente en sus Memoriales al rey, pues en estos dice que no sabia ni habia querido estudiar aquel idioma en odio á los que lo hablaban, y por otra parte en sus extractos hemos visto nosotros apuntes tomados directamente de autores franceses, y en sus obras, impresas algunas, citas oportunísimas transcritas fielmente de los originales.

Pero ni el encanto del trabajo; ni sus buenas relaciones, entre las que hay que citar la de Melendez que, como es notorio, estuvo allí de Oidor por la

misma época, esto es, de 1791 á 1797; ni la holgura relativa en que suponemos que vivia (1); ni cierta libertad en que podia moverse, pues consta que estuvo en Madrid y en Segovia (2); ni los favores que debió al sexo hermoso, de quien tan buenas y tan malas cosas dijo á lo poeta; ni los triunfos que obtuvo en el teatro y las relaciones que mantuvo con sus alegres gentes; nada fué parte á curarle de la nostalgia que por lo visto padecia. Por más que en Zaragoza estuviera el foco de sus enemigos, ardia en deseos de volver á sus hogares, y fueron muchas las veces que lo solicitó del Gobierno, aunque este se mantuvo sordo por largo tiempo á sus argumentos y á sus súplicas.

Apenas llegado á Valladolid, ya dirigió un Memorial al rey en 6 de Enero de 1795, que casi es una protesta, casi es una contestacion á la órden de su destierro. En él alega todo lo que de sus buenos oficios patrióticos dejamos relatado, y además sus achaques, su obligacion piadosa de sostener á un padre septuagenario, á una hermana soltera y á un sobrino huérfano, su desden vergonzoso hácia la lengua francesa, sus cargos de Síndico Personero á raiz de la *abominable revolucion,* sus versos á la Academia de San Luis con alusiones benévolas á que los demás poetas no se atrevieron (3), su tiranía como Censor

(1) Sabemos por un papel suelto que en 1795 le remitia Lloret de Zaragoza un libramiento de seis mil reales.

(2) Ayer llegué á Valladolid molido
de mi viaje á Segovia.

(3) Terminaba esta composicion con un elogio al duque de Alcudia.

de Teatros y todo lo que, con estas bases, consideró á propósito para obtener la gracia que pedia.

«Únase al expediente» es todo lo que recabó en aquel primer asalto: repitió la misma instancia en 4 de Marzo y el Gobierno fué un poco más generoso de palabras, pues añadió tres al anterior decreto, y escribió al márgen «no há lugar y únase al expediente»: fechada en Madrid y firmada en virtud de poder por D. Francisco Martinez de la Torre, se repitió otra en 23 de Octubre y recayó tambien «no há lugar» y esta vez en seco. Otra hemos visto que tal vez no llegó á cursarse y que precisamente poseemos auténtica (1), la cual, aunque sin fecha, está en papel sellado de 1796 y va suscrita por D. Fermin del Plano, pero hablando en nombre propio D. Francisco, cuya es la redaccion: en ella vuelve á ponderar que tiene cerrados todos los modos de acreditarse en su actual destino, viéndose amenazados de la indigencia él y su familia, y que forma contraste su situacion con el amor que al rey profesa, pues es «un vasallo pronto al último sacrificio por la menor de las felicidades de S. M.», concluyendo por decir que «aprovecha esta ocasion en que todos disfrutan en general y en particular los efectos de su clemencia (2), para rogarle que no le haga la única excepcion de sus beneficios.»

(1) Debida á D. Francisco Zapater autor de un opúsculo sobre la *Escuela aragonesa de pintura* y de otro sobre *Goya*, de quien su abuelo era íntimo amigo.

(2) Debe de aludir indudablemente á la paz de Basilea que, puesto que deshonrosa, valió á su autor y al de la guerra el título de *Príncipe de la Paz:* cantó este suceso el conde de Noroña, aunque sin adular á Godoy.

Uno de los dones de Plano era el de la perseverancia. No desmayando por tan reiteradas negativas, volvió á recurrir en 16 de Octubre de 1796, alegando de nuevo el desamparo de su familia, el ejemplo de haberse alzado el destierro á sus compañeros de infortunio y la imposibilidad en que se veía de ejercer su profesion por estar prohibido el aumento de individuos en los Colegios. Sobre esto informó el Regente Puig al Príncipe de la Paz que otros pecaron de ignorancia y él de malicia; que no dependia de él su familia, pues tenia un hermano bien acomodado á quien él mismo habia apelado varias veces; que pudo ejercer en Valladolid como pudo ejercer tambien en Zaragoza y no lo hizo durante dos años; y que profesaba máximas perversas y era un intrigante revoltoso, audaz y mal conceptuado. Negóse la instancia en 4 de Diciembre y elevóse otra en 14 de Abril de 1797 dirigida á D. Manuel Godoy, á quien el lacerado Plano tocaba una cuerda que consideraba sensible, cual era la de la proteccion de los libros y la literatura: el peticionario, despues de hablar de su penuria, exponia en efecto que tenia escritos un Poema religioso y otro filosófico pero que no se atrevia á publicarlos «ínterin su nombre fuese unido al de persona en desgracia»; mas á pesar de esta malicia y de la recomendacion escrita del Embajador francés, nada se consiguió tampoco, y, al márgen de esa gestion internacional, se puso valientemente «Mayo 7 del 97: Véase lo resuelto ya, que se habrá comunicado, pero no hay remedio.»

Puede ser que al lector vaya pareciendo un si no

es cansado el saber tanto sobre una misma cosa; pero á nosotros nos parece que debemos no omitir ninguna, ya que todas son desconocidas y ninguna inútil: de cada uno de los documentos que vamos extractando, se desprènde realmente alguna partícula biográfica, que da razon, no solamente de Plano, sino de su época.

Nos vamos aproximando al desenlace, porque ahora entra en campaña un nuevo combatiente con quien no se habia contado, y él es acaso el que puso término, aunque no tan pronto, al porfiado destierro de nuestro desgraciado y quejumbroso poeta: aludimos á la Sociedad Económica Aragonesa que, presidida por el buen Dean Larrea, pidió al Capitan general en 22 de Diciembre de 1797 que intercediese con el Gobierno en el asunto. Revistióse entónces la peticion con un lleno de informes y de elogios cual hasta entónces no se habia aparejado: deponian favorablemente Larrea, el baron de Torre-Arias, el Vicario general castrense Sr. Lorieri, el Corregidor D. Martin José de Rojas y los señores D. Antonio Ranz-Romanillos y D. José Broto, y todos ellos certificaban de la honradez, moralidad, talento, amor al trono y á las instituciones, celo, actividad, gran prestigio en el Foro, desinterés en los negocios, laudable proceder con su familia desamparada (1), utilidad que podia prestar á la Sociedad Económica cuyo individuo era, y ventajosa opinion de que gozaba en el pueblo: en suma, aquí se refutaban, uno por uno, todos los

(1) El padre de Plano habia muerto en Julio de aquel año.

cargos que de oficio se habian hasta allí acumulado. Tan peregrinos y brillantes informes no tuvieron por entónces más fortuna que la de acostarse en el expediente, á donde tambien se incorporó otro papel de Plano de 6 de Mayo del 98; pero al fin, en 9 de Enero del 99, y fundada sobre los ya enunciados informes del Capitan general, Sociedad Económica, dos canónigos, dos togados y dos regidores, se expidió real órden alzando el destierro.

El pobre Plano, á quien habian parecido inacabables sus cuatro años de expatriado, habia pasado interminables amargas horas en una ansiedad que le consumía y que acabó por avejentarle el cuerpo y desesperarle el alma; pero al fin salió de aquella que ya consideraba como tumba y pudo volver á Zaragoza. Miéntras estuvo en Valladolid, trabajó afanosamente y aun se lisonjeó con la idea de la inmortalidad (1); pero empezó por desmayar, continuó por abandonar toda esperanza y concluyó por pensar en la perpetuidad de la pena y hasta en la proximidad de una muerte prematura. Respiran una melancolía suprema y parece que manan sangre estos versos:

Y los mejores años de mi vida
ya se precipitaron en la nada,

(1) Así, Pisuerga, que, ignorado y triste
Me miras hoy, mis versos algun dia
El huésped te dirán que en mí tuviste.

Otra prueba de la opinion que tenía de sí mismo, considerándose anticipado en España á su siglo, está en los siguientes versos:

Al tiempo culpo pues: con él me irrito;
Que si treinta años ántes yo naciera,
Mi dolor escusára el vano grito;
Y si ochenta despues, dichoso fuera.

mi prima juventud tras sí llevando.
. . . .
La muerte aquí con rostro denodado
que abra mi tumba solitaria espero
y que sepulte mi dolor conmigo
en el descanso del eterno sueño.

Por fortuna pudo dormir este sueño en su patria. Pero sus émulos debieron maltraerle no cebados aun con la prolongada desgracia ya sufrida, pues en órden de 6 de Diciembre de 1799 todavía se pidió un nuevo informe al Regente D. Antonio Ranz Romanillos, el cual lo evacuó diciendo: que, desde que Plano habia regresado (en Junio) á Zaragoza, estaba afecto á ataques de perlesía, frecuentaba poco el tribunal y tenía un trato limitado; pero que su carácter y genio eran dispuestos á la ostension de valimiento; que su aire *aparentador* y *fachendoso* y sus relaciones con el Capitan general excitaban la emulacion de muchos, y que convendria hacerle sobre esto alguna prevencion y quitarle más adelante la Secretaría de la Caja de Descuentos.

Contra tan gruesa mar no era posible salvar su averiado buque aquel piloto, ya tan mal trecho en las borrascas anteriores: Plano se dirigió en 4 de Febrero de 1800 al Excmo. Sr. D. Mariano Luis Urquijo y pidió simultáneamente que se le sujetase á un tribunal de justicia para confundir allí á sus calumniadores y que se le diese un empleo fuera de su patria para abandonar perpétuamente á Zaragoza. El decreto, prévio informe del Capitan general, fué favorable en todo ménos en lo del empleo; pues se dis-

puso en 12 de aquel mes, hacerle saber «lo satisfecho que estaba S. M. de su conducta, conociendo que en las delaciones de que fué objeto, no hubo más que calumnia é intriga y hacerle entender que estas eran conocidas y que podia vivir con toda tranquilidad.»

A su familia hemos oido que fué, en las postrimerías de su destierro, muy considerado de la Córte, que se le llamó á Madrid brindándole con proposiciones lisonjeras para una buena colocacion y que todo lo rehusó prefiriendo volver á Zaragoza; pero nos parece que en todo esto hay alguna exajeracion, y que, si bien el semblante de las cosas cambió mucho en su favor, mas no tanto como para ser solicitado de esa suerte. Es verdad que debió detenerse en Madrid cuatro ó seis meses, sin priesa por llegar á Zaragoza y que allí se hallaría lisonjeado hasta cierto punto, una vez en posesion de su libertad y en medio de aquel género de ambiente que se respira en una sociedad culta y bien educada; pero cuando él se detuvo allí tanto tiempo, verosimilmente fué para buscar algun encarte, y sin embargo hubo de continuar su rumbo á Zaragoza sin conseguir cosa alguna, y cuando desde Zaragoza entabló una pretension en forma y no le fué atendida, debemos suponer que no habia un verdadero deseo de premiarle ni de indemnizarle, y que todo lo más que se le concedió fué el que viviera tranquilo los pocos y mal llevados años de vida que le estaban reservados. Desgraciadamente Plano volvió enfermo, vivió poco y mal, y parece que dió el último abrazo á la poesía cuando salió de Valladolid, pues en Zaragoza apenas brotó ya nada de

su pluma, parte por su cortedad de vista, parte por sus achaques y parte por lo ingrato que le era el terreno para depositar en él ninguna semilla poética: bien podemos darle ya por muerto en este punto y proceder desde ahora al inventario de sus bienes.

V.

SUS LIBROS Y OPÚSCULOS.

Diferentes veces hemos aludido á la variedad de conocimientos de Plano, á su flexibilidad para manejar desemejantes asuntos y al gran número de obras que produjo. Ha venido la ocasion de presentar el catálogo de estas, y, para poner en ellas un poco de órden, se dividirán en tres grupos: en el primero entrarán las que constituyen sendos libros, esto es, las que por su extension, se imprimieron ó pudieron imprimirse aparte; en el segundo las obras dramáticas que, por la importancia del género, merecen ser tratadas más de asiento; en el tercero las poesías sueltas, cuyo número es considerable y cuyo interés supera al de las otras. Consagrarémos el presente capítulo á las primeras y perseverarémos en este órden.

La más antigua obra de que tenemos alguna noticia es un Sueño: dámosle aquella calificacion porque

sabemos que se escribió en el año 1776, que corresponde segun nuestros cómputos á la edad de los 18 de su autor; y llamámosla obra, porque debemos suponerla de alguna extension, cuando el autor se tomó la pena de trabajar para ella una dedicatoria. Precisamente la obra se ha perdido; pero la dedicatoria subsiste autógrafa; y, para dar idea de la prosa de Plano en sus primeros tiempos, y porque esta humorística pieza no es larga, vamos á continuarla aquí, en defecto del *Sueño*, sobre el cual nada podemos decir á nuestros lectores:

«Dedicado al Sr. D. Juan Francisco del Plano.

»Poco tuve que fatigarme en buscar un sujeto á »quien sus prendas y circunstancias hiciesen digno »de patrocinar este *Sueño*, pues luego que consideré »era menester dedicarlo á un protector noble para »que lo amparase, sabio para que lo entendiese, nada »murmurador para que no lo censurase y finalmente »de un ingenio alocado para que lo aplaudiese, ví »que todo esto se hallaba en mí como la luz en el »Sol. Soy noble, y aunque para su prueba no nece»sito decir más sino que soy de solar montañés, me »remito á todo género de escritos, francés, portu»gués, italiano, latino y castellano, donde se hallará »la descendencia de Plano tan antigua que si, se »desenreda el ovillo, se verá traer su orígen de Adan, »y tan numerosa, que no se le va en zaga á la de »Abraham. Soy sabio; tanto que compito con los más »famosos héroes á quienes se han dedicado las obras »más eruditas, y lo fundo en que conozco lo que sé, »cuando nadie lo ha conseguido hasta ahora, pues

»unos piensan saber más de lo que saben y otros »ménos. No soy murmurador, ya se ve, pues me »dedico á mí mis obras por no murmurar de otro, »cosa indispensable en las dedicatorias. Que soy alo- »cado no lo digo yo, pues lo dicen todos, y yo, por »no habérmelas con tantos, se les concedo grátis. »Espero pues que, acompañándome tan relevantes »prendas, sabré disimularme mis defectos atendiendo, »no lo que merezco y la corta obra que me dedico, »sino el grande afecto con que deseo servirme á mí »mismo.—Juan Francisco del Plano.—Zaragoza y »Junio de 76.»

A su primera época corresponde tambien un poema titulado ASTIANAETE, escrito á los 22 años é igualmente perdido, del cual habla en su *Epístola á Fabio*. Es esta una perpétua alusion á su enemigo el P. Basilio Boggiero, el cual parece que le habia rogado muchas veces que le hiciera conocer sus versos, y, cuando al fin consintió Plano en ello, fué para que el escolapio se cebara contra el autor dirigiendo sus principales tiros al *Astianaete:* véanse estos dos tercetos de esa Epístola, fechada en Enero de 1785:

Al *Astianaete* vienes á embestirme;
obra con que há cinco años procuraba
las noches calurosas divertirme.

. . . .

Ahora que ya los veintisiete espera
mi edad un dia de estos, otra cosa
sería si de nuevo la emprendiera.

Otro poema de la misma época era LA GARCIADA ó reconquista de Aragon, asunto que han manejado

alguna vez los poetas y de que hemos visto una ó dos comedias: el Sr. Lopez Bernués, ya citado, consignaba que quedaron escritos dos cantos y parte del tercero y que eran en sextinas á uso italiano: parece como si él hubiera manejado el manuscrito, pero á nosotros nada nos ha llegado de esta obra y sí sólo hemos visto algunos apuntes del autor, reducidos á extractos de la obra de Briz Martinez y al recurso maravilloso que pensaba emplear en el poema, de cortar á los moros por medio de un desbordamiento simultáneo del Cinca y el Ara que los envolviese.

No llegaron á imprimirse, ni se conservan completas (pero positivamente lo estuvieron), unas REFLEXIONES SOBRE EL HOMBRE, poema en dos tomos dividido en cuatro partes, de que hemos leido la primera y segunda íntegras y buena porcion de la cuarta. Precede á la obra una *Introduccion* en prosa y siguen en cincuenta cantos ó reflexiones los cuatro grandes grupos de la *Sensibilidad*, el *Entendimiento*, la *Voluntad* y la *Providencia:* en el primero se trata de la creacion del alma, su union con el cuerpo y su proceso hasta la sensacion, la sensibilidad y la percepcion: en el segundo del orígen de las ideas, su enlace por la memoria é imaginacion, y su marcha por la meditacion hasta el placer intelectual: en el tercero de la actividad anímica, la libertad, el sentimiento moral, las pasiones y la felicidad: en el cuarto de Dios, la creacion, las artes, los problemas de la guerra, la desigualdad, el dolor inherente al hombre, y la vida social como estado natural. Escribió Plano esta obra desde Setiembre de 1795 hasta

Febrero de 1797 y, pasados dos años, procedió á su correccion. No fundó en ella ninguna vanidad, antes la calificó de prosa rimada y de simple agregacion de materiales que otros pudieran convertir en obra acabada; pero la verdad es que prueba los grandes estudios del autor, su innegable facilidad y su excelente buen sentido: ofrece constantemente soluciones consoladoras ajenas de todo pesimismo: aborda bien el problema de la compatibilidad de nuestras miserias con la bondad de Dios, en que Leibnitz (dice él) apareció como el Edipo de aquella esfinje, pero en que él presume haber adelantado bastante: procede con el tiento de un filósofo práctico, edificando primero sobre terreno firme y avanzando desde allí con paso lógico (1): aprovecha el fondo de la materia para escursiones por el campo del arte, como lo hace en su tratado del *Placer intelectual* en que habla del gusto, del teatro en general y de la ópera en particular; huye sobre todo del pesimismo mal humorado, y tiende siempre á síntesis como esta, en donde se enlazan la humildad cristiana y la brillantez filosófica

El dia nace de la noche oscura,
y del brillante albor de la luz pura
sale la oscuridad: nacen iguales
del mal los bienes y del bien los males.

(1) Hasta aquí tierra firme hemos pisado,
que han hechos y razon consolidado;
adelante el terreno nos blandea,
y el pié, cuando se fija, titubea.
Pero ¿no pasaré, en la sombra oscura,
del hecho á la prudente conjetura,
que me lleve con paso favorable
desde lo verdadero á lo probable?
Reflexion v, núm. 17.

Otras obras suyas que con más ó ménos derecho pueden entrar en esta seccion primera, son: una Arte Poética escrita en 1784 bajo la forma de epístola y que creemos inédita; una Censura del Ocio, impresa en 1786, cuyo principal objeto es impugnar la conducta de los mayorazgos y grandes señores que, no sólo no se dedican al trabajo, pero aun tienen en poco á los que de él se sustentan; un breve poemita igualmente impreso, titulado el Rebuzno; unas Memorias genealógicas de la casa de Ballabriga, que sabemos por Latassa, sin que hayamos alcanzado de ellas otra mayor noticia; la Física del Amor y el Equilibrio planetario, que ni siquiera sabemos qué cosa sean, pero que Plano cita en su romance á Juan de Mata; la Historia de una onza de oro, juguete moral en prosa que tal vez no concluyó, y del cual nosotros hemos leido tres no despreciables capítulos; Conversaciones críticas entre unos *Amigos de su patria* llamados Liberio, Cándido, Prudencio y Felicio, cuyo comienzo es lo único que hemos visto y trata de preocupaciones populares, de la nobleza, de la religion, de la censura literaria, de brujas y otros puntos á ese tenor, todo ello con donosura y muy buen aire.

Reclama un lugar aparte y muy privilegiado su Ensayo sobre la mejoría del Teatro impreso en Segovia el año 1798. Parece, en muchos pasajes, una obra acabada ahora de escribir, y en toda ella brilla como siempre un gran sentido práctico al lado de una sinceridad á toda prueba. El temor de que adquiera el presente estudio unas dimensiones exa-

geradas nos contiene un poco en nuestro deseo de no omitir ciertas noticias; pero en cambio nos anima á producirlas ante el público la idea en que estamos de que habrá lectores que agradezcan unas especies y otros que demanden otras, y así, tomamos un temperamento medio que en general á todos satisfaga. Resumamos los principios que el autor profesa en su *Ensayo*, que son los siguientes:—«Hoy se van »añadiendo eslabones á la cadena impuesta á la ima»ginacion, que tan suya quiere ser siempre en los »poetas: el teatro debe instruir además de divertir y »ser, no sólo tolerado, sino protegido: un buen drama »es el fruto más delicado del árbol de la filosofía: »Madrid, pagando peor, usurpa á las capitales sus »buenos actores: el público aplaude lo malo lo mismo »que lo bueno: las reglas de Aristóteles son hoy inad»misibles y las unidades no fueron por los griegos »observadas sino quebradas en favor de otras belle»zas, sin lo cual se harían intratables muchos exce»lentes asuntos: la tragicomedia trata de las pasiones »sérias acomodadas á sucesos y personajes cercanos »al comun de los espectadores: las situaciones y no »los razonamientos son los que afectan al corazon: »enséñese que la virtud es por sí propia amable como »el vicio abominable, y no se tengan de la virtud »ideas quiméricas sino practicables: á cada paso hay »que apelar de las reglas á la sensibilidad del oyente: »una junta ó tribunal de poetas-filósofos debiera dar »el código de la moral dramática y ni debiera enco»mendarse la censura á los Corregidores, ni ménos á »los actores, pues esto sería *buscar una brocha para*

»*pintar de miniatura:* el teatro está abandonado á las »manos más infelices y así estamos sin buenos dra- »mas, sin actores tolerables y sin música nacional, »cuando la renovacion de los dramas es muy accesi- »ble por la abundancia de materiales que tenemos en »Lope, Calderon y Moreto [1]: procurar buenos dra- »mas y no proporcionar actores hábiles es buscar »buen trigo para sembrarlo en la arena: el deshonor »de los actores perjudica á los progresos del arte: »convendría una Escuela de actores en que se apren- »diese á decir con finura y á dar flexibilidad á la voz, »en lo cual y no en los gritos reside lo afectuoso, y »esta Escuela debería situarse en el Hospital de acto- »res, que sólo utilizan los de Madrid, y costearse con »las dos representaciones que se dan en toda España »para la fiesta de Nuestra Señora de la Novena, á que »sólo asisten tambien los de la Córte: tambien inte- »resára que se estableciesen guardarropías para reme- »diar en parte el gasto de los actores y reducir sus »sueldos, evitándose al paso otros escándalos, y seria »igualmente útil el que se hicieran los ajustes con »obligaciones que hoy no se imponen á los actores y »que contribuirían al buen reparto de las obras.»

No se puede negar una vista muy clara al autor de estos aforismos.

Una prueba de la variedad de talentos de Plano está en la transicion que ahora hacemos desde un

(1) Este mismo pensamiento preocupó á otro aragonés, D. Tomás Sebastian y Latre, el cual publicó su *Ensayo sobre el Teatro español,* razonando su tésis en un discurso y desarrollándola prácticamente con su refundicion del *Parecido en la Córte* y de *Progne y Filomena.*

libro que trata de los comediantes y sus intimidades hasta un poema religioso como el Seno de Abraham. Esta obra fué impresa en Madrid en 1803 y se halla dividida en tres cantos. Contiene el primero la descripcion de aquellas regiones, la aparicion de la Fe, Esperanza y Caridad y los diálogos de la Esperanza con los Profetas y Patriarcas anunciando á Jesus: el segundo la alarma de Luzbel, su arenga á todos los Vicios, su embajada á Prócula para que recabe de Pilatos el que la crucifixion, y por consiguiente la redencion, no se verifique, y la comparecencia de Jesucristo ante aquel y Herodes, el cual le excita á que se declare con algun milagro, á lo cual el Dios-Hombre no contesta: el tercero la defensa que se hace de la puerta del Limbo, la entrada triunfal de Jesucristo recibido por Eva, Agar, Sara, Rebeca y todas las grandes mujeres de la Biblia, la arenga de Adan á Jesus, la voz de Dios que anuncia al hombre su libertad, la bajada á la tierra para contemplar cada uno de aquellos héroes el teatro de sus triunfos, la ida de todos al Calvario en donde les habla Gabriel, y, por término de la obra, la maldicion á los judíos. Pasa esta por la mejor produccion de su autor, y, en efecto, arguye grandes dotes, tiene buena economía y encierra bellos trozos descriptivos, aunque nosotros, despues de todo esto, distamos un poco del entusiasmo con que la encomian los pocos que la leen.

Despues de estos libros es cuando, á nuestro parecer, debió de escribir el Manual del Abogado aragonés, el cual permaneció inédito muchos años hasta

que en el de 1842 hubo en Madrid quien lo imprimiese [1]. Es obra, para aquellos tiempos notable y aun hoy mismo importante, aun cuando haya perdido una gran parte de su interés desde que los señores Franco y Guillen, recien salidos entónces de las aulas, y hoy reputados jurisconsultos, publicaron con buen talento unas *Instituciones de Derecho aragonés,* ya agotadas, y sobre todo desde que dió á luz un *Diccionario* apreciabilísimo el malogrado D. Manuel Dieste, arrebatado poco hace á la vida, cuando la fortuna empezaba á sonreirle. Trata principalmente el *Manual,* y lo hace en quince Títulos, de las personas, tutela, enajenaciones, donaciones y sucesiones, servidumbres, usufructo, viudedad, posesion, prescripcion é hipoteca. Con estilo severo y no indigesto, con fácil erudicion y no rebuscada doctrina, pone á luz muy clara las principales leyes y prácticas del derecho aragonés, y generalmente en toda cuestion concuerda las opiniones de todos los autores, y, cuando esto no es posible, expone concisamente las de cada uno y produce la suya como decisiva. Es además escritor en quien ya asoma cierto criterio filosófico, y, así, casa algunas veces las leyes con las costumbres; por ejemplo, cuando habla de los curadores de los ausentes y de la presunta muerte de éstos á los diez años. Escusado es decir que en su crítica juegan constantemente los más acreditados jurisconsultos, así regnícolas como extranjeros, siendo entre los prime-

(1) En el Establecimiento tipográfico de la viuda de Calleja é hijos: la obra forma un tomo en 8.º prolongado de 262 páginas.

ros los que más á menudo cita Molinos, Portolés, Ramirez, Franco, Suelves, Sessé, Casanabe, Lissa y Bardaji, y entre los segundos Hobbes, Grocio, Puffendorf, Heineccio, Gerardo y cardenal Luca.

VI.

SUS OBRAS DRAMÁTICAS,

Como Plano era, para acometer empresas literarias, un caballero Bayardo, tambien trepó hácia la cumbre del Parnaso por la vertiente más abrupta, esto es, por la que sólo escalan sin vértigos hombres de grande aliento y de genial intrepidez, hombres de la cantera de los Sófocles, Shakspeare, Lope, Corneille, Moliére, Dumas y Víctor Hugo. No es muy hábil de nuestra parte el recordar á estos gigantes del pensamiento para citar al márgen de ellos á del Plano; pero todavía queda á éste la gloria del intento y el no haber sido completamente infeliz en sus osadas tentativas. Cultivó en efecto el género dramático, pues ya se comprende bien que á él aludimos, y escribió, que sepamos, dos tragedias y cuatro comedias. Fuéronle todas aplaudidas, mas no por eso perdió nunca, á pesar de su habitual serenidad literaria, aquel terror que inspira siempre el público al autor

dramático, por muy acostumbrado que éste se halle á los favores de la fortuna. Él mismo lo dijo:

> Converso con Talía
> tal vez mis buenos ratos,
> mas siempre soy medroso
> á pesar del aplauso.

Dejando á un lado algunas obras que, ó no son suyas, ó no merecen mencionarse [1], reseñaremos las seis hoy conocidas; pero ántes advertiremos al lector que, hasta este momento en que nosotros le damos todo este número, nadie creia que hubiese escrito sino dos, *Gombela* y la *Orgullosa*, que son las que Moratin incluyó en su *Catálogo*, y que aun así no sabemos que existan sino en la Biblioteca nacional: las otras cuatro son completamente inéditas y desconocidas, y la primera noticia que va á tener de ellas el público va á ser la que ahora le demos, aunque ya con la concision á que nos obliga la naturaleza de nuestro trabajo.

La primera que escribió fué la DAMA INTRIGANTE. Para calificarla de primera en el órden del tiempo nos fundamos en que, en un Memorial que elevó al rey el año 1795, alega haber escrito el de 1793 una comedia que ridiculizaba episódicamente á los franceses y que el público de Zaragoza recibió con el mayor

(1) Entre sus papeles se hallaban manuscritas dos comedias, la una titulada *Siempre vuelve con clemencia el cielo por la inocencia* y la otra *Angelita ó El Poeta aldeano;* pero si el lector da algun valor á nuestro dictámen, puede tenerlas desde luego por ajenas á del Plano. No son para citados algunos fragmentos y planes de tonadillas, pero conste que tambien en esto se ocupó.

gusto y aplauso; y como precisamente la *Dama intrigante* tiene el papel cómico de Marionetta, encarnacion del tipo francés, en lo que este tiene de ridículo, de ahí el que supongamos que á esta comedia se alude en el Memorial; y, siendo así, no hay otra de fecha anterior en el repertorio dramático de Plano (1).

De ahora para en adelante avanzarémos que el tono de las comedias de este autor no raya muy alto; y lo singular sería que rayara, en una época en que sólo Iriarte reveló ciertos puntos de cómico y en que sólo Moratin hijo escribió buenas comedias (y eso no siempre), habiendo sido la esterilidad tan grande que, al lado de los torrentes de poesía y prodigios de invencion de la escuela de Lope, no se hallaban sino frialdades en los autores de aquel tiempo y aun en los poetas que les siguieron, incluso Gorostiza, hasta que Breton de los Herreros levantó el género y abrió nuevas sendas en los dominios de Talía.

Parece de orígen extranjero la *Dama intrigante* y pasa la accion en Inglaterra: la fábula consiste en lo siguiente:—Eduardo tiene una esposa perfecta en Enriqueta; y, sintiendo demasiada aficion hácia una protegida de esta, llamada Ana, proyecta en secreto

(1) Somos amantes nimios de la verdad, y en fé de ello dirémos que en edad muy temprana, como Leonardo Argensola, se acusa de haber compuesto una tragedia. Juzgando una, titulada *Guillermo*, dice:

No la envidio, porque no
soy de tragedias amigo:
es verdad que compuse una
á los veinte años cumplidos;
pero no habia probado
de otros versos los hechizos.

abandonar á Lóndres para separarse de aquel peligro. La inocente esposa apela á la astuta amante para que sondee al marido, que anda en aquellos dias preocupado y caviloso, y Ana, con perfidia femenina, contesta á los requiebros de Eduardo haciendo la parte de la esposa, con el doble fin de santificarse ella misma y de avivar el amor con el desvío. Un nuevo personaje, Jacobo, regala unas joyas á Ana y esta se las acomoda á Enriqueta para el baile de máscaras, con el objeto de que Eduardo sospeche de su esposa: en efecto, ve Eduardo disfrazada á la que cree su mujer, la encuentra en íntima conversacion con otro, los sigue, dispara contra ella una pistola, y, cuando entra en su casa despavorido, ve que Enriqueta no ha salido de ella y toma conocimiento de cuanto ha sucedido, á cuya relacion contribuye la misma criada Marionetta, que tan cómplice habia sido hasta entónces de las intrigas de Ana.

Esta comedia marcha bastante sueltamente en los dos primeros actos y languidece en el último; ofrece alguna inconsistencia en el carácter de Eduardo, demasiado fácil al amor culpable; tiene escenas demasiado truncadas y en cambio algunos pasajes demasiado ociosos y palabreros; y es exagerada en el recurso de hacer uso de sus armas contra una mujer, precisamente un hombre que no merecia tenerla tan honrada. Pero, en lo demás, ofrece buenas pinturas, animados diálogos y recursos como el del trueque de joyas, que despues hemos visto en comedias tan importantes como *El Hombre de mundo.*

El Sacrificio de Caliroe es un drama trágico en

cinco actos que se representó por vez primera en Valladolid los dias 15, 16 y 17 de Febrero de 1797 con música de D. Fernando Haikens y se reprodujo en Zaragoza el 18 de Enero de 1798 con música de un maestro aragonés, repitiéndose durante seis noches, cosa estraña en aquellos tiempos y aun en los actuales, pero que se explica por el atractivo de la parte lírica, pues la obra iba adornada (segun decian los anuncios), «con música coreada como en la antigüedad, y en algunos pasajes el interés de los sentimientos va sostenido de una música instrumental que acompaña la representacion;» de suerte que debia parecerse á algunos melodramas de nuestros dias, entre los cuales creemos recordar el de *La Aldea de San Lorenzo.*

Escribióse *El Sacrificio de Caliroe* á instancia de un amigo y con ocasion de una oda destinada á celebrar cierta distribucion de premios para obras de arte, una de ellas dibujada con aquel mismo asunto, ya contado por Pausanias y despues aprovechado por Guarini para su *Pastor Fido*, representado en Roma en 1585. La escena es en el templo de Baco, en la Etolia, y el argumento se reduce al amor que el gran sacerdote Coreso profesa á Caliroe, al desaire que ésta le hace por tener ofrecida su mano al vencedor Leucipo, á la maldicion de aquel y la venganza que se promete de los dioses, á la parte de que el reino se encuentra afligido y que Coreso interpreta como castigo de los Númenes, y á las preces é himnos que se dirigen á la estátua de Baco, el cual habla y pide á Caliroe como víctima. No pasamos adelante en el argumento, por-

que sólo llega al tercer acto lo que de este drama se conserva y no queremos aventurar la marcha del autor hasta su desenlace. Los actos son breves y el tercero el mejor; la versificacion tiene de todo, la entonacion dramática es media; pero sorprende que este drama se escribiese en ocho dias, desde el 28 de Diciembre de 1796 hasta el 4 de Enero inmediato. El juicio que mereció á la crítica fué éste en resúmen, que tomamos de *El Diario de Zaragoza* (1): se ponderan el ingénio, gusto, comprehension, ciencia de costumbres, filosofía, númen y sobre todo estilo mágico del autor; se sostiene la originalidad de esta invencion en el teatro español y el no haberse presentado nunca un drama tan semejante á los de Sófocles y Eurípides y que copiase con tanta delicadeza el bello gusto de los griegos; se pondera su lenguaje puro y majestuoso, y se añade (contestando á ciertas objeciones) que, si excitaba la compasion y no el terror, «es porque la exposicion de ciertos vicios de crueldad, traicion y tiranía cuadraban á las democracias, pero no á las monarquías, á quienes debemos amor, respeto y veneracion, que no conviene al teatro ir extinguiendo insensiblemente.»

Tambien se estrenó en Valladolid, segun su autor lo dice en una carta que hemos leido, La Dama de espíritu, que despues, retocada, se tituló *La Discreta.* El autor se propuso imprimir en el ánimo de los espectadores la idea de que el honor debe ser el oráculo de la mujer si quiere resultar discreta; y para

(1) Números del 31 de Enero y 1.° de Febrero de 1798.

eso puso á su lado un amante, por una parte digno de ella y por otra indeciso en su amor, al cual no se abandona por la diferencia de clase: junto á estos dos personajes sérios juegan otros, bien engranados en la accion, que por su color alegre y aun chillon dan á la pieza el necesario aire cómico. Hé aquí la trama: — D. Juan, caballero noble de Aragon, ama á Valera, á quien su poco generoso tio trata de casar con el avaro y santurron Lupercio; pero ella, aunque de Juan no espera ser esposa, desprecia á aquel ricote, así como al frívolo lindo D. Diego, y permanece constante, á pesar de la alarma que viene á infundirle, disfrazada de indiana, una aventurera Blasa con quien tuvo D. Juan en Cádiz algunos devaneos. Para retraer á Lupercio de su pretension, finje Valera unas exigencias de lujo que no siente, pero que determinan al avaro á desistir de aquel mal acomodo: para alejar al botarate de Diego no necesita sino desahuciarle de frente. Con D. Juan se conduce de otro modo: comprendiendo que, aunque inclinado á ella y aunque decidido á protegerla con sus fondos para facilitarle un enlace decoroso, todavía no se muestra dispuesto á darle su mano por razon de clase y por el misterio de que va ella rodeada, le confiesa su estimacion, pero al propio tiempo le despide sinceramente. Se rinde D. Juan al cabo ante aquella virtud, y ella, aun despues de este triunfo, aplaza su resolucion hasta recibir noticias que con ansiedad está esperando: vienen éstas, en efecto, y cuando todos creian que iba á ser reducida á prision, resulta por unos papeles que envia á Madrid el Embajador de

Portugal, que Valera es hija y heredera de un recien fallecido Conde, el cual estuvo muchos años huido y confiscado como reo de alta traicion, pero acaba de ser declarado inocente y reintegrado en sus cuantiosos bienes; con lo cual la boda se verifica en medio del mayor contento.

El carácter de Lupercio está perfectamente acentuado y puede competir con el de D. Marcos del *Castigo de la Miseria:* el de D. Diego, bulle-bulle incansable, y (como allí se le llama) *cumplimentador universal,* es un buen tipo: la escena de Valera y Lupercio tiene gracia: las que versan sobre el juego y las modas son del todo inútiles y aun fastidiosas: la caida y levantada de Juan ante Blasa tiene poco de plausible: el recurso de sacar Blasa una pistola contra D. Juan es pésimo y se ve que el poeta no sabia manejar aquella arma sin herirse.

Ya hemos dicho que esta comedia fué refundida por su autor, el cual mejoró considerablemente la primera version; llamó Engracia á su primitiva Valera, aunque conservándola siempre zaragozana y con nombre muy aragonés; suavizó algunos puntos angulosos, aunque no todos; intercaló algunos versos suyos en una lectura á que se entregan un momento Engracia y Blasa; hizo todavía más delicado el carácter de aquella, y retocó una y otra vez el desenlace.

Mejor comedia que las anteriores y, en nuestra opinion, la mejor de D. Francisco Plano es ADELAIDA, escrita en Valladolid el 1798 para el beneficio de un galan de música, no ejercitado en la representacion

pero muy querido del público (1). Este pié forzado obligó á ceder á ciertas exigencias y á abrir los actos en aquel estreno para nueve piezas de música (entre ellas para final del primer acto, un terceto de Pleyel), supliendo despues el autor á aquel vacío con la creacion de un nuevo tipo, muy original por cierto, el del Doctor Giron. Vamos, segun nuestra costumbre, á compendiar el argumento.

En una granja, orillas del Duero, aparecen Luis y Adelaida en pleno amor; pero viene y lo turba el veterano coronel D. Pedro, que, mareado un poco con sus humos nobiliarios, tiene el proyecto de enlazar á su hijo con una lugareña Baronesa, deliciosamente archiretonta. Llega la tal, servida y á todo momento apoyada con textos latinos por el abogado Giron, y empieza por afrontar y galantear á su prometido D. Luis, y despues por hablarle como mujer que goza sobre él un derecho perfecto, segun se lo tiene consultado su letrado doméstico. Sus impertinencias, los buenos oficios del criado Pascual, las observaciones del amante y la abnegacion de Adelaida que llega á enternecer al coronel, blandean á este un tantico, pero todavía no lo doblan; y, como Luis vive de prisa, propone una fuga á Adelaida, la cual se niega á todo proyecto escandaloso. Pero viene de refuerzo Pascual, disfrazado de capitan indiano y de deudo próximo de la Baronesa; y, de tal manera la lleva el aire, que la hace marchar en el camino de la vanidad é impertinencia más allá de toda meta

(5) Parece que cantaron esta obra Cortina. Benito, Caneda y Tadea.

imaginable, hasta que, aburrido D. Pedro, conviene con D. Simon en el enlace de sus hijos. Mas cuando todo parecia satisfactoriamente terminado, se atraviesa una dificultad no menor, cual es la llegada del labrador Matías, el cual dice á Adelaida que, por ocultar á D. Simon la muerte de su verdadera hija, le habian hecho creer que la que habia muerto era la de aquellos labradores, pero que no era así y que Adelaida era su propia hija. Confía Adelaida este secreto á Luis y renuncia con decision al enlace proyectado; sábelo despues D. Simon y lo comunica á D. Pedro; retira este su palabra á pesar de lo que acababa de decir sobre el valor que para él tenía la virtud; se inmola Adelaida; publica Luis su amor; dispónese Matías á llevarse á su hija; dótala con treinta mil pesos D. Simon, y en esta puja de generosidad, D. Pedro, que es el más noble, no quiere cederles en caballerosidad y concede el nombre de hija á su Adelaida.

Aun sin descender á todos los pormenores de la trama, se ve que aquí hay un colorido franco, una moral sana, unos caractéres simpáticos ó inofensivamente ridículos y una bastante sustancia cómica para nutrir la comedia y para sostener el interés. El tipo de la Baronesa es de alto relieve y recuerda el de aquella linajuda gallega que encartó Eguilaz en *La Vaquera de la Finojosa*; el del doctor Giron es muy acabado y puede competir con el primer pedante de Moratin; el del criado Pascual, disfrazado de matamoros, aunque se inclina á lo grotesco, tiene gran oportunidad para la marcha de la fábula; los demás

son nobles y atractivos y arguyen en el autor un carácter íntegro y honrado.

En el mismo año que la *Adelaida*, hubo de escribirse en Valladolid la *Orgullosa* para el beneficio de Gertrudis Navarro. Esta comedia está fundada sobre una pieza de Destouches, el famoso autor de *Le Glorieux*, fué ampliada á dos actos por Plano y debió de tener en su estreno muy buen éxito (aunque en nuestro sentir no muy merecido), cuando el autor se encariñó con ella hasta el punto de que, una vez restituido á Zaragoza despues de su destierro, la volvió á estirar á tres actos en Noviembre de 1799, habiendo llegado en adelante al honor de que se representase en Madrid y de que tomasen parte en su ejecucion la famosa Rita Luna (que hizo el papel de Rosa) y que los famosos actores Ponce, Manuel Garrido, Pinto y Querol, notable este último en los papeles de gracioso.

La comedia peca un poco de inocente, los caractéres no son firmes, el color es algo chillon y el conjunto es falso. Se reduce todo á que hay dos hermanas, Rosa y Prudencia; aquella vanidosa y soberbia y esta comedida y bien inclinada, aquella protegida por su madre Elena y esta por su tío don Simon, aquella con tres amantes y esta con ninguno, pues aun uno que tuvo, por nombre Angel, se pasó á formar fila con los otros dos, para que á los tres despreciase Rosa en público certámen porque ninguno de ellos tenía títulos nobiliarios como la niña apetecia. Cuando Angel se ve, como sus compañeros mártires, públicamente despreciado, es cuando vuelve

sus ojos á Prudencia, la cual, recelosa y con razon, pero vencida por su tío, le absuelve y le da la mano: entónces, para colmo de dicha y para dogal de Rosa, anuncia D. Simon que su nuevo sobrino es todo un hijo de todo un marqués de buena sangre.

Se ve, pues, que aquí no hay una sóla persona de juicio; ni aun Prudencia, que no debió tolerar la deslealtad perenne é injustificada de un amante; ni aun D. Simon, que no debió rendirse á discrecion á Rosa y brindarla y aun obligarla á que elija entre los tres novios, con peligro de su protegida Prudencia. De suerte que quien triunfa en toda la línea, es Rosa, hasta que suena la campana para el desenlace. Con razon, y no sin gracia, decia ella en las primeras escenas:

En tendiendo yo la red
de una mirada, cayendo
van los peces por encanto:
llena la red, trataremos
de elegir uno; los otros
por desperdicio echaremos
al mar, para las que tengan
mala caña ó ménos cebo.

Pasemos ya á la última produccion escénica de Plano, que fué *Gombela y Suni-Ada.*

Habíase abrasado por completo el magnífico teatro de Zaragoza la noche memorable del 12 de Noviembre de 1778, con el reato de un número crecidísimo de víctimas, entre ellas la primera autoridad del Reino; pero, á pesar de aquel recuerdo funesto y del voto que se hizo de no levantar un nuevo Coli-

seo, construyóse al cabo de algunos años, sobre solar del Ayuntamiento, el que todavía hoy existe como principal en la calle del Coso. Alzóse y decoróse el edificio con tanta priesa y con tan grande ahinco, que desde el principio hasta el fin de toda esa complicada construccion no medió más tiempo que el de un año. Llegó, en fin, el deseado momento de inaugurarse al público, y escogióse para tan solemne acto un dia señalado, cual fué el de la Reina en 25 de Agosto de 1799, y una funcion tambien muy notable, y al parecer escrita de intento por nuestro poeta, que era en aquella sazon el poeta zaragozano. Abrióse la funcion con una Loa alusiva y desplegóse despues un drama trágico en cuatro actos y en verso, titulado *Gombela y Suni-Ada.*

El príncipe bastardo Darma dió la muerte á sus tres hermanos y se coronó rey de Ceilan: pudo salvarse á tal furor su hermana Gombela, buscando un refugio entre los portugueses. Intenta asesinar al usurpador uno de sus guardias y precisamente con la espada del general victorioso Suni-Ada, pero este se defiende de toda sospecha, refiriendo que habia cambiado sus armas en el campo de batalla con un jóven encubierto que le salvára allí la vida: en este jóven y este guardia reconoce Suni-Ada á su amada Gombela. El rey le destituye, le prepara un veneno y le insta á que declare quién es el prisionero: éste, para evitar que su amante apure la copa fatal, se declara emisario de Gombela y el rey le brinda con su amistad para atraerle á su partido. Llegada aquí la accion, se presenta en nombre de Portugal el vi-

rey de Malaca á pedir la persona de Gombela con una carta de esta en la mano, en que declara hallarse en palacio: Gombela entónces se descubre, el rey le quita las cadenas y ella le amenaza con vengar á sus hermanos y derribarle del trono. Pero en este punto asaltan á Suni-Ada crueles sospechas de que el virey trata de casar y reinar con Gombela «para unir en lazo eterno á Europa y Asia,» y sólo se tranquiliza cuando su amante dice al mismo Lopez Sora que ni renunciaría por nada á su amor ni daria su trono á un europeo. En tanto cunde la agitacion, trábase la lucha á las puertas de palacio, y poniéndose Suni-Ada del lado de la revolucion, la hace triunfante: mas del seno de esta victoria le nace el mayor peligro, pues, sabe que Gombela, presa en lo alto del alcázar, ha de recibir la muerte en el momento en que el rey pierda la partida. Óyese en efecto un tiro, pero el estupor que causa es instantáneo, pues aparece Gombela y cuenta que el arma asestada contra ella no habia dado fuego y la destinada por el rey contra sí mismo habia sido más certera.

Este argumento, por más desanimadamente que nosotros lo hayamos contado, creemos que promete al lector un drama de variadas peripecias y de no interrumpido interés; pero se nos antoja que, leido el drama, produciria más de un desengaño. Sin que falten en él algunos pasajes briosos y algunos momentos felices, en general tiene cierta frialdad clásica y cierta dislocacion de escenas que lo hacen desmayado é impoético; se repite mucho y sin embargo se desarrolla poco, y, en suma, faltan aquella traba-

zon, aquella concatenacion de que resulta la verdadera unidad. Algunas veces trae este drama á la memoria obras anteriores y posteriores á él, pero sin que arguyan que fué imitador ni imitado nuestro autor: nos referimos ahora á la usurpacion del trono por medio del asesinato, que tan de resalte se ve en el *Hamlet* y en el *Macbeth,* y al peligro de muerte corrido por Gombela, que en nuestros dias hemos visto como principal fundamento de la obra en la *Campana de la Almudaina.*

El drama se repitió en Zaragoza el dia siguiente al de su estreno, sin que nos consten de él otras representaciones: debió de ejercitarse despues en la córte, á juzgar por el reparto, que fué entre la Rita Luna y los actores Julian de la Peña, Rafael Perez, Antonio Ponce, Antonio Pinto y Luis Navarro; y finalmente se imprimió en Madrid el año 1800 en la oficina de D. Benito García.

VII.

SUS POESÍAS.

Por lo que toca á las *Poesías sueltas,* seccion numerosísima y variada, empezamos por buscar las impresas, y, aunque no nada fácil el hallarlas, como que estaban en general depositadas en añejos y ya olvidados periódicos, conseguimos con algun trabajo

nuestro objeto; pero, siendo muchas más en número, y tambien en interés las inéditas, nos dimos á su persecucion, y al cabo de años pudimos disfrutar un volúmen formado y coleccionado por una persona competente en las letras, como que ella misma era un escritor, malo ó bueno, y desde luego un aficionado de primera.

Era este tal D. Rafael José de Crespo, nacido y fallecido en Alfajarin los años 1779 y 1842, Regente en varias Audiencias, autor de *Fábulas* y *Epigramas*, imitador infeliz de Cervantes en el *D. Pápis de Bobadilla*, traductor conciso del *Arte Poética* de Horacio, bibliógrafo apreciable y, como tal, poseedor de una librería reunida á gran coste que fué no hace muchos años disipada (1) y en la cual se hallaba, entre otros libros, un tomo de poesias manuscritas de Plano. Habíalo formado Crespo sobre un códice autógrafo que compró el año 1814 en una librería, y de él trasladó, unas veces de su puño y otras por medio de su amanuense, las poesías que, sin órden y en borrador primitivo, sacaba con pena de aquel revuelto in-folio (2): ese traslado, unido y encuadernado en

(1) Alguno de sus libros más importantes ha venido á parar á buenas y conocidas manos: por ejemplo, ha caido en las del escritor fuerista D. Luis Franco y Lopez una magnífica coleccion de *Fueros*, bella obra caligráfica adornada de ricas miniaturas, que creemos pertenecer al siglo XV, aunque no dudamos que otros le concederán mayor antigüedad.

(2) Si alguna obra hubo allí advenediza, Crespo la señaló al punto, como sucedió con una titulada *Adan en compañía*, en que puso la siguiente nota: «Esta poesía no es de Plano, sino de D.ª Leonarda de Béjar, que de edad de diez y nueve años murió en 1808: yo la traté, le dí lecciones de poesía, sé que esta es suya y la ví escrita de su letra, aunque aquí se ha copiado de entre los papeles de Plano.»

pergamino, pasó de Crespo á su sobrino el presbítero D. Francisco Rabedan, y de éste, por compra, á don Joaquin Lopez Bernués, que es á quien nosotros lo hemos debido, habiendo doblado este favor el sentimiento que nos ha causado su prematura muerte ocurrida en 16 de Julio del año 1876.

Cuando creimos que con ese códice teníamos ya cuanto nos era necesario, y cuando por otra parte nosotros ya poseíamos un par de comedias y algunas obras sueltas debidas al escritor Sr. Dieste, además de haber encargado á la Biblioteca nacional la copia de otras dos obras escénicas, vinieron á nosotros rumores vagos de que todavía existian en Madrid más papeles en poder de los actuales sucesores de nuestro poeta (1). Excusado es decir cuánta fué nuestra curiosidad y cuánta nuestra diligencia hasta conseguir examinarlos: allí encontramos dos comedias más, el poema del *Hombre* y un crecido número de poesías inéditas, quizá las más inspiradas de la coleccion. Con todo este apresto dimos por terminadas nuestras investigaciones y nos creimos en disposicion de redondear esta biografía que ya teníamos trazada de primera intencion. Pasemos ahora á indicar, no todas, pero sí las más importantes poesías sueltas.

Arte Poética escrita en 1784 en forma de epístola en tercetos y con el abandono propio del género: va

(1) Existian, en efecto, muchos borradores y copias de las obras de Plano en poder de su sobrino segundo el ilustrado Sr. D. Simon Marqués, y á él y á su hermano político, el antiguo alcalde de Zaragoza y antiguo amigo nuestro D. Simon Gimeno, debemos el haber disfrutado todos esos papeles y haber copiado muchos de ellos.

exornada de algunas notas, tiene buenos trozos y revela gran gusto, aunque en su composicion es desigual: merece leerse.—*Epístola á Fabio* fechada en 1785 y de la cual ya se ha hablado: pieza de valor literario y que tiene el picante de su carácter polémico.—*Eglogas,* una en sextinas, incompleta y titulada *Corona de Amor*, y otra en tercetos escrita en 1784 y titulada *Aminta en el Ebro*: las dos valen á trechos, pero es muy superior la segunda, de la cual, despues de motejarle otras composiciones, le decia á Plano un amigo suyo, poeta de Valencia, que podia competir con la primera de Garcilaso.—*Canciones* para distribucion de premios en la *Sociedad económica* de Valencia, para inauguracion de la *Academia de Bellas Artes* de Zaragoza; para la traida de aguas por el *Canal Imperial*, pieza que hubo quien calificó exageradamente como último esfuerzo del arte; para *Laura,* á quien consagró tres de sus más preciadas obras, y es por donde más se conocía á Plano, pues dos de ellas fueron impresas en un periódico de Zaragoza el año 1840; para cantar la *muerte de Pignatelli*, obra inferior al asunto: para pintar la *Epidémia de Zaragoza* en 1785, pieza en que la exactitud minuciosa daña á la elevacion poética; para encomiar á la pianista *Dorila,* en lo cual emplea el autor vivaces pero mal gastadas tintas; y para otros cien asuntos que nos ocuparian demasiado (1).—*Sátira del Matrimonio,* que el autor fué

(1) Se ve que no hubo tema propio de Zaragoza que no redujese á números métricos, lo cual indica que él era realmente el poeta de la Ciudad: hasta para anunciar algun beneficio teatral se ven versos

ampliando y despues recortando, en términos de haber escrito mil cuatrocientos versos, aunque luego la atajó en cerca de seiscientos.—*Juguetes críticos,* série de seis de ellos, titulados *El Magismo*, *Los Literatos del siglo XVIII, Los Abogados, La Ciencia del Teatro, El Matrimonio,* (que suponemos ser la sátira citada), y *La Crítica del Crítico,* que creemos sea la *Sátira de los falsos críticos.—La Memoria de Galatea;* que está muy por debajo de su fama y que dicen gustó mucho á Melendez.—*Salicio* y *Amor,* interesante por ser autobiográfica y que se imprimió en coleccion con la anterior y con otras como el *Sol,* la *Tempestad* y el *Setiembre,* no destituidas de mérito y apreciables por su energía descriptiva.—*El Stabat Mater* admisible como traduccion y en algunos momentos lleno de belleza.—*Sátiras* y *Epístolas* várias, de corte clásico y no escaso ingenio, algunas sin título, otras incompletas, todas escritas al volar de la pluma.

Esto en la region endecasilábica; que luego, en las llanuras risueñas en donde brotan abundantes y fáciles las flores, Plano escribió jugando muchos versos, que por ventura le salieron más limpios, más poéticos y tal vez más bien escritos que los que escribia de pensado. Deben colocarse á la cabeza de esas composiciones ligeras unas *Quintillas á Clori,* capaces de hacer pareja con las de Gil Polo, que es cuanto

suyos, y desde luego lo eran los que ostentaba el telon de boca: son curiosas por su valor local sus anacreónticas *A unos ojos* y *Al tiempo*, de las cuales deducimos lo concurrido que era entónces el soto emplazado sobre la confluencia del Gállego en el Ebro.

hay que decir en su elogio, si es que á nosotros, ordinariamente severos, no nos ha cegado alguna pasion en favor de ellas: es tambien muy buena una *Epístola* en décimas dirigida á D. Pedro Pichó, de gentil talante satírico y de una facilidad agradable: y son recomendables un buen número de *Anacreónticas*, unas referentes á sí propio, otras de amores puramente imaginarios, otras descriptivas, y todas de un carácter muy espontáneo y natural.

En el grupo epigramático ha dejado una cincuentena de sonetos sumamente desiguales; pero basta que entre ellos haya una docena buenos, y, entre estos, unos pocos de primer órden, para que merezca la calificacion de sonetista, y ya sabe todo el mundo lo que significa hacer un sólo buen soneto, cuando dentro de casa tenemos á los Argensolas que llevan fama en esto, y sin embargo, aun en los mejores suyos, no sería difícil encontrar más de una tacha.—En los epigramas puros, á pesar de la innegable agudeza de Plano, se halla la misma desigualdad; pero más de la mitad de los suyos tienen novedad y gracia, cosa que puede decirse de pocos epigramatistas. Añadamos que tambien escribió algunos en idioma latino; y esto del idioma nos recuerda otro empeño de Plano, que fué el escribir en dísticos á la latina, empresa que apenas lograron sino Villegas en el siglo de oro y D. Sinibaldo Mas en el nuestro, y que Plano realizó con mucha fortuna en un fragmento que conocemos, cuyo primer dístico es

Haya novedades, que cansa siempre lo mismo:
Para alegrarnos, vaya de metro nuevo.

VIII.

SU MÉRITO POÉTICO.

Esta nos parece la ocasion más adecuada para fijar con mayor precision que hasta aquí el mérito poético del poeta zaragozano. De tal suerte hemos acostumbrado á nuestros lectores á la idea de que fué un autor desaliñado ó prosáico, que tal vez sucedan dos cosas: que nos tengan por injustos detractores los que adoraban de oidas á Plano, ó que supongan que no van á hallar una estrofa verdaderamente poética los que nos concedan algun buen gusto literario. Pero nada de esto es exacto: nosotros hemos sido modestos, porque, identificados con el poeta á quien dábamos á luz, le considerábamos en cierto modo como cosa propia, y temíamos que la pasion nos arrastrára demasiado en su favor; mas no consentíremos tampoco que se le niegue un lugar honroso en el Parnaso, y creemos por el contrario que él era capaz de grandes vuelos y que, si serpeaba á veces por la tierra, era porque escribia sin cumplimientos, y porque, como él lo dice con frecuencia, escribia principalmente para sí mismo.

Sobre su facilidad y sobre su manera de escribír á todo el correr de la pluma, creemos que no cabe duda racional; pues, aunque él dijo en alguna parte:

A cada verso que arranco,
parece que escupo un diente,

se ve que esta frase es una de esas mentiras poéticas que se emplean por seguir el hilo de la composicion, principalmente si esta es satírica. Pero consta por una de sus poesías, que escribia de improviso con piés y asuntos que le daban en las tertulias; se sabe (á lo ménos él lo asegura) que hizo en una noche, la del 25 de Diciembre de 1784, toda su larguísima égloga de *Aminta en Ebro*; es tambien conocido que en ocho dias pensó y escribió una tragedia; está por él consignado el breve tiempo en que compuso de primera intencion su extenso poema sobre el *Hombre*, en el cual habia que estudiar y escribir simultáneamente; y, en fin, ahí está el gran número de sus producciones (que no tienen cuento, si en él entran las que hizo al menudeo) y por ellas y por todo esto y por el trabajo de recomposicion con que á veces volvió de arriba á abajo, alargó y encogió muchas de sus obras (1), se deducirá que él sembraba versos á todo el galope de su inaprensiva fantasía.

Únase, pues, esta incontinencia al descuido con que uno obra cuando ni teme ni espera del público

(1) Hemos visto de una comedia suya tres copias, las tres con diversas lecciones y aun con diferente número de actos: lo propio hizo con el poema del *Hombre*, con la sátira del *Matrimonio* y con otras piezas; pero la misma rapidez con que fueron hechos los pasajes corregidos, es la que se nota en las correcciones: él siempre trabajaba de prisa y trabajaba de composicion hasta al copiarse.

y quizá escribe solamente para sí ó para algun amigo; y tómese tambien en cuenta el desmayo poético que caracterizaba hasta cierto punto á aquella época, y de que Moratin ofrece repetidos testimonios en sus comedias y, por ejemplo, en su vulgarísima composicion al pintor Goya, y habremos encontrado la explicacion de las negligencias ó desaseos de Plano, el cual, sin embargo, sostenemos que sabia ser poeta cada y cuando le placia.

Léanse, sino, desde el principio hasta el fin las dos canciones que empiezan

Rendido al peso de mi odiosa vida...
vivia yo de amor tan descuidado;

estúdiense aquellos sus todavía mejores sonetos, sonetos que igualan si no exceden á los mejores de los Argensolas, cuyos primeros versos son

Cuando de mano rústica regido.....
mis tres potencias hoy contra mi vida.....
estas humildes lágrimas que siento.....

paladéense sus bien sentidas y gallardas quintillas á *Clori;* véase la entrada del *Apólogo de los Mochuelos* digna de Lupercio Leonardo á quien imita; penétrese en el género satírico en donde él luce sus más naturales dotes; y se verá que el autor de todo aquello tiene una alma de poeta y una lengua de poeta.

Dentro del tono medio que exige la Bucólica, poco puede pedirse ni en el giro poético ni en la diccion, á estos versos de la *Egloga Aminta*

Si no es que ya, nuestra amistad extinta,
olvidas el amor que me has debido,
y mi voz te comienza á ser distinta

de aquella que ántes resonó en tu oido,
¿cómo puede mi fe ser sospechosa
en quien por tan segura la ha tenido?
Dafni es quien te habla: suya es la piadosa
mano que miras á la tuya asida:
no la apartes esquiva y desdeñosa.

Nadie negará sensibilidad y naturalidad, felizmente hermanadas, á este apóstrofe:

¡Oh sitios deleitosos,
márgenes del Canal, prados ombríos,
do habitan silenciosos
tantos sollozos y suspiros mios!

Hay precision y vigor en esta estrofa del *Stabat*

Al hijo, de sus ojos dulce prenda,
desfallecido, desangrado mira,
haciendo al padre ofrenda:
y porque su dolor no se suspenda,
los ojos de él no aparta hasta que espira.

Aunque no intachable, es moral, científica y poética la siguiente estancia tomada de una *Carta á Elisa*

No cual adelfa seas,
que en carminadas hojas disimula
el licor ardoroso y corrosivo
que en su caña circula.
Al clavel sigue si agradar deseas,
cuyo hermoso atractivo
en el torrente de su aroma activo
la esperanza asegura
que prometió á la vista su hermosura.

Véase cómo expresa el íntimo dolor que le agobia en su destierro y el desquite que busca en sus trabajos literarios. Dice á la *Meditacion*

El furor de los hombres no podia
privarme de su amable compañía,
no me queda en el ámbito del orbe
otro bien ni otra prenda: lo restante
el violento naufragio se lo sorbe.

y luego á las *Musas*

Si engaño mi dolor, si mi memoria
con vuestro influjo del pesar desvío,
el premio disteis al trabajo mio;
otro interés no quiero ni más gloria.

y en otra composicion á la duquesa de Alburquerque

¡Oh cual libre cantaba en la bonanza
el dulce bien de mis alegres dias
sin ver peligro ni tener mudanza!
Por no tratadas ni pensadas vías
llegó con veloz paso fatal hora,
que ocaso fué de las venturas mias.

IX.

SU MUERTE.

En los diez años que todavía vivió despues de su destierro, ya no trabajó con aquel ardor que era propio de su aplicacion y su carácter, ni salieron de su pluma aquellas poesías sueltas que traducian sus

amores, sus impresiones estéticas y sus pasioncillas literarias. Más sazonado en edad, más circunspecto despues de sus reveses de fortuna y quizá más atento á su conveniencia particular, debió de consagrarse muy sériamente á las tareas del foro, pues consta que apénas tuvo otros afanes y que nunca faltó á estrados, á pesar de la extrema cortedad de su vista, que le hacia casi ciego. Avínole esta desgracia como reato de una perlesía, y, habiéndose prestado á que le operasen de catarata, no supieron batírselas, ni él pudo ya ir á París como pensaba, pues fué atacado de unas tercianas sincopales, que en ocho dias le llevaron al sepulcro (1).

Sobre la fecha fija de su muerte nos han asaltado algun tiempo tantas y mayores dudas que sobre la de su nacimiento. No nos ha perdonado una sola dificultad esta biografía, pues apénas hay en ella un punto importante, en donde no se haya puesto á prueba nuestra constancia y en peligro nuestro discernimiento; pero somos contentos de que así haya pasado, pues en cambio podemos ofrecer al lector un caso tal vez nuevo, cual es el de hallarse en oposicion dos documentos igualmente oficiales, respetables é

(1) Consignaremos por nota la casa en que murió: fué la que hoy lleva el número 20 en la calle de S. Jorge, en donde la tradicion dice que estuvo la Maestranza; y por si el nombre de esa calle cambia como puede suceder (pues está interrumpida por una plaza-mercado que debe dividirla en dos) añadiremos que esa casa está frente á otra grande que se llamó *del Comendador* y que hace algunos años es Escuela pública de las que sostiene el Ayuntamiento.—Lo que no podemos precisar es la casa en que nació Plano, pero lo que sí nos consta es que vivió en la calle Mayor, cerca de la de Argensolas.

inconcusos y el de haber de fallar nosotros contra el uno de ellos, que es precisamente el que suele hacer fe incuestionable en la materia. Todos convienen en que Plano murió en 1808 (1), pero discrepan unos y otras en cuanto al mes y dia: lo sorprendente es aquí que, despues de averiguado por nosotros que el fallecimiento ocurrió en la parroquia de S. Lorenzo y despues de obtener de ésta la partida de defuncion, documento al parecer sin réplica, nosotros, no sólo hemos vacilado entre él y otro tambien muy respetable, sino que hemos concluido por dar á este último la preferencia. Aquella partida dice que Plano murió el 26 de Mayo y que otorgó su testamento bajo aquella fecha; y esta declaracion, no sólo tiene su valor propio por la índole del documento, sino que precisamente se halla extendida por el Párroco que asistió á aquél en sus últimos momentos y que fué además uno de sus dos herederos fideicomisarios. Hasta aquí esa fecha, consignada tambien en el retrato que posee el Colegio de abogados (2), es, como se ve, indiscutible, mucho más si se tiene en cuenta que en el libro

(1) D. Braulio Foz es el único que dice que murió por los años de 1805, pero se ve que habla dubitativamente y de memoria, y despues lo hace en un libro en que el nombre de Plano viene citado muy por incidencia; sobre que, despues de todo, es fácil que allí haya una errata de imprenta, de las cuales abundan, no sólo la obra á que nos referimos, sino todas las que Foz imprimió: una de texto le fué aprobada por el Consejo, y fué á condicion de que se reimprimiera.

(2) Ese retrato lleva la siguiente inscripcion: «D. Juan Francisco del Plano, célebre jurisconsulto aragonés, distinguido orador en el Foro de Zaragoza y en el de Valladolid. Murió en 26 de Mayo de 1808, á los cuarenta y seis años de edad.» Aquí hay tres contradicciones con nuestras noticias: el foro de Valladolid, el mes de Mayo y la edad que alcanzó Plano.

parroquial la partida de Plano está entre las de Camilo Español y Agustin Biscos, que murieron respectivamente en 7 de Mayo y 24 de Junio. Pero acudiendo al protocolo del notario de aquel tiempo, D. Martin Burillo, resulta que el testamento se recibió en 26 de Abril, y, constando en la partida que el dia del testamento fué el de la muerte, resulta ésta en contradiccion con el registro parroquial. Ahora bien: en recta crítica ¿qué redaccion debe preferirse? Para nosotros no tiene duda que la material, ya por el mayor cuidado con que esos instrumentos se trabajan, ya porque se calendan el mismo dia en que se escriben. En nuestro concepto, lo que allí ocurriria (y esto no pasa de ser una conjetura que abandonamos al juicio de nuestros lectores) es que la partida de defuncion no se estenderia en el acto, sino pasados pocos dias, los pocos que se necesitaban para entrar en Mayo, y entónces era muy fácil deslizarse el nombre del mes en que ya se habia entrado y en que se estaba viviendo. Para nosotros, pues, Plano murió en 26 de Abril de 1808; y despues de haber hecho nosotros este ajuste, han venido á robustecerlo dos nuevos documentos, el uno la diligencia extendida en el Colegio de abogados sobre registro póstumo de papeles que se verificó el 27 de Abril y habla de la muerte ocurrida *ayer*, y el otro la fecha de 27 de Abril estampada (con un dia de error) por el alguacil Casamayor que anotó dia por dia durante cuarenta años los sucesos de Zaragoza.

La partida de óbito consigna que Plano falleció de unos cuarenta y nueve años; que recibió los Santos

Sacramentos; que testó en el dia de su muerte y que fué enterrado á tres actos en el siguiente y en aquella parroquial. Al presente ya puede decirse aquello de

«Casas, jardines, Césares murieron,
y aun las piedras que de ellos escribieron»

pues la iglesia de San Lorenzo fué derribada en los dias de la revolucion de 1868, para agrandar una plaza y convertirla en Mercado, y desde entónces ha desaparecido hasta el último indicio de los restos mortales de del Plano.

Su testamento fué ante los testigos D. Miguel Mir y D. Antonio Nasarre de Letosa, y se reducia á la protestacion de fé, la manda al Hospital, la legítima foral á sus parientes y la institucion de herederos fideicomisarios en favor de los presbíteros D. Nicolás García y D. Miguel Perez Otal, á quienes encargó la *declaracion* y disposicion de sus bienes en la forma que les tenia comunicada. Esa declaracion, que es verdaderamente la sustancia del testamento, se hizo el 8 de Octubre y se redujo á lo siguiente: que el entierro fuera sin pompa y sin toque de campanas, aunque, como se ha visto, fué de tres actos; que las misas fuesen las que ellos y su hermana Micaela dispusiesen; que se diese un reloj á cada uno de sus sobrinos Juana y Alejandro, unos libros al ilustrísimo Sr. D. Benito de Hermida y una gratificacion á los criados y asistentes; que fuese para su hermano Fermin la biblioteca, para él y Micaela los muebles y alhajas de la casa y el tercio de la herencia, y para ella sola lo que se hallase en la habitacion y gabi-

nete del testador y los dos tercios de la herencia *ante partem*, y aun así no podia pagarla lo que merecia, «pues conocia haber debido los dias que habia vivido, en especial despues de su accidente, al contínuo cuidado, desvelo y estudio en observarle.» A esto se reducia la última voluntad de Plano y á la extensa enumeracion de lo que le adeudaban sus litigantes, y á alguna disposicion de familia que la prudencia aconseja no poner de manifiesto [1]. En cuanto á los papeles judiciales que en su poder se hallasen, el Decano del Colegio comisionó al Doctor D. Mariano Villava para que los recogiese; pero era Plano tan diligente en el despacho, que, á pesar de ser en aquel año abogado de pobres, no se encontró papel alguno atrasado en su despacho.

X.

CONCLUSION.

Hemos acompañado á Plano hasta su tumba y llegado al término de nuestra tarea. No blasonamos de haberla desempeñado con acierto, pero estamos satisfechos de haber producido muchas noticias nue-

(1) Debemos el conocimiento de estas disposiciones testamentarias al celoso é inteligente archivero notarial del Colegio de Zaragoza don Angel María Pozas, á quien hemos acudido, y no sin éxito, para que nos auxiliára en esta parte de nuestra tarea.

vas, y hasta cierto punto de haber creado por completo la biografía de aquel buen ingenio. Repetimos el temor que ya atrás hemos insinuado: quizá, sobre todo fuera de Aragon, los que lean sus versos consideren superior á su mérito nuestra censura; pero aunque esto nos honraría en cierto modo, no podemos consentir ningun honor que redunde en daño de aquel escritor. Le hemos retratado como hemos sabido, pero siempre con toda la imparcialidad á que nos tiene acostumbrados nuestra larga carrera literaria: nuestro juicio ha sido en general favorable, pero merecido. Plano fué querido y admirado, lo mismo en Valladolid y en Segovia que en Zaragoza y en Valencia; honráronle con su aprecio personajes tan altos como D. Jorge Juan Guillelmi y el duque de Alburquerque; hicieron elogios de sus obras poetas como el gran Melendez y el descontentadizo Mor de Fuentes (1): fiaron otros á su pluma la correccion de sus libros, como el canónigo Escoizquiz; cantaron otros sus méritos poéticos, aunque á la verdad lo hicieron en lira mal templada; consideráronle todos como un gran abogado, y aun como un gran político y filósofo; dijeron de él otros que era de los talentos mayores que se han conocido en vários estudios (2); profesaron gran estimacion á su persona y á sus ver-

(1) ¡Quién no conoce á este aragonés de recia condicion y duro orgullo, autor de las *Estaciones* y de *Serafina*, de varias comedias y zarzuelas, de *Sátiras* á Bonaparte y Godoy, de *Elogios* á Gravina y Fernando VII, de *poesías* en todos los idiomas y de un *Bosquejillo* de su vida!

(2) Casamayor en sus *Años políticos é históricos*.

sos literatos de tan gran talento como D. Eugenio Tapia que le trató en Valladolid (1); tuviéronlo como digno retoño del tronco de los Argensolas los más rígidos críticos aragoneses de nuestros dias (2), y llegó en fin á granjearse tal opinion póstuma, no sólo en Aragon sino en España, que su sólo nombre despertaba en todos un sentimiento compuesto de admiracion y de cariño. «*Su sólo nombre*» hemos dicho al acaso, y hemos escrito con eso una frase llena de exactitud sin haberlo intentado; porque ese afecto nacía, más bien de la tradicion que de ninguna otra prueba positiva: nadie en nuestros dias sabia nada de él, nadie habia leido nada suyo, nadie habia hecho estudios sobre su vida y obras (3), y, sin embargo, todos le tenian en gran estima, sea por instinto, sea por seguir el eco de la merecida fama que supo ganar entre sus contemporáneos.

Los actores suelen quejarse de que, una vez desaparecidos de la escena, todo se va con ellos y no dejan trás de sí el facsimile de sus creaciones como los poetas ó los pintores; pero han meditado poco en

(1) Debemos esta noticia al laborioso y conocido poeta D. Gaspar B. Serrano.

(2) Los Sres. Lasala y Foz, el primero al publicar el *Beso á Flora*, y el segundo en una nota á su *Filosofía de Aragon*, nota que, citando el *Seno de Abraham* y las *Memorias de Galatea*, dice exageradamente que «es más poeta que Melendez y lo que tiene de bueno es mejor que lo de éste; al ménos hay en su poesía más naturaleza *(sic)* y expontaneidad.

(3) Nosotros mismos, á pesar de nuestra aficion y hasta de nuestra obligacion de saber algo en estas cosas, estábamos hace algunos años tan ayunos de noticias, que cuando se nos pidieron para la coleccion del Sr. Cueto, nos declaramos ignorantes de ellas, por ser muy pocas las que teníamos.

esto, porque la reputacion que ellos tengan á la posteridad va creciendo, como todo crece con el tiempo, y se conserva siempre pura, porque ya no puede ser discutida; miéntras que el escritor da á censo perpétuo sus obras, sin que jamás prescriba el derecho de la crítica, y hay autores que, como Feijoo y Voltaire, lo supieron todo y lo dijeron todo, y la crítica les pide el despropósito de que supieran lo que habia de saberse en los tiempos venideros y, concediéndoles una estátua, pide que al pié de ella se destruyan las obras con que la conquistaron. ¿Hubiera ganado del Plano con ser mirado á esa tibia luz que hasta aquí le iluminaba, sin exponerlo al foco de luz de la gran publicidad? No nos atrevemos á dar solucion á esta pregunta; pero si sus obras legitiman y aun aumentan su crédito literario, habremos trabajado por la gloria de Plano, y, si así no fuere, siempre habremos trabajado en provecho de la literatura.

JERÓNIMO BORAO.

POESÍAS DIDÁCTICAS.

EL MATRIMONIO.

¿Conque despues de haberlo meditado
Con una y otra reflexion prudente
Se ha resuelto que debo ser casado?
Esto lo habeis pensado sériamente
Y en esa junta amiga ó parlamento
Súplica la sentencia no consiente.
El fallo no me deja muy contento,
Pero si las escusas alegadas
No pudieron moveros del intento;
Si las razones sólidas ya dadas
Por las que no seguí vuestro consejo
Son por vuestra eleccion desestimadas
Mi tenáz resistencia dócil dejo,
Y á vuestro parecer abandonado
De mi capricho ú opinion me alejo:

¿Decís que debo ménos obstinado
Mi cuello indócil alargar al yugo?
Ya le someto: quiero ser casado.
Mas ya que este consejo darme os plugo,
Sabed que á consultar vuestra prudencia
Como á seguro oráculo madrugo.
Debeis tener un poco de paciencia,
Y pues á un laberinto soy llevado
De vuestro parecer por la inclemencia,
El hilo me dareis conque guiado
En su confusa oscuridad supere
Los próximos peligros en que he dado.
Una ha de ser no más la que eligiere
Para mí inseparable compañera;
La ley lo manda; la razon lo quiere.
Aquí es donde tropiezo de manera
Que no puedo mover el pié dudoso.
¡Oh temible eleccion, eleccion fiera!
¡Cuánto mejor sería al seno undoso
Fiar la frágil nave sin destino
Que un camino emprender tan escabroso!
No imagines que sueño ó desatino,
Porque teniendo este lugar mujeres
Más que letras el grande Calepino,
Aunque con dedo avaro las numeres,
Estará la eleccion ménos dudosa,
Pues las hay á cuál dejas y cuál quieres.
Pero esto es lo peor que hay en la cosa,
que, habiendo de ser una la elegida,
Se ofrezca multitud tan prodigiosa:
Ya con la reflexion más detenida
He corrido las clases diferentes
De mujeres de todo estado y vida:

Tomé ya las medidas más prudentes
　　Y de esta poblacion los anchos senos
　　Recorrieron mis ojos diligentes:
Los he encontrado de mujeres llenos
　　Y no sabiendo á dónde echar la mano
　　La retiré, porque del mal el ménos.
Consideré que el caso no es tan llano
　　Que á la resolucion pueda arriesgarse
　　Sin consultar á Sócrates y á Ulpiano:
Ambos en el asunto han de mezclarse
　　Para que el matrimonio dirigido
　　Sea hasta no poder desacertarse.
Ved ya lo que me tiene confundido,
　　Ved la causa por qué vuestro consejo
　　A práctica no se halla reducido.
Contened vuestra risa ó sobrecejo
　　Si juzgais que deliro; y entre tanto
　　Las razones oid por que me quejo;
Porque no puede un hombre, á no ser santo,
　　Metido en confusiones semejantes,
　　Hacerse el insensible á tal quebranto.
Mujeres en verdad hay abundantes:
　　Oigo que me decís que por qué dudo:
　　¿No las hay de partidas relevantes?
Tened paciencia: dióme un estornudo
　　El diablo del tabaco sevillano
　　Al ir á responder. Ya le sacudo.
Mujeres hay que sobran, esto es llano.
　　¿Y cómo si son buenas? No podría
　　Dudar en ello el más rústico aldeano.
Las hay de muy alta jerarquía
　　Las hay tan buenas y sobresalientes
　　Que eso mismo movió la duda mia.

Son majas é industriosas, son prudentes,
Y son dóciles; no pican en avaras;
Tienen así mil prendas excelentes:
Y, aunque no las tuvieran, si sus caras
Vieses con el adorno y compostura,
Más indeciso ó como yo te halláras.
Algunas hay tan majas que es locura
El que un hombre se ponga á celebrarlas.
¡Pero cómo lo son! con qué cordura!
Si te fuera posible registrarlas
En su interior no pienses que hallarías
La vanidad que en lo exterior. Mirarlas
Sin excitar tu llanto no podrías
Porque sus tiernas carnes más llagadas
Que en un anacoreta las verías.
Camisas ya mil veces remendadas
Que ásperas por los fieros costurones
No parecen cosidas, sino atadas,
Súcias como mandil de lamparones
Que entregan los robustos sacristanes
En dias de solemnes procesiones:
Calcetas (si las hay) cual cordobanes
Antes de haberlos ya domesticado
Del zurrador prolijo los afanes.
Y su sayo interior no es delicado
Por su materia y ménos por su hechura:
Su abuela lo extrenó de otro estropeado.
Así que de sus carnes la blandura
Saben con una heróica resistencia
Domar con el tormento y la amargura.
Por afuera todo es magnificencia,
Más por adentro un cuadro de San Bruno
No te puede inspirar más penitencia.

Ved si un medio podrá más oportuno
De ocultar la virtud facilitarse.
Cubrid, decia Cristo, vuestro ayuno,
Lavándoos la cara; no ha de darse
Lugar á que en la pálida tristeza
La mortificacion llegue á asomarse.

. . . .

. . . .

¿Quién no se pasma, amigos mios, de esto?
Y dirán que son vanas las mujeres
Porque va su exterior algo compuesto?
Preguntadlo á los ricos mercaderes,
Dirán que todo no les ha costado
Valor de una docena de alfileres.
Debemos dar por hecho muy sentado
Que de la vanidad del sexo hermoso
Piensa el mundo con juicio preocupado.
Hombre soy y por Dios no melindroso,
Pero si yo arrimára á mi pellejo
En vez del sútil lino en que reposo,
O de la holanda limpia como espejo
Que circunda mi cuerpo, aquella estopa
En que envueltas con próbido consejo
Hácia la penitencia viento en popa
Van esos barcos cuya vela avara
Luce en los aires con tan fina ropa,
Digo que si á mi cuerpo la arrimara
No gritára Perilo allá en su toro
Con la pena y dolor que yo gritára:
Porque, ¿qué capuchinas en el coro
Se mortifican más que algunas de estas
En el paseo entre la seda y oro?

Son, pues, impertinentes, son molestas
Contra las hembras las declamaciones
Cuando á la vanidad son tan opuestas.
La industria que yo advierto en sus acciones
Es otra prenda en ellas tan frecuente
Que no lo es más, ni aun tanto, en los varones.
Mil veces he pensado sériamente
Que si las sociedades se formasen,
Excluido el hombre, de hembras solamente,
Era entonces preciso que lograsen
Llevar la industria al grado aquel de donde
No hay fuerza para que los nuestros pasen.
¿A quién el arte nuevo se le esconde
Que las mujeres usan, con prudencia
Que á su capacidad no corresponde?
Setenta años cumplió la tia Paciencia,
Veinte tiene de viuda, y de baldada
Lleva sus diez: maldita la asistencia
Que tiene por su gente, ni auxiliada
Se mira por los brazos de algun hijo
Donde recline su vejez cansada.
Pero ella se mantiene, aquesto es fijo,
Con la decencia que jamás gozaron
Sus padres y eran ricos. Ya colijo
El secreto: tres hijas le quedaron
Que ella asegura ser de su marido
Y estas la sostuvieron y ampararon.
Del sudor de su rostro no han salido
(Pues nadie las ha visto que sudasen)
Los caudales conque se han mantenido.
No habia fiesta en que algo no extrenasen,
Y el Francés del café decir podría
Cuánto gastaban, si lo preguntasen.

Trabajaban para una sedería;
Es verdad: nueve cuartos cada una
Con tal trabajo no ganaba al dia.
Por Dios que el matrimonio es gran fortuna
Pues con media docena de hijas de estas
Se pondrá uno en los cuernos de la luna.
Otra conozco yo de las más puestas
Que frecuentan el público paseo
Así el dia de trabajo cual las fiestas.
Va petimetra que es un devaneo;
Luce la larga hebilla en su zapato,
Donde brillan el arte y el aseo,
Una red de muchísimo aparato,
Lazo aquí y acullá raro y costoso,
Pañuelo muy de gusto y no barato,
La mantilla es de aquellas que, industrioso,
Dando su marca el Catalan avaro,
Por nuestra el Francés pasa caviloso.
Querránme reponer que no reparo
En que su padre tiene cada dia
Cinco reales vellon: ¡famoso amparo!
A no ser industriosa ¿luciría
Nuestra niña con esos cinco reales?
En un deshabillé la renta iria
De dos ó tres mesadas bien cabales;
Y despues el estómago pagára
La gala con ayunos inmortales.
La renta de su padre no bastára
Ni aun para enaguas, (no sé si las usa)
Si la niña su industria no esforzára.
En esto te convenzo sin excusa:
Su padre hace diez años que gozaba
La renta que hoy; la cosa no es confusa:

Siempre fué esa hija sola: y no bastaba
    La renta para el pase necesario
    Cuando todo en menor precio se daba:
Alumbraba un candil estrafalario
    Sus piezas; el tocino y la judía
    Formaban su comun y extraordinario.
Hoy le alumbra de plata la bugía;
    Con dos principios hincha el vientre fiero;
    No sale sin peluca ni aun un dia.
¿Y habia yo de ser tan majadero,
    Que en esa renta que ántes no bastaba
    Considere ahora un pródigo minero?
Cierto es que la niña no contaba
    Seis años cuando digo: ya ha cumplido
    los diez y seis: aquí la mina estaba.
Sin duda que en sus manos han crecido
    (Merced á sus arbitrios) los caudales;
    Por Dios que este es milagro parecido
Al que obraron las manos liberales
    De Cristo en el desierto, pues la niña
    Vuelve los cinco en cinco mil rëales.
Registremos, amigos, la campiña,
    Y busquemos mujer que en matrimonio
    Con dulces brazos nuestro cuello ciña:
Démonos prisa, y pésele al demonio,
    En fabricar dos pares de hijas de estas,
    Pues cada una es un grande patrimonio.
Que es ver una mujer de estas honestas,
    De estas que aun las palabras de agasajo
    Agradecen con ásperas respuestas,
Al paseo salir, de arriba á abajo
    Llena de seda suave y reluciente,
    Hasta en el más ínfimo estropajo;

Llevar tras sí los ojos de la gente
Con aquellos frecuentes relumbrones
Que salen de sus piés hasta su frente.
Su padre es uno de esos infanzones
Que ignominia el trabajo reputaron,
Soberbios con tener tres posesiones
Que ya en valor doblado se empeñaron,
A favor del plebeyo comerciante
Por quien más de dos veces almorzaron.
De su hacienda el producto no es bastante
Para dar ni aun zapatos á su hija:
Pero aquí entra la industria, y hay sobrante.
No hay que pensar que el padre no corrija
En tocando el honor y su quimera
Hasta la menudencia más prolija.
Mas la hija aunque todavía espera
Cumplir los diez y siete, en este punto
La cátedra de prima leer pudiera.
Tiene un caballerito cejijunto
Rico y estólido (casi era preciso,
Pues lo uno á lo otro siempre suele ir junto)
A quien para servirla dió permiso,
Y el triste no cesó de regalarla
Desde el instante mismo en que la quiso.
Nunca llevó más fin que el obsequiarla,
Su bizarría no tuvo otro objeto;
(si no crees la verdad, vé á buscarla.)
Ella por mantenerse en su respeto
Exterior que sólo es lo que interesa,
Proporcionó en el caso un gran secreto.
Todas las noches junto á sí en la mesa
Una silla acercaba á don Fulano
Para jugar como costumbre expresa.

Él por debajo, hallándose cercano,
Ya un duro, ya un doblon darla solía,
Que ella tomaba con astuta mano.
De su dinero así el monton crecía
Y al fin del juego á voces publicaba:
«Esta es, señores, la ganancia mia.»
El padre con la hija se embobaba
Y la hacía emplear para su ornato
Todo cuanto decía que ganaba.
Lo ganaba, es verdad, pero á otro trato:
De aquí salia luego la mantilla,
Sombrerillo, escofieta y el zapato.
¡Oh industria de mujer, oh maravilla!:
¡Oh padre! tú eres sólo el que lo ignoras,
Cuando el caso es tan público en la villa!
Esa que envidia dá á muchas señoras
Con el corte y primor de sus ornatos
En quien lucen las piedras brilladoras
Que deslumbran á tantos insensatos
Es hija (por la madre cuando ménos)
Del que á mí me trabaja los zapatos.
No pienses que su padre tiene llenos
Los cofres de oro ó plata que ha heredado,
O que ha encontrado inagotables senos
De riqueza en algun monte ignorado;
Siempre á los hospitales ha acudido
Si de algun mal se ha visto atropellado.
En el pozo del hambre sumergido,
Hasta que esa hija tuvo diez y siete
Jamás alzó su rostro carcomido:
Ya tiene los domingos su banquete
Y animado del brindis licencioso
La perdiz y los pavos acomete.

No tiene más caudal que el industrioso
Genio de la hija: mira sus hermanas
Que este don no poseen prodigioso,
Cómo van por las tardes y mañanas
Armadas con el jarro y la aceitera
Con sayas peores aun que mis sotanas:
Muestra cada jubon una trapera
Por el que cuatro palmos de camisa
Debian asomarse, si la hubiera.
Esta desigualdad prueba es precisa
De que no son del padre los caudales,
Porque á serlo la ley de amor le avisa
Que debia á las tres vestir iguales,
Pero es la mayor sóla la industriosa:
Haces bien en gastarlo pues lo vales.
Haces bien en lucir, mujer dichosa,
Lo que tú ganas con tus artes nuevas:
Mas por Dios que esa industria prodigiosa
En tus hermanas míseras promuevas,
Enséñalas tambien á ser señoras
Que nada en ello harás que hacer no debas.
De estas mañas que oís encubridoras
De otras cosas así son las mujeres
A su industria solícita deudoras.
Dime, Lesbia, por Dios (así prosperes
La vejez á que ya te ves cercana)
¿Quién te hizo conseguir que confederes
Esos dos hombres á quien inhumana
La enemistad acaso ya heredada
Separó cual la noche y la mañana?
De entrambos á porfía eres amada
Y los que ni en iglesia se han unido
Se unen estrechamente en tu morada.

Dos que en grandes palacios no han cabido
En una silla y ménos aún cupieron,
Cuando incienso á tu altar han ofrecido.
A la torpe ara con fervor corrieron,
Y su ódio por hacer el sacrificio
A piés del simulacro depusieron.
Tu industria ha levantado este edificio
De union, sobre las ruinas que ha formado
En el del ódio sin dejar resquicio.
¿Qué barco de amistad no se ha estrellado
Cuando de un mismo viento compelido
Con otro en el camino ha tropezado?
Sola eres, Lesbia, tú quien ha podido
De la misma amargura y fortaleza
La dulzura sacar, primor subido.
Ambos aman rendidos tu belleza,
Ambos altivos son, y han procurado
Uso contigo hacer de su grandeza.
Pero esta competencia nunca ha dado
Motivo á que éstos entre sí riñesen:
Los has á mi entender, Lesbia, encantado.
De otro modo, imposible es que se viesen
Competidores en su suerte avara
Sin que mil torbellinos promoviesen.
Todo es efecto de tu suerte rara,
De esa industria á quien yo, como pudiera,
De Estado el ministerio confiara.
Tú conviertes la piedra en dócil cera,
En el muro más fuerte abres postigo
Por donde logras luego entrar ligera.
Niña de teta fué Porcia contigo,
La que confederó al bravo Luculo
Con el fiero Cetego su enemigo.

El mundo sabe bien que no te adulo
Y que eres sin segundo la primera
En el arte sagaz del disimulo.
Política tan fina y tan severa
Jamás la poseyeron los Milores,
Ni Monsiures de larga cabellera.
Son tus artes y astucias superiores
A cuantos hasta hoy se han conocido,
Ceden de Lais y Frine los primores,
La nobleza te admite en su partido
Y mantienes muy fresco y muy reciente
El honor que há cien años has perdido.
Lucrecia, te descubres á la gente,
Y más de dos sabemos que eres Flora
Y que ese gesto artificioso miente.
El papel haces de una gran señora,
Porque en la calle te hace escolta un page
Y una criada como tú traidora.
Y á fé no hay jornalero que trabaje
En patrimonio suyo, ni hay mesada
Que algun plumista á tu bolsillo baje.
Con todo, pieza no hay más alhajada
(Y es que este pueblo tiene bravas piezas)
Que la que á Lesbia da cueva ó morada.
¿Qué Potosí te alarga esas riquezas,
Qué monte liberal abrió sus senos
Para ostentar contigo esas grandezas?
Mas ya sé que los fértiles terrenos
Donde recoges la cosecha rica
No son países de esta luz ajenos;
Tu industria es quien produce y multiplica
Todo el oro que gastas y no es poco;
Tu industria la moneda te fabrica.

Musa, aquí todo tu poder invoco
Para alabar á Lesbia dignamente,
Que yo no puedo, aunque me vuelva loco.

. . . .

. . . .

Algun dia ponia su puchero
Con agua sola al fuego y esperaba
Cuervo que socorriese su hambre fiero:
Con una rota saya se tapaba
Lo preciso no más por la decencia,
Y lo demás el cierzo lo azotaba (1):
Ved hoy su fausto, su magnificencia,
Pues todo eso es efecto conocido
De su industria, su astucia y de su ciencia.
Y á vista de un ejemplo tan subido,
Jóvenes insensatos é ignorantes
Al matrimonio ya no habeis corrido?
Si ricos quereis ser en dos instantes
Buscad de estas mujeres industriosas
Una, pues á Dios gracias hay bastantes.
Pero no son ocultas estas cosas
Ya han visto muchos que en el casamiento
Se proporcionan suertes muy dichosas.
¡Cuál está aquel con su mujer contento!
Y debe estarlo, pues si no por ella
Más de una vez durmiera bien hambriento.
El otro con mil riesgos atropella
Para casar con la mujer que quiere
Él se sabe por qué, no por lo bella.

(1) *Variante:* «Y lo demás de balde lo enseñaba.»

Él sabrá que, cuando á comer viniere,
Hallará llena la olla, aunque al criado
Para recado un cuarto no le diere.
Con un amigo ya lo vió probado,
Que fué un hombre infeliz miéntras soltero
Y es un gran personaje de casado.
El casarse es el modo verdadero
De ser rico el que nunca ver podría
Con su sudor ganado ni un dinero.
Por Dios que será grande cobardía
Que pudiendo hacer bodas tan dichosas
Se esté soltero un hombre ni aun un dia.
Veis cómo son artistas é industriosas
Las mujeres; pues son más apreciables
Por lo dóciles aun y generosas.
Cosas puedo decir interminables
De su docilidad y su prudencia,
Os contaré no más las más notables:
Y me remito en todo á la experiencia
Donde este panegírico apoyado
Hallareis hasta el grado de evidencia.
Las más de las mujeres se han criado
Con cierta suavidad en sus modales,
Efectos de su génio delicado:
No son ya las mujeres pedernales
Que con chispas responden al acero,
Pues ántes son dulcísimos panales
Con cuya miel modera el hombre austero
El rigor que le dió naturaleza,
Formándole tan rígido y severo,
Nuestras abuelas, sí, por su aspereza
Cercaban con espinas á las rosas;
Este el resguardo fué de su entereza.

Nuestras costumbres más esplendorosas
 A las mujeres han civilizado;
 Son ya más blandas cuanto más hermosas.
Antes era de juro desairado
 El que á dar una rosa se atrevía
 A una dama en el público mercado,
Porque la dama que la recibía
 Sobre su honor echaba un Sambenito
 Que entre las de su igual la distinguía.

. . . .

. . . .

Si en un festin se te ha proporcionado
 Hablar á una señora que en su vida
 Trataste, ni ella te miró á su lado,
No temas que confusa ó que corrida
 Te sonroje con áspera respuesta
 Cuando de tí se vea acometida.
Por más grave que esté, por más compuesta
 Que ostente la exterior soberanía
 Sabe que es mucho dócil, aunque honesta.
Es muy cortés y por la cortesía
 Paran en cortesanas las mujeres
 Si la llegan á usar en demasía.
Si á regalarla un dulce te atrevieres
 Verás cómo á escondidas de la gente
 Sabrá dócil tomar cuanto la dieres.
Y no obra así porque livianamente
 Le conduzca á tu trato su apetito,
 Pues siempre amó lo dulce y lo decente,
Sino porque en sus leyes es delito
 Que sólo en montañesas se perdona
 Un rubor zalamero y exquisito.

El gran mundo no tiene por persona
La mujer á quien áspero y oscuro
Su génio la confunde y arrincona:
El aplauso comun tendrá seguro
La que el obsequio y el amor no espante
Léjos de sí con su semblante duro.
Dulce docilidad, prenda importante,
¡Cuánto más bellas haces las mujeres
Que la aspereza ruda é ignorante!
Ya si otra vez, Apolo, persiguieres
A Dafni, no en laurel, que convertida
La verás en el árbol que quisieres.
No temas, Acteon, de que ofendida
Dïana quiera tan pundonorosa,
Pena á tus ojos dar no merecida.
Hoy por no ser ingrata ó desdeñosa,
Porque perversa educacion arguye,
Se arroja una mujer á cualquier cosa:
Toda mujer de dar un sonrojo huye
Y ántes quiere ella ser la sonrojada
Que el que á su amor y aplauso contribuye

. . . .

. . . .

No falta quien en las mujeres ama
Aspero el trato y contra la blandura,
Como ocasion del riesgo, inquieto brama.
¿Pero de qué le sirve su hermosura
A la rosa si al ir á echar la mano
Sale al encuentro con la espina dura?
Igualmente es con ellas inhumano
Quien juzga que insaciable la codicia
Las avasalla con furor insano.

No las conoce ó habla de malicia
Quien á gentes que son tan liberales
Les pone por defecto la avaricia.
Darian ciertamente otras señales
Si ellas en su interés precisamente
Fijasen sus ideas puntüales.
El oro, decir suelen comunmente,
Abate la muralla más altiva:
Todo lo puede este metal luciente.
En otras cosas es muy positiva
Esta verdad: no lo es en las mujeres
Y se engaña el que así se lo conciba.
Basta con que esa niña consideres
Que en dote llevará seis escofietas,
Dos camisas, y un ciento de alfileres;
No es de las más hermosas ni discretas
Aunque en cambio es cantora y bailarina
Y posee otras gracias más secretas:
Pues tan altas sus miras encamina
Que un novio ha de escupir, aunque sea indiano,
Si tan mono no es como ella fina.
Ves la hija de un tristísimo artesano
Usurpando su lujo á una Duquesa
En el ornato y en el tren mundano;
La que por donde quiera que atraviesa
Con el olor del sebo y la pomada
Deja de que pasó señal expresa;
La que más de dos veces fué tratada
De sujeto que no la conocía
Por señora muy noble y elevada;
De esa mujer tu juicio esperaría
Que amase á alguno de los de su esfera,
Pues que ricos los hay en demasía;

Y hombre la amó cuyo caudal pudiera
Sostenerla en aquel tono subido
Y un grado más acaso la subiera.
Pues si esto esperas, si esto has presumido,
Estás de medio á medio equivocado:
Jamás los intereses la han movido.
Diez años há que pudo haber casado
Con un hombre bien rico de su clase;
Mas no es esto lo que ella ha deseado.
Quiso que el tiempo avaro marchitase
De su hermosura la caduca rosa,
Y no que un artesano la gozase.
Quiso de caballero ser esposa
O sufrir el molesto solterismo:
¿Y aun se le acusará de codiciosa?
Esto es de confusiones un abismo,
En su estado ninguno está contento
Cada uno salir quiere de sí mismo.
Granjea tal cual vez un casamiento
Su mucho lujo á las mujeres, pero
Para cada uno que hacen pierden ciento.
Mil veces reflexiono y considero
Las hijas de la gente distinguida
Gente en verdad de honor, mas sin dinero.
Cierto que su familia es conocida,
Mas su dote es un viejo pergamino
Y una pintura de armas denegrida.
El cielo liberal, y no mezquino
Con ellas se portó en punto á belleza,
Dándolas más que acaso les convino:
Podrían bien salir de su pobreza
Si juntando otra prenda á su hermosura
Se hicieran cargo de lo que es nobleza:

Pudieran aliviar la carga dura
A su padre agobiado y aun molido
Con un enlace de honra y de ventura:
Mas ¡pruébate á buscarlas un marido
Hombre en verdad de honor y adinerado,
Que ganarlo por sí mismo ha sabido!
Si no es al baile y canto aficionado,
O una tilde le falta en su hidalguía,
Le verás de las tales bien silbado.
Creí que la nobleza consistía
En ser hombre de nobles procederes,
No en la hinchazon, orgullo y fantasía;
Mas me han desengañado las mujeres:
Mis ideas andaban muy erradas:
Por fin, nobleza, concebí lo que eres.
Cuando estas niñas para ser casadas
Deban bajar no más una gradilla
Del alto en que se sueñan colocadas.
Si por doblar un poco una rodilla
Su mano han de alargar á un hombre honrado
Siempre el agua verán desde la orilla,
Cual Tántalo sediento desdichado,
Y por no descender dos tristes gradas
Seco tendrán el labio ya abrasado.
Mujer conozco de las más nombradas
Que de cierto galan fué pretendida,
Cuyas arcas estaban agobiadas
De cuanto se desea en esta vida
Para pasar con cómoda decencia,
Y á fé que ella es por pobre conocida.
Mas no pude vencer su resistencia
Que nunca oprime la gustosa carga
Ni aflige voluntaria la dolencia.

Como á su gusto el interés no embarga,
Al novio despidió con carcajadas
Sólo porque le vió con chupa larga.
¿Las direis todavía interesadas
Y desprecian por una friolera
Suertes no merecidas ni esperadas?
Yo sé bien que otro pelo las luciera
Si al interés las miras dirigiesen,
Y no al mero capricho y la quimera.
Esas dos petimetras nos lo expresen
A quienes treinta mil pesos daría
Su padre en la hora que casar quisiesen
Si el matrimonio á gusto le venía:
Las dos están rayando en los cuarenta
Y solteras las dos: ¿quién lo creería?
Pues si no mueren cumplirán ochenta
Sin tener ni dos dedos de marido,
Si no lo pintan: ¿va esto por mi cuenta?

. . . .

. . . .

Por ello muchas veces me da risa
Oir á algunos que en las redes de oro
Se cazan las mujeres bien aprisa.
Para ellas es grandísimo tesoro
Un Adonis, no de oro si es de seda,
Cordero que ellas volverán en toro.
Esto aman las mujeres, no moneda,
Ni prendas propiamente varoniles:
En esto el lazo está que las enreda.
Las que piensan así son muy civiles,
Las demás turba rústica y grosera,
De pensamiento estólidas y aun viles.

. . . .

Pero no sé á qué fin me estoy cansando;
Quien tenga por avaras las mujeres
Estoy cierto que no las vió jugando.
Antes solos los ricos mercaderes
A la mesa del juego se sentaban
Capaces de seguir estos placeres:
A la suerte de un naipe aventuraban
Pródigos del dinero sus caudales:
Las mujeres los juegos ignoraban.
Pero ya no son ménos liberales
Y las verás tirar una carteta
Con soltura, aunque importe diez mil reales.
No tiene el juego ya maña ni treta
Que no posean con primor subido,
Más agudas que punta de lanceta.
Amor, tu arco y tu tea se han dormido:
Los pechos femeninos otro fuego
Sienten con más rigor que el de Cupido.
La tierna jóven al amor del juego
Se entrega y abandona enteramente,
Y sabe resistir al niño ciego.
La madre porque juega es indulgente
Y la niña solícita la imita:
Que hay modelo que manda si consiente.
Ya el festin licencioso no la incita,
No la llama la bulla del paseo,
Ni apetece lucir en la visita.
El cortejo, su ídolo y recreo
Antes que la baraja conociese,
Lo tiene por inútil devaneo:
Nada en el mundo hay ya que la embelese;
En ver un as ó sota favorables
Ha fijado la niña su interese.

Hizo el juego milagros memorables,
Pues la desposeyó de mil deseos,
Que eran al parecer irremediables.
Olvidó los funestos galanteos,
Y entre corros de jóvenes lascivos
Su honestidad levanta altos trofeos.
Blasfemias, juramentos excesivos
En que los desgraciados se deslizan,
Dignos de sacros rayos vengativos,
Aunque al hombre más duro atemorizan,
A su oreja suave y delicada
No la ofenden jamás ni escandalizan;
Antes, á oirlos tanto acostumbrada,
Suelta tambien alguno inadvertida,
Si se cruza una carta trastornada.
El rubor propio de su sexo olvida
E imita en ciertos gestos y expresiones
A la gente soez más abatida.
Seis años há que sólo los varones
Sabian banca, flor y sacanete;
Las hembras pueden hoy darles lecciones.
Se juega en la visita, en el banquete,
Y sólo sabe Dios de qué otros juegos
Será el de la baraja el alcahuete.
Mujer hay ya que con tenaces juegos
Pide á la torpe cueva ser llevada
Donde se juntan jugadores ciegos.
No teme verse sola allí mezclada
Con los hombres más fieros é insolentes,
Antes si la noticia equivocada
Le vino del lugar donde estas gentes
Deben unirse bajo tres candados
Para burlar los jueces diligentes,

Procura con esfuerzos obstinados
    Las chozas recorrer y los parajes
    Donde los vió otras veces congregados;
Chozas propias de rústicos salvajes;
    Y una hija se lleva en compañía
    Para que aprenda á recoger los gajes
Que dá el que gana en ley de cortesía:
    ¡Ni la hija de otra madre era acreedora,
    Ni la madre otra hija merecía!
No hay niña que no sea jugadora,
    Y apostará á que un as sale primero
    Que un dos, cuanto oro el Potosí atesora.
Así, amigos, desprecian el dinero,
    Con tanta frialdad la moneda aman
    Como el más encumbrado caballero.
Otras el oro pródigas derraman
    En mil impertinentes bagatelas,
    Por más que, avaros, sus maridos braman.
Un tren desconocido á sus abuelas
    Gastan por más que para sostenerlo
    Estén ociosas sus hambrientas muelas.
En ese buen letrado debes verlo,
    A quien, cuando soltero, poderoso
    Por su caudal pudiste conocerlo.
Fué de una niña liberal esposo
    Y se vió de este mal acometido:
    De avaro se nos hizo generoso.
Dos niñas engendró que ya han crecido
    Bajo la escuela de su buena madre:
    Ya es pródigo: su casa se ha perdido.
Hoy en dia parece mal un padre
    Que hurte de su hija al lucimiento
    Lo que para un esposo despues cuadre.

Ha de haber la visita, el cumplimiento,
  Los bailes con los juegos y banquete,
  Músicas y otras cosas que no cuento.
Las hijas han de ir con ramilletes
  Donde luzcan el pelo que no tengan,
  Cubierto en bonetillos ó bonetes:
Y cada fiesta, aunque á docenas vengan,
  Han de estrenar por fuerza cosa nueva,
  Sin que haya estorbos con que se contengan.
Fulana que es su igual tambien la lleva,
  Y esta es una razon tan poderosa,
  Que no hay excusa que ceder no deba.
Y, mas que en la dispensa no haya cosa,
  Mas que al padre burlados acreedores
  Amenacen con cárcel rigorosa,
Sus espíritus grandes brilladores
  Con cualquier riesgo los vereis chocando
  Pero que siempre quedan superiores.
Creereis, amigos, que me estoy burlando
  Y que doy á las hembras alabanzas
  Por efectos de un genio dulce y blando,
Pues no penseis que trato meras chanzas;
  Creed que con sus prendas eminentes
  Exceden las más altas esperanzas.
Direis que cómo, en tan copiosas fuentes,
  Tomar un vaso de agua no he sabido:
  La abundancia produjo inconvenientes.
Veis con cuánta razon me he detenido,
  Dudoso en la eleccion; pues no condeno
  Por vicioso el oficio de marido.
Ni soy, ni jamás fuí de secta Eseno:
  Tiene por sí su santidad el yugo:
  Bueno es el matrimonio, y más si es bueno.

Ni al oir nombrar mujer mi frente arrugo,
Aunque, si vale la verdad, por ella
Crédulo no trasnocho ni madrugo.
No imagineis, oyendo mis querellas,
Que para el matrimonio inconvenientes
Hallo en las madres: sé que son muy bellas:
Harán cierto unas suegras excelentes;
De su última edad deben las acciones
A la primera ser correspondientes.
No hay que temer los genios regañones
Que pintaron mil plumas embusteras:
Todo es dulzura ya en sus corazones.
Tales son por mi vida que, aunque quieras,
No has de tener con ellas en diez años
(Tan grande es su bondad) ni dos quimeras.
Estos elogios no les son extraños,
Pues las madres que se usan son de cera;
Cada una te dará mil desengaños.
Mira allí aquella viuda zalamera
Que siempre con sus hijas nos figura
Que Argos no fué una guarda muy severa:
Pues, á pesar del gesto y su tiesura,
No es oro todo lo que allí reluce,
Que es una vieja de una gran dulzura.
El celar á sus hijas se reduce
A que allá por las diez á misa pasa
Y á ninguna su ausencia se trasluce,
Ni ménos saben de su vuelta á casa,
Porque dormidas las dejó, y dormidas
Las halla; pero no se descompasa,
Las deja hasta las doce recogidas,
Hora en que al grato ruido de los platos
Salen, aün en sueño sumergidas

. . . .

Suben luego á comer á la cocina,
Visita que hacen sólo en el Enero;
Que aborrecen las dos tal oficina.
Despues, si el tiempo está no muy severo,
En el balcon de pechos asomadas
Pasan hasta las dos ó en el brasero.
Luego al paseo, porque están tan dadas
A hacer alguna cosa de ejercicio,
Que, si no, ya se sienten quebrantadas.
Andan hasta la noche, sin perjuicio,
De la tertulia que, en anocheciendo,
La tienen muy puntual á hacer su oficio.
Juegan hasta las diez, sin que un remiendo
Puedan echar, pues tiempo no las queda
Aunque ya el sayo se les va cayendo
Y la red pide que otra la suceda:
El otro dia llega y esta escena
No tengas miedo que mudarse pueda.
¿Y á esta madre tan suave y tan serena
Podremos con razon llamar roñosa
Cuando á trozos se cae de puro buena?
Ni tal tacha pondremos á la esposa
Del siempre cabizbajo caballero
Que honor, pobreza y vanidad rebosa.
A la hija guarda con rigor severo
Y educándola va para señora:
No cierra el ojo guardador y fiero.
Bien satisfecha está que no desdora
Su nobleza, y si un poco la manchára,
Muerto hubiera á la hija ántes de ahora.
Bien va un mocito allá de buena casa
A cuyo trato la hija se ha inclinado
¡Infeliz si la madre lo alcanzára!

Si salen al paseo, puesto al lado
De la hija, la madre allá se deja
Cual mueble solitario y desechado.
Sólo hay conversacion para su oreja,
La de su madre haláguela el marido:
¡Y hay mujer que llegar quiera á ser vieja!
Si el juego acostumbrado se ha emprendido
Siempre la niña con el Don Fulano
Ha de estar junta y ha de hacer partido.
Allí anda el secreto, anda la mano,
Y como cotidiana es esta escena
No hay quien no lo reprenda, si es cristiano.
Sólo á la buena madre no dá pena
Porque sabe que su hija es inocente,
Y que el jóven es de índole muy buena.

. . . .

. . . .

Y si así obra la madre más austera,
Pensad cómo obrarán las indulgentes
Que no sabré decirlo yo aunque quiera.
La tierna niña no tiene aun dos dientes
Y la madre la lleva ya adornada
Con las galas costosas é indecentes.
A verlas desde jóven habituada,
Con ella crecerá su amor y apego
Al lujo, hasta en el fin de la jornada.
La misma madre la conduce al juego
Y (¡oh pésima, oh sacrílega crianza!)
Ella aviva su tea al niño ciego.
Se la lleva al festin, con ella danza,
A su lado corteja muy de llano,
Y así á la tierna flor en esperanza,

La misma agricultora por su mano,
Cual víctima, la lleva coronada
Al vergonzoso pié de altar profano.
Ved esa á cuyo arbitrio confiada
De cinco hijos está la grey traviesa:
Pensais que con tal carga está agobiada,
Pues lo errais: esta carga no le pesa:
Jamás se escucha un ruido en el convento,
Tanto tiene de buena la Abadesa.
A cada hija ha puesto en su aposento
Sólo les falta torno y campanilla
Para monjas: sabeis bien que no miento.
La madre todo el dia está en su silla
Sin visitar sus cuartos, porque en nada
Esta buena mujer fastidio pilla.
Cada una de ellas suele estar cerrada
Sin ver á sus hermanas todo el dia,
Sino es cuando á comer fuese llamada.
Pero, porque la cruel melancolía
No se entre por sus almas inocentes,
Cada una se buscó la compañía.
Suelen cinco como ellas penitentes,
De estos tiernos Adonis que hoy se usan,
Ir á hacerlas visitas muy frecuentes.
Ellas, que este festejo no rehusan,
A recibir á solas, y cerrada
La puerta, estas visitas no se excusan.
Así está cada niña destinada,
Y va, sin dar en otro, al aposento
A donde ir debe cada camarada.
Al lado de su ninfa toma asiento
Y á la pàsion en que su pecho inflama
Seguro de testigos da fomento:

Y si ella acaso estaba aun en la cama,
No importa que allí, entrambos recostados,
De más cerca brillar hagan su llama.
Pasan la tarde y noche así cerrados
Y nunca por la madre en sus placeres
Ni aun una vez al dia son turbados.
Bendiga Dios tal casta de mujeres
Que, estando siempre á solas con su amante,
Se guardan puras más que rosicleres,
Y bendiga Dios madre tan brillante
Que en la hija débil no teme flaqueza
Ni desvergüenza en el mayor tunante.
Si estas mujeres guardan su entereza,
Que ya á prueba de bomba hecha parece,
Corramos á quererlas con presteza.
Pero á solos vosotros pertenece
Mujer que tan de recio está probada:
Un hombre como yo no la merece.
Visteis el lazo amigos conque atada
Mi torpe planta conducir no puedo
A la union maridable proyectada.
En la eleccion es donde tengo el miedo
Siendo tanto y tan bueno lo que miro;
Todo lo quiero é indeciso quedo.
Que sensible sería errar el tiro
Podeis congeturarlo fácilmente;
Por ello de la empresa me retiro,
Hasta que hayais con eleccion prudente
De jardin tan ameno y tan florido
Escogerme la flor más conveniente.
Entre tres (y eran Diosas) confundido,
No supo Páris donde echar sus manos,
De sobresalto y de temor perdido.

Dudó; lo pesó todo; esfuerzos vanos:
    Llevó con su eleccion ruina segura
    A los patrios alcázares troyanos.
Esto será decir en plata pura
    Que se lleva las llamas y la afrenta
    El que lleva á su casa la hermosura.
Por cosa fija de un Bajá se cuenta
    Que por el Gran Señor fué condenado
    (Por ser rico) á morir muerte violenta.
De tósigo, puñal y soga armado
    Fué el Capichí-Bachí, y «Elegid (dijo)
    El modo de morir ménos airado.
Vos habeis de mataros; esto es fijo:
    Para hacerlo tres armas os entrego;
    Mas no seais en la eleccion prolijo.»
Miróselo el Bajá con gran sosiego
    Y dijo: «Vaya que el regalo es fuerte,
    Para que un hombre pueda elegir luego.
Puñal, veneno ó soga: rara suerte;
    Es eleccion, pero eleccion expuesta,
    Pues cualquiera por último es mi muerte.
Véte y de aquí á cien años manifiesta
    Te haré yo mi eleccion; que es de pensarse:
    Darás al Gran Señor esta respuesta.»
Dais en que vuestro amigo ha de casarse:
    Bien; pero necesita sus cien años
    Para hacer la eleccion sin engañarse.
Puedo elegir entre menores daños,
    Pero daño ha de ser; y me despido
    Conque no hay casamiento sin engaños.
Dí á las prendas el propio colorido;
    Porque el elogio no las sonrojase;
    Ninguna señalar he pretendido.

Si alguna, acaso, se representase
Al oir las virtudes que aquí escojo,
No es culpa mia; pues si yo nombrase
Cojera, sin querer causar sonrojo,
No fuera culpa mia que al oyente
Se le representase alguno cojo.
De nada tengo más que de indulgente,
Sólo me irrito en ocasion extrema
Y, aun así, suelen inocentemente
Mis versos ser un cáustico que quema
Lo llagado no más; el que está sano
La actividad del cáustico no tema.
Visteis ya que el camino no es tan llano,
Que andarle puedan mis cansados bríos,
Si vuestro auxilio no le da la mano.
Pensad bien este caso que es pesado,
Y miéntras que decides, Fausto mio,
Quedo en la orilla, porque no hallo vado,
Segun veo venir crecido el rio.

NOTA.

Hemos ido completando esta sátira sobre los enmarañados autógrafos y resulta con un total de 463 tercetos, contando unos cien que el autor fué añadiendo y unos doscientos que fué suprimiendo: nosotros hemos aligerado aquel total en unos ciento treinta, siguiendo, no el criterio del autor, sino el nuestro propio, creemos que en beneficio del lector. No queremos privar á éste de los siguientes cinco tercetos que hemos hallado en una copia, despues del 133.º que empieza «*Nuestras costumbres más esplendorosas*»

«El amor puro y por razon guiado
En las sombras nocturnas se envolvía,
Pues todo parecía demasiado.
La jóven, así cauta, conocía
Que el honor era claro y denso espejo
Que un aliento, aunque puro, le ofendia.
Entre los dos amantes con consejo
Se interponía reja que pudiese
Negar lo que hoy se da al primer festejo.
No era hombre para amar que no lo fuese
Para aguardar en horas retiradas
Cuerpo á cuerpo al que insulto le moviese.
Las mujeres llegaban á casadas
Mirando como especie de delito
El venirse á saber que eran amadas.»

ARTE POÉTICA.

POEMA DIDÁCTICO

Y CARTA ESCRITA

A D. FRANCISCO PEIROLON Y LASALA,

VECINO DE LA CIUDAD DE VALENCIA,

DESDE LA DE ZARAGOZA

EN EL AÑO DE 1784.

¿Creeré yo que os divierte y os agrada,
Amigo Don Francisco, Poesía
Inculta toda, toda desgreñada?
¡Cómo vuestro buen gusto agraviaría
Si que era acreedora imaginase
A vuestra admiracion la pluma mia!
Mas tambien era fuerza que agraviase
Vuestra noble bondad, vuestro cariño,
Si en vos el disimulo no esperase.

Yo escribo sin limpieza y sin aliño,
Porque los versos que soltó mi mano
Jamás en nueva prensa los constriño.
Formé mi profesion en Justiniano
Y, aunque lo siento, dejo al Argensola
Siempre que me lo manda Papiniano.
Mi estudio algunas veces interpola
Su ocupacion en ambas facultades,
Aunque me es superior cada una sola.
Yo versifico allá en mis soledades,
Pero niego á los ojos del curioso
De mi musa infeliz las frialdades.
Yo se la pago al crítico orgulloso,
Censor severo, si él en mis poesías
Llega á clavar su diente venenoso,
Porque estas son algunas niñerías
Con que suele apartar de mi persona,
Si se me acercan, las melancolías,
Como el que á un instrumento se aficiona,
Que le toca no más por divertirse,
Y primores no afecta ni blasona.
¡Con qué gusto debieron de reirse
Esos amigos vuestros que leyeron
Mi última carta! No podrá decirse,
Si lo que dicen fué lo que entendieron
Sin obrar la lisonja y desvarío:
Ellos no lo entendian, ó mintieron.
En Don Mariano de Ferrer confío
Que, aunque censura bien, es indulgente
Y se nombró algun tiempo amigo mio:
Substrájose á mi trato de repente
Y dejé de escribirle; no obstante eso
Le amo y venero siempre tiernamente.

Que temo á toda crítica confieso,
Y el que manifesteis mi musa pobre
Lo tengo, aunque de amor, por mucho exceso.
Yo no debo vender por oro el cobre
Y sé cuán fácil es en estas cosas
Que el juicio falte y el engaño sobre.
No gusté yo las aguas prodigiosas
De la pura Helicona, ni conmigo
Anduvieron las musas tan piadosas,
Que quisiesen tenerme por su amigo
Y del poder que el Cielo las ha dado
Me presentasen como fiel testigo.
Soy al arte del verso aficionado
Y á su lectura tal cual vez me entrego,
Del poder de su hechizo arrebatado.
Está bien: ¿Pero, y qué? por eso luego,
Y porque en verso epístolas escriba,
Seré poeta? Sólo al vulgo ciego
Es dado que tal título aperciba
A cualquiera versista: en otro punto
Mucho más alto el ser poeta estriba.
Yo encuentro verso y prosa todo junto
Muchas veces: la prosa se separa
De la poesía, más en el asunto
Y en la expresion sublime, nueva y rara,
Que en el verso: esta nota es la que viste
A toda cosa, y da distinta cara.
Al que el Estro poético no asiste,
Aunque el seso consuma verseando,
Jamás le será dado que se aliste
De los Poetas en el noble bando:
La pluma que conforme va escribiendo,
Va á su autor hácia el Cielo remontando,

Y otra luz, otros mundos descubriendo,
A su arbitrio por modos nunca oidos
Los engalana y se los va vistiendo,
Esta formará elogios repetidos
Al autor, y él con el laurel de Apolo
Coronará sus sienes aplaudido:
Volará desde el uno al otro polo
Su fama y el renombre de poeta
Le será dado sin error ni dolo.
Pero, pues al presente no me inquieta
La ronca voz del triste litigante,
Por quien la ley oscura se interpreta, *
La regla os quiero dar fiel y constante
Para que los *poetas* y *versistas*
Distingais de hoy en adelante.
Musa, no te suplico que me asistas,
Porque á Hércules no canto ni á Teseo,
Ni del grande don Jaime las conquistas.
De servir á un amigo un buen deseo
Es quien me hace escribir, y cualquier cosa
Le deberá ser grata á lo que veo.
No porque allá en su crítica juiciosa
No sepa una eleccion bien acertada
Apreciar, con medida escrupulosa,
Toda obra que á su vista es presentada;
Sino porque la vara con que mide
Sé que estará en mi abono preparada.
Como papel que al aire se despide
Sin rumbo en su dudoso movimiento
(Porque lo admite bien que no lo pide
El estilo que veis, de ley exento)
Mi pluma deberá ir donde la lleve,
A su arbitrio y antojo, el pensamiento.

Si en esto erráre, disculparme debe
La Epístola de Horacio á los Pisones,
Que sin órden su errante paso mueve.
Forma el vulgo poetas á montones
Y su error hace ir, mal de su grado,
A Apolo por tabernas y figones;
Quien de Tomás el cíngulo ha elogiado
En unos villancicos, del Tomista
Es cual poeta insigne venerado:
Quien los otros compuso al Escotista,
Aunque á náuseas provoquen al buen gusto,
Ya entre la gente superior se alista:
Otro de ingenio y de semblante adusto,
En diciendo seis coplas de repente,
Por envidioso y por censor injusto
Me nota, si no vé que prontamente
Alabo, como cosa inimitable,
El juego del retruécano insolente.
Otro se tiene á ménos de que le hable
El que como él de su furor y vena
No dió una prueba clara y apreciable.
En unos dichos su discurso estrena
Del patron del lugar para el gran dia:
Desigual plaza formará la escena,
Los rústicos zagales á porfía
Pretenderán hacer papel en ellos
Por lucir su presencia y bizarría;
Los vió el Barbero y los juzgó muy bellos,
Sobre todo los chistes singulares
Que el Rabadan asió por los cabellos:
Las mozas prevendrán tortas á pares
Y darán al autor fresco y reciente
Las viejas bendiciones á millares.

Otro, de heridas del amor doliente,
Porque, en cuatro letrillas y un soneto,
De nevado marfil trataba al diente,
Y dió á la boca el bárbaro epiteto
De cándido rubí, cuando á su dama
Ofreció tiernamente su respeto;
Poeta de honra y de valor se llama,
A cuyo lado fuerza es que no alumbre
El fuego activo que á Maron inflama.
¿Así se escala la penosa cumbre
Del difícil Parnaso? ¿Así á los Cielos
Prometeo podrá robar la lumbre?
¡O inútiles trabajos y desvelos
De aquellos que las cejas se abrasaron!
Locos fueron en fin nuestros abuelos,
Que en herencia altas reglas nos dejaron,
Cuando, sin ningun arte, en la Poesía
Los otros tan adentro penetraron.
¡Qué elocuencia fogosa bastaría
A imprimir las verdades oportunas
De estos mengüados en la fantasía!
Ellos han de quedar siempre en ayunas
Y todas las razones que se aleguen
Nos las despreciarán como importunas.
Dejémoslos, amigos, que se cieguen,
Y que, por luz las sombras abrazando,
Sus torpes pasos al error entreguen,
Miéntras que, estas tinieblas disipando,
La luz á nuestros ojos concedemos
Que están los ignorantes despreciando.
O que no hay arte confesar debemos
Para arreglar el númen y la vena,
O por perdidos los abandonemos,

Como el que á tumba el médico condena
Cuando en el tribunal de la botica
Perdió las tres sentencias Avicena.
Una imaginacion fértil y rica,
Si no se rige por principios ciertos
Que con profunda observacion no explica,
Cual navecilla lejos de los puertos,
Caminará sin rumbo ni destino
Por peligrosas playas y desiertos.
Presto en el rumbo perderá su tino
Y, falta del piloto que la rige,
La arena besará deshecho el pino.
Por esto es necesario que se fije
Para arreglar la libre fantasía,
El órden de principios que ántes dije.
Los hay (por eso es ciencia) en la Poesía
Que los supo tomar de lo más alto
Que en sí contiene la Filosofía.
De esta ciencia los méritos no exalto
Aunque á muchos sé bien que esta noticia
Les deberá causar su sobresalto.
El que sus sienes adornar codicia
Con el laurel de Apolo, y en sus Córtes
Pretende tener voto de justicia,
De la Filosofía los resortes
Preciso es que maneje con destreza
Y que á esto, musa, con razon le exhortes.
Tiene sus leyes la moral belleza
Que no las forma gusto desreglado
Sino que las dictó naturaleza:
Lo que por sí es hermoso y agraciado
No es porque vuestro gusto lo ha querido,
Sino porque á las reglas conformado

De la hermosura natural ha sido:
Bien que lo feo, á un gusto caprichudo,
Tal vez bello y hermoso ha parecido.
Pero en un paladar no enfermo, dudo
Que la miel aparezca como amarga,
Aunque se acerque á un lábio agreste y rudo.
Distinguir lo mejor es obra larga;
¡Pero desconocer lo que en sí es bueno!
No sufre la razon tan recia carga.
El juicio mismo con que yo condeno
En Góngora la hinchada ventolera,
En Garcilaso aprobará lo ameno:
Mas, si acaso apreciar á éste quisiera
Al lado de un Lupercio, era preciso
Que de tino exquisito me volviera.
Así es cierto que Dios imprimir quiso
En nuestra alma aficion á la hermosura,
Segun en sus acciones lo diviso.
¿Y si ésta dependiera por ventura
De lo que cada arbitrio se fingiese,
No quedaría la eleccion oscura?
Convino que lo bello procediese
De cierta proporcion que á cada cosa,
Como su sér pidiera, distinguiese:
Ha de haber, pues, una arte no dudosa
Que nos dé á conocer abiertamente
Por qué una cosa es fea y otra hermosa.
Todo se aprenderá sublimemente
En la Filosofía, que en sus senos
Esconde estos secretos sagazmente:
Ellos de mil tesoros están llenos
Y, por más que los gusten á porfía,
Sus riquezas jamás vienen á ménos.

La proporcion, el númen, armonía,
La novedad, verdad y la grandeza
Su mérito le dan á la Poesía. (1)
De estos principios nace su belleza,
El activo poder de sus hechizos,
Su dulzura, su gracia y su nobleza.
Cualquiera otros adornos son postizos,
Y, si cerca los vé de su persona,
Sabe arrojarlos como advenedizos.
El que estudio y fatigas no perdona
Y á la meditacion todo entregado
A entender estas cosas se aficiona,
Sabe bien cuán sublime y delicado
Es el conocimiento en este asunto,
Y cuán pocos entero le han gozado.
¡De cuántas cosas grandes el conjunto
Se necesita para que un poema
Tenga las circunstancias que aquí apunto!
Es nuestro corazon, por ley suprema,
En proporcion tan rígida formado,
Que la uniformidad de un mismo tema
No interrumpido, le origina enfado,
Y una diversidad en el objeto
Siempre incierta, tampoco es de su agrado.
Por ello, si el espíritu sujeto
Se ve á la distraccion en cada instante,
Rabiará por salir de tal aprieto.
El rústico mayor, más ignorante,
Si yo siempre le doy la misma idea,
Querrá que me le quite de delante;

(1) A estos principios parece que puede referirse el orígen de la belleza poética. Se coloca en la variedad, reducida á mitad como principio más conocido y se explican una por una las demás.—(N. del A.)

Y, si hago que infinitas cosas vea
Contrarias sin unirlas, distraidos
Sus ojos cederán á tal tarea.
Y es que, por ley precisa, los sentidos
Se ven en la unidad mortificados
Y en la variacion ímproba afligidos.
Mas, si el ingenio unidos y hermanados
Presenta estos principios tan distantes
Y los precisa á obrar á un fin ligados,
Halla descanso el corazon donde ántes
Sólo hallaba cruel desasosiego
Y muchas afecciones repugnantes.
Siempre una sensacion nos cansa luego;
Tambien la multitud de sensaciones
Avivará de la impaciencia el fuego:
Si se unen cesarán las desazones
Y la alma con benigno movimiento
Recibirá mil gratas expresiones.
Este es todo el resorte y fundamento
De la hermosura y natural belleza,
Como se vé en un músico instrumento:
La *variedad* tomada con destreza
De la unidad y *á ella reducida*
Con relacion á la naturaleza.
Brilla entónces la luz á que rendida
La alma nuestra se inclina velozmente
Casi ántes de tenerla conocida.
Cual rayo que cayó rápidamente
Y, ántes de contemplarse su luz pura,
Cubrió con frio nuestra triste frente,
Así obra en nuestras almas la hermosura
Pues, aun no es conocida, ya es amada:
Se presenta y los triunfos asegura.

Pero la voluntad así arrastrada,
Por providencia del entendimiento
Se detiene á mirar si es engañada:
Indaga aquel la causa y fundamento
Con que ha posado á obrar; si la ve justa,
Continúa en el mismo movimiento;
Pero, si acaso la encontrase injusta,
Retira el pié de donde lo llevaba,
La voluntad entónces se disgusta.
Falta el objeto que la arrebataba
Y por el juicio recto sorprehendido
Vuelve el amor sus flechas al aljaba.
Nunca el entendimiento se ha movido
Sino hácia la verdad; ella es el centro
Donde sus líneas siempre ha dirigido.
Si de ideas opuestas el encuentro
La falsedad como verdad reviste,
La reflexion lo mirará por dentro;
Descubierto el engaño se resiste,
Y siendo en fuerza superior aspira
A destruir el contrario que le enviste.
Se opone á la hermosura la mentira,
Cual madre de lo feo y lo monstruoso,
De donde todo nuestro amor retira:
Es nuestro entendimiento muy ansioso
Del bien y en él termina su apetito,
Y lo falso no es bien, sí mal dañoso.
Pero con esta regla no limito
Del poético númen la licencia
Pues ni le añado leyes ni le quito:
Ni á los ingenios hago tal violencia
Que sólo les permita en su lenguaje
La física verdad y la evidencia.

¿Quién ha de ser tan rústico que ultraje
Al que dijo: la tierra rie ufana
Con tal que Aurora á pasearle baje?
¿Ni al que, con el desden de una tirana
Herido, al sacristan manda un recado
De que eche por un muerto la campana?
Y si luego un favor le ha consolado,
Para explicarlo la órden dada quita,
Porque el muerto está ya resucitado?
El que el furor de una venganza incita
Esta pasion sensible nos presenta
En forma que no tiene, aunque exquisita:
El que mover los ánimos intenta
Al terror, á su arbitrio finge el drama
Y con esa ficcion nos amedrenta:
Sabemos que es fingida aquella llama,
Mas se introduce en el entendimiento
Y á la engañada voluntad inflama.
«Luego de la belleza el fundamento
No es la verdad (dirá algun presumido),
Si á lo falso se dá tal movimiento.»
Pero no lo dirá el que haya entendido
Este vocablo fiel y rectamente
Y los modos con que se ha dividido.
Una verdad es física, existente
Como «que el fuego quema:» otra probable
Que es, ó ha podido ser probablemente:
Forma el poeta de lo deleitable
Medios para insinuar sus instrucciones
Y en la verdad segunda basta que hable.
San Agustin distingue las ficciones
Con acierto sutil de la mentira
En muy breves y sólidas razones:

Esta á la seduccion y engaño aspira
Falsa por dentro, falsa por de fuera,
Por rumbo opuesto á toda verdad gira:
Mas la ficcion á la verdad no altera,
Antes bien, bajo algun símbolo ó figura,
Conspira á alguna idea verdadera. (1)
Nuestra razon su crédito asegura
Cuando no halla en lo que oye un gran motivo
Para creer engaño ó impostura.
En algunos poemas bien percibo
Que, aunque está la mentira descubierta,
Brilla de la belleza el rayo activo;
Mas para con el vulgo es verdad cierta
Lo que el varon juicioso y erudito
Con lo probable ni ata, ni concierta.
Y como estos poemas se han escrito
Para el vulgo ignorante solamente,
De su amena leccion gusta infinito.
Si Orlando vence prodigiosamente
A merced de un anillo y una espada
Que encantaron dos Magos del Oriente,
Es verdad para el vulgo acreditada
Por la preocupacion con que es criado
Y la doctrina que ha bebido errada:
Pero el sabio el error ha separado
Y aplaude la invencion, el artificio
Del primor, del adorno acompañado.

(1) Son por esta regla ficciones y no mentiras las novelas, cuentos morales, fábulas, parábolas, etc., donde en la apariencia hay engaño, pero en la realidad su fondo contiene una verdad que cita que se vá á persuadir y enseñar.—(N. del A.)

La verdad al poético edificio
Debe servir de base y fundamento
Si ha de ser bello el parecer del juicio:
Pero el buen gusto no estará contento
Por más que una verdad se le presente,
Sino le dá el adorno movimiento.
El filósofo enseñe austeramente;
Pero el poeta debe deleitarme
Y ha de decir lo hermoso, hermosamente.
Puede esta vez Horacio perdonarme
Que lo dulce separa de lo hermoso
Si llego en algo de él á desviarme.
Si en un poema el crítico juicioso
Busca perfecta y llena la hermosura,
No la halla si con modo deleitoso
No se dice lo bueno con dulzura: (1)
Parte de la poética belleza
Es mostrar cada cosa en su figura;
Y no tendré por bella aquella pieza.
Que no trata en el modo conveniente
Las cosas grandes por naturaleza.
Si el verso se insinúa dulcemente,
Pero le falta el jugo necesario,
Será dulce en las voces solamente.
La novedad unida con lo vário
Admiracion excita, y arrebata
Las cosas hácia un rumbo extraordinario:

(1) Sabemos que Horacio distinguió en los poemas la dulzura de la hermosura: no ignoramos lo que se ha escrito sobre esto; pero sin perjuicio de la opinion más fundada hemos creido que en el todo de la hermosura de un poema se debe considerar como parte la dulzura: esto es que no hay poema totalmente hermoso sin este adorno. Nos persuadimos que no nos oponemos visiblemente á Horacio.—(N. del A.)

Los senos del espíritu dilata
Y de llevarnos donde no esperamos
Por sendas raras con deleite trata.
Lo grande y lo sublime deseamos,
Y con tanto teson lo apetecemos
Que digno de nosotros no juzgamos,
Ni á honrar con el elogio descendemos,
Lo que el ánimo inclina á la bajeza
Que lejos de nosotros ver queremos.
Pide, pues, la poética belleza
Que el ingénio presente en el asunto
La novedad unida á la grandeza.
Para llegar á tan subido punto
Es menester unir con mucho tiento
La fantasía y juicio todo junto.
Las ciencias (reflexiónalo algo atento)
Deben mirarse como las virtudes,
A quienes une un lazo, no violento
Pero estrecho; de suerte que, aunque sudes,
No llegarás á ser sobresaliente
En una, como de otra no te ayudes.
Esto sucede más notablemente
Que en otra ciencia alguna, en la poesía;
Esta es prenda á ella sola conveniente.
Instruido en la moral filosofía
Y en la ley, pasarás por buen Jurista
Y yo te fiaré la hacienda mia: (1)

(1) Sea dicho sin ofensa de aquellos que juzgan precisa en un Jurista perfecto la instruccion interminable en la historia de leyes y costumbres abrogadas. Mucha parte de este trabajo es bueno para perdido en la Escuela; pero para los tribunales basta la ciencia de la ley, y la naturaleza.—(N. del A.)

Tambien serás un gran naturalista
Aunque las trampas del comercio ignores
Y el carácter de un pérfido asentista:
No haya miedo que á un Teólogo desdores
Porque en las fieras leyes de la guerra
No sean sus noticias las mejores:
Quien en las cosas de *Gaceta* yerra
No por eso será vituperado
Si con los libros de Galeno cierra.
Y es que á estas ciencias un objeto es dado
Simple, y cada una caminar procura
Hacia él sin desviarse á ningun lado.
Quien forma sobre todas su hermosura,
Porque todo lo imita, es la Poesía,
Que es de lo natural viva pintura (1)
Tambien se vale de la Geografía
Como de la Milicia, y á ocasiones
Há menester de la Teología.
Sin políticas cuerdas instrucciones
No pintará la pluma de un poeta
Los Jaimes, los Cortéses y Cipiones.
Si en su númen la nave cual saeta
Parte á acabar hazañas prodigiosas,
A la ciencia marina se sujeta.
No porque en estas y otras tales cosas
Se muestre como Maestro en cada una
Con reglas y memorias enfadosas;

(1) Las demás ciencias imitan á la naturaleza en uno de sus ramos, pero la poesía en toda su extension. El cielo, la tierra, lo viviente, lo inanimado, todo es un libro abierto á los ojos del poeta, de donde debe sacar cada instante alusiones é imaginaciones.—(N. del A.)

Porque, si quiere hacer gala importuna
En estas instrucciones, más del caso
Le fuera al infeliz usar ninguna;
Sino por si le lleva allá el acaso
Y hablar en ellas le es indispensable
Requiriéndolo así la ley del paso.
Quien quiera aparecer como admirable
En la escena, y lauröado ver su nombre,
Con gusto del concurso respetable, (1)
Antes estudie el corazon del hombre,
A penetrar su obscuridad aprenda,
No debe haber trabajo que le asombre;
A la naturaleza misma atienda,
Siga sus pasos, y si ser pudiere
En sus operaciones la sorprenda.
Sepa qué es lo que agrada, y lo que hiere,
Cómo suspenderá con alegría,
Y cómo moverá si conviniere.
Avive él ántes en su fantasía
El fuego que despues á los oyentes
Querrá comunicarnos algun dia.
Si quisiere esparcir sobre las gentes
Los efectos de un llanto verdadero
Haga cuenta que escucha á los prudentes.
¿Quieres que llore? Llora tú primero:
Mis lágrimas no aguarde quien las suyas
No arranque, porque dél aprender quiero.
Aunque tus viejas máximas destruyas,
Escritor, si procuras el acierto,
Por aquí has de formar las reglas tuyas.

(1) Alude á la costumbre de laurear el título de la Comedia y nombre de su autor en los carteles con que anuncia.—(N. del A.)

Donde el peligro del naufragio es cierto
Viendo el escollo en que otro ha tropezado
Rumbo contrario te dirija al puerto:
En muchos debes verte escarmentado
Y observar en la playa atentamente
Tanto drama infeliz que ha naufragado.
Despues que guarde escrupulosamente
El poeta estas leyes, al lenguaje
Convertirá sus fuerzas sériamente.
Unirá en armonioso maridaje
Para vestir los nuevos pensamientos
La novedad, y la bondad del traje:
La poesía, elevada en fundamentos
A sola su grandeza concedidos,
Se reservó formar tales acentos,
Que, llevando el halago á los oidos,
Los dejase con tierna melodía
Apacible y benignamente heridos.
Formó nuevo lenguaje la Poesía
Y trazó con las voces desiguales
El hablarnos con música armonía.
De la bondad del verso las señales
Son que al oido hiera, y que le llene
Con número y medida bien cabales.
El enlazar las sílabas conviene (1)
De voz á voz en mútua dependencia
Para que hiera y con agrado suene:
Vocablos hay que forman resistencia,
Por dureza y rigor casi intratables:
De estos se debe huir con diligencia.

(1) Esta union ó enlace de las voces es lo que forma el verso numeroso: véase la diferencia que hay entre el 1.° y 2.° de este terceto, sin otro motivo que suspenderse en el 2.° este enlace.—(N. del A.)

Otros son apacibles y agradables
Para el metro nacidos, y criados:
En nuestra lengua hay muchos admirables.
En cuatro ó en seis sílabas formados
Al verso majestad y señorío
Dan, oportunamente combinados.
En los de una no más yo no me fio
(En estos lo ves bien): á la aspereza
El verso inclinan, y lo forman frio.
En los de tres habrá gracia y belleza
Y si esdrújulos mezclas con los graves
Darán al verso gala y ligereza.
El idioma francés, como ya sabes,
La falta del esdrújulo conoce:
En el nuestro los hay, y tan süaves
Cual la práctica misma reconoce,
Que, usando de esta armónica ventaja,
Hace que el verso nuevo adorno goce:
En ellos la voz sube, y luego baja
Como á precipitarse en el oido,
Por quien con ruido rápido trabaja.
Versos tan numerosos he leido
Que no ha formado un músico instrumento
En mi imaginacion tan grato ruido. (1)

(1) La armonía y ruido músico del verso especialmente en los sáficos y Exâmetros latinos; pues en el nuestro vulgar, fuera del Endecasílabo, apenas se nota, es cierto, si el verso es bueno; tanto que acaso no sería empresa temeraria acomodar al número del verso el compás y valor de figuras propio de la música. Es verdad que muchos no notan esta armonía del metro; pero tambien hay oidos insensibles á ella, como á la de la música. Lo mismo aseguro de mí, que, sin embargo de entender la Solfa — hasta el grado de tocar sobre la parte con flauta travesera cuanto veo, fuera de lo más dificultoso, jamás he podido templar una vihuela, ni ajustar dos flautas, — y, lo que es más, apenas distingo

Se usan las sinalefas con gran tiento,
Pues convienen no más cuando su uso
Debe evitar un pronunciar violento. (1)
El que la ley del consonante impuso
Descubrió gracia y mérito, es constante;
¡Pero á qué fieros golpes nos expuso!
No he de ser siervo vil del consonante,
Que arrastre por donde á él le pareciere
Del cabello á mi musa repugnante.
Cuando desgracia tal me sucediere,
Sabré arrojar la pluma de la mano,
Si la voz que yo llamo no viniere.
Todas las propias del idioma hispano
Se han de tener á fondo conocidas,
Cual las usa el plebeyo y cortesano.
Deben tambien tenerse reunidas
Las nociones é ideas diferentes
A cada una de ellas atribuidas,
Por si sucede alguna vez que intentes
Formar sobre la voz el pensamiento
Como acontece en casos muy urgentes.
Algunas veces dócil y contento
El consonante sirve á la sentencia
Cual si formado fuese allí de intento:

las campanas por sus sonidos: y, con todo, mi oido es delicado para el verso, y su armonía ó desigualdad me hiere con prontitud, particularísimamente en los Exámetros latinos. Al contrario, he visto á muchos que me han confesado ser insensibles á la armonía del verso, aunque tenian oido músico y entendian y gustaban de los primores de la Poesía.—(N. del A.)

(1) El cuidado de evitar la frecuencia de las sinalefas es á mi ver lo que más contribuye para formar versos sonoros y numerosos. — (Nota del autor.)

Pero otras manifiesta tal violencia,
Que la musa afligida suda y llora
Con amarga y colérica impaciencia
Antes que le sujete, como ahora
Está á mi infeliz pluma sucediendo,
Que dónde hallar un consonante ignora.
Pero ha llegado estándolo diciendo:
Ya puede entónces el sagaz poeta
Las fuerzas de su ingénio ir previniendo.
De aquella misma voz que le sujeta,
Sacará pensamiento conveniente
Y hará el enlace con mañosa treta.
Si usa este arbitrio artificiosamente
Tal vez (aunque es preciso mucho tino)
De ideas nuevas abrirá una fuente. (1)
Así á ocasiones el buscar convino,
Consonante á la idea, otra idea
Para algun consonante muy mezquino.
Y, si el que escribe con placer desea,
Deberá procurar que este artificio
Le sospeche el lector, mas no le vea:
Pero tampoco aprobará mi juicio
Tal naturalidad del consonante
Que el mismo se presente por oficio:
En el verso mayor es importante
Insinuar la eficacia de la musa,
Dando ley á la rima repugnante.

(1) No puede dudarse que la necesidad de servir al consonante así como en los coplistas hace decir desatinos de primera nota, en los poetas proporciona ciertas ideas, ó pensamientos que probablemente no hubieran aparecido á no traerlos el consonante.— (N. del A.)

Un delicado paladar rehusa
La lectura tal vez del buen Ovidio,
A quien el metro sirve sin excusa:
No consigo victoria si no lidio,
Y hablar en verso que á la boca viene
Formado sin estudio dá fastidio.
¿Y qué buen gusto habrá que no condene
Por lánguida esta especie de poesías
Que más de prosa que de verso tiene?
Alguno juzgará que son manías
Estas, y no preceptos de buen gusto;
Pero él siga sus reglas, yo las mias.
De la ajena opinion no me disgusto,
Ni quiero sobre el metro ser tan nécio
Que pretenda exigir más de lo justo.
La poesía eligió, segun lo aprecio,
Casa para habitar sobre la rima,
Y paga el alquiler á mucho precio. (1)
Pero eso mi opinion no desestima
A quien tal vez sonduerme en punto al verso,
Si los afectos y la idea lima.
No debe ser tan áspero y perverso
Que á un pensamiento de valor prefiera
La dulzura exterior de un metro terso:
La ordenanza del verso es muy severa
Y tal cual disimulo es necesario;
Pues, si no, mucho bueno se perdiera.
Yo puedo asegurar que, de ordinario,
La ley del consonante en un aprieto
Me pone con su curso opuesto y vário:

(1) El sentido es que la rima es la habitacion de la poesía, quien paga por ella el precio de muchas molestias, y de muchas cosas que deja de decir con la gala y nervio que las diria en prosa. — (N. del A.)

Negro me vuelve á veces un terceto,
Y sabe consumir tres cuartos de hora
Primero que al papel esté sujeto:
Cómo empezó se sabe, mas se ignora
Dónde querrá llevarle el consonante,
Que á su arbitrio le afea ó le mejora.
Despues de esta instruccion, es importante
Que el estilo haga ver en poesía
Ló que vá del pintor al dibujante.
De la expresion la gala y valentía
Harán lo que el color en la pintura,
Que anima al lápiz en la sombra fria.
La Retórica dá, en su fuente pura,
De reglas abundantes manantiales,
Pero es preciso usarlas con cordura:
No han de buscarse turbios cenagales,
Libros que de otros libros se han copiado,
Fárragos de los dogmas más triviales.
Si á Dionisio Longino has meditado
Y sabes elegirte un buen modelo,
Para imitar lo más tienes andado.
En el sublime estilo tu desvelo
No presuma, atronando los oidos,
Subir las voces hasta el alto cielo.
Debemos estar todos persuadidos
Que de un estilo excelso la grandeza
No está en las voces, sino en los sentidos.
Si quieres llenar de aire la cabeza,
De Góngora medita la arrogancia
Donde la voz semeja la corteza
De un limon, extraida su sustancia,
Tal estilo es sublime solamente
Allá en el tribunal de la ignorancia.

¿La arquitectura donde el arte ostente
El gusto del embrollo y del follaje
Será elevada á juicio del prudente?
¿Y el pincel ignorante que trabaje
En dar al cuerpo extrañas posituras
Hará con el buen gusto maridaje?
Tú, si imitar el natural procuras,
En la simplicidad has de elevarte;
Déjate de caprichos y locuras.
En esto has de poner estudio y arte,
En que lo grande sea la sentencia,
No la voz con que quieres explicarte.
Bástale á la diccion tener decencia:
Fíjese en las ideas lo sublime,
Póngase en los afectos la vehemencia.
Severo el juicio, en los objetos lime
Todo aquello que tengan de más bajo
Y su hermosura natural deprime.
Muchos á la elocuencia por atajo
Quieren ir y dejar la carretera,
Huyendo del estudio y del trabajo;
Tanto que apenas hallarás quien quiera,
Sin parar en lagunas ó arroyuelos,
Acercarse á la fuente verdadera.
Descubran en Homero tus desvelos
Las minas de hermosura y de riqueza;
Él á tu imitacion dará modelos.
Oirás hablar á la naturaleza
Por lengua y voz de este admirable Griego,
En quien todo es primor, todo grandeza.
Su pluma á veces se desata en fuego,
Otras con resplandor benigno llena
De luces suaves el lugar más ciego.
. . . .

Al orador, al cómico su vena
Dió el arte de evitarnos las pasiones,
De infundir gozo y moderar la pena,
Se multiplican las observaciones
Que sobre sus poemas cada dia
Reproduciendo están doctos varones.
Mas su crédito y honra no varía:
Por sí misma formó naturaleza,
Madre de tales obras de poesía:
Y así, aunque con profunda sutileza
Sobre él se formen reglas cavilosas
Para imitar su gusto y su belleza,
Nunca darán al arte tan nerviosas
Fuerzas que imitar pueda, aun en bosquejos,
A la naturaleza en tales cosas.
Me rio de preceptos y consejos
En obras donde el númen brillar debe,
Si el ingénio los trajo de muy lejos.
Metastasio sorprende, inflama, mueve,
Por más que agudo y caviloso el arte
El que observa en sus óperas repruebe.
En pocas reglas deberás formarte,
Si firmes son y son universales:
Con muchas lograrás debilitarte.
Para el estilo son las esenciales
Que tu imaginacion, cuando serena
Paz goce en movimientos siempre iguales,
La procures tener de ideas llena,
Sencillas pero grandes y elevadas,
Capaces luego de animar tu vena.
Y cuando tus potencias inflamadas
Te obligaren á hablar apasionado,
Suéltalas á su arbitrio abandonadas.

No debe en la pasion estar ligado
El ingénio: confía en sus aciertos
Si ántes de ella le tienes preparado.
Mira en los labradores más expertos,
Cuando la tierra fecundar intentan,
Cómo dejan los granos bien cubiertos;
Despues del riego, ya no la violentan;
Al despuntar doblada la espiguilla
Descuidan, y su curso no atormentan.
Saben que rara vez por maravilla
Dá el campo lo que nunca ha recibido
Por su rústica mano en la semilla.
Así, si el númen fecundado ha sido
A su tiempo con nobles pensamientos,
Que los producirá ten entendido
Cuando sienta los vivos movimientos
Con que tu objeto, y su impresion le altere
Hácia un obrar y discurrir violentos.
Si el asunto mediano no más fuere,
El estilo será no más mediano,
Segun el caso práctico exigiere.
El arte puede aquí poner la mano
Con mayor libertad y más anchura,
Sin ostentar un artificio vano.
El adorno, la gala y la dulzura
Debe ser lo que admire y nos sorprenda,
Dejándonos impresa su hermosura.
Un fuego no ha de haber que nos encienda;
Pero un calor benigno y apacible
A alentar nuestro espíritu descienda.
Mas, aunque es este estilo susceptible
Del artificio y gracia, no se debe
Usar con profusion aborrecible.

¿A risa y á desprecio no te mueve
Una mujer que, sierva del adorno,
Lugar vacío de él apénas lleve?
Así, si más de lo preciso exorno
El verso y manifiesto el artificio,
¿No oprimo al númen como cuerda en torno?
Usa el adorno la mujer de juicio
Como quien ni le amó ni le aborrece,
Para no dar de un vicio en otro vicio.
Al pan que de ordinario se nos cuece
El paladar jamás le encuentra ingrato:
Siempre del mismo modo le apetece.
Pero, si acaso de amasarle trato
De un modo peregrino y exquisito,
Le estimará para uno ú otro plato.
Así yo me disgusto y aun me irrito
Si en juegos de palabras y agudezas
Se anda pródigamente por escrito.
De Esquilache y de Lope la limpieza,
De Salazar la gala y bizarría,
De Garcilaso la delicadeza,
Nos manifiestan bien cuánto varía
La amenidad, el gusto y el gracejo
De una puerilidad insulsa y fria.
Su contínua lectura os aconsejo
Si quereis, oh poetas escritores,
Dar gusto á todos desde el niño al viejo.
Otro estilo más bajo en sus colores
Que llano, humilde y familiar se llama
Y recibe tambien muchos primores,
Todo debe ser luz sin verse llama:
El artificio por camino oculto
Es lo que más en este estilo se ama:

No se acomoda con lenguaje oculto,
Y ha de apartarse de él con mucho tiento
Todo aquello que pueda formar bulto.
Debe obrar con benigno movimiento
Y, perceptible sólo en la eficacia,
Se ha de insinuar en el entendimiento.
Su principal carácter es la gracia:
Si no la hay natural, es más segura
En él que en otro estilo la desgracia:
Cualquiera mancha afea su hermosura,
Declina fácilmente á la bajeza
De que todo buen gusto huir procura.
Une la sencillez con la nobleza
De las ideas, pues tambien hallamos
En el estilo humilde su grandeza.
Las fábulas de Fedro no observamos
Sin descubrir alguna gracia nueva,
Cuando con reflexion las meditamos.
No sé qué es lo que más mi atencion lleva:
De voces la eleccion tan acertada
Que nada que no esté como estar deba,
La proporcion tan bien acomodada,
Los colores tan simples y subidos,
La propiedad tan fielmente observada,
Todo conspira á dar por los oidos
Copia de los objetos simple y clara,
Logrando que por sí sean conocidos.
La agudeza no muestra allí su cara
Porque está disfrazada sin violencia
Prenda en él muy comun, en muchos rara:
Nerviosa y muy concisa la sentencia,
Pronunciada en diccion simple y sencilla,
Penetra á lo interior sin resistencia.

Alguno en el idioma de Castilla
Al liberto de Augusto imitar quiere
Y aquí es donde su pluma ménos brilla:
Profuso en el hablar, apenas hiere;
En las sentencias lánguido y prolijo,
Pierde todo el vigor que se requiere.
A seis fábulas doy aplauso fijo;
En las otras sesenta no hallo cosa,
Si no es que con error mi juicio rijo.
Siempre tuve por obra peligrosa
El hacer sin adorno sobrepuesto
Que la simplicidad fuese vistosa.
Vos, Don Francisco, no os admireis de esto;
Así obra la opinion: á unos encanta
Lo que es para otros áspero y molesto.
Mas ya vuestra paciencia se quebranta
Y de esta pesadez se ve molida,
A pique de acabarse con ser tanta.
Quiero dejar la carta concluida,
Pero para notar dos prevenciones
Séame la licencia concedida.
La una que el arte, y sus observaciones
Solamente donde hay naturaleza
Podrán pulir las manchas, y borrones.
Quien nunca fué sensible á la belleza
Que del metro contiene la armonía
Descubrirá en sus versos su aspereza:
Quien no goza sublime fantasía
Y una imaginacion blanda y süave
Ya puede dar de mano á la poesía.
Al arte no le es dado, ni tal cabe,
Dirigir el pincel en nuestra mano
A pintar, sin ver otra, alguna nave.

Yo pintaré el objeto, caso es llano,
Tal cual ántes le tenga concebido,
Y pensar de otro modo es error vano.
Cuando en mí alguna idea impresa ha sido
Con claridad, mi pluma fácilmente
Formará su retrato parecido:
Mas si la concebí confusamente,
Con confusion la explicaré sin duda,
Por más que el arte remediarlo intente.
En la imaginacion con fuerza aguda
Se ha de fijar la imágen de la cosa:
Si no, sin fruto, torpe el númen suda.
La de los dos Leonardos prodigiosa
Es en representarse cada objeto
Con una propiedad maravillosa.
Este órden natural, cuyo secreto
Jamás al arte ha sido revelado,
No está á sus leyes rígidas sujeto.
La fantasía, si ella se ha alterado,
Pone al alma en activo movimiento,
Y se lleva al poeta arrebatado:
Introduce en sus venas el violento
Hervor que á la elocuencia verdadera
Siempre sirvió de estímulo y fomento.
La hace salir de la comun barrera
Y sobre todos los demás mortales
Le fija en nueva y superior esfera;
Le forma nuevos mundos ideales
Y á su arbitrio los puebla, y dá figura
A los séres que son intelectuales:
Este es el Estro, el númen, la locura,
Que el vulgo á los poetas atribuye
Allá en su lengua bárbara y oscura.

La fantasía del poeta se huye
A vïajar por tierras ignoradas
Y rica luego se le restituye.
Las riquezas que trajo presentadas
Son el juicio, y, por éste distinguidas,
Son con órden al mérito graduadas.
No todas deberán ser admitidas;
Antes, segun apeteciere la obra,
Muy pocas han de ser las escogidas.
Si en el imaginar la fuerza sobra
Y no la templa con prudencia el juicio,
El ardor de delirio visos cobra;
Se forma sobre el aire el edificio
Y, trastornada la naturaleza,
Todas las cosas salen de su quicio.
¿Tuvo imaginacion tal fortaleza
Como la de Butron? Pues sus ardores
Nada contienen ménos que grandeza:
Sus borrascas, su fuego, sus furores
Corrieron á su arbitrio libremente,
Fiados en sus fuerzas superiores.
Poeta pudo ser tan eminente,
Que Apolo mismo, para coronarle,
El laurel desciñera de su frente,
Si el juicio consiguiera moderarle
El ardor de su altiva fantasía
Y con prudentes máximas templarle.
La última prevencion que hacer quería
Se reduce á si el número sonoro
El carácter será de poesía.
Tulio, ornamento del romano foro,
En su *Orador* con dudas bien fundadas
Lo disputa con gala y con decoro.

«Antes (dice él) las reglas delicadas
Del número, deleite del oido,
A la poesía fueron reservadas;
Pero en el dia está ya introducido
Que la prosa sus sílabas concierte
Dispuestas con armónico sonido.»
Tiene sus piés la prosa, y de esta suerte
No debe ser el metro regla fija;
Tal que ella sola baste á conocerte.
Si con observacion algo prolija
Lees sus oraciones, es seguro
Que cláusulas oirás en que dirija
La situacion de voces metro puro
Y dé á la prosa peculiar cadencia
Que breve y largo mezcle, suave y duro.
El latino formaba su elocuencia
Armonïosa, flúida, y sonora;
Y así hacia agradable la sentencia
Al oido del hombre: pero ahora
Esta pronunciacion no es conocida
Y nuestra oreja su deleite ignora.
La oracion que á lo largo está seguida
Será por la bondad del pensamiento,
Mas no por la armonía, distinguida.
Es verdad que no usamos el acento
Con tan exacta y fiel delicadeza
Como le usó el Romano, á todo atento:
Pero acaso tambien nuestra pereza
En llevar la oracion á tal estado
Quitó á nuestra elocuencia esta belleza.
Quizá de este principio ha dimanado
El fijar la elocuencia en las ideas
Y todo lo demás se ha despreciado:

Si de esto satisfecho ser deseas,
A tu paciencia no pido otra cosa
Sino que á un orador del dia leas.
Compara á la latina nuestra prosa:
Aquello lleno muchas veces deja
El olvido en final dulce y ruidosa,
Que, cual el eco suele, oir se deja
Las últimas palabras resonando
Con suavidad en nuestra fiel oreja:
Y aunque lo largo y breve va mezclando
Con artificio fijo en las dicciones,
Siempre se vá del verso retirando:
La armonía, en las sueltas oraciones,
Era de la del verso tan contraria
Como la habla comun de las canciones: (1)
En la combinacion es ménos vária
Nuestra lengua, que el órden de la idea
Dá á las voces por regla ya ordinaria:
Quien los latinos oradores lea
Verá que, de su industria, una gran parte
En colocar las voces bien se emplea:
Lo que es igual en ambas es el arte
Con que excluyen del metro la medida,
Cuando en suelta oracion quieren hablarte.
¿Habrá purga más cruel y desabrida,
Y que más nos revuelva los humores
Que la prosa con verso entretejida?

(1) No he hallado comparacion ménos desproporcionada: el verso se hizo para cantar en su orígen: las recitaciones con que los antiguos leian sus poesías en los teatros dan idea de que su pronunciacion era un medio entre la conversacion familiar y el canto.

(Nota que hallo en una copia de este poema.)

¿Pertenece á poetas ni á oradores
Quien, como el otro, en Alcalá servil,
Lleva al púlpito el verso y sus primores,
Empezando un sermon frio y pueril (1)
Pase ya el ciego idólatra adorar,
Cesen aclamaciones del gentil?
Y así dïez y nueve sin cesar
Son los versos que encaja tan seguidos,
Que nada hay que añadir ni que mudar.
Otro rato habla en prosa, luego unidos
Pelotones de versos nos dispara,
Con la mayor exactitud medidos.
Bajo el supuesto, pues, de que era clara
La armonía en la prosa, Tulio inquiere
Si habrá otra nota en su carácter para
Fijar la distincion que conviniere,
Y la licencia de situar las voces
La diferencia en ámbas le sugiere.
Y si esta diferencia no conoces
Te viene á confesar que está acabado,
Y así que en ello el seso no destroces.
Pero el Poeta vive dispensado
De alguna ley que el orador respeta;
Él estas libertades ha tomado.
De la necesidad sacó el Poeta
Lo que hoy se juzga gala y bizarría,
Adorno nuevo y locucion discreta.

(1) Se habla de uno de los sermones predicados en Alcalá en el año 1728 en la canonizacion de San Jacome de la Marca, y colocacion de una imágen de Nuestro Señor en un retablo nuevo. Predicó este sermon un Catedrático y Canónigo, y es de las piezas más apreciables por lo ridículo, porque casi todo él consta de versos endecasílabos.—(N. del A.)

En el Poeta dá la fantasía
Tal vez la anchura que á los oradores
Negará una razon tranquila y fria.
En su mano parecen bien las flores
Que en las de la oratoria rehusamos
Buscando otros adornos y primores;
Mas no con estas reglas aspiramos
A fijar el poético lenguaje
En límites tan crueles, que queramos
Quitar de la poesía aquel pasaje
Que, del metro á la prosa desleido,
No conserve el blason de su linaje. (1)
Al poeta fué siempre permitido
Ofrecer las imágenes pintadas,
Sacando de la sombra colorido:
Por el Pino las naves son llamadas,
Y nadie aprobará que te opusieres
Si *aceros* apellida á las espadas.
Mas serás reprendido si quisieres,
Para explicar el pan hablando en prosa,
Decir los *dones* de la rubia Ceres:
Dar ocioso adjetivo á alguna cosa,
Cual *fria nieve*, *jabalí cerdoso*,
Forma buen verso y prosa defectuosa:
Dirán que soy sobrado caviloso,
Y que oprimo con lazos el buen gusto,
Más de lo necesario riguroso:

(1) En verdad la locucion poética es distinta de la prosáica; pero sería demasiada crueldad excluir de la clase de versos, y tal vez buenos aquellos que quitándoles el metro y reduciéndolos á prosa, no supiesen siempre á Poesía; en ese caso tal vez muchos trozos de la Eneida habrian de pasar por prosa.—(N. del A.)

La elocuencia del dia como injusto
Acusa un censurar tan delicado,
Que con el uso y práctica no ajusto:
El Francés, que en el trono está ensalzado,
Dando en el dia ley á la elocuencia,
Sus límites antiguos ha olvidado.
Siempre grande y sublime en la sentencia,
Contínuo en las figuras y alusiones,
Usurpa la poética licencia:
Es verdad: mas tambien los relumbrones
Que un orador francés gasta en el dia
Son del arte notorias transgresiones:
Abandonados á su fantasía
Los Franceses ingieren en la prosa
Las ideas y voz de la Poesía.
Por eso viene á ser dificultosa,
Y muchas veces no comun empresa,
Distinguir cual conviene cada cosa.
Y acaso la poética francesa
Por eso mismo tira á distinguirse
En la humildad con que lo grande expresa.
En la nuestra no es fácil abatirse
A tanta sencillez, sin que el idioma,
Por sí elevado, llegue á resentirse:
Una elocuencia fué propia de Roma,
Otro carácter tuvo la de Atenas,
La que habló Dios por otro rumbo asoma,
Y así en las otras lenguas puede apénas
De la elocuencia el génio equivocarse;
Y, si lo haces, á un yerro te condenas.
A cada idioma le agradó el formarse
Gracias particulares, translaciones
Que resisten al otro trasportarse.

Eleva el Español sus alusiones,
Naturalmente busca la grandeza
Y usa sublimes las comparaciones.
El extranjero trata de aspereza
La elevacion del español lenguaje,
Cree hinchazon lo que es naturaleza,
Y el Español sentido toma el traje
Del extraño, su idioma trastornando,
Por eximirse á un infundado ultraje.
De esta suerte, el carácter olvidando
De nuestro propio idioma y elocuencia,
Estamos las agenas imitando:
A nuestra lengua hacemos cruel violencia
Y, cual mendiga vil, la precisamos
A buscar en las otras su decencia.
Si la musa Francesa comparamos
Con la Española, dos soldados vemos:
El uno mucho adorno le encontramos,
Un artificio y un primor supremos
A que dá traje la naturaleza,
Nos vence cuando aun no le conocemos:
El otro manifiesta su grandeza,
Y su vigor acometer le hallo
Con ménos artificio que fiereza:
No es de ningun oráculo mi fallo,
Pero hallo entre los dos la diferencia,
Que el uno obra de á pié, y otro á caballo,
Aunque sea en los dos igual la ciencia.

NOTA. *

En un fragmento borrador, escrito por Plano de su letra, despues de los versos:

«Pero, pues, al presente no me inquieta
La ronca voz del triste litigante,
Por quien la ley oscura se interpreta,»

Se continúa así:

Del arte de hacer dramas lo importante
No lo que ya dijeron mil coplistas
Escribiré aunque pese al comediante.
Musa, no te suplico que me asistas;
Que de Aquiles no canto la fiereza,
Ni del grande D. Jaime las conquistas.
Yo seguiré la fiel naturaleza,
No bajos y ridículos bosquejos
Que hacen cavilacion y sutileza.
Me rio de preceptos y consejos
En obras donde el númen brillar debe,
Si el ingénio los trajo de muy lejos.
Metastasio sorprende, inflama, mueve,
Por más que agudo y caviloso el arte
Al que observa en sus óperas repruebe.
En pocas reglas deberás formarte
Un poeta dramático excelente:
Con muchas lograrás debilitarte.
Ni pienses, como muchos neciamente,
Por lo que allá en su orígen fué la escena
Sus leyes formar hoy menudamente.

La antigüedad está de sombras llena;
El tiempo todo lo confunde y muda;
Lo que ántes se amó mucho, hoy se condena.
Quiero decir que el que á tomar acuda
El agua de muy léjos, una cosa
Tal vez nos forma de valor desnuda.
Las voces viejas conservó curiosa
La tradicion; mas nunca se remedia
En las ideas variacion forzosa.
Lo que hace un siglo se llamó tragedia
¿Quién sabe si así el Griego lo llamára?
Y mejor lo diré de la comedia.
Muy poco ó nada en esto se repara,
Y en ello convenirnos es preciso
Con fina exactitud y verdad clara.
La gran cuestion depende de este aviso,
Sobre si esta ó aquella pieza tiene
De cómica perfecta el traje y viso;
A las cosas del dia dar conviene
Preceptos, no á las viejas y olvidadas
De que apenas quedó nombre que suene.
Las del Estagirita delicadas
Leyes que sobre el griego drama puso,
No todas son al nuestro acomodadas:
Vé reducido nuestra escena su uso
A instruir por un ejemplo deleitando:
Lo demás lo reprueba como abuso.
Semejante á parábola, que, dando
En un suceso finas alusiones,
Fué las almas humanas alumbrando.
Y como de un ejemplo las acciones
Han de imitar al natural suceso
En la sustancia, modo y expresiones,

Pues ha de obrar como verdad, por eso
El ejemplo en la escena producido
Se ha de poner cual cierto hasta el exceso.
De aquí las unidades han nacido
Que en opiniones necias y sútiles
La cómica nacion han dividido.
No me cuido de máximas pueriles,
Porque quita, tal vez, nimia finura
Su valor, á pinceles y buriles.
En la unidad de accion no doy soltura,
Porque el caso la lleva ya consigo,
Y pensar lo contrario era locura.
Uno es el caso en que al errar castigo
O premio á la virtud, se le propone,
El ejemplo sirviendo de testigo.
Una, pues, es la accion; y se compone
De un principio y un medio que se enlazan,
Y un fin que al caso conclusion impone.
Lo deleitoso y útil despedazan
Cuantos en sólo un drama neciamente
Muchas acciones, aunque de uno, abrazan.
En la mitad de tiempo comunmente,
Y aun en la de lugar, sobre un pelillo
Se habla más de lo justo y conveniente.

Hasta aquí el borrador. Ya se echa de ver que de uno ú otro pensamiento, nocion ó verso se aprovechó en el progreso de su epístola: ¿suprimiría quizá todo este trozo, porque se ciñó al propósito de dar reglas generales á todos los poemas, ó sea de hablar de la poesía en general, sin descender particularmente al plan, economía y arquitectura, digámoslo así, de la oda, de la epopeya, de la égloga, del drama, de la sátira, del epigrama, de la epístola y del ditirambo?—R. J. DE CRESPO.

Cuanto bajo del sol el hombre mira
Lo halla envuelto en la nube temerosa
Que forman el error y la mentira.
Y no es esta la suerte más odiosa
Sino haber de decir que lo que es cieno
Huele como recien cogida rosa!
Se ha de llamar antídoto al veneno
Y decir, si así el caso lo pidiere,
Que llueve ó nieva cuando está sereno.
Nada ha de verse tal cual ello fuere
Sino por el anteojo, ya de aumento
Ya de disminucion, que el mundo quiere
Este es el sacrificio más violento;
Hacer que el alma libre incienso ofrezca
De la lisonja al ídolo opulento;
Que aniquilada la verdad perezca
Y que su luz amable y provechosa
Del error en las sombras se oscurezca;
Que el que todo esto ve sus labios cosa,
Aunque para alentar no quede grieta
Y reviente de cólera espumosa.
Yo que, envuelto en seis varas de bayeta,
Suelo andar atisbando cuanto pasa,
Murmurador con visos de poeta,

Vuelvo lleno de especies á mi casa,
La lengua acribillando entre los dientes
Y el furor reprimiendo que me abrasa.
Veo unas elecciones indecentes,
Al mismo que las hace ignominiosas,
Burla del necio, oprobio de prudentes:
Oigo unas providencias espantosas
Que, á obedecerse (lo que no es costumbre),
Debian arruinar todas las cosas.
Del templo del honor veo la cumbre
Por unos espantajos poseida,
Que sólo han de servir de pesadumbre.
Es la suerte del mérito abatida;
Se confian los públicos honores
A quien los pone en venta de corrida,
Sólo se hacen lugar los habladores,
El enjambre cruel de entremetidos,
Los proyectistas, los aduladores.
Son por el Ministerio recibidos
Con mucho aplauso ciertos pensamientos,
Para el comun perjuicio producidos.
Rien nuestros vecinos muy contentos
Viendo de la nacion el triste estado
Cuyas ruinas al suyo son cimientos;
Pero salga por suerte un hombre honrado
Que el desconcierto universal censure
Del amor de su patria arrebatado,
Y con avisos públicos procure
Cortar el mal: dirán que es sedicioso
Y que aspira á que el pueblo se conjure;
Diránle ciudadano criminoso
Y le levantarán mayor proceso
Que al ladron más temido y alevoso.

Criticar al que manda es mucho exceso;
Imaginar que yerra, gran delito:
Querer desengañarle, riesgo expreso.
Pensareis, D. Francisco, que alzo el grito
Más de lo justo, y que en el vivo fuego
De la vehemente sátira me irrito.
¡Ojalá fuese así! mas no estoy ciego,
Y no más lo que veo es lo que digo:
Cuales tomo las cosas las entrego.
Séame Max de Val un buen testigo.
¿Quién que quiso impugnar su medicina
No tuvo en el gobierno un enemigo?
¿Pudiera hacerse más si su doctrina
Fuera sobre materias de fe, donde
Cede la luz humana á la divina?
Amigo, esto bien veis que no se esconde,
Y que el callar en opresion tan fiera
Ni conviene ni ménos corresponde.
Yo de veras callára si pudiera;
Pero el fuego que abrigan mis entrañas,
Detenido algo más, me consumiera.
Ojos llorosos de las dos Españas,
Desahogáos desde hoy en tierno llanto
Hasta inundar los prados y campañas.
Los mios seguirán vuestro quebranto,
Que esforzarán mis voces lastimosas
Si lo permiten mi dolor y espanto.
Yo subiré mis quejas fervorosas
Al más alto lugar del postrer cielo
Con palabras más tiernas y briosas,
Por si consigo hacer que vuelva al suelo,
De donde allá subió, la justa Astrea,
Y nos saca de tanto desconsuelo.

Nadie ofendido de mi voz se crea,
Que yo persigo al vicio, no al vicioso,
Protesto no ha de ser otra mi idea.
Y si vos, Don Francisco, escrupuloso
Llegareis á entender que incautamente
Ofendo á alguno y de ello está quejoso,
Dad al fuego mis versos prontamente;
Porque es verdad que yo nunca he querido
Ser, porque otro lo sea, delincuente.
Pero esto, sí, que con teson os pido:
Si en alguna ocasion acalorado
Paso á tener un poco de atrevido,
O se escapa algun chiste, sazonado
Con demasiada sal ó más picante
Que cabe en vuestro génio moderado,
No os ofendais de que mi voz levante,
Pues todo entre nosotros quedar debe,
Sin que otro haya de ser participante;
Que el sólo impulso que á escribir me mueve
Es daros que reir por un instante,
Mas que el aire despues mis versos lleve.

Á LA GUERRA CON FRANCIA.

Las musas callan, y las armas suenan,
  Todo lo oprime de la guerra el peso,
  Espadas brillan y cañones truenan.
Bueno unas, y otras veces mal suceso
  Aquí apaga el furor, allí lo enciende;
  Levanta el humo nubarron espeso:
A todas partes el terror se extiende
  Y la muerte, con brazo descarnado,
  Eterno llanto y luto dar pretende.
Cual alto pino por vejez gastado
  Amenaza con súbita caida
  A los vecinos de que está cercado;
Y cuando la ancha copa combatida
  De revuelto huracan, con ruido horrendo
  Siente su raíz quebrada ó desasida;
Al suelo en fiero golpe descendiendo
  A los que en torno están tâla y lastima,
  Comunes ruinas de la suya haciendo;

Así, al caer de la soberbia cima
De su poder una nacion furiosa,
Forzoso es que á otras con el golpe oprima.
¿En qué cuadro jamás se vió llorosa
Entre afrenta y horror naturaleza,
Con expresion más viva y dolorosa?
La orfandad y virtud, con la pobreza,
Fecunda madre de exquisitos males,
Esparcen la amargura y la tristeza.
Y cercado de sombras funerales
El génio tutelar de la paz santa
Triste huye á las moradas celestiales.
La madre inútilmente se quebranta
Con puño airado el afligido pecho,
Al ver que el hijo armado se levanta;
La tierna esposa en vano con despecho
Teme la arranquen los marciales sones
Al marido del poco usado lecho.
La patria há menester los corazones
De sus hijos ahora: el tiempo vino
De formar huestes y de alzar pendones.
Envueltos en un ciego torbellino
Van por el ancho mundo cuantos males
Muestras dar pueden del poder divino.
Apénas quedan de virtud señales,
Y al hombre por sus cûlpas asimismo
Le abandonan decretos celestiales.
Corre con negra tea el fanatismo,
Chispas en todas partes sacudiendo,
Y semeja la tierra al fiero abismo.
La espalda oprime ya del mónstruo horrendo
Que con siete cabezas se presenta,
Babilonia á la gente adormeciendo.

La copa de oro que veneno alienta
Alegre alarga, y ella reverente
La aplica al labio, de su mal sedienta.
Ya no hay espada ni cañon ardiente
Que baste á contener la muchedumbre
En la torpe embriaguez, ciega, insolente.
Cual suele de Pirene en la alta cumbre
Con ruido atroz rodar precipitada,
Forzada por su inmensa pesadumbre,
Masa enorme de nieve, congelada
De antiguos años, y consigo lleva
Troncos, peñas y gente descuidada;
Así doctrina licenciosa y nueva,
Que del monte del vicio se desprende,
Nada halla que no arrastre ó lo remueva.
El siglo que ilustrado ser pretende
Relámpago es no más que, en noche oscura,
Vislumbres dá con que la vista ofende.
Siglo de bagatelas, de locura,
Que, como el fuego artificial, acabas
Con feroz estallido y sombra impura:
Quitaste á la razon las firmes trabas
Con que oponia al loco pensamiento
Y á velos peligrosos le animabas:
Tú le subiste con osado intento
De su deseo á la mayor altura;
Mostraste tierra y mar que él miró atento,
Y dijiste: «Si humillas tu figura
Y postrado me adoras, darte he luego
Cuanto tu vista comprender procura.»
Oyó la astuta voz errado y ciego,
Y, alejándose el hombre de sí mismo,
Sopló de su ambicion el voraz fuego.

Huye siglo cruel; huye al abismo
    Donde la eterna sombra te encarcele
    Con las del obstinado Gentilismo.
Del alto cielo sobre el orbe vuele
    Otro que cicatrice tus heridas
    Y la agraviada humanidad consuele.
A las partes remotas y escondidas
    Ha huido la razon, y bambolea
    Europa en tempestades desmedidas.
Desenvuélvela tú; y el hombre vea
    Cómo por las edades y naciones
    Con igual paso la virtud pasea.
Armas no usadas, bélicos pendones,
    Ni esperados jamás ni conocidos;
    Darán al que triunfa hoy hierro y prisiones.
Décimos nietos de los que, vencidos,
    Fueron de Europa míseros despojos,
    Vengarán de sus madres los gemidos.
A tiempos apartados van mis ojos,
    Mas Roma se hartó al fin de sangre agena
    Y vió sus campos con la suya rojos.
Visitó á las Naciones con cadena
    Y, vencida despues, vió de una en una
    Hollar del Tiber la adorada arena.
El valor no conoce patria ó cuna,
    Y no hay arte que fije y establezca
    A un punto el ciego pié de la fortuna.
    . . . . (1)

(1) Hasta aquí el original.

Á D. JORGE DEL RIO,

CANÓNIGO,

DIGNIDAD DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE ZARAGOZA.

Esta musa tenaz, señor Don Jorge,
Quiere que en mal zurcidos consonantes
Pequeña carta como pueda os forje.
De mi mísera vida los instantes
En ocio desabrido hundirse veo,
Todos de digna ocupacion distantes.
Cumpliráse á mi musa su deseo;
Y acaso podrán daros mis locuras,
Ya que no alivio en el pesar, recreo:
Porque en cierto linaje de aventuras,
O ha de perderse el seso, ó suma risa
Debe descuadernarnos las junturas.
Mi pluma, cual mi génio, es llana y lisa;
Y olvidaros debeis de vuestra ciencia,
Si atencion quereis darme no remisa.

Culpareis mi osadía y la imprudencia
De que parezca ante varon tan sabio;
Sufrid, porque lo soy, mi impertinencia.
Gobierne la razon mi lengua y labio;
Aunque, si la ficcion los gobernase,
Tendré ménos temor de hacer agravio.
Antes que el tiempo en público declare
(Que aunque tarde por fin lo hará algun dia)
Vuestra justicia, y el error separe;
Yo, que no conocí la cobardía,
Bien que me precio de ánimo templado,
Hácia el consuelo os serviré de guia.
«El muerto consolaba al degollado»
Podrá por mí decirse buenamente,
Viendo mi cruda situacion y estado.
No soy en las desdichas indolente:
¿Mas fuera accion ni justa ni oportuna
Darse todo al dolor con ciega mente?
Esta que siempre se llamó fortuna,
Por falta de otra voz más expresiva,
Señala ya á los hombres en la cuna.
Al que ella quiere que en damascos viva
Presto del pañal tosco le arrebata,
Y le pone en lugar del que derriba.
Hoy nos dió un rempujon, y nos maltrata;
Los dos un mismo golpe hemos llevado;
El Cielo un rayo por los dos desata.
¿Quién, sino un corazon desapiadado,
No se pone á llorar con el que llora?
Vuestro llanto es del mio acompañado.
El que estando en su patria, el trato ignora
De su paisano, si en extraño clima
Le vé, le busca; su favor implora;

Un comun sentimiento los anima;
Y si el uno por suerte á flaquear llega,
El otro á sostenerle el brazo arrima.
En el país de nuestra dicha ciega
Vivíamos los dos casi sin trato;
La habitacion se nos prohibe y niega:
Pisamos del dolor el país ingrato;
Y, bajo estraño cielo peregrinos,
El caso nos estrecha con conato.
Nunca, aunque muy distantes, más vecinos;
Así ambos del recíproco consuelo
Debemos prepararnos los caminos.
Las lágrimas direis que estanco ó hielo,
De insensato ó al ménos de imprudente,
Porque versificando el susto expelo.
Efectos que produce un accidente
Nunca con la razon entran en cuenta,
Ni dan leyes al ánimo prudente.
Y cuando, desmandada y turbulenta
Con ciego razonar mi fantasía,
Imágenes temibles me presenta,
A padecer se allana mi osadía
Cuanto ofrecen, y así léjos las echo,
Como á la negra sombra el blanco dia.
Los males buscan al cobarde pecho,
Y sobre el que hallan firme y denodado
Jurisdiccion no alegan ni derecho.
El que en tiempo nació tan malhadado
Es preciso que lleve el pecho fuerte,
De cuatro dobles de prudencia armado.
Comunes son los casos de la suerte:
Y no hay en la carrera de la vida
Quien se llame feliz hasta la muerte.

Sea nuestra afliccion no merecida;
Mas ¿quién en el invierno esperó rosas,
Ni en laberintos próspera salida?
El ir contra el estado de las cosas,
Es querer que una vela dome y rija,
En ancho mar, borrascas espantosas.
Cuando el órden comun se desbalija,
Nadie puede esconderse á un azar loco,
Ni aunque tenga de Giges la sortija.
Cuerdo preví cuantos peligros toco:
Las olas bravas de la mar hinchada,
De la ilusion vulgar tuve en muy poco.
Yo la opinion violenta y engañada
Con risa desprecié, y, apercibido
A la insolente voz de gente osada,
Cuanto se me encargó dejé cumplido,
Y esta interior satisfaccion que gozo
Al dolor entorpece mi sentido.
Yo sé que pierdo el tiempo si sollozo,
Porque no tengo soga con que saque
La verdad santa del tremendo pozo.
La borrasca no espero que se aplaque,
Y aguardo ya, al naufragio preparado,
Que dé la muerte el decisivo ataque.
Pudiera, á no ser yo tan moderado,
Viendo revuelto y cenagoso el rio,
Tender la red y mejorar de estado:
Otros, sin un trabajo como el mio,
Del suelo liso á la dorada alfombra
Fueron, y de la nada al poderío.
Sus almas siga impertinente sombra
De propia confusion: os son patentes,
Aunque de ellos ninguno aquí se nombra.

Mis opiniones justas, reverentes,
No falsa voz, los hechos las mostraron
A Dios, los Magistrados y las gentes.
Un partido más cómodo tomaron
Los que, sin arriesgarse, el vano grito
Con enormes patrañas levantaron.
Saber mentir por término inaudito
Del aura popular el soplo alcanza;
No el obrar delicado y exquisito.
No me dejo arrastrar de mi esperanza,
Que recojerme sé: mi vista tiendo,
Y no veo señales de bonanza.
«Y en este golpe de fortuna horrendo
(Díránme) ¿qué consuelo te ha quedado?»
Uno que por ningun precio lo vendo:
Queda el consuelo de que no he engañado;
De que no profesé la hipocresía;
De que con la opinion no he comerciado.
Consuelo que otro en poco estimaría,
Y en mí moral medicamento ha sido:
Así ni temo, ni perdí la guía.
Ni yo esfuerzo mis quejas ofendido,
Ni tampoco indignado me lamento
Por verme entre sospechas confundido.
De la verdad divina oigo el acento
Que dentro de mi espíritu resuena,
Y me enseña á regir el pensamiento.
Ojos enjutos, frente muy serena
Muestro siempre á la pérdida improvisa
Furor no siento, ni dolor me agena.
Mi vista, aunque cansada, bien divisa
Allá en nuestra ciudad muchos objetos
Dignos de la comun vergüenza y risa:

Débense al celo, aun falso, sus respetos;
Y si por este término han errado,
Vivan eternamente por mí quietos.
Revista yo á mis obras he pasado:
Su efecto veo; mas ni aun importuna
Queja mi voz á su fortuna ha dado.
Siempre ha tenido un génio la fortuna,
Y para mí la gran naturaleza
En todo país y tiempo siempre es una.
Del mundo forma la moral belleza
La cuerda dósis de esto que llamamos
Bien y mal, con no mucha sutileza.
Nada es que de estas máximas tengamos
En nuestro corazon cien almacenes,
Si á abrirlos en su tiempo no acertamos.
Por donde sale el mal entran los bienes,
Y un sucesivo juego están haciendo
En que sufre la vida mil vaivenes.
Lo sé; lo experimento; y no pudiendo
A mi deseo acomodar las cosas,
Por ellas el deseo voy midiendo.
Me parecen así ménos penosas;
Y cuando á ellas mi espíritu acomodo,
Vuelvo las más ingratas en sabrosas.
Este remedio lo prefiero á todo,
Y así no hay confianza que me engañe,
Mirando al bien y al mal del mismo modo.
No quiero que cual sombra me acompañe
La ilusion; que dá penas más ardientes
Duda que burle, que dolor que dañe.
Pasar los dias locos ó imprudentes
En brazos dulces de esperanza necia
Alivio es sólo de insensatas gentes.

La razon no se estima ni se aprecia
Si no se hace sonar como campana,
Y es menester para esto lengua recia.
Tiénese por verdad la sombra vana;
Que el mundo cual barquilla está entregado
Al bravo mar de la disputa humana.
De que hablo con Don Jorge me he olvidado,
Cuando á regir el ánimo doliente
Enseñó en este estilo demasiado.
El que atraviesa á nado la corriente
De un rio, aunque su vista á un punto fija,
En otro vá á parar forzosamente.
Así, aunque á objeto cierto me dirija,
Donde quiere me lleva el consonante;
Y formo, en vez de carta, baratija.

ELEGÍA.

EL AUTOR Á SÍ MISMO.

DIRIGIDA Á LA EXCMA. LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE.

En este tiempo mísero y turbado
La selva sólo y su placer me agrada,
Y la sombría soledad del prado.
Una cabaña rústica ignorada
Dará seguridades que no diera
Torre de cien cañones coronada.
Aquí sabré esperar la primavera,
Sabré dejar pasar al duro Enero
Y al Febrero de frente áspera y fiera.
Los ojos tristes recrear espero
Cuando las densas nieblas inclementes
Abril rompa con soplo lisonjero.
Desataránse entónces claras fuentes
Y deshaciendo la prision de plata
Crecerán de Pisuerga las corrientes.

Nacerá aquí una flor, allí una mata;
Veré el espejo natural del rio
Cómo sus verdes álamos retrata.
Soltaré al aire con esfuerzo y brío,
Por combatir con mi dolor, el canto,
Y tal vez cesará mi desvarío.
Miéntras que el tiempo así de mi quebranto
Temple el furor, arrojo el instrumento
Y me abandono á mi dolor y llanto.
Con destemplada voz mi sentimiento,
De mi bien léjos y mi patria amada,
Se probará á engañar mi triste acento.
Materia humilde, más que ser cantada
Entre doradas torres merecia,
A no estar la piedad allí olvidada.
De mi fortuna desparece el dia,
Y, de sombras cercado, sólo espero
Eterno y fiero horror de noche impía.
Y, pues mi mal no puede por entero
A los hombres contarse en voz sincera,
Al mudo prado referirle quiero.
Léjos os veo, campos y ribera,
En donde más de la mitad del año
Tiene su habitacion la primavera.
¡Oh pálido y canoso desengaño!
Al mal cierto me llevas, y me alejas
Del bien fingido con eterno daño.
Tiempo hubo en que, sin dar ni tomar quejas
Vivia con error, de mí seguro,
Cubriendo engaños de pasiones viejas.
La dulce posesion de placer puro
(¡Mísero yo!) creia haber guardado
De mi inocencia con el alto muro.

Pero aquel feliz tiempo es ya pasado
En que se respetaba la inocencia:
El órden de las cosas va turbado.
Cual se ase de su riesgo con presencia,
A la más débil caña el que se ahoga,
Me entretengo en hablar de mi dolencia.
Los bienes y los males de una soga
Sobre la triste tierra están colgados;
Y el hombre entre ellos como nave boga.
Mas para mí los cielos indignados
Los bienes para siempre han escondido,
Y me envian los males duplicados.
Fábula á todos y escarmiento he sido:
Cuanto con ciega y mentirosa mano
La Fortuna me dió, ya lo he perdido.
Quedé cual árbol que lució en verano,
Y logró formar de él estéril leño
La áspera furia del invierno cano.
Pero desvelo sigue al grato sueño,
A la sombra la amable luz sucede,
La paz ablanda á Marte el duro ceño.
Dios quiso así que nuestra suerte ruede
Hasta que el puerto del sepulcro frio
Con eterno descanso nos hospede.
Tendrá su fin el sentimiento mio,
Y cual vuelve los campos de oro y grana
El sol, será placer mi espanto impío.
Una ilusion de mi esperanza vana
Este lenguaje me inspiraba extraño,
Y la deshizo fuerza sobrehumana.
Juzgo por daño al bien, por bien al daño,
Y abandonado al pensamiento loco
Sigo fingidos sueños con engaños.

A los montes á lástima provoco,
Y en este caso miserable y duro
Las vanas sombras por verdades toco.
Contra el engaño de Sinon no hay muro,
Ni contra tempestad del cielo airado
Su destreza aprovecha á Palinuro.
Vivia ni engañoso ni engañado;
Era que el no envidiar era el camino
De no ser perseguido ni envidiado.
Recelar pude el huracan vecino
Pero miraba con serena frente
El ímpetu feroz del torbellino.

. . . .

. . . .

Mis cuerdos pensamientos encogia
Y dentro de mí mismo retirado
Esconderme á la suerte pretendia.
Al que supo vivir desfigurado
Jamás la quietud dulce se le niega:
La envidia vá al alcázar y no al prado.
Jamás pensé que la fortuna ciega
Con tan bajos objetos tropezára:
A todo error su desengaño llega.
Ni yo esperé que el cielo fulminára
Su rayo, habiendo pinos, á la hierba
Que apénas de la tierra se separa.
Nada de la ignorancia se reserva;
Sentí sus golpes, y lloré mi engaño,
Cuyas memorias el dolor conserva.
Ví conspirar en mi pesar y daño,
La hipocresía con fingido gesto,
Y el falso celo con su traje extraño.

Yo á confundir con mi razon dispuesto
La temeraria empresa y loco insulto,
Con risa poco cuerda le contesto.
Ardid por lo sagrado muy oculto
Se fragua contra mí: secreto aviso
La noticia me dá que dificulto.
A pocos pasos la verdad diviso,
Pero reí de las empresas vanas,
Que Dios, sin obra mia, frustrar quiso.
Hollé las intenciones inhumanas,
Y sin combates arruinó mi gloria
A las gentes impías y profanas.
Hízome presumido la victoria,
Viendo al suelo caer sin golpe mio
Máquinas fuertes, como súcia escoria.
A mi propia inocencia me confío,
Y dejo inerme que su intento siga
El tres veces burlado desvarío.
Ayuda pide á la servil intriga,
Que promete llevar á lo más alto,
El proyecto cruel con mano amiga.
Sobrado de razon, de apoyos falto,
En ninguna otra parte temí ménos,
Y ví el bárbaro plan sin sobresalto.
Consuelo miserable es el ser buenos,
Y tal cual dósis de malicia alcanza
A volver en triacas los venenos.
¡Oh cuán libre cantaba en la bonanza
El dulce bien de mis alegres dias,
Sin ver peligro ni temer mudanza!
Por no tratadas ni pensadas vias
Llegó con veloz paso fatal hora
Que acaso fué de las venturas mias.

La senda del olvido mi alma ignora
Y de lo que ha pasado sólo advierte
Ternura entónces, sentimiento ahora.
De la preocupacion el brazo fuerte
Siguiendo errada voz de falso celo
Robó mis glorias y trazó mi muerte.
¡Cuántos cayeron con mi golpe al suelo!
¡Oh cuántas penas engendró una pena!
¡A cuántos llorar hizo un desconsuelo!
Cual suelen en un círculo ó cadena
Unirse muchos al que se electriza,
Y el golpe que este recibir ordena,
Por el contacto en todos formaliza
Súbito influjo que en aquel momento
Los duros nervios con horror eriza:
El golpe material sólo yo siento,
Pero en los que vivian á mí unidos
Influyó por contacto mi tormento.
Todos de pena y de dolor perdidos,
Estremecen el aire con su llanto,
Repitiendo sin fruto sus quejidos.
Yo sentí el suyo más que mi quebranto,
Y, deteniendo el vago pensamiento,
Dentro del pecho sepulté mi espanto.
De todos escondí mi sentimiento,
Y ví mi ruina con serenos ojos,
No á mi dolor sino al ajeno atento.
Mis prendas se colgaron por despojos
En los templos del cuerdo desengaño;
Dí al vicio risa, á la virtud enojos.
Puesto ya en soledad, paso en mi daño
Las horas de un vivir aborrecido,
En la fuerte prision de un dulce engaño;

Y, del dolor que tuve reprimido,
Las engañadas lágrimas que vierto
El testimonio ofrecen más cumplido.
¡Ay cómo lloro, con dolor despierto,
Lo que en sueños cantaba sin recelo
Ni prevision de mi peligro cierto!
La esperanza, benigno don del cielo,
La última que á los hombres desampara,
Ni me conforta ni me da consuelo.
¿Así de la ignorancia la torpe ara
Manchará con su sangre la inocencia,
Víctima injusta que el error prepara?
¿Al mundo abandonó la Providencia
A sus mismos engaños y malicia?
¿Vencen la iniquidad y la insolencia?
No puede ser: existe la justicia,
Y hará por fin que la verdad prospere,
A los votos de un mísero propicia.
Ella me manda con rigor que espere
Otras horas más dulces y felices,
Y que su curso la fortuna altere.
Mas del mal son muy hondas las raices,
Y ya para arrancarlas no reside
Brio en mis flojos brazos infelices.
Mi engaño osado á la esperanza pide
Contra el nuevo dolor nuevos alientos,
Y al deseo mi error sus fuerzas mide.
En vano quiero ensordecer los vientos
Con el contínuo y espantoso grito
De tiernos pero estériles lamentos.
No merecida paz goza el delito,
Y la inocencia con errante paso
Vá do la arrojan ira y apetito.

En encendida cólera me abraso,
Porque el mismo dolor no ha conducido
Mi penoso vivir al triste acaso.
Mi blando sollozar y mi gemido
Cual apacible música resuena
De mis contrarios en el duro oido.
El prolijo arrastrar de mi cadena
Les mueve inícua risa y torpe canto:
Vil júbilo sus almas enajena.
Ni descargo cabal ni humilde llanto
Desarmarán la mano vengativa
Que me sumerge en inmortal quebranto.
La piedad, de los hombres fugitiva,
Nos deja envueltos en la muerte y luto;
La negra tea el fanatismo aviva,
Y todo lo hace arder con soplo astuto;
Las lágrimas así de la inocencia
Mira la envidia con semblante enjuto.
Pero ¡ay! ¡cuál me arrebata mi imprudencia!
¡Qué necio idioma mi dolor me inspira!
¿A quién me quejo? ¿á quién pido clemencia?
¿Con quién mi tierno corazon suspira?
¿Dónde estoy? Nadie me oye: nadie enjuga
Mi largo llanto: mi razon delira.
Por afligirme mi razon madruga,
Y yo revuelvo en el turbado lecho
La violenta pasion que me subyuga.
Tras un suspiro el lastimado pecho
Percibe un tibio rayo de esperanza,
Que ilumina las sombras del despecho.
Señora, si á lugar tan alto alcanza
La quejumbrosa voz de un desvalido,
Vos el rayo dareis de confianza,

Testigo de mis obras habeis sido;
Mas no por esto os busco compasiva
Cansando con mis ayes vuestro oido,
Sino porque sé bien cuánto cultiva
La piedad vuestro espíritu, y es fuerza
Que en esta eterna confianza viva.
Como mi osada súplica no tuerza
La senda á que mi llanto la encamina
Se oirá mi voto, pues razon le esfuerza.
La vuestra, rayo de piedad divina,
Dará á la cruda tempestad la calma,
y sabrá edificar sobre la ruina.
Pisa las nubes del error vuestra alma,
Y sobre las demás supo elevarse
Como entre grama débil, alta palma.
Ni en su cordura cabe equivocarse
El celo de hechos nobles, con la osada
Ambicion de sin mérito encumbrarse.
Oid esta voz ronca y destemplada
Que lleva, si el funesto azar de mia,
La recomendacion de desdichada;
Y esto trocó en valor mi cobardía.

Valladolid: Febrero 28 de 1795.

APÓLOGO:

LOS MOCHUELOS.

Hay un lugar en la region de España
Que el rio, de quien nombre ha recibido,
De ocaso á Oriente por lo largo baña:
Digo que hay un lugar favorecido
Con grato temple del benigno cielo,
Que siempre lo miró como escogido.
Forma una punta el deleitoso suelo
Entre dos grandes rios y partida
En igual por un rápido arroyuelo.
Nunca en derechos sulcos dividida
Supo lo que era diente del arado,
Ni fué de golpe de la azada herida.
A la naturaleza reservado
Quedó el terreno, y ella caprichosa
A su arbitrio y placer lo ha engalanado.
Los fresnos de hoja bicolor pomposa,
Los verdes salces y la zarza aguda
Son obras de su mano artificiosa.

Cada alta copa sin ajena ayuda
Se señorea por el ancho viento,
Y en lazo firme á la cercana añuda.
Cual si obra fuese del estudio atento,
Fórmanse así vistosos pabellones,
Que á Vénus dar pudieran aposento.
Dejára ella el incienso y sacros dones
Que Pafos la ofrecía en sus altares,
Si conocido hubiera estos rincones.
Jamás allí disgustos ni pesares
Turbar supieron el placer sereno,
Que habita los bellísimos lugares.
Cortan con mil revueltas el terreno
Arroyos, que en secreto se resbalan
Entre la hierba por el sitio ameno.
Grato y no conocido olor exhalan
Mil deliciosas flores, que en altura
Apénas á la inculta grama igualan.
En este sitio, pues, donde segura
La blanda soledad con el contento
Respira del deleite el aura pura,
Entran las aves á tomar aliento,
O hacer tal vez de sus gorjeos prueba
Cuando las hiere el sol, ú ofende el viento.
La parlera calandria allí se eleva,
Y remontada ensaya el dócil pico,
En que el don de imitar cuanto oye lleva.
Y cuando vienes tú, de flores rico,
Abril, que el campo lánguido confortas
De la dura opresion de Enero iníco,
El dia extiendes y la noche acortas;
Lazos helados por las fuentes quiebras;
De cuello largas y de colas cortas

Cigüeñas ves venir, y lo celebras;
Que andan cual ministriles y soplones
Siempre detrás de sapos y culebras:
Y luego los cantores escuadrones
Su trino encantador y bullicioso
Sueltan sobre las copas en mil sones.
A las sombras del bosque silencioso
Vá de las cogujadas el linaje,
Preciado y vano del copete hermoso.
Los mirlos van de funerario traje,
Negro el fondo y los cabos amarillos,
Que aprenden canto músico y lenguaje.
Las tórtolas tambien, y en sus piquillos,
Segun ciertos intérpretes, asoma
Amor vertido en cánticos sencillos;
Aunque hay quien su cantar por duelo toma,
En lo cual yo ni entrar ni salir quiero,
Que nunca de aves entendí el idioma.
La perdiz, acosada del lijero
Cazador y los perros olfateantes,
Aquí á su libertad defiende el fuero.
Vienen cuervos vestidos de estudiantes;
Solo que estos blanquean sus cabellos,
Si en Tormes ó Pisuerga son cursantes.
Y gavilanes de erizados cuellos,
Con uñas que pudieron ser forenses,
Aunque más de otra caza gustan ellos.
¡Oh lechuza, á los doctos atenienses
¡Fátuo blason! inhábil te contemplo
Para delicia tal: venir no pienses;
Pues, en secretos ángulos del templo,
Ambicion, no piedad, te reconcentra,
Del hipócrita vil puntual ejemplo.

En este bosque, pues, donde el sol no entra,
Sino cuando en Noviembre floricida
Deshojados los árboles encuentra,
Dicen que una gran tropa mal comida
De mochuelos, que hacían su pasaje,
Buscaba en noche helada su guarida.
Luego hallan cama, mesa y hospedaje,
Que yo bien digo que para aves solo
Se debió discurrir el ir de viaje.
Pues aunque marchen desde polo á polo
Tienen manjar y casa: en el camino
No temen fuerza, ni en las ventas dolo.
Por suerte, de un convento algo vecino
Un pájaro escapó de los mejores:
Nunca tan hábil de Canaria vino.
Enséñanlos allí muchos primores
Y forma luego diversion su acento
En cámaras de damas y señores.
El bueno del canario huyó contento;
Mas no estaban sus alas enseñadas
A desplegarse en la region del viento.
¿Qué es tener al objeto preparadas
Las fibras, si por falta de ejercicio
O dormidas están ó aletargadas?
El, igualmente del nativo oficio,
Dió muchos vuelos cortos y á menudo,
Y llegó al bosque que creyó propicio.
Cubierto en una rama estuvo mudo
Hasta que, recobrando un poco el brío,
En bajas voces se quejó cual pudo.
—«¡Necio de mí! ¡Qué error ó desvarío
Me aconsejó que la prision huyera,
Exponiendo mi cuerpo al hambre y frio?

¡Nunca á los otros pájaros yo viera,
Que por el aire en libertad vagaban,
Region de siempre para mi extranjera!
Mis ojos con envidia los miraban,
Yo la severa jaula maldecia,
Y los hierros que en torno la cercaban.
Ya por un golpe de la suerte mia
Gozo la libertad de que, privado,
Mil bienes con error me prometia.
Pero ahora, canario desdichado,
¿A dónde encontrarás las provisiones,
Que sobrarte solian enjaulado?
La lechuga y cascados cañamones,
La rizada escarola allí abundaba,
Y otros sabrosos y exquisitos dones.
Y esto todo ¿por qué? Porque cantaba,
Empresa nunca para mí costosa:
Otro quehacer jamás se me mandaba.
Quien quiera disfrutar mesa abundosa
En la carrera de la jaula siga,
Que en ningun tiempo fué menesterosa.
No bien despuntará la luz amiga,
Cuando yo á mi prision habré volado,
Diga el pueblo volátil lo que diga.
Mas, pues, del fiero ayuno traspasado,
Más desvelado estoy que soñoliento,
Diviértame mi canto acostumbrado.» —
Así dijo, y soltando el dulce acento,
Del fresco bosque en el silencio oscuro,
Encomendó á su pico el sentimiento.

NOTA.

Por unos fragmentos en prosa, donde el autor trazaba el plan de esta fábula escrita, á lo que se deja conocer, para imitar al canónigo Argensola, se echa de ver que se continuaba bajo el plan de que el canario cantando sus tristezas llamaba la atencion de los escondidos y taciturnos mochuelos. Estos, harto pagados de sí mismos por una parte, y conjurados por otra contra el pájaro de suavísimos gorgeos y voz delicadísima, vuelan silenciosamente de árbol en árbol, y hacen como una rueda en torno del cantor para asegurar la presa. El amor propio les sugeria que podian vencerle con ventaja en el canto: y ello es que le desafían, cuyo desafío admite el canario, tan lleno de candor como seguro de la victoria. Varios son los mochuelos, de diferente voz, ademan, fisonomía y carácter, que se presentan en la lid, silbando en lugar de cantando. Uno ponia toda su habilidad

«En gritar y charlar alborotando»

Otro era tierno de ojos

«Cosa particular en los mochuelos»

El cual despues de mil meneos ridículos soltó su voz hueca y acascabelada, como quien vá á cantar una aria de Yomelli:

«Pero al fin era silbo, y él mochuelo.»

«Detrás con largo y descarnado gesto
Se pareció un mochuelo mogigato,
Más que un novicio en su mirar compuesto.»

Por fin salió al campo de batalla este venerable, que volaba á compás y con la gravedad de pausas estudiadas: iba casi siempre los ojos bajos, y afectaba dulzura y mansedumbre en sus modales, aunque se saboreaba cuando podia y á sus solas con sangre de inocentes pajarillos.

«Cantó al fin el mochuelo mogigato,
Y, más que canto, el suyo parecia
Maullido triste de enfermizo gato.»

Aplaudióle la turba de los mochuelos, dándole la palma sobre el canario, que cándidamente les indicó que no conocian las reglas de la música, ni áun sabian lo que era canto llano. Él ofreció enseñarles á cantar bien y delicadamente; mas ¿qué era para ellos la enseñanza de una ciencia, arte ó habilidad que ni querian entender, ni podian adquirir jamás? Antes por el contrario se creian superiores al canarillo: así que, mostrándose agraviados y escarnecidos á vueltas de su osadía en corregirle, se le echaron encima. A los ojos se viene el fin trágico del canario inocente, si en el rigor de la palabra se puede llamar así,

«Porque siempre es delito en un canario
El ponerse á cantar entre mochuelos.»

Tal es en bosquejo el plan del Apólogo: no se sabe si el autor le acabó. Entre algunos borradores y copias no se ha hallado más; y los versos traidos en esta *Nota* son entresacados de los fragmentos diminutos y apuntes sin acabar, á manera de borradores muy imperfectos. Al fin

de uno de ellos se hallan los siguientes versos, que á la cuenta el fabulista pensaba aprovechar en la descripcion de los mochuelos:

«Y ya aprendió á vestir traje de ciencia
Tan ingeniosamente la ignorancia,
Que no halla el más agudo diferencia.»

«Gente enseñada á levantar novelas,
Unos sobre lo que oyen y no entienden,
Otros de lo que ensueñan sin cautelas.

De nada se sonrojan ni sorprenden,
Nada les incomoda ni desplace,
De balde compran y de balde venden.

Y cuando un mentiron se les deshace,
No se corren; que luego los desquita
Otro mayor, que por los aires nace.»

R. J. DE CRESPO.

~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~
~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~

EPÍSTOLA Á FABIO.

24 de Enero de 1785.

Fabio me dijo ayer: «Plano, tu musa
No es musa de verdad, sólo es musilla:
Si es que hay en el Parnaso (y la hay) inclusa,
Allí debió nacer la pobrecilla,
Que no es hija legítima de Apolo,
Ni aun es de sus criadas criadilla.»
De oir á Fabio me quedé hecho un bolo:
Otra cosa esperaba de mis versos,
Que alabados los ví no de uno sólo.
No los tuve por finos y por tersos,
Tanto que dignos de imitarse fuesen:
Tampoco los gradué de tan perversos,
Que ofrecerse á un amigo no pudiesen
En la pared doméstica cerrados,
Sin que á purgar la bilis le moviesen.
¡Cómo somos los hombres defraudados
En nuestras lisonjeras esperanzas
Acerca de los bienes deseados!

Ven acá, Fabio amigo, tú que alcanzas
A pesar, segun dices, la poesía
En finas y muy rígidas balanzas;
Ven, que no has irritado la ira mia;
Acércate á mi casa: los dos juntos
Trataremos del caso sin porfía.
Ventilaremos todos los asuntos
En paz, y polvos de tabaco habano
A la oracion le formarán sus puntos.
Si ya no es que, como eres más anciano,
Y puesto en más altura, te negares
A conversar con el pequeño Plano.
No ignoras las instancias singulares,
Con que de tí me he visto acometido,
No docenas de veces, si es millares,
Para que permitiese que en tu oido
Resonasen mis versos no limados,
Y cómo con teson lo he resistido.
Escuséme una vez por los traslados
Con tan enorme confusion escritos,
Que aun yo no puedo verlos arreglados.
Otra te dije que eran tan malditos
Algunos versos, que quebrantarian
A tus oidos finos y exquisitos:
Y que aun los ménos malos no serian
De aquel gusto sabroso y delicado
Que tus amenos labios merecian.
Te dije que, cual simple aficionado,
En el arte del verso yo buscaba
Mi diversion y no el comun agrado.
Debiste de creer que te engañaba,
Y que con ocultarte mi poesía
Algun grande tesoro te ocultaba;

Pues creció de tal suerte tu porfía,
Que, no encontrando ya oportuna excusa,
Hubo por fuerza de ceder la mia.
Te descubrí por fin mi pobre musa,
Esa misma que tú llamas musilla,
Esa á quien tanto tu rigor acusa.
A tus ojos vacié toda mi arquilla,
No hubo papel que yo te reservase,
Con una ingenuidad harto sencilla.
Viste versos de toda casta y clase,
Y si bien nunca pude prometerme
Que tu ánimo al aplauso se inclinase,
Tampoco en verdad, Fabio, pensé verme
Tan desacreditado cual me veo,
Que no sé cómo puedo contenerme.
Parece que levantas tu trofeo
Sobre mis tristes ruinas desgraciadas;
Pero no me parece, que lo veo.
Has excitado muchas carcajadas
Con las burlas chistosas que me has hecho,
Chistosas ciertamente, mas pesadas.
Dices que soy poeta de deshecho;
Que será el hipocrás, y no Hipocrene,
Quien acalora mi cobarde pecho.
¿Tan bajo modo de burlar conviene
A quien con rico anillo oprime el dedo?
¿Se burla el juez severo, aunque condene?
Pasmado, Fabio, ciertamente quedo
De que hable cual rufian vil insolente
Quien piensa ser un Godo de Toledo.
Por Dios que si del Ebro la corriente
No es lo que llamas hipocrás, mi labio
Otro hipocrás ni ama, ni consiente.

Baco no entra en mi pecho, amigo Fabio,
Mas que en la cantidad con que su hermana
Suele alargar el vaso al hombre sabio.
Mas ya que de burlarte tienes gana
De cuanto en mi rincon canto y escribo,
Voy á que entre por grueso la romana.
A darte nuevo asunto me apercibo;
Pues versos y más versos hacer quiero,
Tendrás para reir nuevo motivo.
Que ganaré en el trato considero;
De tus burlas las flores venenosas
Convertirlas en miel sabrosa espero.
Leeré en ellas lecciones provechosas,
Aunque al probarlas sienta su amargura:
A no ser que estas burlas sean viciosas,
Remotas de la crítica cordura,
Que, en tal caso, tendría esa tu risa
Con otra risa paga bien segura.
El defecto primero que divisa
Tu vista perspicaz, es que en mis versos
Falta la concision, prenda precisa.
El tuyo y mi sentir no son diversos
Todavía: jamás he procurado
Mis versos componer justos y tersos.
Tanto, que nada hubiese colocado,
Que no estuviese con el nervio activo
De una severa concision ligado.
Pero tú, Fabio, ignoras el motivo:
Pues sabe que jamás corregir puedo
Estas obrillas que burlando escribo.
Suelto el verso al papel sin algun miedo:
Sea parto ó aborto el de mi musa,
Es hijo mio, y complacido quedo.

¡Por Dios, me dices, que es graciosa excusa!
¿Y quién al hijo que engendró, llevarle
A la debida perfeccion rehusa?
Quien produce un escrito sin limarle
Muy poco puede producir de bueno,
Y más de algun sonrojo ha de costarle.
Lo sé: no has descubierto más terreno
Que el que yo descubierto ya tenía:
Nada de lo que dices me es ajeno.
Ya al venusino meditado habia,
Cuando nos dice que una y otra mano
Deberá corregir nuestra poesía.
Mas esta ley no fué dictada á Plano:
Se dictó á aquel que envía sus escritos
Al impresor leonés ó veneciano.
Mis versos desgraciados ó exquisitos,
No hacen expedicion contra el dinero
De los aficionados eruditos.
Ni yo, con mi poesía armado, espero
Presentarme en el público combate,
A que se dá de tiempo un año entero.
Para que lime el último remate
Lo que á las Academias premiadoras
La medalla honorífica arrebate.
Sábelo, pues, amigo, si lo ignoras,
Que si premio ó aplauso pretendiere
Sobre el verso estaría largas horas.
Aunque el sudor helado me cubriese,
A la enmienda ó mejora aspiraría,
Y en ello fijaría mi interese.
El sol cuando volviera me hallaría
Sobre aquel verso, en que me habia dejado
Al ocultarse con la sombra fria.

Dejaría el escrito arrinconado,
Porque el verso reciente nunca deja
De parecer hermoso y ajustado.
Despues que la cabeza se despeja
Del ardor lisonjero que la mueve,
Ha de reveerse la obra con refleja.
Frio ya el entusiasmo, es cuando debe
Aplicarse la mano limadora,
Que el defecto más mínimo se lleve.
La paciencia, de todo vencedora,
Ministrará al ingénio cuerdamente
Cuantos auxilios guarda y atesora.
Debe una hoz aguda y diligente
Cortar lo que parezca demasiado,
Y adelgazar lo ménos conveniente.
Lo malo de raíz será arrancado;
Lo bueno, hasta aquel grado que llegare
La fuerza del autor, será elevado.
Si una palabra ó letra me sobrare,
A la sentencia ya tal vez desgracio,
Y, hasta quitarla, fuerza es que me pare.
Una vez y otra lo veré despacio,
Y me dará en la concision nerviosa,
Si es que imitarse puede, ejemplo Horacio.
La sentencia, cual flecha impetüosa,
Debe herir en nosotros vivamente
Con fuerza repentina y poderosa.
En un verso el latino brevemente
Nos suele proponer una sentencia,
Que es de infinitas abundante fuente.
Nunca una cosa te dirá la ciencia,
Y otra naturaleza: un verso sólo
Cantó así Juvenal: ¡rara elocuencia!....

Pero yo, si hablador me formó Apolo,
O á lo ménos si á tí te lo parece,
No hago al genio violencia, no hago dolo.
Iba á hablar de lo mucho que enriquece
La concision severa á la poesía,
Y lo que sobre el caso se me ofrece,
Pero esto quedará para otro dia:
Horacio y Juvenal serán asunto,
Y oirás lo que sobre ambos discurria.
Sabe en tanto que todo el mundo junto
No podrá recabar de mí que lime
En mis toscos versillos ni aun un punto.
No escribo porque me honre ni me estime
La turba de los críticos severos,
O el vulgo hasta los cielos me sublime;
Escribo por vencer pesares fieros,
Que vienen en furioso torbellino
A turbar de mi paz los dulces fueros:
Pues de la musa el resplandor divino
Echa léjos de mí la sombra oscura,
Con que yo mismo mi quietud arruino.
Cuando el calor de la obra nueva dura
Clavo allí embelesado el pensamiento,
Desaparece así toda amargura,
Y huye la correccion mi entendimiento,
Porque allí diversion no encontraría,
Sino mucha afliccion, mucho tormento.
Esto que escribo aquí, no limaría,
Con todo que ha de ir á tu censura,
Por todo el oro que el Pactolo cria.
Pensarás, Fabio mio, que es locura;
Mas cree que el limar lo que yo escribo
Me costára una recia calentura.

A más de que en mis obras no hay motivo
Para juzgarlas dignas de la lima:
Todas son un juguete positivo.
Y poco importa que mi musa gima
Bajo el borron, si no hay en el asunto
La utilidad que á nuestro ingénio anima.
Viénese á mi memoria en este punto
Un lance á mi criada sucedido
Con cierto zapatero ya difunto.
Un zapato llevó medio podrido
De puro viejo, todo ya estropeado,
Mil veces roto, y otras mil cosido.
Preguntóle en qué precio remendado
Sería, y respondió: media peseta
Será lo ménos y aun en eso es dado.
Oyólo mi criada, que es discreta,
Y le repuso: yo daré el zapato
Si hay quien veinte menudos me prometa.
Así daria yo con igual trato,
Por el trabajo de limar, el todo
De mis obras y no era muy barato.
Dices tambien que siempre por el lodo
Como lombriz mi musa va arrastrando,
Y que nunca á elevarla me acomodo:
Que Apolo jamás juzga de su bando
Ave que de la tierra no se aleja,
Su vuelo por las nubes remontando...

. . . .

. . . .

Si en el Parnaso quiere que no canten
Sino finos y tiernos ruiseñores,
Soledad y silencio no le espanten,

Que luego se verá sin moradores;
Y tú, Fabio, saldrias el primero,
Que en verdad no es tu voz de las mejores.
A ciertas aves rápido y ligero
Las sube el vuelo sobre la alta cima;
A otras les presta nido un agujero
Que en las faldas de injurias las redima;
Y desde allí su canto ó su chillido
A las que vuelan por la copa anima.
Pero ya que á este punto hemos venido,
Explica en qué colocas esa llama,
En que deseas verme enardecido.
Oyendo estoy á Fabio, que aquí exclama:
«Esa llama la explica solamente
Aquel á quien su ardor el pecho inflama.
Es un fuego, que, en rápido torrente
De la pluma ferviente desatado,
Inundado en su seno vé al oyente.»
Tente, Fabio, por Dios; que tú inflamado
Pienso que te abandones á ese fuego,
Y yo, que soy oyente, quedo helado.
Ventilemos el punto con sosiego:
No equivoquemos el ardor brillante
Con un incendio temerario y ciego.
Me tienes de tu parte en el instante
Que el entusiasmo del poeta bueno
Le pongas en que cosas grandes cante
En modo á esta grandeza nada ajeno:
El rayo hace terribles á las nubes,
Sólo á los niños amedrenta el trueno.
Así, si con tu pluma te me subes
A formar espantosos estallidos,
Allá por donde cantan los querubes

Sus trisagios á Dios agradecidos,
Y, en vez de un rayo, que me pase el alma,
Envías sólo truenos y silbidos,
Esta borrasca y la segura calma
Deberán en mí obrar sin diferencia;
Te cubriré con paja en vez de palma.
Quiero decir, que el fuego en la sentencia,
Y no en la voz hinchada, brillar debe,
Con dignidad y con magnificencia.
Quien de otro modo á discurrir se atreve,
Por la verdad amable de las cosas
Recibe en sí no más la sombra leve.
Si los fuegos y luces generosas
En la hinchazon colocas, no hayas miedo
Que yo siga esas sendas injuriosas.
Estoy por señalarte con el dedo
Algunas obras de esta casta y clase:
Por respetos lo dejo, no por miedo.
Tal llama Dios no quiere que me abrase;
Y si este es el furor de los poetas,
Querría que una gavia le amansase.
Tú tendrás por precisas y discretas
Esas plumas oscuras y confusas,
Que escriben con estilo de profetas,
Y das la elevacion á aquellas musas
Que no entendiste, ni ellas se entendieron:
Musas, por cierto, en el Parnaso intrusas.
A mi presencia poco hace leyeron
Cierto poema de Madrid enviado,
Que todos por sublime le aplaudieron.
Del juicio que formé fuí preguntado,
Dije: «Cuando yo entienda esa poesía
El juicio os expondré que haya formado.»

El poeta á mi ver estudio hacía
En que nadie su estilo comprendiese:
¿Quién sabe si ocultar procuraría
Yerros, con que era fuerza se expusiese
A la burla, el escarnio y el silbido,
Si el lector sus poesías entendiese?
¿Y esto es en nuestra córte producido?
¿Esto Madrid por cosa grande envia?
Sólo por eso Fabio lo ha aplaudido.
Arrastra por la tierra, Musa mia;
Que, si á vuelo como este te expusieras,
Las alas con rigor te cortaría.

. . . .

. . . .

Del Obispo de Limes las primeras
Diligencias, despues de haber escrito
Sus oraciones grandes y severas,
Eran llamar, no á un crítico erudito,
Sí al cocinero lego é ignorante:
¡Me pasmo cada vez que lo medito!
Dos ó tres, si una vez no era bastante,
El sermon le leia ó recitaba
Cual si fuera otro sabio á él semejante,
Y lo que el cocinero no alcanzaba
En un tono más bajo lo ponia,
Y como inútil luego lo borraba.
Él sabia muy bien que no escribia
Sino para que el pueblo lo entendiese:
En esto todo el mérito ponia.
Por grande, pues, que el pensamiento fuese,
Si no estaba explicado con lisura,
Utilidad no hallaba ni interese.

Sin embargo, ninguno le murmura
De que haya declinado á la bajeza
Su sencillez amable y su ternura.
Siempre aborrece la naturaleza
Que manifiesten en espesos velos
Envuelta torpemente su belleza.
. . . .
Si del vino tratar se me ha ofrecido,
Y digo: el don del hijo que Semele
Concibió, y fué por Jove producido,
Me entenderá el que ver y tratar suele
En Nason la pagana teología,
Y en recorrer sus libros se desvele.
Si digo: el fruto aquel, que dá alegría
Al corazon del hombre, el que postrado
A su inventor dejó, á quien Cam reia;
Seré entendido del que conversado
Con la Escritura sacrosanta hubiese;
Mas no seré por otros penetrado.
Diga vino, aunque ménos me luciese,
Y aun en eso afirmar no determino,
Sé que al Jesús me entenderá cualquiera.
El pan se llama pan, y el vino vino,
Su justo nombre tiene cada cosa,
Y es andar en rodeos desatino.
«La poesía será ménos preciosa,
Me dices, si esta libertad limitas
De hablar por alusion maravillosa.
¡Qué grandeza y qué mérito no quitas
Cuando suprimes esas alusiones,
Que son fuentes de gracias infinitas!
Pasajes se presentan á millones,
De esos que sobrado áspero repruebas,
En los Tasos, Homeros y Marones.»

Poquito á poco, Fabio; no promuevas
Un polvo, con que entrambos nos ceguemos,
Y no podamos ver dónde me llevas.
Pues cabalmente, si á esos tres leemos,
Sobre la sencillez establecida
La grandeza mayor encontraremos.
Quede aquí esta disputa concluida;
Porque la llama del divino Apolo
Está por tí ó por mí mal entendida.
Ý quiero, Fabio, prevenirte sólo
Que yo no canté asuntos de grandeza,
De esos que llenan uno y otro polo:
Allí era menester la fortaleza
De un fuego que inflamase á los oyentes
Y de sí los sacase con viveza.
Dirás que el *Astianacte* muy frecuentes
A mi pluma ofreció las ocasiones
De hacer brillar los fuegos más ardientes.
Con todo, las prosáicas locuciones
Se hallan en muchedumbre fastidiosa:
Sé que esta falta al Astianacte pones.
¡Válgate Dios por locucion de prosa!
Y como que en el verso te me metes,
Duende es por lo sutil la quisicosa.
Déjame, Fabio amigo, no me aprietes,
Que, si desarmo la invencion que apañas,
Haré sobre tí vayan los cohetes.
Sé sacarme del fuego las castañas,
Y tambien sé las pulgas sacudirme;
Que Dios á cada hombre dió sus mañas.
Al *Astianacte* vienes á embestirme,
Obra con que, há cinco años, procuraba
Las noches calurosas divertirme;

Y, si no canto yo como cantaba
Anfion, cuando las vacas su voz clara
De Aracinto en la cueva convocaba,
Tampoco soy tan feo; pues mi cara
Ví há poco impresa desde la ribera,
Sin que el viento las aguas conturbára.
Ahora que ya los veintisiete espera
Mi edad un dia de estos, otra cosa
Sería si de nuevo la emprendiera.
Mi númen más robusto, más nerviosa
Mi vena, de la sangre que daría...
Mas quede aquí disputa tan odiosa.
Prosigue, Fabio, en motejar de fria
Y de débil la sangre de mi vena:
Débil ó fuerte, al fin es sangre mia.
Yo no echo mano á la dispensa ajena,
Ni cual ladron cogido en su delito
Debo temer del cuádruplo la pena,
Tal cual sea lo poco que yo he escrito,
Es legítimo parto de mi musa:
Sabe que en esto me recreo infinito;
Porque una edad vivimos en que se usa
El robo manifiesto al descubierto,
Aunque Apolo lo veda y lo rehusa.
No soy como esos yo, á quienes advierto
Que, puestos á tu sombra y á tu lado,
Tratan mi oprobio de comun concierto.
Dí al Genovés (1) á España trasplantado
Que cuando con sus lúgubres acentos
Cantó la noche fiera, en que abrasado

(1) El poeta, de quien aquí trata Plano, es el P. Basilio Boggiero de Santiago, sacerdote de la Escuela Pia. A mi juicio es poeta de mejor gusto que su crítico, y digno de ocupar un lugar distinguido en el Par-

Voló nuestro teatro por los vientos,
Y con las suyas se llevó mezcladas
Las cenizas y míseros fragmentos
De sesenta personas desgraciadas,
¿Por qué su nombre publicar no quiso,
Y aun las señas nos daba disfrazadas?
¿Qué habia de publicar, si era preciso
Que de la confusion y del sonrojo
Asaltado se viese de improviso?
Allí, no lo hayas, Fabio, por enojo
De los *Frenos* del grande Rebolledo
Hallé de versos un feroz manojo.
Uno á uno contados con el dedo
Más de ciento encontré, todos hurtados
Como aquel los cantó sin algun miedo.
Tambien entero alguno, otros truncados,
Muchos leí del dulce Garcilaso:
Y no eran de pasajes ignorados,
Ni de obras de que el mundo no haga caso:
El robo le franquearon los estantes,
Con que arregló Sedano su *Parnaso*.
Así se escriben obras muy brillantes;
Pero es gran desvergüenza el imprimirlas,
Y es tratarnos de locos ó ignorantes.
Cuando piensa su autor que hemos de oirlas,
Y, equivocando el gato con la liebre,
Al alto cielo habemos de subirlas.
Antes me envie Apolo mortal fiebre
Que me deje llevar de tal locura:
Antes el hilo de mi vida quiebre.

naso aragonés. No he hecho el cotejo y comprobacion necesaria sobre los plagios que aquí se le atribuyen.

(Nota de D. Rafael José de Crespo.)

Ese mismo imprimió con gran frescura
Una Egloga en su nombre publicada,
Porque el robo era cosa más oscura;
Mas supimos al fin que era tomada
De una italiana, como si este idioma
Para pillarle nos negase entrada.
Apolo, ven, estos ladrones doma,
Pon una horca bien alta en el Parnaso
Para el que versos, que otro escribe, toma.
Mas no la pongas, que es terrible caso
Haber de quedar Fabio sin amigo,
Pues todos á ella guiarán su paso.
Ese sabio de moda me es testigo,
Que por premio escribió sobre las artes:
Ya entiendes, Fabio, tú por quién lo digo.
Pareció la obra bien en todas partes:
Mucho tiempo há lo habia parecido,
Aunque en otra milicia y estandartes.
Y esto premiado, esto alabado ha sido:
Esto es saber hacer buenos negocios,
Y es todo lo demás tiempo perdido.
Malo es el trabajar, dulces los ocios,
Hacer lo que está hecho es cosa vana:
Y ¿tragasteis el hueso? ¡Ah buenos socios!
Yo tengo mucha, y tu tienes más gana,
Fabio, de que esta carta se concluya:
Quiero dormir, que viene la mañana.
Si he sido largo, fué la culpa tuya:
Déjame ya, mas no porque desprecia
Mi musa el riesgo, ni los choques huya.
Un cierto Sabio de la antigua Grecia,
Cuya doctrina más el ser templado
Que el entregarse á la venganza aprecia,

Reciamente riñó con un criado,
Que le perdió el respeto harto insolente;
Y, teniendo ya el brazo levantado
Para herirle, le dijo mansamente:
«A fé que te daría gran castigo;
Mas lo dejo, que estoy muy impaciente.»
Aunque sabio no soy, lo mismo digo,
Fabio, y á castigarte no me atrevo,
Porque irritado estoy mucho contigo.
Y si hácia tí mi brazo inquieto muevo,
No tendrás parte de dolor vacía:
Sabes bien las finezas que te debo,
Y mejor que pagártelas podría.

POESÍAS LÍRICAS.

EL RECUERDO DE FLORA. (1)

Léjos estoy, oh Flora,
Léjos estoy de tí, delicia mia;
Pero mi fe te adora
Con la misma emocion que el primer dia.
Miéntras que fervoroso
Vá á tí mi pensamiento, y vuelve el tuyo,
En éxtasi amoroso
Corro á la soledad; de todos huyo.
Quiero, que en paz me dejen
Contemplar tu beldad, y la memoria
De los casos que tejen
De nuestro amor la delicada historia.

(1) Se imprime esta obra, aunque ya publicada, por contener diez y nueve estrofas nuevas, que, con otras tantas más, se habian suprimido por razones de pudor; pero, por razones de estética, hemos suprimido nosotros las cinco que constituian el final antiguo, y, en el lugar de ellas, están las ahora añadidas.

Por ellos voy vagando;
Y en aquel me detengo, que algun dia,
Mi pecho traspasando,
Se grabó con más furia en la alma mia.
Pero ninguno iguala
Al que movió de mi pasion la hoguera.
¡Ay! ¡Qué júbilo exhala
Esta memoria dulce y placentera!
Nunca, nunca, han salido
Con tal ímpetu y tino, los arpones
Del arco de Cupido,
Como el que nos pasó los corazones.
Flora no lo ha olvidado;
Flora, de mis desgracias dulce asilo:
Más lo recuerdo, osado,
De estos mis versos en el flojo estilo.
Bien sabes tú, que ha sido
Mi corazon de fuego para amarte:
A querer he aprendido;
Mas de pintar mi amor ignoro el arte.
¡Ay, Flora! Yo sospecho,
Que el ardor de la pluma es diferente
Del que nace del pecho:
El ingénio discurre, el amor siente.
La corriente espumosa
Iba yo de aquel rio contemplando,
Que hácia el mar de Tortosa
Corre, cuatro regiones circulando;
Por su ribera holgaba,
De los cuidados, y de amor vacío,
Y á descansar entraba
En un bosque de céspedes, sombrío.
De pronto se agravaron
Mis párpados, que abrí con vano empeño;

Al cabo se cerraron
En un profundo y regalado sueño.
  Con la misma dulzura
Me ví despierto que me hallé dormido,
Y la amena frescura
Fué bálsamo halagüeño del sentido.
  Al querer levantarme,
Noté, que hojas y ramas se movian:
Sospeché, que á halagarme
Amorosos los céfiros venian.
  Cauto, observé mi engaño;
Y, atónito, encontré mejor objeto:
Eras tú, que del baño
A vestirte salias en secreto.
  ¡Ay! ¡Cómo ibas, ajena
De que hubiese mortal, que ser pudiera
Feliz con tal escena,
Cuando tus gracias virginales viera!
  Alarmó mis sentidos
La vision, no esperada, que gozaron;
Y, en su gloria embebidos,
De placer, más que humano, se inundaron.
  Sobre el codo apoyado,
Y mi cara en la mano sostenida,
De espaldas levantado,
En tí clavé mi vista enardecida.
  De espesa celosía
La selva de los céspedes, umbrosa,
A mis ojos servía,
Y nunca pude ver tu faz hermosa.
  Lo que entreví fué poco,
Poco para el deseo; mas bastante
Para tornarme loco,
Y hacer mi pecho para siempre amante.

Tus cabellos dorados
Por la nevada espalda se veian,
Partidos y amoldados,
Por la mucha humedad que contenian.
Como líquidas perlas,
Las gotas en sus puntas se juntaban:
Queria yo beberlas,
Mas por la suave piel se deslizaban.
¡Qué dulces atractivos
En tu cútis, finísimo, se vieron,
A quien colores vivos
La rosa, el lirio y la azucena dieron.
No, no salió tan bella
De la espuma del mar, ni tan graciosa,
La que es del Cielo estrella,
Y, entre los hombres, del Amor la Diosa.
La luz de la mañana
Nunca al Cielo salió tan placentera;
Ni del baño Dïana,
Cuando Acteon en desnudez la viera.
La humedad hecho habia
De tí una perla, de esplendor más bello
Que las que la alba fria
Destila, cuando esprime su cabello.
Yo estaba, entónces, lleno
De varonil vigor; y los cuidados,
En que hoy sumido peno,
No estaban en mi mente aposentados.
Mis ojos se encendieron,
Y de amor mis entrañas palpitaron;
Mis mejillas ardieron;
Mis venas todas con furor se hincharon.
Salió del hondo encierro
Muy tierna mi pasion, por muy vehemente;

Cual de la fragua el hierro
Sale más blando, cuanto más ardiente.
¡Oh, cuál te confundiste,
Cuando por ocasion nunca temida,
De un hombre, osado, viste
Tu desnudez gallarda sorprendida!
Corrías presurosa
Por tus vestidos, que á la vuelta estaban,
Y que Liseta y Rosa,
Bellas zagalas de tu edad, guardaban.
No sé cómo caiste,
Tendida toda; y á la hierba fria
El dulce beso diste,
Que yo en mis labios recoger queria.
Por todo el cuerpo hermoso
La juventud gallarda respiraba,
Y un encanto amoroso
En cualquier parte de él mi vista hallaba.
El sol, que se escondia,
Y en viso de oro las fluctuantes ondas
Con luz trémula hería,
Hallándolas, ya largas, ya redondas;
El grato reverbero
Del verdor de los céspedes, mezclado
Al que del placentero
Firmamento el albor enviaba al prado;
Todo, todo, encendia
El color fino de tu cútis leve,
Que ostentar parecia
Una combinacion de rosa y nieve.
Cual vuela licencioso
De flor en flor el céfiro impaciente,
Por el contorno hermoso
De tus miembros vagó mi vista ardiente.

Mis ojos embebidos
En la contemplacion de tu figura,
A los demás sentidos
Comunicar lograron su ventura.
Ante tan alto objeto
No hay poder en el Génio: embelesado,
Con un mudo respeto,
Se postra humilde, á contemplar forzado.
Escuchéte un lamento,
Que escapó á tu rubor y tu amargura;
Y sentí un movimiento,
De amor compuesto, lástima y ternura.
Llegué á darte consuelo;
Quiso cubrir mi afecto respetuoso,
Con un blanco pañuelo,
La no vista porcion del seno hermoso.
Pedíate la mano
Para alzarte del suelo; tú temias;
Te hablé; todo fué en vano;
Más y más tus mejillas encubrías.
Todos se confundieron,
En turbacion ardiente, mis sentidos;
Ellos se enloquecieron,
Entre las llamas del placer perdidos.
Absorto repasaba
Todo el contorno de tus formas bellas;
Y no más anhelaba
Vagar la mano licenciosa entre ellas.
Con pronto movimiento,
Tu virginal rubor, á mí postrado,
Cambió mi sentimiento,
Y amor en compasion fué transformado.
Volví la espalda, y dije:
«Levanta; estás segura; no te veo;

»Si tu rubor te aflige,
»De tí aparto los ojos, no el deseo.»
  Entónces, presurosa,
Huiste, viendo tu pudor seguro,
Y digiste amorosa:
«Jóven, eterna gratitud te juro.»
  De tu belleza y gracia
Yo quedé para siempre enamorado;
Y tú de que mi audacia
Hubiese á tu pudor sacrificado.

LA CORONA DE AMOR.

ÉGLOGA.

PERSONAJES.

AMOR. AMINTA. MELIBEO.

INTRODUCCION DEL POETA.

Amor, que sabe introducir su tea
Tan bien en los alcázares dorados,
Como en las chozas de la paja humea,
Salió del Turia á los amenos prados,
Cansado ya de las sangrientas lides
En que sabe domar á los Alcides.
Libre el hombro del peso de la aljaba,
Desarmada la mano victoriosa,
En vez de dardo rígido embrazaba
Cayado dulce de raiz de rosa,
Y adornado de simple zamarrilla,
Pisó del Turia la pintada orilla.

Los viciosos palacios viene huyendo
Y sus cumbres al mismo sol cercanas,
Cansado ya del importuno estruendo
Y las impertinencias cortesanas,
Que deja por el dulce desenfado
Con que convida al corazon el prado.
Agrádale la sombra lisonjera,
Y el festivo cantar de los pastores,
Que jamás se interrumpe ni se altera
Por vicios, de ciudades moradores,
Y, acomodado de pastor al traje,
Usa tambien el pastoril lenguaje.
Mézclase el Dios entre ellos disfrazado
Y gusta de escuchar sus sentimientos:
Por suerte. Aminta estaba recostado
En una valle libre de los vientos,
Y Melibeo, bien como solía,
Le estaba haciendo dulce compañía.
Oculta su Deidad, llega Cupido
Do estaban ambos amistosamente,
Sin que pudiese de ellos ser sentido,
Y entre los tres muy amistosamente
Se comenzó esta plática amorosa:
Lector, atiende, que será gustosa.

AMINTA.

¿Dó queda tu ganado, Melibeo,
Que contigo á la valle no ha venido?

MELIBEO.

No léjos ha de ser, á lo que creo:
Con el zagal más jóven ha salido
Al asomar el sol en la campaña;
Yo me detuve un poco en la cabaña.

Ya le previne que lo condujese
Al cristalino arroyo de la palma,
Y que, despues que á su placer bebiese,
Antes que el sol con la pesada calma
A calentar las hierbas comenzase,
Hácia este fresco valle lo acercase.

AMINTA.

Y tú, pastor amante y cuidadoso,
¿Cómo con tu ganado no saliste
Que estará con razon de tí quejoso,
Puesto que al pasto madrugar le viste,
Y tú, menospreciando su compaña,
Quedaste á descansar en la cabaña?

MELIBEO.

Sabes cuán agradable y deleitoso
Es ir con su ganado á Melibeo;
Mas la mañana de hoy me fué forzoso
Quedarme, y no por huelga ni recreo,
Si es por haberme visto precisado
A enviar á la ciudad cierto recado.
Ya, Aminta, tienes tú bien conocido
Lo molestos que son los ciudadanos;
Unos platos de leche me ha pedido
Aquel que viene todos los veranos
A hacer las ricas compras de la lana
Y los hube de enviar esta mañana.
De frescos quesos le llené dos cestas,
De crema y nata dos pares de fuentes,
Y otras cosas así, por mí dispuestas
Con manos sino diestras obedientes,
Le remito á su mesa; quiera el Cielo
Que tenga acierto como tuve celo.

Pero ¿y no me dirás, Aminta amigo,
Qué es de Dafni, que há dias no le veo;
Aunque más en buscarle me fatigo?

AMINTA.

De Dafni nada sé, buen Melibeo;
Tú eras á su persona más llegado,
Y tú sabrás por qué no viene al prado.
Yo desde que le ví tan tiernamente
Por Amarili suspirar rendido,
Besando la cadena que inclemente
Oprimia su cuello mal vencido,
Ya dije; desde hoy, Dafni, en el hablarte
Tendremos los amigos poca parte.

MELIBEO.

Cierto es que, de Amarili enamorado,
Ya amaba ménos nuestra compañía;
Pues, aunque de nosotros no olvidado,
Su corazon con ella dividia:
Mas nunca tanto tiempo nos negaba
Su vista, que consuelo al valle daba.

AMINTA.

En qué mala hora, Dafni, en qué mala hora
Se presentó Amarili ante tus ojos;
Pues, luego que miraste á esta pastora,
Tu vida y alma fueron sus despojos,
Y á todos tus amigos nos hurtabas
El largo tiempo que á su obsequio dabas.

MELIBEO.

En Amarili vió más digno objeto,
Porque en verdad, Aminta, esta pastora

Es digna de atencion y de respeto,
Es de cualquier amor merecedora:
De su amoroso halago á la violencia
No encontró el pastor Dafni resistencia.

AMINTA.

¿Y no sabrás decirme, Melibeo,
Qué es esto del Amor, que por tu vida,
Te juro que saberlo ya deseo?
¿Cómo jamás de Aminta conocida
Fué del Amor la fuerza poderosa,
Ni esa llama que dicen espantosa?

MELIBEO.

Amor es una cosa, Aminta amigo,
Más fácil de entender que de explicarse.

AMINTA.

¿Debe de darse al hombre por castigo?

MELIBEO.

Antes es por que pueda consolarse.

AMINTA.

¡Mal rayo en el amor que le confunda!

MELIBEO.

En él el mundo sus delicias funda.

AMOR.

¿Cómo con el amor tan mal hallados
Vuestros pechos están, decid, pastores?
¿Por suerte estais ya dél escarmentados
Y temeis de sus flechas los rigores?

AMINTA.

¿Y tú quién eres, dí, zagal hermoso,
Que te muestras en ello cuidadoso?

AMOR.

Aunque me veis con pastoril vestido,
Há pocos dias que era cortesano:
Cansóme la ciudad y me he venido
A pasar en los valles el verano:
Ya me agrada el vivir entre pastores,
Cansado de fatigas superiores.

AMINTA.

¿Y eres en punto á amor, de los dichosos
O de la clase de desventurados?

AMOR.

Se ignora quiénes son los venturosos
Y quiénes en amor los desgraciados;
Porque amarga se juzga la dulzura
Muchas veces, y dulce la amargura.

MELIBEO.

Claro se vé que tus conocimientos
No fueron en las selvas adquiridos:
Propios son de ciudad tus pensamientos,
Que no en rústicos valles producidos:
Dígnate de sentarte á nuestro lado;
Que me han esas palabras hechizado.

AMINTA.

Explícanos, amigo, por tu vida
Quién es amor cuyo renombre suena

Por toda cuanta tierra es conocida.
¿Es gloria, regocijo, mal ó pena?
Porque yo he visto amantes por encanto
Y he visto en unos risa, en otros llanto.
Si es mal, ¿cómo con él están contentos?
Si gloria, ¿cómo tantos le maldicen?
¡Qué! ¿son inevitables sus tormentos?
¿Tiene encantos Amor que al hombre hechicen?
¿No será en su poder el libertarse,
O es dolencia que pueda bien curarse?

AMOR.

¡Cuántos envidian esa tu ignorancia,
Jóven pastor! Mas oye de mi boca
Quién es Amor; que es cosa de importancia,
Puesto que á todos los mortales toca;
Oye quién es Amor, el que da leyes
Aun en las altas casas de los Reyes.
Amor es un zagal jóven y bello,
Cuello delgado, y blanco como nieve,
Retorcido y dorado su cabello,
Los ojos vivos, el mirar aleve, (1)
Tez blanca y á trechos encarnada,
Cual rosa entre azucenas colocada.

AMINTA.

¿Tan bello es el amor, amigo mio?
¿Pastor, será posible que no mientas?

AMOR.

Roba con su mirar todo albedrío.

(1) Aunque no se le pinta ciego, tenemos muchas pinturas de poetas iguales que nos disculpan.

AMINTA.

Permíteme que dude lo que cuentas,
Puesto que oí más de dos veces que era
Temible Amor como sañuda fiera.

AMOR.

Es que de su blanco hombro vá pendiente
Una aljaba cruel de flechas llena,
Y su derecha luce tea ardiente,
Más clara que la estrella más serena:
Sus hombros con dos alas adornados,
Son á los de las aves comparados.

AMINTA.

Ya, Melibeo, viene á mi memoria
Haber visto pintada esa figura:
Tú no te acordarás de aquella historia,
Que vimos con muchísima apretura
En un tapiz, en la ciudad, un dia
Que no sé por el Rey qué fiesta habia.
Allí se nos dejaban ver pintados
Unos hombres de hierro de una parte;
En otra rios, árboles y prados;
Pues allí, si no quieres olvidarte,
Te acordarás de que ese niño estaba
Con la tea, las alas y la aljaba.

MELIBEO.

Ya se vé que me acuerdo, amigo mio,
¡Como que para huir de aquella calle
Hube de menester todo mi brío!
¡Cuál suspiré la libertad del valle!
Ya dije para mí: «no más ciudades,
Viva la holgura de las soledades.»

AMINTA.

Y dime, en qué el amor su aljaba emplea?
¿Por suerte es cazador? Pero siendo esto,
¿Qué quiere con las alas y la tea?
Explícalo si no te soy molesto,
Que yo, puesto que amante nunca he sido,
Entender estas cosas no he podido.

AMOR.

Amor, con mano siempre acertadora,
Sus flechas tira al corazon humano;
Aplícale su tea abrasadora
Y así introduce en él un fuego insano.

AMINTA.

¿Y la muerte ocasiona? Infeliz suerte.....

AMOR.

Hace heridas más crueles que la muerte.
Quien una vez probó su flecha dura
No puede dar con hierbas saludables
Alivio á su dolor y su amargura,
Porque son estas llagas incurables
Al poder de la docta medicina,
Pues el Amor sobre ella predomina.
Siente el herido cierto calor grato,
Que al triste corazon le lisonjea,
Y el alma le recibe sin recato;
Sopla luego el amor su activa tea,
Y aquel fuego benigno y apacible
Se convierte en incendio el más terrible.

¿No os sucedió tal vez en la cabaña
Estaros calentando descuidados,
Cuando el cierzo devora la campaña,
En torno del amigo hogar sentados,
Y, miéntras que aquel fuego no crecia,
Bañaros en dulzura y alegría;
Pero si acaso; envuelta con el humo,
Subia alguna chispa á lo más alto,
Sin que advirtiereis el peligro sumo,
Gozabais su calor sin sobresalto,
Creyendo que del fuego provenia
Que á vuestros piés sin riesgo alguno habia;
Y luego aquella chispa desmandada
Vuestros desprevenidos tristes ojos
La veian soltar tal llamarada,
Que dentro de un instante eran despojos
De su furor rabioso y de su saña
Cuántas cosas habia en la cabaña?
Quien de amor con el fuego se calienta,
Así tal vez, si es algo descuidado
Y alguna chispa rápida y violenta
Sube hácia lo más alto y elevado,
El calor que recibe le complace,
Mas no sabe el principio de qué nace.
Piensa que es aquel fuego que está viendo,
Y es otro que él ignora, aunque le siente,
El cual á poco rato irá creciendo
Dentro del corazon ocultamente,
Y será al advertirlo luego, luego,
Víctima triste del rabioso fuego,

AMINTA.

¿Y ese es amor? huyamos dél, pastores,
Pongámonos do nunca nos alcance.

AMOR.

No vale astucia contra sus rigores:
No hay parte donde amor no se abalance:
Ni hay defensa contra él en las ciudades,
Ni aun en las silenciosas soledades.

AMINTA.

Una y mil veces el amor maldigo,
Si hace en el corazon tales estragos.

MELIBEO.

Pues yo más de mil veces le bendigo,
Que la dulzura sé de sus halagos.

AMOR.

¿Conque en amor opuestos sois, pastores?
Uno alaba, otro teme sus rigores.

AMINTA.

Yo de la aljaba del amor reniego,
Y huiré la fatal lumbre de su tea.

MELIBEO.

A mí me es grato el amoroso fuego,
Y su luz á mi espíritu recrea;
Coronen al amor violas y rosas.

AMINTA.

Corónese de espinas espantosas.

AMOR.

Agrádame escuchar la competencia
De vuestras opiniones, y querria

(Disimuladla, si es impertinencia)
Sin que se pase á enojo la porfía
Oir porque uno abate y otro alaba,
Con tal teson los dos, de amor la aljaba.

AMINTA.

Anfriso, un pastor que hubo en esta valle
A quien, porque de letras entendia,
Solíamos los otros respetalle,
Y porque por sus nombres conocia
Muchas estrellas de donde anunciaba
Las lluvias, cuando más sereno estaba;
En las eternas noches del invierno,
Cuando en la amiga choza reunidos
Esperando el favor del tiempo alterno
Estábamos al fuego recogidos,
Leyendo un libro nos entretenia
Que de amor las victorias contenia.
Allí habia princesas encantadas
Por temibles gigantes defendidas,
En cárceles de bronce fabricadas,
De donde ser solian redimidas
Por caballeros que eran sus amantes
Y sabian vencer á los gigantes.
Habia allí castillos elevados
Que, por las guerras que el Amor movia,
Eran tal vez en polvo desatados;
Y ciudades tambien que Amor destruia
Con guerras y venganzas espantosas:
De estas nos leyó Anfriso muchas cosas.

MELIBEO.

Pero tú no atendiste, Aminta mio,
Cuando leyó que Amor era quien daba

A aquellos caballeros fuerza y brio:
Él sus fieras espadas desnudaba,
Y contra los malvados é insolentes
Él los hacia bravos y valientes.
Mas, fuera de todo esto, ¿qué dulzura
No inspira Amor al corazon humano?
Él nos dá á conocer á la hermosura;
Él nos conduce por su misma mano
A la union agradable y lisonjera
Que á todos los mortales confedera.
De amor no se desdeña el ciudadano
Que entre las blandas sedas es nacido,
Ni el que movido de furor insano
Es á la fiera guerra conducido,
Y acá tambien solemos los pastores
En los montes tener nuestros amores.
Amor alegra nuestras soledades,
Hace grato el vivir del triste prado,
Léjos de las magníficas ciudades;
Por él nuestro trabajo es aliviado;
Él, en cantos y bailes que no ignoras,
Nos mezcla con las jóvenes pastoras.

AMOR.

Grande es, pastor Aminta, ese tu engaño:
No es tan cruel Amor que use su aljaba
Para hacer á los hombres algun daño:
Y Melibeo con razon le alaba,
Porque el arco de Amor, en vez de males,
Consuelos proporciona á los mortales.
Amor con sus trofeos y victorias,
Segun que cada dia lo probamos,
Causa nuestras delicias, nuestras glorias;
Digno es que una corona le tejamos

Con nuestras manos de olorosas flores,
Y honremos su cabeza los pastores.

AMINTA.

Dices que Amor por nuestro bien procura:
De muchos que yo sé tengo entendido
Ser el amor no más que una locura
Que la razon trastorna y el sentido:
Ya se han endurecido mis orejas
Oyendo del amor amargas quejas.

AMOR.

Muchos esa ilusion han abrazado,
Ya lo sé, amigo, yo: mas ciertamente
Que, aunque por lo comun es acusado
Amor, has de saber que es inocente:
El uso que de él hacen los mortales
Es el autor de sus funestos males.
Él es por sí benigno, aunque su aljaba
Llena suele ir de flechas vengadoras
Que con acierto en nuestros pechos clava,
Pero á ellas nuestras almas son deudoras
De exquisitos halagos y dulzuras
Que nos libran de muchas amarguras.

AMINTA.

Ya sé yo bien que su poder es grande.

AMOR.

Es alma, amor, de la naturaleza;
No hay parte suya dó el Amor no mande,
Porque todo lo llena su grandeza:
Cetro es su arco á que obsequiosamente
Inclina su cerviz todo viviente.

Dirige Amor sus flechas hácia el cielo,
Y sienten sus efectos cuantas aves
El aire cruzan con ligero vuelo:
Hermánanse en afectos tan süaves
Que, aun en las más sangrientas, el orgullo
Es convertido en amoroso arrullo.
Aplica Amor su tea victoriosa
Del grande mar á los profundos senos,
Y no apaga á su luz la agua espantosa
Antes andan sus centros de ardor llenos,
Y allá en las cuevas frias arden mudos
Los corazones de los peces rudos.
Preséntase el Amor en las campañas,
En selvas solitarias y desiertos,
Y las fieras que habitan las montañas
Perciben de sus flechas los aciertos:
El leon sañudo su fiereza deja
Y por Amor se vuelve mansa oveja.
Vuela ligero Amor á las ciudades
Y estrecha con el más amable lazo
A las más enemigas voluntades:
Y lo que Marte con sangriento brazo
En muchos meses de furor se lleva,
En un dia no más Amor renueva.
Ya por los graves tronos de los reyes,
Ya por las bajas casas del aldeano
Que el suelo riega tras los tardos bueyes
Con penoso sudor, vá Amor ufano,
Y por do quiera que su tea pasa
Con su benigno ardor todo lo abrasa.
Tambien hace sentir acá su fuego
Dentro del corazon de los pastores,
Y, tras su luz amable, sin sosiego
Van de la soledad los moradores:

Así es seguro que de todo el suelo
Es Amor el hechizo y el consuelo.

AMINTA.

Mas de la libertad el amor priva
A los simples humanos corazones.

MELIBEO.

Y la cadena con que los cautiva
Hace abrazar con gusto las prisiones,
Y somos venturosos y felices
Cuando á este yugo damos las cervices.

AMINTA.

¡Oh libertad amable: el cielo justo
Inmortal en mi pecho te prospere!

MELIBEO.

Y Melibeo abrazará con gusto
La cadena de amor miéntras viviere.

AMINTA.

¡Perder su libertad la alma cautiva!
La libertad eternamente viva.

AMOR.

Deja ese error, pastor mal engañado,
Que nunca á amor el cautivaros plugo.
A ninguno un vivir tan libre es dado
Como á quien toma sobre sí su yugo.
Creedme que son meras ilusiones
Eso de esas cadenas y prisiones.
No cautiva el amor, ántes le place
Afianzar su libertad al hombre;

Esto es lo que en nosotros amor hace;
Si de la libertad el grato nombre
Vencedor vuestro espíritu respeta,
Dentro de amor la gozareis completa.
  Cuando la libre facultad gozamos
De hacer aquello para que nacimos,
Con mucha razon libres nos llamamos
Y en una entera libertad vivimos.
Obrar de la razon con menoscabo
Esto sí que será vivir esclavo.
  Figurad el ejemplo de una oveja,
Pensando para qué criada ha sido:
En su lana un tesoro anual nos deja
Porque algun dia nos dará vestido,
Y servirá para que coman ántes
Un número sin fin de fabricantes.
  Pródiga dá tambien su leche hermosa
De que se forma el delicado queso
Que el rico allá en su mesa generosa
Presentará con próspero suceso;
Sobre otros muchos y sabrosos platos
Al gusto y al estómago muy gratos.
  Sustentará á sus pechos dadivosos
Los tiernos y amorosos recentales,
Que formarán rebaños numerosos,
Y aumentarán del dueño los caudales,
Cuando al dulce balido del cordero
Se rinda á un amor grato y lisonjero.
  Para este y otros fines fué criada,
Y cuando en sí no siente impedimento
Por el que á otros ajenos sea forzada,
Libre se le dirá con fundamento
Aunque sufra en rebaño bien formado
La direccion del rústico cayado.

Y si ella como esclava se mirase
Y del rebaño fugitiva fuese,
Segun que su capricho la llevase,
Por solitarios cerros dó no hubiese
Pastor que sus pisadas dirigiera,
Y la guardase de la hambienta fiera;
Libre esta triste oveja se diria
Porque miéntras los cerros habitaba,
¿El mando del pastor no conocia?
Pues jamás se veria más esclava
Por constituirse desproporcionada
De hacer aquello para que es criada.
Lo mismo el hombre que formado ha sido
Bajo la ley de amor inalterable;
Cuando su libertad ha establecido
En mostrarse al amor inexpugnable,
No es libre, pues en falsos pareceres
Se priva de cumplir con sus deberes.
Para amar nació el hombre, y es llevado
Hácia el amor por la naturaleza;
Aman las mismas flores en el prado
Y explican su recíproca fineza,
Y tejiendo de amor ocultos lazos
Estrechan sus raíces como brazos.

AMINTA.

Ya parece que á Amor mi pecho inclino
Oyendo tus palabras, pastor sabio,
Y siento un fuego grato y repentino
Desde mi corazon hasta mi labio:
Me venciste pastor, desde este instante
Parece que quisiera ser amante.
Pero temo las penas y rigores
Que los que siguen al Amor padecen.

MELIBEO.

Muchas más amarguras y mayores
La soledad y el llanto al hombre ofrecen.

AMINTA.

Si ménos amargura amor costára
Yo con laurel sus sienes coronára.

AMOR.

La miel que forma la prudente abeja,
El néctar que destila la uva grata,
La leche que destila mansa oveja
Formada requeson, ó suave nata,
Tan dulces y agradables nunca han sido
Como las tiernas flechas de Cupido.

AMINTA.

Permíteme que dude y que recele
De tus palabras la verdad, amigo:
Dafni, cierto pastor que aquí estar suele,
Si viniera podria ser testigo
Del fiero torbellino en que se anega
Aquel que á ser de Amor víctima llega.
Miéntras que no dobló su cuello altivo
Al yugo que decís tan agradable,
Él por su gracia y su cantar festivo
Era el pastor más bello y más amable,
De cuantos apacientan sus ganados
Del fresco Turia en los amenos prados.
¡Oh cuántas veces, á la deleitosa
Sombra de antiguas hayas los pastores,
Del rïo en la orilla deliciosa,
Sin sentir frio ni del sol ardores

Estábamos suspensos y encantados
De la dulzura de su voz prendados!
  Con Dafni competencia no tenía,
Por más que pretendiese deslucillo,
El tierno ruiseñor cuando él quería,
O bien hiriese el suave caramillo,
O á la armoniosa cítara aplicára
Sus manos diestras, ó el rabel tomára.
  Del Enero en las noches perezosas
Cuando el cierzo á las chozas nos llevaba,
Él, que habia leido tantas cosas,
Maravillas extrañas nos contaba,
Con señas tan puntuales, de tal modo,
Que estábamos creyendo verlo todo.
  Ningun pastor llevaba su ganado
Tan cuidado jamás ni tan lucido:
Sabido es que entre todos los del prado
Era siempre el de Dafni distinguido,
Pues parecia que al benigno cielo
Debia su rebaño más desvelo.
  Donde quiera que Dafni convertia
El no ajado clavel de su semblante,
Allí se levantaba la alegría
Que todo lo ocupaba en un instante:
¡Con qué gusto su nombre no solian
En los troncos grabar los que sabian!
  Mas, luego que rendido á la belleza
De Amarili quedó, de Amor vencido,
Comenzó á abandonarse á la tristeza:
De su rostro cayó el color subido,
Que á la encendida rosa semejaba,
Y el de azucena al labio se asomaba.
  Ya no gustaba del alegre canto
Ni le agradaba nuestra compañía;

Se desataba á veces en un llanto
Que hasta las piedras á dolor movía;
Otras en su pesar embelesado
Corria como loco por el prado.
Aborreció las chozas y cabañas
Y las delicias de la valle amena;
No más se hallaba bien en las montañas
Que desahogo daban á su pena:
¡Cuántas veces le vimos en las fuentes
Aumentar con su llanto sus corrientes!
Bajo las altas hayas recostado,
En un dolor profundo sumergido,
De su rebaño y aun de sí olvidado,
Su consuelo buscaba en el gemido,
Y con débil acento repetía:
«¡Amarili cruel... pastora impía!»

AMOR.

Ese Dafni, que ahora te merece
Tan viva compasion, y tal ternura
A mi opinion, un testimonio ofrece
En que todo su crédito asegura:
Sus labios puros de placer bañados
Son de amor en obsequio desplegados.
Amor trocó su llanto en dulce risa,
Amor hace sus dias venturosos,
Porque la luz que un dia ardió remisa
Manifiesta los fuegos más lustrosos,
En cuyo torno, amante mariposa,
El corazon de Dafni no reposa.
Ya sus ojos no van humedecidos
Con el eterno llanto que vertía:
Le son los gratos dias restituidos
Dó todo era placer, todo alegría:

Dafni que vá desde hoy á ser felice
Con tiernas voces al amor bendice.

MELIBEO.

Grande nueva, pastor, nos has traido:
Yo te daré por ella cuanto pidas;
Porque me es el buen Dafni tan querido,
Que diera por su alivio una y mil vidas.
¿Conque desde hoy ya la tristeza acaba
Que á su inocente pecho devoraba?

AMINTA.

¿Mira Amarili ménos desdeñosa
Al rendido pastor?

AMOR.

Su pecho hermoso
Arde como el de Dafni.

AMINTA.

¿Qué briosa
Espada, dí, ó qué dardo venturoso
Triunfo de tanto honor ha conseguido?

AMOR.

Amor, amigos, el Amor ha sido.

AMOR.

Rindióse al fin el pecho de diamante (1)
Ardió aquel corazon de peña dura,
Ensayóse Amarili á ser amante,
Y en su antigua firmeza mal segura
Humilló su altivez y su arrogancia
De Dafni y de su amor á la Constancia.
Cubrid el suelo de olorosas flores
Que de Amor á la selva conducida
Llega Amarili ya: corred pastores,
Vedla con Dafni tiernamente unida
Cómo la clara luz viene siguiendo
Que vá de Amor la tea despidiendo.
Ya para siempre se enjugó tu llanto
Dafni; el fin á tus ayes es venido,
Pasaron ya los dias de quebranto;
Tu mérito Amarili ha conocido,
Amor á justas leyes arreglado
Te vá á hacer para siempre afortunado.

MELIBEO.

Léjos de aquí disgustos y pesares
Que donde reina Amor, placer es todo.

AMINTA.

Sucedan á los llantos los cantares
El descanso al dolor, del mismo modo
Que á la noche cruel y borrascosa
Sucede luz serena y amorosa.

(1) Esta composicion, desigual pero no despreciable, está sin concluir en el códice de Crespo: le añadimos aquí estas ocho sextinas tomadas de los papeles sueltos de Plano.

Goza pastor, mil veces venturoso
El dulce corazon de tu pastora:
Aplauda alegre el valle al nuevo esposo
Cual suele el ruiseñor la nueva aurora:
Léjos las aves de siniestro agüero
Cante tórtola fiel, dulce jilguero.

MELIBEO.

Antes el Turia bañe al Pirineo
Que á Amarili eche ménos en su orilla:
Primero beban del Arcadío Alfeo
Las arenosas playas de Sevilla
Que de estos prados Amarili falte
Y ajenas selvas con su luz esmalte.

AMINTA.

Brota valle de mil en mil las flores,
Y píntalas, tú sol, de nuevo modo:
Corramos presurosos oh pastores
Que donde reina Amor delicia es todo:
Una corona no mortal formemos
Y á Amor con nuestras manos coronemos.

MELIBEO.

Los rústicos rabeles prevengamos
Y en honor del Amor festivamente
Cánticos entonemos y digamos:
Tú eres consuelo de la humana gente,
El fuego de tu tea, Amor, nos guia
Al descanso, al placer y la alegría.

AMINTA EN EL EBRO.

ÉGLOGA: EL AMINTA.

PERSONAS.

POETA.

DAFNI. AMINTA.

POETA.

Aminta, aquel pastor que en algun dia
Con su cantar sabroso y delicado
La orilla de Ebro consolar solia;
El que, cuando cruzaba el verde prado
O vencía las cumbres escabrosas,
Solía ir de guirnaldas coronado,
Tejidas de mil flores olorosas,
Ya por los tristes bosques silencioso,
Ya con espinas en lugar de rosas;
El que con su semblante dió reposo
A los pastores tristes y afligidos,
Se manifiesta pálido y lloroso.
Su dulce voz no alegra los oidos
De las bellas pastoras inocentes:
Sólo profiere quejas y gemidos.

Dafni, uno de sus tiernos confidentes,
Con dulce voz y cariñoso agrado,
Sentado le habló así junto á unas fuentes.

DAFNI.

Cómo, querido Aminta, retirado
Por los sombríos bosques, estos dias
A todos tus amigos te has negado?
No eres ya aquel Aminta que solias:
Prófugo de los prados y montañas
Solamente amas ya las cuevas frias.
Tu rabel que alegraba las campañas,
Con digna emulacion de los pastores,
No se oye por las rústicas cabañas;
Ni unen tus manos las hermosas flores,
Que en las orillas de Ebro coronaban,
Decidido el combate, á los cantores.
Tus ojos, que á los valles recreaban,
En lágrimas trocaron la alegría
Que á los de tus amigos inspiraban.
¿Aminta al llanto y la melancolía
Su venturoso espíritu abandona,
Busca la noche y aborrece el dia?
¿Quién mudanza tan triste te ocasiona:
Dímelo por tu vida; así del cielo
Descienda la quietud á tu persona.

POETA.

Sus ojos tristes en el duro suelo
Fija Aminta lloroso; dá un gemido,
Y no responde más su desconsuelo:

Levanta al cielo el rostro humedecido;
Vuelve á Dafni sus ojos tiernamente,
Como quien de un dolor se siente herido,
Que la queja á los labios no consiente;
Y otro recio gemido desatando,
Intenta huir de Dafni velozmente.
Mas Dafni con ternura, aprisionando
Entrambas manos al pastor Aminta,
Rompió con esta queja el aire blando.

Dafni.

Si no es que ya, nuestra amistad extinta,
Olvidas el amor que me has debido,
Y mi voz te comienza á ser distinta
De aquella que ántes resonó en tu oido,
¿Cómo puede mi fe ser sospechosa
En quien por tan segura la ha tenido?
Dafni es quien te habla; suya es la piadosa
Mano que miras á la tuya asida:
No la apartes esquiva y desdeñosa.
Díme á dó tienes tu quietud perdida,
Esplícale tus penas á tu amigo,
Esplícale tus penas por tu vida.
Acuérdate las veces que conmigo
De la cabaña intrépido saliste
Contra el lobo voraz nuestro enemigo;
Las que el blanco ganado condujiste
Por el prado mezclado con el mio;
Las que en los juegos vencedor te viste
Siendo el árbitro yo del desafío.
El mismo soy: merezca mi fineza
A Aminta más amor, ménos desvío.

¿Quién sujetó tu alma á la tristeza,
Quién convirtió tu risa en duro llanto,
Qué viento cruel ha ajado tu belleza?

AMINTA.

Dafni, no es tan crecido mi quebranto:
Tu amor, y tu cariño es quien lo aumenta,
Porque, en verdad, que mi dolor no es tanto.
No es mi pasion tan rápida y violenta,
Que se me lleve el corazon lloroso,
Como á la débil caña la tormenta.
Así que, amigo Dafni, mi reposo
No está, como imaginas, tan turbado,
Que deba objeto ser tan lastimoso.
Mas sí lo está; retira tu ganado,
Huye ya de tu Aminta la presencia,
Un pastor busca ménos desgraciado;
Déjame que yo alivie mi dolencia,
Acá en las silenciosas soledades,
Y pida al pedernal su resistencia.

DAFNI.

No, Aminta mio; en vano te persuades,
Que yo me apartaré de tu persona,
Sin que á mi pecho tu pesar traslades.

AMINTA.

El dolor que mis llantos ocasiona
No es dolor, no, que á los remedios ceda,
Es llaga que con ellos más se encona.

Es una herida que irritada queda
Cuanto mejor remedio se ha aplicado:
No hallarás hierba que curarla pueda.
Déjame á mi dolor abandonado,
Miéntras que exclamo en ayes dolorosos:
Me hizo el Cielo feliz, yo desgraciado.

DAFNI.

Deja, Aminta, suspiros temerosos
Y ven á mi cabaña, donde tengo
Prevenidos dos quesos muy sabrosos:
Verás un corderito que mantengo
Para hacer á Liconis un presente:
Verás con qué cuidado le sostengo.

AMINTA.

Amigo Dafni, déjame que aumente
Con la agua de mi llanto desdichado
La que al Ebro opulento dá esta fuente.
Disfruta tú, pastor afortunado,
Lo que yo un tiempo disfrutar solía:
Me hizo el Cielo feliz, yo desgraciado.

DAFNI.

De la flauta la tierna melodía
Y del rabel el sonoroso acento
Restituirán á tu alma la alegría.

AMINTA.

No tendrá intermision mi sentimiento:
El rabel con mis manos he quebrado:
Desde hoy será mi voz, voz de tormento.

El canto á los felices reservado,
Las lágrimas al triste le son dadas:
Me hizo el Cielo feliz, yo desgraciado.

DAFNI.

Mira allí las pastoras congregadas,
Al son que tañe el niño Meliteo,
Cómo bailan, de flores coronadas.

AMINTA.

Flores para mis sienes ya no empleo:
Debo, del ciprés triste coronado,
Cubrir mi rostro con el llanto feo.
El suave lirio, y el clavel jaspeado
Se guardan para frentes más dichosas:
Me hizo el Cielo feliz, yo desgraciado.

DAFNI.

¿Y qué mano cruel robó las rosas
De que ántes tus mejillas adornadas
Afrentaban las flores más hermosas?
¿Por quién tus alegrías son tornadas
En pálida tristeza y amargura?
¿Quién te obliga á esas quejas porfiadas?
¿Tiene pastor el valle por ventura
A quien más haya enriquecido el cielo
En prendas de valor y de hermosura?
¿No eres tú la delicia y el consuelo
De todos los pastores y pastoras
Que pacen su ganado en este suelo?

¿Quién jamás vió sus manos vencedoras
Al lado de las tuyas en los juegos?
¿Quién supo estar jamás más largas horas
Cercado de sus cándidos borregos,
Alegrando la selva con su acento,
De sus amigos á los dulces ruegos?
¿Y quién hiere mejor el dócil viento,
Cuando el eco süave y apacible
Hace sonar del músico instrumento?
¿Y qué brazo se ha hecho más temible,
Cuando suelta la piedra de la honda
Al lobo y aun al toro más terrible?
Por nuestro amor, Aminta, que no esconda
Tu lengua su pesar de mis oidos,
Si en tí hay afecto que me corresponda.

POETA.

Sus ojos volvió Aminta humedecidos
A Dafni, y en seguida estos acentos
Mezclados le envió con sus gemidos.

AMINTA.

Quieres participar de mis tormentos,
Parte quieres tener en mis pesares;
Escucha, pues, mis lúgubres lamentos.
Yo soy aquel pastor cuyos cantares,
Del rústico rabel acompañados,
Sonaron con aplausos singulares:
El mismo Aminta soy, aunque los hados
Hayan mi dulce canto convertido
En ayes y quejidos destemplados.

Yo á quien habia el Cielo concedido
Una vida de lástimas exenta,
Apartada del llanto y del gemido.
En mí no tengo parte que no sienta,
A un golpe inopinado y repentino,
La mudanza más bárbara y violenta.
Otro Aminta ha formado el cruel destino,
Aminta triste, lleno de dolores,
Del Aminta feliz que al prado vino:
Aminta que, insensible á los ardores
Del fuego aquel que enciende las entrañas,
En la vega anchurosa, á los pastores,
Paseó con libertad por las campañas,
Gritando que el amor y la hermosura
Eran puros enredos y patrañas;
Este Aminta feliz..... Mas la amargura
Del triste corazon se ha apoderado:
Déjame en mi dolor y desventura.
No quieras que el pesar sea renovado,
Al llevarlo mi voz á tus oidos:
Me hizo el Cielo feliz, yo desdichado.

DAFNI.

Vuelve á cobrar los bríos ya perdidos,
Desgraciado pastor, templa tu llanto:
Díme el pesar que aflige tus sentidos.

AMINTA.

Mi espíritu sostenga el Cielo santo
A quien imploro en la desgracia mia,
Para poder decirte mi quebranto.

Este Aminta feliz, todo alegría,
Todo sosiego y plácida bonanza,
Duro al amor más que la piedra fria.
Entregado á su propia confianza
Vió un dia á la pastora Galatea:
¡Oh dia de crueldad y de venganza!
Como cuando el voraz lobo rodea
El redil en que está nuestro ganado,
Y todo él aturdido clamorea;
Así yo, con su vista transformado,
Perdí toda mi paz y mi sosiego,
Mi sentido al desórden entregado.
Sentí una luz benigna, pero luego
Advertí que mi pecho se inflamaba,
Y que, lo que ántes luz, era ya fuego.
Una vez apagarle procuraba;
Mas, como era el calor tan apacible,
Otra y otras yo mismo le avivaba.
Galatea me vió á su amor sensible;
Galatea venció mi fortaleza;
Galatea triunfó de un imposible.
Humillé mi altivez á su belleza,
Y, cual ave por sierpe entorpecida,
Siguió á su tierno encanto mi flaqueza.

DAFNI.

¿Y te fué acaso desagradecida?
¿Lograron por ventura otros pastores
En su pecho cruel mejor cabida?

AMINTA.

Pluguiera, amigo, á Dios que sus favores
Mi cariño no hubiesen fomentado:
No sentiria yo tales dolores.

Por eso la quietud he abandonado
Con que me enriqueció piadoso el Cielo:
Me hizo el Cielo feliz, yo desgraciado.
A Galatea descubrí mi anhelo,
No fueron sus respuestas desdeñosas,
Dió alma á mi amor, á mi pasion consuelo.
Una corona le tejí de rosas,
Que nunca la vió el valle semejante,
Y la puse en sus sienes venturosas:
Si en la carrera me miró triunfante,
Ella logró que el premio granjeado
Fuese á sus piés dichosos al instante:
Dos tiernos recentales del ganado
Por mí hasta su cabaña conducidos
Eran cada Domingo con cuidado.
Si oí de sus corderos los gemidos,
Desamparé los mios presuroso,
Por dejarlos al punto socorridos.

DAFNI.

¿Pues cómo, Aminta, tan quejoso?
¿Acaso te abandona Galatea,
O en su cariño vive receloso?

AMINTA.

No tiene, amigo, amor llaga que sea
Más cruel que la que siente el pecho mio:
Sólo el que amó es posible que lo crea.
Galatea, despues que mi albedrío
Al suyo sujetó, y cantó victoria
De un corazon de amor siempre vacío,

Me comenzó á borrar de su memoria,
En sombra me volvió la luz del dia,
Y trocó en afliccion toda mi gloria.

DAFNI.

Algun pastor su afecto ganaria,
Y te habrá de su pecho desterrado:
¡Galatea cruel!.. ¡Pastora impía!

AMINTA.

¿Y quién resistiría á Aminta airado?
¡Oh si al remedio mi furor llegára!
Me hizo el Cielo feliz, yo desgraciado.
Galatea... Dichoso si exhalára
Esta queja mis últimos alientos,
Sin que el caso cruel te declarára.
Ella borró los tiernos juramentos
Con que animaba mi esperanza ardiente
Y cambió desleal sus sentimientos.
Negada al trato de la humana gente,
Trasladó de la selva su ganado
A la cumbre escabrosa y eminente.
Subióme allá mi afecto porfiado
Por hablar de una vez á mi querida,
Y arrojóme un olvido no esperado.
Dice que el valle, y nuestro trato olvida,
Que le gusta la cumbre solamente,
Y que así de mi pecho á Amor despida.
Considera tú, amigo, cuán ardiente
Mi corazon entónces gemiría:
No quieras, Dafni mio, que lo cuente.

Cueva oculta la dá su mansion fria,
Donde no llegárá mortal desvelo,
Apartada de toda compañía.
Su puro corazon ofrece al Cielo;
Jamás volverá á verla el verde prado,
Desde hoy es inmortal mi desconsuelo.
El estéril recurso me ha quedado
De exclamar con acento doloroso:
¡Oh quién tornára á su primer estado!

DAFNI.

¿Conque ella en sacrificio generoso
Su casto corazon al Cielo ofrece,
Pero no á otro pastor más venturoso?
Menor desgracia, Aminta, me parece;
Pastoras de tí dignas tiene el prado,
Y alguna (lo sé yo) no te aborrece.

AMINTA.

¿Y cuando ella me vió tan inflamado,
Por qué sostuvo la brillante llama
Que debió con su nieve haber templado?
No es tan ingrata al labio la retama
Como á mi tierno corazon su ausencia
Que eterno sinsabor sobre él derrama.

DAFNI.

No hay mal que no se estrelle en la paciencia.

AMINTA.

¡Ah Dafni! Si de amor llagado has sido,
Recuerda tu dolor y tu experiencia.

Así como la selva ha producido
Activas hierbas que el amor aumentan
¿Por qué no produjo otras para olvido?
Los valles y los prados me atormentan;
Sólo me dá placer lo que me daña,
Y así mis aflicciones se alimentan.
Corro de Galatea á la cabaña,
Y allí postrado con amargo llanto
Mi desgraciado amor sus puertas baña.
Ves como abandonado al fiero espanto
Desamparadas dejo á mis ovejas
Que de su dueño anuncian el quebranto.
El sol me encuentra dando tiernas quejas
Cuando de su lucero precedido
Las cumbres vuelve con su luz bermejas.
Por donde há la pastora infiel partido
Verás medio borradas sus pisadas
Con las lágrimas tristes que he vertido.
Allí dirijo todas mis miradas,
Por allí partió, grito: allí sonaban
Sus últimas palabras no esperadas.
Aquí mi gloria, y mi placer acaban:
Ya los enamorados ruiseñores
No escucharán suspiros que envidiaban.
Ni en fresco lecho de olorosas flores
En soledad, de la pasion amiga,
La infiel escuchará los mis amores.
Dia cruel, la selva te maldiga,
Con tu luz, á la tierra encomendado,
Jamás se vuelva el grano rubia espiga.
Seas siempre ominoso y desgraciado,
Y pues tú me escondiste á Galatea,
Siempre te envuelva tétrico nublado.

Nunca accion venturosa el mundo vea
En tí, dia de horror y de amargura:
El llanto el bosque y la ciudad posea.
No halle el ganado en monte ni llanura,
Hierba que le recree y le sustente;
Lobo voraz le asalte en la espesura.
La oveja al corderillo así ahuyente,
Hielos de invierno, fuegos del estío
Consuman ó aprisionen rio y fuente.
Trocada la cordura en desvarío,
Gustaré saborearme en mi tormento
Aun en la orilla del sepulcro frio.
Lloraré el amoroso apartamiento
Miéntras que mi alma dolorida guarde
Por vivienda este frágil aposento.
Descanso alguno mi pesar no aguarde,
Que así con dura mano amor castiga
Al que pudo vencer, y fué cobarde.
Será eterno mi luto y mi fatiga,
Y por lóbregas cuevas escondido
Huiré de quien mi llanto contradiga.
El rostro amortiguado, y denegrido
No alzará Aminta á los alegres cielos,
En lástimas y quejas sumergido.
Sólo á las peñas contará sus duelos,
Sólo á los bosques cantará lloroso,
Al pié de algun ciprés, sus desconsuelos.
Entre sombras nocturnas fervoroso
Gritará: ¡Galatea, Galatea!
Perdido en su pasion como furioso.
El eco que en la burla se recrea
Repetirá de Galatea el nombre;
Memoria que me aflige y lisonjea.

Y yo apenas el eco me la nombre
Su imagen buscaré; pero burlado
Sólo hallaré un silencio que me asombre.
Muerte que sueles en el campo armado
Disparar tus saetas á millares,
¿Por qué á este pastor dejas en el prado?
Apiádente sus lúgubres cantares,
Suelte tu arco la flecha venenosa
Que acaba con la vida los pesares.
Tú, Dafni mio, queda en paz, reposa,
Cuida mis ovejillas que abandono,
Tu mano las será más venturosa.
Canta tu libertad con blando tono
De rosas bellas como tú adornado,
Que con espinas yo la sien corono.
Aminta se retira ya del prado
A llorar su perdida Galatea
Que le hizo para siempre desdichado.

POETA.

Huyó veloz, y Dafni, que flaquea
Viendo á su amigo en tan cruel tormento
Aminta, Aminta, débil le vocea.
Tres veces por cortarle el loco intento
Mover las torpes plantas procuraba,
Y otras tres el agudo sentimiento
La fuerza encadenó que Amor le daba.

A UNA SEÑORA

EN OCASION DE UNA AUSENCIA.

Rendido al peso de mi odiosa vida,
De mi razon ajeno
Salgo al callado bosque, do convida
Del puro sol el resplandor sereno
A solazar el ánima abatida.
Contemplar quiero la rosada Aurora
Cómo con faz serena
Nos esparce la luz consoladora,
Y cómo sobre el lirio y la azucena
Destila perlas y granates llora.
Majestad y grandeza respirando
Ardiente el sol se eleva,
Complacido de ver iluminando
Las bóvedas azules su luz nueva:
Bate sus alas el Favonio blando:
Dá la flor, de aromáticos olores
Perfume delicioso:
Oigo lucir los pájaros cantores,

En confuso tropel pero armonioso,
Con tono no estudiado, mil primores.
Mas, recordando mi infeliz estado,
Mis sentidos no alegra
Ni el sol, ni el ave, ni la flor, ni el prado:
Busco los senos de la sombra negra,
Y gusto saborearme en mi cuidado.
Yo llevo el alma herida, lastimada
Y de dolor traspuesta,
Cual cierva de la bala atravesada,
Que, aunque más vuele con carrera presta,
Do quiera que huye su dolor traslada.
Forma, con fuerza igual é igual balanza,
Mi mitad un deseo,
Y mi otra mitad forma una esperanza:
Y, de este modo, cuanto toco y veo
Es ilusion que la verdad no alcanza.
¿De qué sirve los aires ver heridos
Con mis suspiros roncos,
Ni querer con mis aires encendidos
Mover á tierna lástima los troncos,
Si de mi bien no van á los oidos?
¿Qué provecho ha de serme ni consuelo,
Por los umbríos sotos
Regar con tristes lágrimas el suelo
Y al Cielo dirigir humildes votos,
Si está á mi voz impenetrable el Cielo?
Mi pena es de tal arte, que me ha dado
Otra naturaleza;
Y en ella llego á estar tan bien hallado,
Que lo que lisonjea mi tristeza
Es lo que excita mi placer y agrado.
¿Y podría apartar, aunque intentára,
Mis pensamientos vanos

De esta memoria fiel? ¡Ay! ¡Quién pensára
Que ni todo el poder de los humanos
Del lado de mi bien me separára!
Árbitra de mi gusto y mi existencia,
Señora de mi vida;
¿Volveré á disfrutar de tu presencia?
¿Y quién habrá que con el *sí* decida
Próspero alivio á la mortal dolencia?
¡Qué distancia! ¡Qué ciega incertidumbre!
¡De confusos acasos
Qué mal entretejida muchedumbre!
Por entre ellos no más mis ojos lasos
De esperanza entreven una vislumbre.
Bate tus alas pensamiento mio;
Cual nube veloz vuela
En rededor de aquella á quien envío
Mis suspiros; observa si consuela
Su compasion mi loco desvarío.
Vé; díla que pasar no sé momento
Que mi fervor ardiente
No destine á su duro sentimiento;
Que más me inflamo cuanto más ausente,
Como suele avivar la llama el viento.
Díla que estos renglones mal formados
Borrármelos procura
El llanto de mis ojos desgraciados;
Y que mi mismo amor y mi ternura
Tambien contra mí veo conjurados.

LA IMAGINACION.

FRAGMENTO DEL POEMA SOBRE «EL HOMBRE.»

¿Qué mágia, por Merlin ó Zoroastro
Con reservadas artes ejercida,
Bien por hierba, conjuro, infierno ú astro,
A ilusion más ardiente nos convida
Que la que forma en misterioso arcano
De la imaginacion la docta mano?
Ya la veo con vuelo arrebatado
Cruzar el universo en un instante
Y que roba sagaz cuanto ha encontrado
En la naturaleza más brillante:
Ya, transformada en garza generosa,
Gusta vagar por las etéreas salas,
Y extendiendo briosa
Sus espaciosas y soberbias alas,
Las mismas nubes atrevida pica:
Ya, en abeja industriosa,

De muchas flores su panal fabrica:
Ya, en nave, por los reinos de la Aurora
Vá á recoger la hermosa pedrería,
Que en precioso depósito atesora,
Y que en su adorno brillará algun dia:
Ya, en orgullosa jóven transformada,
Al arte de agradar toda entregada,
Consulta su capricho por espejo
Y se acomoda con feliz manejo
Al antojo del gusto y las pasiones,
Y á las debilidades á ocasiones:
Ya nos atrae su aire seductivo,
Ya con sublimes rasgos nos sorprende:
Ya á sostener nuestra ilusion atiende
Con un intento rápido y festivo;
Ya, por vereda nueva,
Con osados proyectos nos eleva.
  Si interesarnos quiere,
Pide su activa gracia á la dulzura;
Y otra vez, derramando la ternura,
Los descuidados corazones hiere.
Luego, mudando formas cual Proteo,
Con variedad amena y exquisita
Ponerse sagaz máscara la veo,
Con que de pronto nuestra risa excita.
En abultar lo ténue se complace,
Y de la misma suerte
Lo más sublime y sério al fin deshace
Y en ridículo y bajo lo convierte.
Cuanto llega á su mano nos lo altera
Y por términos raros lo combina,
Siguiendo del deleite la carrera:
Su dilatado imperio aquí termina:
El arte de agradar forma su esfera.

Lo que no es verdadero no es hermoso;
Mas no en toda verdad hay hermosura:
Y la Imaginacion así procura
Recorrer aquel círculo espacioso,
Donde con cetro de oro dominare
La Verdad, y adornarla si la hallare,
Para que del deleite por la senda
Al fondo del espíritu descienda.
Si con ágiles alas vá á la escena,
La risa mueve ó la pasion enfrena;
Al terror sabe dar grata dulzura
Y á la tristeza trágica ternura.
Si observa los horrores funerales
De las llamas del Etna, se sorprende,
Y un tártaro se forma donde enciende
Un abismo de hogueras inmortales.
Si á la orilla del Bétis se retira,
La amenidad del sitio deleitoso
De los Elíseos la invencion le inspira
Donde se goce el inmortal reposo;
Y por lo que á sus ojos se presenta
En la otra vida reservar intenta
Amenas selvas, deleitosos prados
A aposentar los héroes destinados.
Ya con Amor entretenerse gusta
En dulce pasatiempo y juegos vanos,
Ya de sus finas gracias se disgusta
Y á los bosques se vá con los Silvanos
A mezclarse en sus danzas. Por caminos
No entendidos ni usados
Se arroja al mar; palacios cristalinos
Encuentra, de Nereidas habitados.
¡Encantadora del ingenio humano!
Tú del poeta en la estudiosa mano

El fino pincel pones,
Conque en las más activas posiciones
A nuestro entendimiento
Los objetos presenta en movimiento;
Aquel pincel que por tan sabio modo
En fiel retrato nos lo anima todo,
Y al alma ocupa sin causarle enfado;
Privilegio al poeta reservado.

Á LAURA.

CANCION.

Vivia yo de amor tan descuidado
Y tan libres holgaban mis sentidos,
De un duradero bien mal persuadidos,
Que nunca ver el corazon trocado
Creyó mi pensamiento;
Mas lo que era ilusion es escarmiento.
Cual vuela el ave por el ancho cielo
Y de la red que en lo hondo no segura
Goza su libertad desde la altura
A que la sube licencioso vuelo;
Así el discurso mio
Pensaba dar la ley al albedrío.
No temian asalto peligroso
Mis locos y perdidos pensamientos,
Y les solté con fuertes juramentos
Palabra cierta de inmortal reposo;

Pero ya por mi daño
Perdon les pido del pasado engaño.
Son tales mis antiguas esperiencias,
Tantas las mal cerradas cicatrices
Que muestran mis entrañas infelices,
A pesar de cuidado y diligencias,
Que en el postrer estado
A pensar sobre mí me ví forzado.
Cansado de gemir en la cadena
Que maldecir é idolatrar solia,
En cuanto entraba con el alma mia
Que mi voz escuchó de asombro llena,
Quise el hierro inhumano
Romper mil veces y tembló mi mano.
Enfrente se me puso el escarmiento
Que con severos ojos me miraba,
Y de mis desventuras recordaba
La triste historia con cruel acento:
Vieron allí mis ojos
Teñidos con mi sangre mil despojos.
El cuadro horrible que á mi vista puso
Obra del fiel pincel del Desengaño,
Para la enmienda del pasado daño
Armó mi diestra, mi valor dispuso:
Y quise al Juicio grave
Del albedrío encomendar la llave.
¿Mas quién mi mano trémula detiene
Al romper las prisiones que me halagan?
¿Por qué camino mis caprichos vagan
Sin conocer poder que los enfrene?
¿Dentro no me gobierna
Inspiracion de inteligencia eterna?
Si por libre eleccion me determino,
¿Quién hay dentro de mí que me resista?

¿Quién lo que el Juicio con valor conquista
Recobra por asalto repentino?
¿Seré yo mi tirano?
¿O eres tú, Libertad, un nombre vano?
¿O serás un don fiero y exquisito
Que madrastra, no madre, con franqueza
Reparta sin piedad naturaleza,
Para hacernos capaces del delito,
Esclavos del deseo,
Y víctimas del propio devaneo?
Y tú, bella Razon, hija del Cielo,
De los mortales deslumbrados guía,
¿Has de ser tan cobarde ó tan impía,
Que sacarme del largo desconsuelo
No puedas ó no quieras?
¿Por qué tus fuerzas y bondad ponderas?
Así con mi Razon yo conversaba,
Tiernas quejas á solas repitiendo,
Y ella mis voces con pesar oyendo,
A los sentidos frágiles culpaba,
Como que por su vicio
La libertad abusa de su oficio.
Mas, saliendo del viejo cautiverio,
Alegre la razon me prometia
Ejercer desde aquel dichoso dia
Sobre lo material su dulce imperio,
Y tener sometidos
A sus severas leyes los sentidos.
Cambióse entónces mi infeliz estado
Y en el templo me ví del Escarmiento,
Cuyas columnas abracé contento
Y de ellas colgué el hierro á que amarrado
Con un rubor profundo
Fábula del amor me miró el mundo.

Como, en fiel testimonio de victoria,
El que en carro triunfal por Roma entraba
Encadenado al que venció llevaba:
Así, por muestra de mi nueva gloria,
Quise que en mis trofeos
Fuesen encadenados mis deseos.
Escarnecí del arco de Cupido
La tan nombrada actividad y acierto,
Como suele el piloto desde el puerto
Burlarse viendo al mar embravecido;
Porque, en tranquila calma,
Haber dado creí la paz al alma.
Por la razon se puso prevenido
De centinela el cuerdo entendimiento
Para avisar cualquiera movimiento
Que sagaz observase en el sentido;
Y yo creí entónces
Ser contra amor más fuerte que los bronces.
Mas nunca á los tiranos del Oriente
A tal furor y cólera provoca,
Queja que salga de ofendida boca,
Puñal que amague su vendada frente,
Como del hombre nécio
Suele irritar Amor el menosprecio.
La lira descolgué de polvo llena,
Que ya del ócio largo se quejaba,
Y en sus doradas cuerdas resonaba
Gloria lo que ántes amargura y pena;
Oyóme Amor por suerte
Y en pié se puso con el arco fuerte.
Mas, como la razon fortalecía
De cerca mis alegres esperanzas,
Ni temí riesgo ni creci mudanzas
Y de Amor descuidado me reia,

Aunque sus duras flechas
Veia al corazon venir derechas.
De una me acuerdo que á mi pecho vino
Desde unos ojos que, si París viera,
Grecia su ruina á Troya no trajera
Del engaño y furor por el camino;
Que, en la disputa vana,
Fueran ellos el premio á la manzana.
Otra saltó del arco victorioso
A que dió filos la mayor belleza
Que delineó jamás naturaleza
En rostro humano con pincel mañoso:
La herida me llagaba,
Mas la razon el hierro desarmaba.
Cuantos hechizos reservó la faja
Con que la hermosa Vénus se ceñía
En daño mio conjurar quería
Amor, y nunca consiguió ventaja;
Pues aunque iban derechas
Le despuntaba la razon sus flechas.
Él de coraje y de vergüenza lleno,
Viendo que el vencimiento no lograba,
Con una flecha de oro el arco armaba,
Que para esto sacó del mismo seno,
Y así con mejor suerte
Traspasó á la razon el pecho fuerte.
No vale malla ni acerado escudo:
Cayó soltando míseros gemidos,
Y con ella cayeron mis sentidos
Quedando yo del caso absorto y mudo;
Y ya la llama abrigo
Que no perecerá sino conmigo.
Quejéme á la razon con voz terrible
Y me dijo: «Yo bien te defendiera,

Si Amor como las otras dirigiera
Esta flecha no más á lo sensible;
Pero ¡ay! que el atrevido
La parte más sublime ha combatido.
Para mí siempre fueron nombres vanos
Los atractivos, gracias y hermosura,
La gentileza, el arte y compostura
Comun admiracion de los humanos;
Pero, cuando su llama
Aviva la virtud, la razon ama.
No es el mirar süave y refulgente
Que á los ojos de Laura dado ha sido,
Ni de su rostro bello colorido
O brillantez de su serena frente,
Con lo que me sujeta:
Amor me hiere con mejor saeta.
La discrecion que anima sus acciones,
La honestidad que halaga y que sorprende,
Las redes son con que las almas prende
Y llave que maneja sus prisiones;
Si yo me resistiera
Su ministerio la razon perdiera:
Desde hoy á perfumar de amor el ara
No tu capricho, tu razon te lleva;
El ardor sentirás de llama nueva
Que no usados combates te prepara;
Del amor al intento
Conspiran tu razon y entendimiento.»—
Dijo: y llevóme á Laura de la mano,
Con quien el vencedor Amor estaba;
Ociosa ví á sus piés la fuerte aljaba:
Porque ya con el golpe sobrehumano
De la dureza mia
El grande triunfo completado habia.

Tuve yo por sencilla cemplacencia
El placer que halagaba mis sentidos;
Mas habia ya el tósigo bebido
Y el corazon cedia á su violencia:
Cuando el horrible fuego
Del rayo quise ver, ya estaba ciego.
La libertad del albedrío en vano
Recordar quiere su olvidado oficio,
Que no acierta á ponerse en ejercicio
Y no es posible ya que esfuerzo humano
Detenga el curso vário
De este mi pensamiento temerario.
Mas, si por una parte amor me incita
A que la empresa con valor acabe,
De la dificultad el peso grave
Tambien me oprime y el temor me agita:
Soy nave que dos vientos
Arrastran en contrarios movimientos.
Tal vez en la osadía amor prospera,
Porque ella nos conduce á confianza;
Y, aunque no nace amor de la esperanza,
Crecer sin ella al ménos no pudiera.
¿Mi labio, pues, osado
De su respeto romperá el candado?
En vano á mi pasion las voces pido;
Que no hay amor, por inflamado y fuerte,
Que á declarar su sentimiento acierte,
Cuando teme no ser correspondido;
Y el peligroso intento
Sorprende mi profundo pensamiento.
Veo al desden que con helada mano
Desde el pecho de Laura donde vive,
A apagar estas llamas se apercibe
Y todo lo convierte en humo vano;

¿Preferiré doliente
Un silencio cruel y reverente?
  Quebróse la prision del sufrimiento,
Y aunque llegue á ser fábula importuna,
Saldrán mis ánsias á probar fortuna,
Con riesgo de perderse por el viento.
¿Dejaré que perciba
Sólo en mis ojos la elocuencia activa?
  ¿Recibirá, amor, una esperanza
Que bajo de tus alas ha crecido?
¿Darás mis tiernos votos al olvido
O animarás mi débil confianza?
Habla tú á Laura bella,
Que á mí el respeto me desvía de ella.
  Mengua sería abandonar la empresa
Y desistir del generoso intento,
Porque, si á la razon y entendimiento
Amor en sus proyectos interesa,
¿Quien huye sus arpones
Privado nuestro sér de entrambos dones?

ODA.

Esconde el sol su refulgente coche,
Y su estrellado manto
Tendiendo, inspira la callada noche
Quietud al bueno y al inícuo espanto.
Musa, que en este rato silencioso
Vienes del grato sueño
A turbar el pacífico reposo,
Reserva á horas más prósperas tu empeño.
Templadas no verá sus cuerdas de oro
La lira desdichada;
Llévala, en tanto que mi suerte lloro,
A manos en que sea afortunada.
Déjame ya con llantos desiguales,
Dando agua al corto Esgüeva,
Gemir mis glorias y plañir mis males
Porque á piedad (si la hay) los cielos mueva.
Horas nocturnas para el dulce amante
Deseadas y fieles;
¿Para mí sólo con teson constante
Sereis inexorables y crueles?
Soltó ya el labrador su corvo azado,
Y en el usado lecho,
Sin temer débil ni esperar osado,
Libre de sustos, deposita el pecho.
Cansado de esforzar su venal grito,
Duerme el letrado ronco;
Torbellino de voces inaudito,
La oscura noche le convierte en tronco.

El sol los ingeniosos artesanos
Sobre el trabajo hallaba:
Ligó la noche sus cansadas manos
Y el fatigado brio restauraba.
En envidiada y rústica cabaña
Descansan los pastores,
Hasta que asome el sol por la montaña,
Plateando arroyos y pintando flores.
Cesan de Marte estragos y cautelas;
Duerme el campo al cuidado
De pocos y sagaces centinelas,
A que el comun sosiego se ha fiado.
La tierna jóven, cuyo incauto pecho
Jugando hirió Cupido,
Cansada de gemir, en blando lecho
A cobrar vuelve su rigor perdido.
Y sólo yo, cercado de temores,
Léjos del sueño grato,
Percibo de la noche los horrores
Y conmigo en trabada lid combato.
Atorméntame el dia desvelado,
Y por la noche crecen
Las penas, que á mi espíritu cansado
Mil funestas imágenes ofrecen.
Noche, que á los mortales afligidos
Dulce quietud inspiras,
Adormece mis míseros sentidos.
¿No quieres, ó cobarde te retiras?
El dia se levanta: vuelve el hombre
A su trabajo usado,
¡Triste de aquel que aunque el dolor le asombre
No sale de la noche del cuidado!

POESÍAS LIGERAS.

EPÍSTOLA

Á D. PEDRO PICHÓ:

SOBRE DAR DE MANO Á LA POESÍA.

Unas décimas recibo,
Que he estimado como vuestras
Y tambien porque dan muestras
De vuestro númen festivo:
Tal cual verso no concibo
A qué aluda ó se refiera;
Pero, sea lo que quiera,
Estoy del todo gozoso
De que tambien lo jocoso
A Don Pedro Pichó hiera.
No siempre por la escabrosa
Cumbre del Pindo hemos de ir;
Quien se quiere divertir
Vá á su falda deleitosa:

Esta es una grande cosa
Sin trabajo y pesadumbre,
Pues aunque, como es costumbre,
Nos vuelva Apolo la espalda,
No nos quitará la falda,
Ya que no nos dé la cumbre.
En mil cosas enredado,
En mil asuntos metido,
Vuestro ingenio dividido
Os tiene muy ocupado:
El mio se ha apoltronado
En la dulce ociosidad:
No culpeis mi flojedad,
Pues desde que no hago caso
De versos ni prosas, paso
Una vida de un Abad.
Un hombre se vuelve moro
En busca de un consonante,
Y juzga más importante
Su hallazgo que el de un tesoro:
Suda un mar por cada poro,
Si no encuentra un adjetivo
Tan justo y tan expresivo
Como él se lo ha figurado,
Y tal vez, embelesado,
Se le olvida un sustantivo.
Lo más precioso del cuento
Es si pretende elevarse,
Y procura arrebatarse
Como bruja por el viento:
Siente un huracan violento
En que á las Siete Cabrillas
Volar piensa, ó las orillas
Del Pó; y, miéntras que esto pasa,

No sale el pobre de casa
Y sale de sus casillas.
Yo os habia prometido
Con gran empeño y afan
Del *Seno* del Padre Abraham
Un poema muy cumplido:
Comencéle, y al olvido
En su orígen le condeno,
Por salir de faltas lleno;
Tanto, que era ménos pena
Tomar diez libras de Sena
Que dos onzas de este Seno.
Ví que era mayor asunto
Que el que á mis fuerzas convino;
Obedecí al Venusino
Y solté la pluma al punto:
Ofrecióseme un conjunto
De especies en que, embrollado,
Cada verso era un preñado
Que me ponia á morir,
Sin que, ni aun al concebir,
Percibiese algun agrado.
Vaya y escriba el bribon
Que, en premio de su poesía,
Piensa tener algun dia
Un dorado medallon:
No habla esto con Aragon,
En donde es cosa forzosa
Que quien por tan trabajosa
Fatiga su sueño trueca,
Si no saca una jaqueca
No ha de sacar otra cosa.
De la Poesía reniego,
Desventurado aprendiz,

Que á mi ver es más feliz
El hombre, cuanto más lego:
Ya desengañado llego
A imprimir en mi mollera,
Quiera el buen gusto ó no quiera,
Que sabe, aun al más austero,
Mejor que un libro de Homero
Una libra de ternera.
   No hay pasaje más gustoso
En todos los de Marón
Que el que hace un gallo capon
Con su lardo sustancioso:
Esto sí que es provechoso
Y no el andar cavilando
(En vez de estarse roncando)
La ternura con que Dido
Dió á su huésped el oido,
Y cómo él la fué engañando.
   No censureis por liviana,
Pichó amigo, esta doctrina,
Porque si ella no es muy fina,
A lo ménos es muy sana:
Más de una y otra mañana
Me vió el sol sobre mi mesa
Hacer con la pluma presa
De un conceptillo berruga,
Como si fuese pechuga
De perdiz jóven y gruesa.
   Pero el tiempo que me queda
De otro modo he de vivir,
Y hago voto de dormir
Más que gusano de seda.
Haga versos el que pueda
Versificar fácilmente;

Pero es tan inobediente
En mí el númen poco franco,
Que á cada verso que arranco
Parece que escupo un diente.
  Pues, cuando el ingenio empieza,
Despues de fatigas mil,
A ir como con un candil
En busca de una agudeza,
Ase cualquiera simpleza
Que tenga ó no proporcion:
No hay chiste á que en la ocasion
Ansioso no se abalance,
Y un equívoco en tal lance
Vale su medio millon.
  El pobre se despepita
Limpiándose con fervor,
En el verano el sudor
Y en invierno la moquita:
Dá con fatiga infinita
Un concepto varonil,
Y luego el mundo es tan vil,
Porque está de versos harto,
Que, si tres le llaman parto,
Llámanle aborto tres mil.
  Yo por una cosa sola
(Todo lo he de confesar)
He sentido desertar
De las banderas de Apolo:
Y es que, miéntras que sin dolo
Sus estandartes seguia,
En un dulce amor ardia;
Que es en un poeta fiel
Precepto amar, como en el
Orden de Caballería.

Yo, por una Galatea
Que en toda mi vida ví,
En mi pecho arder sentí
Del amor la activa tea:
No hubo jamás chimenea
Que de sí tanto humo diese,
Ni hubo pólvora que ardiese
Cual yo, ni estopa en verdad
Que con más facilidad
En la llama se encendiese.
Mas no creais que el cortejo
Me costó penas ni lloros;
Una corrida de toros
Era, amigo, mi festejo:
Mi particular manejo,
Bien digno de imitacion,
Os causará admiracion,
Porque es de difícil uso:
De vuestra paciencia abuso,
Pero oid con atencion.
Cada dia con vigor
A discurrir me ponia
Qué papel hacer debia
En aquel dia mi amor:
Tal vez soñaba favor,
Y el soñarlo bastante era
Para que, cual débil cera,
Con la memoria ordinaria
De esta dama imaginaria,
Mi pecho se derritiera.
El dia que me placía
Creerme correspondido
Bendiciones á Cupido
En mis versos escribía:

Todo era paz, alegría
Gloria, contento, dulzura,
Llorar de pura ternura;
Y, como en mi mano estaba,
A mi Galatea daba
Cien fanegas de hermosura.
Pero, porque me maltrata
Un carácter permanente,
Luego en el dia siguiente
La juzgo cruel é ingrata,
Que de mi amor se recata,
Con espíritu malvado;
Y últimamente, enojado,
En mis versos con frescura
La quitaba la hermosura
Que el dia ántes la habia dado.
Saltaba de otro vaiven
A unos celos borrascosos,
Y los tenia rabiosos
Aunque sin saber de quién:
Pero, en queriendo tambien
Que cesase mi mohina,
La hacia grata, firme, fina,
Y así llevaba yo igual,
En una mano mi mal
Y en otra mi medicina.
Sin saber á quién, amaba,
Sin saber á quién, temía,
Sin conocer qué, quería,
Sin saber de quién, celaba:
Así se representaba
Una comedia excelente:
La escena era permanente
En mi estudio, y lo mejor

Era ver en mí el autor,
Representante y oyente.
Ved ahí el sacrificio
Que ofrecí á Amor en su altar;
Otro no debe esperar
De mí, miéntras tenga juicio;
Pero ahora que á mi oficio,
Dejando los versos, torno,
Ni aun quiero amar por adorno;
Ántes, haciendo un esfuerzo,
Huye mi amor hecho un cierzo
Y mi musa hecha un bochorno.
De locuras llenaría
Este papel, segun veo;
Pero, por irse el correo,
Vá media llana vacía:
Quién sabe dónde pondría
Mi musa su pié de un brinco,
Si, como en servirte ahinco,
Me diese el acierto Dios.
Zaragoza y Julio, dos
Del año de ochenta y cinco.

Á LA MUSA.

¡Válgate Dios por Musa,
Y cómo me escasea
Los favores que pido
Á su esquivez severa!
El otro dia tuve
Necesidad extrema
De dar á una señora
En verso una respuesta:
La musa que lo supo
Se escondió de manera,
Que no bastó á encontrarla
Humana diligencia.
Ahora que queria
Dormir á pierna suelta,
Con la música que hace
El agua en mis vidrieras,
Hétela aquí que viene,
Cuando nadie la espera,
Muy de recio empeñada
En que un hombre no duerma.
¡Qué vivos pensamientos
Me ha puesto en la cabeza!
Pasaremos de gallo
La noche sin ser buena.

Vaya, señora Musa,
Ya que usted, á fuer de hembra,
Se niega si la buscan
Y busca si la dejan,
¿Qué haremos esta noche?
¿Cantaremos las quejas
Que suele dar Aminta
A la cruel Galatea?
¿Pero esto de qué sirve
Si nunca los poetas,
Pintando sus pesares,
Los curan ni remedian?
A más de que esta noche
He cenado ternera,
Y el andar galateando,
Si la tripa está llena,
Es cosa que repugna;
Porque amor se alimenta
(Segun dicen algunos,
Yo no sé si lo crea)
Tan sólo de suspiros,
De lástimas y penas.
¿Cantaremos la espada
Del que la barba negra
(Algunos dicen rubia,
Mas por Dios que lo yerran)
Al Moro de Mallorca
Estiró con fiereza?
¿Cantaremos la burla
Que hizo una picaruela
Al que domó al Cerbero
Y la sierpe Lernea,
Cuando á su fiera mano
Acomodó la rueca?

Mas será disparate
Rompernos la cabeza
En asuntos que tantas
Musillas zarandean.
¿Cantaremos del vino
Las famosas proezas,
O del hijo de Vénus
Las agudas saetas?
Esto cantar querria;
Querria si pudiera;
Mas, como soy aguado
(Ya lo dice mi vena),
Y nunca con mi sangre
Tiñó el amor sus flechas,
Trescientas boberías
Es fuerza que digera:
Lo que no está en mi alma
Jamás esta mi lengua.
El perrito de Filis
Era una cosa buena
Para hacerle un elogio,
Como yo le supiera
Todas aquellas gracias
Que le sabe su dueña.
En fin, me determino
A hablar de su belleza,
Y las habilidades
Que al exterior se muestran,
Que en lo interior ya veo
Para quién se reservan.
El perrito de Filis,
Engendrado en Baviera,
Criado en un Colegio
Que tiene la Noruega

Para educar los perros
De la casta faldera...
Mas ¡por Dios! es locura
Que, cuando á uno lo espera
La cama prevenida,
Se rompa la cabeza,
Y cercene del sueño
Por lo que no interesa,
La racion que le toca.
Apago, pues, la vela,
Y despido la musa;
Que en verdad no es hora esta
De cantar en la silla
El perro ni la perra,
Sino de dar ronquidos
Que la calle estremezcan,
Y digerir durmiendo
La cena de ternera.

DE MIS PAISANAS.

Cuando al amable sexo
Sus gracias repartiera
Cupido con fiel mano,
Preparando con ellas
Flechas para su aljaba,
Fuego para su tea,
Dió á las que el Turia beben
Pulcritud y limpieza;
A las de Manzanares
Chiste, sal y viveza;
Finura á las murcianas;
Donaire á las manchegas:
Genio de amar y garbo
A las del Bétis diera;
A las de Cataluña
Las dió hermosa presencia;
Arte á las gaditanas;
Gala á las extremeñas.
Faltando que pudiese
Dar á las de mi tierra,
Las dió *gracia*, que puede
Más que toda belleza,
Más que aseo y donaire,
Y garbo y gentileza;

Porque ella los hechizos
Reune de estas prendas.
Las dió *gracia*, y las dijo:
«Tomad, niñas iberas,
El don que reservaba
Para mi madre mesma.
Tendrán entre vosotras
Su mérito, aun aquellas
En quienes falten rasgos
De la exterior belleza.

DE LOS MOTIVOS POR QUE ESCRIBO.

Un tiempo por no escribir
No escribia yo ni cartas,
Y para escribir ahora
Plumas y tiempo me faltan.
De la vida más activa
He pasado á la holgazana;
Bien supo que el ocio es pena
Quien como tal me lo manda.
Condenado á ser ocioso,
Siempre expuesto á la mudanza,
Ni sé qué destino emprenda
Ni cómo el pesar distraiga.
De amor los brillantes fuegos
Mi corazon ocupáran;
Mas, como él es tan sensible,
Cebará mucho la llama.
Del trato de los amigos
Las delicias disfrutára,
Que, á lo que veo, en Pisuerga
Más finos que en Ebro se hallan.
Pero el tiempo está revuelto,
En ninguno hay confianza,
Y, sin esta, es un verdugo
La conversacion humana.
De todo se asusta y teme,
Porque es ciega, la ignorancia;

Y al que se atreve con ella
De delincuente lo trata.
  El retiro y soledad
Tal vez al riesgo no bastan,
Que por sospechoso tiene
La insensatez al que calla.
  La hipocresía es precisa
Para no caer en la trampa;
Pero mi temperamento
Se niega á doblez y maulas.
  Si la duracion previera
Que han de tener mis desgracias,
Trajera mis libros, que hoy
Tal vez se comen las ratas.
  Mas sin ellos, sin amigos,
Sin amores, ni esperanzas,
Haré versos como quien
Por entretenerse canta.
  Ya se yo bien que las musas
Miraron de mala cara
De mi nacimiento el dia,
De otro objeto embelesadas.
  Así el fuego con que Apolo
Del poeta eleva el alma,
Ni por mis venas discurre,
Ni mi fantasía inflama.
  Si infantería ligera
Permite el Dios en su armada,
Contento estaré de que
Se me reserve una plaza.
  Muchos escriben por genio,
Muchos por el premio y fama,
Y yo por no saber dar
Destino al tiempo que pasa.

Dícenme que Apolo tiene
Una lengua reservada;
Pero yo de su dialecto
Nunca he estudiado palabra.
De filosóficas reglas
Su arte encantador se jacta:
Yo no sé otras que las que
El humor inspira á mi alma.
Protesto seguirlo siempre,
Y salga allá lo que salga;
Que mis versos no han de ser
Nunca más que una humorada.
Para aprender es ya tarde,
El imitar no me agrada,
Que para esto son precisas
Unas manos artesanas.
Nadie espere buenos frutos
De tierra no cultivada;
Y de un ingenio forense
Un buen verso es cosa extraña.
Los talentos regañones
Me culparán porque en chanza
Y por diversion me aplique
A una ciencia séria y alta.
Pero siempre al miserable
Se le debe alguna gracia;
Y es, si me meto á poeta,
Por no ser cosa más mala.
Este es el plan de mi vida,
Miéntras la tormenta pasa:
Puede ser que lo que hoy crímen
Se llame virtud mañana.

AMINTA LOCO POR GALATEA.

Muchacha, ya del todo
Está mi suerte echada:
Vengo de despedirme
De quien me roba el alma,
De esa que... mas no quiero
En mi vida nombrarla.
Allí la dejo el juicio,
Que pues á ella le falta,
El mucho que me quita
Le hará una honra extremada.
Retiré de sus ojos
Los mios hechos agua:
¿Y piensas que de verme
Se enterneció la ingrata?
Pues sabe que reia,
Reia la insensata,
Y tanto más reia
Cuanto yo más lloraba.
Ya tengo un volcan dentro
De mis tristes entrañas;
A mi cabeza sube
Una rápida llama:
Repara si se asoma
Por las claras ventanas

De mis llorosos ojos.
¿No ves cómo se abrasan?
¿No es verdad que te quemas
Con el fuego que exhalan?
Mira el fatal estado
En que tu amo se halla,
Y échale compasiva
Un frio jarro de agua:
Pero no, no se lo eches,
Deja lucir las llamas
Del mayor sacrificio
Que vió amor en sus aras;
Llamas que me consuelan
Al paso que me abrasan;
Llamas que me devoran
Al paso que me encantan.
Tengo determinado
Para huir de esta ingrata
Retirarme á un desierto
O cueva solitaria,
Donde jamás envíe
El sol sus luces claras:
No volveré á esta tierra
Miéntras huya mi cara,
Hasta que haya traspuesto
Tres ó cuatro montañas,
Altas como los Alpes,
Nevadas como el Guara,
Cuyos frios mitiguen
El volcan de mi alma.
Mas ya tengo pensado
El llorar mi desgracia
De un modo inimitable
A las fuerzas humanas.

Muchacha, tráeme ropa;
Tráeme ropa, muchacha;
Y no camisas finas,
Ni sábanas delgadas:
No me traigas de seda
Las chupas, ni casacas:
Para enjugar mi llanto,
Puedes traer toallas
De estopa rigorosa,
No pañuelos de holanda.
Acerca las camisas
Que estaban destinadas
Para remiendos de otras
Por viejas y estropeadas:
Y si está puerca alguna
De aquellas que tú gastas,
Líala con las mias
Que á tí no te hará falta:
No me traigas zapatos
Con hebilla de plata
De esas que el gran Martinez
De sólo un golpe saca
(Cosa que han dado muchos
Como nueva en España):
Acércame dos pares
De viejas alpargatas,
El sortú polillado,
O aquella media bata
Que fué saya en mi abuela
Y en mi madre Polaca.
Este será mi traje,
Estas serán mis galas,
Porque así lo dispone
Mi crüel suerte avara.

Voy á la Peña Pobre
A llorar mi desgracia
Y á hacerle compañía
Al héroe de la Mancha.
No pongas en las cestas
Regaladas viandas,
Que las ásperas hierbas
Me darán lo que basta,
Y, si acaso muriera
De sustento por falta,
Sabia que la muerte
Mis males acababa;
Mas, como ni mi pena
Ni mi dolor se acaban,
Me voy á Peña Pobre
A llorar mi desgracia.
Allí á la fresca sombra
De los pinos y hayas,
Una vez tripa arriba
Y otras á cuatro gatas,
Daré mil desengaños
A todos cuantos aman,
Para que no se fien
De manos y palabras,
Ni á las lágrimas crean
Que una mujer derrama;
Porque el llanto y la risa
Es la moneda falsa
Con que la verdadera
De nuestros pechos sacan.
Espantará las fieras
Mi voz desentonada,
Y formará lagunas
De mis ojos el agua.

Unas veces la tierra
Escarbaré con rabia,
Y otras el dulce nombre
De aquella que me mata
Grabaré en las cortezas
De las duras carrascas.
Mira con qué designios
Determino, muchacha,
Ir á la Peña Pobre
A llorar mi desgracia.
Allí, cuando esa fiera
Que es de mis males causa
Esté con mucho gusto
Roncando en blanda cama,
Me mirará la luna
Colgado de las ramas
De algun corpulento árbol,
Tejiendo con mis zancas
Cabriolas que no hizo
El bailarin Marana.
Me asomaré á las cumbres
Guiado de mi rabia,
Y bajaré á los valles
Rodando las montañas.
Cantaré las heridas,
Las dolorosas llagas
Que hizo traidoramente
Amor en mis espaldas,
No con luciente tea,
Ni con flecha dorada,
Sí con látigo duro
De cuerda valenciana.
Si algun amigo mio
A preguntar llegára

A dónde está tu amo,
O si esa mujer falsa
Echa ménos el humo
En sus aleves aras
De víctimas que nunca
Lograron serle gratas,
Responderás á todos,
Medidas las palabras:
Se fué á la Peña Pobre
A llorar sus desgracias.
Por Dios, que ya á la puerta
El birlocho se para
Que debe conducirme:
Trae la ropa, muchacha.
¿No oyes los cascabeles
De las mulas bizarras?
¿No oyes los juramentos
Del mozo que las manda?
Parece que tus ojos
De lágrimas se arrasan,
Y por Dios que á los mios
Es poco lo que falta.
Pues tira allá la ropa,
Acércame las galas,
Y le diré al cochero
Que guie á Cogullada;
Que eso de Peña Pobre,
Y mejor una gavia,
Lo merece la loca
Que mis pesares causa.

Á CLORI.

QUINTILLAS.

IMITACION DEL ESTILO ANTIGUO DE LA POESÍA ESPAÑOLA.

La caudalosa corriente
Del Ebro Clori atraviesa,
No sobre segura puente
Sino en un barco, obediente
Del cordel á la represa.
Aminta desde la orilla
La habla así con mil gemidos,
Puestos, no sin maravilla,
En su Clori los sentidos,
Los ojos en la barquilla.
Mírate, Clori dichosa,
En el cristalino espejo
De aquesa corriente undosa,
Y aprende de su reflejo
A ser clara como hermosa.
Mas ya mi atencion repara
En cuánto te es semejante
La agua que tienes delante;

Si como ella no eres clara,
Como ella eres inconstante.
Con dudosos movimientos
Olas á olas se suceden;
Así, á impulsos de mil vientos,
Sin que jamás quietos queden,
Van en tí los pensamientos.
Sin que tú el barco aceleres,
Cual flecha el Ebro atraviesas;
Y así, porque tú lo quieres,
Se ve lo ligera que eres
En lo poco que le pesas.
Vuela, barco, más ufano
Con esa tu carga hermosa
Que aquel que llevó inhumano,
Con la griega infiel esposa,
Su ruina al muro troyano.
Vuela, que si embravecida
El agua te diere pena,
Soltaré el fuego que anida
Mi espíritu, y consumida
La verás hasta la arena.
Si Fontibre no desagua
Su caudal, ó en tu desaire
El viento calmas te fragua,
Mis ojos te darán agua,
Mis suspiros darán aire.
Mejor es que el viento mueva
Sus alas con ruido suave;
Muy justo es, y otro no cabe,
Que quien tus palabras lleva
Se lleve tambien tu nave.
Vuela y mira que, si echada
Esa carga al Ebro viene,

Aunque por dulce es amada,
Con la sal que Clori tiene
Quedará su agua salada.
  No se me hace maravilla
Que á Clori esté pareciendo
Que estás firme en tu barquilla
Y que los que van huyendo
Somos no más yo y la orilla;
  Pero en vano Clori intenta
De aquese error persuadirme:
Aunque otra cosa aparenta,
Clori es siempre quien se ausenta,
Yo siempre quien queda firme.

Á UNOS OJOS.

Donde Gállego entrega
En los senos del Ebro
La nieve que en tributo
Le dan los Pirineos,
Verás un verde soto,
Que, con sombríos fresnos,
En medio del Estío
Y sus calores recios,
Hurta con su frescura
Mil tardes al invierno.
No son agrestes Fáunos,
O Sátyros perversos,
Ni Ninfas fugitivas
Las que andan allí dentro.
No está la áspera Dáfne,
Del rubio Apolo huyendo,
(Que no huyen tan esquivas
Las Ninfas de estos tiempos);
Ni Diana desdeñosa
Niega su rostro bello:
(Que son ya las Dianas
Más civiles de genio).
Poner su pié seguro
Puede allí el pasajero

A gozar las delicias
De sitio tan ameno.
Mas mira si una niña,
Rubia como el Sol mesmo,
Blanca como la nieve,
Hermosa cual lucero,
De un álamo á la sombra
Disfruta dulce sueño.
Huye de su presencia,
Huye de allí ligero;
Que, si despierta acaso
Y abre sus ojos bellos,
Los ojos en que puso
Todas sus gracias Vénus,
Sobre tus piés un lazo
Sentirás al momento;
Verás introducirse
En tus venas un hielo,
Que sólo para amarla
Te deje movimiento.
Huye de tales ojos;
Porque amor tiene en ellos
Las armas con que rinde
Los fuertes más soberbios.

Á LOS MISMOS OJOS.

Allá en el Cielo un dia
El niño Amor estaba
Junto á Vénus, su madre,
Disponiendo la aljaba,
Con que los corazones
Más bravos avasalla.
Las puntas de sus flechas
Con teson adelgaza,
Y las ménos agudas
De las demás aparta.
Aviva de su tea
La abrasadora llama,
Y, para el vuelo pronto,
Sacude entrambas alas.
Su madre le pregunta
Confusa y admirada:
—«¿A dónde partes, hijo,
Con prevenciones tantas?»—
—«A cierta ciudad parto
(La responde con gracia),
A quien un *Leon* corona,
Y el Ebro manso baña.
Hoy sus habitadores
Van á probar mi aljaba,

Y el fuego de esta tea
Vá á devorar sus almas.
Avivaré un incendio
Dentro de sus entrañas;
Incendio que no ceda
De todo el Ebro al agua.»—
Apenas lo hubo dicho,
Del Cielo se resbala,
Y con rápido vuelo
El aire dócil rasga.
Van en su compañía
La dulce *Confianza*,
Que es quien lleva las flechas;
Deseo, que las arma;
La *Gracia* y la *Hermosura*,
Que envenenan las llagas;
Y todos los hechizos
Que Vénus en su faja,
Para vencer al hombre
Y aun á los Dioses, guarda.
A lo léjos, los sigue
El *Temor*, que no falta
Jamás, donde Amor quiere
Prolongar sus batallas.
A *Zaragoza* llega
Amor con esta escuadra,
Y para dar principio
A la faccion que traza,
En el arco nervioso
Una saeta encaja,
Y de su tierna tea
Sopla la activa llama.
En esto por su lado
Pasaba mi *Bernarda*,

Bernarda cuyos ojos
Cuanto encuentran abrasan,
La que quitar pudiera
A Vénus la manzana
Y excusar sus gemidos
A las madres Troyanas.
Miró Amor su belleza,
Su donaire y su gracia,
El hechizo y encanto
Con que sus ojos pasman
A cuantos de sus luces
Contemplan la eficacia:
Miróla, y sorprendido
La hacha luciente apaga;
Su fuerte arco suspende
Ocioso de la espalda;
Las saetas agudas
Restituye á la aljaba;
Y al cielo se encamina,
Diciendo estas palabras:
—«Si pisan este suelo
De Bernarda las plantas,
Ociosas son mis flechas,
Ociosas son mis llamas;
Porque sus dulces ojos
Con más vigor abrasan.
Ni Jove dió á mi brazo,
Para rendir las almas,
La fuerza que poseen
Los ojos de Bernarda.»—

EL AMOR Y LA MUERTE.

Por la falda del monte
Donde al francés brioso
Los alemanes rubios
Casi echaron del trono
De España, á donde entónces
Subía poco á poco,
Buscando iba una tarde
Del céfiro los soplos,
Para templar los fuegos
Del tostador bochorno.
Oigo voces y gritos
Al márgen de un arroyo,
Y, sin pensar qué fuese,
Me acerco cuidadoso:
¡Pero con qué prodigio
Tropezaron mis ojos!
El Amor y la Muerte,
Puestos sus arcos corvos
Sobre la verde hierba,
Aliviados sus hombros
Del peso de la aljaba,
Con porfía y encono,
Estaban disputando
Quién es más poderoso

En el arco y las flechas
Y superior al otro.
La muerte defendía
Su causa de este modo:
—«No niego que tu arco
Levanta victorioso
Donde quiera que llega
Trofeos y despojos:
De amor saben los peces
En los piélagos hondos,
El pájaro en el aire,
Las fieras en los sotos,
Los hombres en los pueblos,
Y, como es bien notorio,
Las plantas mismas aman
(Caso maravilloso)
Y el sexo se distingue
En raíces y troncos,
Que jamás se propagan
Si en la union hay estorbos.
Mas no por eso debes,
Amor, tan orgulloso
Arrebatar la palma
Que en la disputa logro:
Muchos la luz han visto
Y han llegado á ser polvo,
Sin probar de tus flechas
Los golpes rigurosos:
Pero en cuantos nacieron
No hallarás ni uno sólo
Que me haya resistido,
Por bravo ni industrioso.
Los valientes guerreros,
Los héroes famosos,

El comerciante osado
Que atravesó ambos polos,
Los que rigen la tierra
Desde el augusto sólio,
Los que fuerzan el hierro
Y avasallan el oro,
Todos cual débil niebla
Huyen de nuestros ojos,
Cuando la flecha aguda
En el negro arco pongo:
Si cuanto nace muere,
Yo la ventaja logro.» —
Amor sus argumentos
Propuso de este modo:
—«Con los mortales tu arco
Es sólo poderoso:
Ni conoce su fuerza
Lo que es sobre nosotros.
La porcion de la tierra
Forma tu imperio todo;
Pero mi arco dirige
Sus flechas victorioso
Donde jamás el tuyo
Llegó ni por asomos.
Nunca sobre los Dioses
Armaste el arco corvo;
No los inquieta nunca
La vista de tu rostro,
Ni el temer de tu brazo
Desazona sus gozos;
Pero yo á lo más alto
Mis saetas arrojo,
Y á mis plantas humillo,
Desde el celestre trono,

Cuantos dejan las tuyas
En eterno reposo.
Jove una vez en cisne,
Segunda vez en toro,
Transformado á mi impulso,
Y aun otra en lluvia de oro,
Movió en Juno de celos
Un huracan furioso.
Ni supo libertarse
De mis flechas Apolo;
Ni la cota acerada
O el escudo brioso
Pudo servir en Marte
A sus puntas de estorbo.
Ni los cóncavos frios
Del Océano undoso
Dieron contra mis fuegos
A Neptuno socorro.» —
Viéndose tan distantes
El Amor orgulloso
Y la pálida Muerte,
Dijo esta: — «Me conformo
Con que ese caminante
Decida entre nosotros.» —
En mí comprometieron,
Y en el punto que lo oigo,
En lugar de sentencia,
Esta exclamacion formo: —
«La temerosa muerte
Emplea su arco sólo
En acabar las vidas:
Este es su imperio todo,
Esto es lo que ella sabe
Y puede con nosotros;

Pero al Amor es dado
Herirnos de tal modo,
Que nos deje una vida
Anegada en sollozos,
Más fiera que la muerte
Y que su arco espantoso.
Y cuando á Amor le place
Ser tirano del todo,
Tambien sabe matarnos,
Porque el dardo amoroso
Matará los alientos
Del pecho más brioso.
Todo cuanto la muerte
Puede hacer con nosotros
Puede el Amor hacerlo
Tambien del mismo modo;
Y las llagas que sella
El Amor riguroso,
No las hará la Muerte,
Que á él se reservan sólo.

AL LECTOR.

Aunque de amor escribo
No estoy enamorado;
Que tambien hablar suelen
De vino los aguados.
Yo sé que los amores
No son más que entusiasmo,
Aunque otra cosa fueron
En los siglos pasados.
Con la calza atacada
Está amor condenado
A dejarse ver sólo
En los libros y cuadros,
Y sólo le conocen
Los hijos del Parnaso.
Cuando algun libro dice
Ser fábulas de antaño
Los duendes y las brujas,
Luego al márgen añado:
Y tambien los amores;
Porque es sólo en teatros
Donde el desprecio mata,
Resucita el halago,
Los celos desesperan,
Sustenta el agasajo
Y enredos de esta clase
Hacen tales milagros.

Escribo, pues, de amores
Por divertirme un rato;
Que no ha de estar la musa
Siempre filosofando,
Ni el ingenio ha de ir siempre
A caza de lo abstracto.
Alguna vez las aves,
Despues que han remontado
Su vuelo hasta las nubes,
Perciben mucho agrado
En azotar la hierba
Con vuelo corto y bajo,
Y esta fatiga toman
Por recreo y descanso.
Ni los árboles solos
Hermosean el prado;
Tambien la hierba humilde
Contribuye á agraciarlo:
Junto á la rica espiga
Cria una flor el campo:
Del pámpano vistoso
Cubre el sabroso grano
Que ha de alegrar al hombre
El rubicundo Baco:
Así yo en las poesías
No estoy desazonado
Cuando la rama fértil
De algun corpulento árbol
Me presenta los frutos
Con las hojas mezclados.

EPÍSTOLA SATÍRICA:

A D. FRANCISCO PEIROLON Y LASALA.

Cæca tela manu, sed non tamen irrita mittit.
LUCANO.

»Sin fija direccion, con ciega mano
Sus dardos tira, mas ninguno en vano.»

Cuando mi buen vecino
Don Pedro versifica,
¿Qué lira habrá colgada?
¿Qué pluma habrá remisa?
Si el ejemplo ser suele
La mayor persuasiva,
Al que aquel nos presenta
¿Quién hay que no se rinda?
De sus versos cargado
Corre las librerías,
Como vá con sus pollos
Pomposa la gallina.
Luego que vé concurso
Los lee, los explica:
Así corre cien casas,
Y en esto pasa el dia.
Y miéntras él recibe,
De gracia ó de justicia,
Vivas y enhorabuenas,
¿Mi musa está dormida?

Versifiquemos todos,
Mas que no nos asista
El númen que en Don Pedro,
Segun él dice, brilla.
Oigan mis voces roncas
Del Ebro las orillas,
Y en las del Turia suene
Mi destemplada lira.
Don Francisco, en quien hallan
Favorable acogida
Mis humildes versillos,
Estos tambien reciba.
Pero ¿qué cantaremos
Capaz de dar envidia
A este mi buen vecino
Y á toda su familia?
¿Me prestará sus zuecos
La chistosa Talía,
O su grave coturno
Melpomene afligida?
Lo primero no es fácil,
Lo segundo fastidia,
Que el que dá su dinero
Es justo que se ría.
¿Pediremos á Horacio
Su bien templada lira?
Mas queda en mal copiante
Quien á imitarle aspira.
¿Seguiré á Garcilaso
Por esas selvas frías,
Cantando mis pasiones
Con libre fantasía?
Pero ¿qué se interesan,
Aunque estén bien escritas,

Los que no me conocen
En las flaquezas mías?
¿Al que cantó de Troya
Las últimas ruïnas
La trompa pediremos
Que su nombre eterniza,
Y del oscuro olvido
En que están sumergidas
Sacaremos las manos
Del árabe temidas,
Las manos que, por medio
De bárbaras cuchillas,
Fueron á dar á España
Su libertad perdida?
En Astúrias Pelayo,
En Aragon García,
Con asuntos sublimes
A mi númen convidan.
¿De mis caros paisanos
Pondremos á la vista
Los ilustres ejemplos
Que ignoran ó que olvidan?
Mas nadie de repente,
Sino es por maravilla,
Ocupa el primer grado
Del Parnaso en la cima.
El vaso que está lleno
De ponzoña nociva
Se debe limpiar ántes
Que el buen licor reciba.
Dejemos, pues, la trompa
Para mejores dias,
Y suenen los silbidos
De la áspera flautilla.

Humedezca mi pluma
Amarga hiel por tinta,
Y sátiras picantes
Con libertad escriba.
¿Y quién observar puede
Las costumbres del dia,
Por buen humor que tenga,
Sin gruñirle las tripas?
No trabaja por uno,
Ni por medio, á fe mia,
Y come por quinientos
Un oloroso Usía.
El que iría á presidio,
Si se hiciese justicia,
De todos á millares
Cobra las cortesías.
Quien la paterna herencia
Devoró en cuatro dias,
De las rentas reales
Los fondos administra.
Van los recien casados
Con sus mujeres lindas,
Como si fuesen solos,
Y no hay quien no se ria.
Venden astutas viejas
En doctrinadas niñas,
Por agraz no maduro,
Lo que es uva podrida.
Con el bien de la patria
Se comercia á porfía,
Y cubre este gran nombre
Famosas picardías.
Quien dejó los estudios,
Porque nada aprendia,

A la Córte vá y vuelve
Con garnacha lucida.
  La ignorancia, en el trono
De la sabiduría,
Con su manto se adorna
Y ocupa su real silla.
  Lo que un millon de frentes
Con su sudor fabrican,
Devora un Excelencia
En solas dos comidas.
  No más para el ocioso
La tierra fructifica,
Y dá al que la trabaja
Abrojos por espigas. (1)
  Es para el matrimonio
Escala la lascivia:
Las pocas que hay honestas
Se quedan para tías.
  ¿Y podrán tolerarse
Costumbres tan inícuas,
Miéntras haya una pluma
Y un adarme de tinta?
  Hagamos contra el vicio
Crueles inventivas,
Porque, en verdad, no pide
El tiempo otra poesía.
  Y si no hablo tan claro
Como hablar convendría,

(1) Los poseedores de grandes fincas, que nunca trabajan la tierra, y por lo comun ni otra cosa, disfrutan por sólo el título de dominio sus productos, que disipan en lucimientos inútiles y nocivos. Al contrario los verdaderos trabajadores, apenas sacan en la juventud un mal socorro interino contra el hambre. Si llegan á la vejez no tienen otro recurso que la limosna. — (N. del A.)

Ayudad, Don Francisco,
Con algo de malicia.
  Dispararé mis flechas
Sin dar direccion fija,
Mas sin perderse tiro
Ni enviarlas torcidas.
  Unas irán envueltas
En picantes letrillas,
Otras en versos graves,
Segun el caso pida.
  Y si alguna semana
Está la musa fria,
Recurriré á la prosa,
De ajo y mostaza tinta.
  Sobre nadie concretas
Pienso poner las miras:
El que de sí confiese,
Él es quien se acrimina.
  Por lo demás declaro
La guerra más activa
Al error, donde quiera
Que se guarda y abriga.
  Ni los altos palacios,
Ni las doradas sillas,
Ni los sérios doseles,
Ni cruces, ni divisas,
  Ni claustro retirado,
Ni chozas escondidas,
Harán que á la ignorancia
Y al vicio no persiga.
  Y si vos, Don Francisco,
Me recibís con risa,
Tendreís cada semana
Una de estas obrillas.

DÉCIMAS

Á UNA SEÑORA QUE LO HIZO CASAMENTERO.

Sabeis con qué voluntad,
Por poder mejor trataros,
Prometí el acomodaros
Señora, en esta ciudad.
Tuve mi dificultad,
No porque á tan excelente
Mujer, deban ciertamente
Faltar maridos brillantes;
Es que aquí hay muchas vacantes,
Y muy pocos pretendientes.
Todo el pueblo he recorrido,
Y de uno llegué á entender
Que, en siendo vos su mujer,
Él será vuestro marido.
Así me lo ha prometido;
Y porque podais de lleno
Conocerle, aquí os ordeno
Retrato en que le señalo:
Cuidado, que así lo malo
Pintaré como lo bueno.
Su estatura, en plata pura,
No me es en pintarla empeño,

Porque el hombre es tan pequeño,
Que apenas tiene estatura.
Estad en esto segura,
Y lo podeis entender
De que, aunque él se ha hecho á querer
De muchos, y yo soy uno,
Somos pocos ó ninguno
Los que le podemos ver.
  Pero esto está remediado,
Con que, si verle quereis
Hombre regular, lleveis
Siempre un microscopio al lado.
Pero será mal pensado;
Y ántes advertiros trato
Que, así, sin mucho aparato,
Si á reñir llegais los dos,
Con poca fatiga vos
Le pondreis en un zapato.
  Tambien podeis inferir
Que, aun cuando más se engalane,
Por muy poquito que gane
Ganará para vestir.
Lo más que podeis sufrir
Es que, aunque juntos esteis,
A media vuelta que deis
Os encontrais sin marido,
Pero él habrá parecido
Cuando ménos os penseis.
  Será marido de fe
No sólo por lo que os ama,
Sino porque fe se llama
Creer lo que no se ve.
Por esto es mejor, porque
Que sereis única espero

Entre cuantas con esmero
Siguen usos exquisitos;
Pues, como otras los perritos,
Tendreis marido faldero.
  Ventajas son manifiestas;
Pues, aunque es cruz un marido,
Ésta sin mucho quejido
La podreis llevar á cuestas.
Dejad sospechas funestas
De que así lo varon borra
Tanto que, sin quien socorra
Su falta, no os dé salida;
Porque es cosa muy sabida
Que hombre chico todo es.....
  Pero, aunque os he dibujado
Tan pequeño á vuestro esposo,
No es tuerto, bizco ó jiboso,
Que es bastante bien formado:
Su color no es encarnado,
Porque no se estila aquí,
Puesto, si por carmesí
De las mejillas aldeanas,
Se gasta en las ciudadanas
Sólo color de alhelí.
  Os hago la prevencion
Que, segun se me asegura,
Aunque es de baja estatura
No es de baja condicion.
Lleva al cuello su blason,
Que, aunque dice un mal pensado
Que purgó cierto pecado
Por allí, á mí me remuerde
Que alguno, por si se pierde,
Como es chico, le ha marcado.

En cuanto al genio, no es fiero;
Pero, aun siéndolo en verdad,
Entra ahí vuestra habilidad,
Que le hará manso cordero:
Y no será él el primero
Que de sus gentes lo sea;
Porque, segun se vocea,
Como acero era su padre,
Y la buena de su madre
Supo volverle jalea.
Es el hombre tan señor,
Que nada quiso aprender:
No lo pudo componer
Con las leyes del honor.
Pretendió visitador
Ser de lanas, y enfadado
Lo tuvo por excusado;
Que, aunque lo cogió con gana,
La primer vez que por lana
Fué, se volvió trasquilado.
Ved ahí, en bien y en mal,
Vuestro novio dibujado:
Si el retrato os ha agradado,
Así es el original.
Direis que es borron fatal
La copia sin perder pinta,
Pero quien un borron pinta
Para hacer la copia fiel
Gasta carbon por pincel,
Y por color pone tinta.

Á BERNARDA.

Estaba Bernarda,
Bernarda la hermosa,
A la orilla de Ebro,
Gozando la sombra
Que daba á su arena
De un olmo la copa.
El céfiro blando
Mecía las hojas
Haciendo su silbo
Música sonora.
Una fuentecilla
Que á su lado brota
Por la verde hierba
Se resbala pronta
A buscar del Ebro
La corriente undosa.
A sus piés dirige
El rio sus olas,
Que á la arena envidian
La dicha que logran
En ser de Bernarda
Tapete y alfombra.

Las aves en torno
Van de su persona,
Y con dulces picos
Publican la gloria
De ver en el prado
Una nueva Aurora:
Sus pintadas alas
Tienden obsequiosas
Y á sus hijos hacen
Sombra deliciosa.
Las ninfas del Ebro
Que en su centro moran,
Su mojado rostro
Por el agua asoman.
Y en ver tal belleza
Se paran absortas,
Hasta que, corridas,
Al hondo se arrojan,
Viendo que Bernarda
Las excede á todas.
Alegres los peces
El agua abandonan,
Y sobre ella brincan
Con porfía loca
Por ver de Bernarda
La gala briosa.
Tiene ella en sus manos
Unas tiernas rosas,
Jazmines en la alda,
Al lado unas violas,
Y con todas ellas
Teje una corona
Por quien pudo Ariadne
Dejar la que goza.

En esta tarea
Su atencion coloca,
Y así se divierte
De otras más gravosas:
Cuando el dulce sueño
Sobre ella se arroja,
Y con blandos lazos
La ata y aprisiona.
En el duro tronco
Su cabeza postra,
Abate su cuello
Con accion forzosa,
Suelta de sus manos
Las flores que prontas
Bajan al suelo unas,
Quedan en la alda otras.
Un color más vivo
Sus mejillas orna,
Y es su labio afrenta
De encendidas rosas:
Sus hermosos pechos,
Como suaves ondas,
De igual movimiento
Ya huyen, ya asoman,
Y una alternativa
Siempre fija logran.
En esto á mi lado
Un ruido se nota
Y un mancebo veo
De presencia hermosa,
Que en el arco corvo
La flecha coloca,
Y hácia mi Bernarda
Que del sueño goza

Asestar intenta
La saeta pronta.
—«Detente, le digo,
Mira que trastorna
Las vidas de muchos
Esa muerte sola.»—
Pero él me responde:
—«Si quién soy ignoras,
No es mucho que admires
La accion que en mí notas:
Soy Amor que bajo
Tras esa pastora
A que pruebe luego
La airada ponzoña
De mis duras flechas
Que burló hasta ahora.»—
—«Si el Dios Amor eres,
Amor á quien postran
Su rodilla altiva
Las Deidades todas,
Clava en ese pecho,
Que en sueño reposa,
Clava una saeta,
La más dolorosa,
La que clavar sueles,
Cuando más te enojas,
Contra el que resiste
Tus llamas briosas.
Mira que ese pecho
Que parece rosa,
Duro es como bronce,
Firme como roca;
Elige una flecha
Que quebrante y rompa

Sus duras entrañas;
Que si el triunfo logras
Honraré tu imágen
Con una corona
Que de olvido libre
Tan feliz victoria.

EL ADULADOR.

El filósofo se rie
De mi genio porque adulo,
Yo tambien porque no adula
Del filósofo me burlo.
Oiga el mundo las razones
En que mi dictámen fundo,
Aunque ya de mi partido,
Si no son todos, son muchos.
La adulacion es moneda
Y de muy frecuente curso,
Pues, porque valga, la ha dado
La política su cuño.
¿Siempre han de ser los elogios
Reservados á difuntos,
Que, si á dar las gracias vienen,
Será dándonos un susto?
¿Por qué he de privar al vivo
De aquel indecible gusto
De escuchar de sus elogios
El gratísimo susurro?
Que me responda el señor
Filósofo cejijunto:

¿Vivimos segun está
Organizado, ó no, el mundo?
  Cuando le den otra forma
Echaré por otro rumbo:
Miéntras tenga lo que tiene,
De otras ideas renuncio.
  Si yo adulase á un pobrete
Hambriento, sólo, ó desnudo,
Me acreditára en el orbe
De insensato, no lo dudo;
  Pero, si hay un poderoso
Que puede servir de mucho,
Y el camino de ganarle
Es halagarle su orgullo;
  ¿Qué peco cuando le alabo?
¿Qué pierdo cuando le adulo?
La adulacion me dará
Tarde ó temprano su fruto.
  Sé que la alabanza es opio
Que aletarga al más agudo:
De un poderoso dormido
El ardid hace buen uso.
  Espíritu de conducta
Y no sublimes discursos,
Ni austeras filosofías
Hacen la suerte en el mundo.
  Si el que alabo es virtüoso,
Con la justicia así cumplo;
Que él guste que su alabanza
Se publique, es otro asunto.
  Si es malo, con más razon
Los elogios le tributo:
Del bueno sin adularle
Ya sé que vivo seguro;

El malo, que en el estado
De ser temible se puso,
Fiera es que no domestico,
Si no le halago y le adulo.
Por estas y otras razones,
Sabidas de todo el mundo,
Del que por no adular pierde
Lo que yo gano, me burlo.

Á LA BELLA INÉS.

Mi bella Inés, hace dias
Que llevo entre ceja y ceja,
Pillándote de una oreja
Contarte las penas mias.
Ya me apuran las porfías
Con que pretendo callar;
Yo no quiero reventar
De un silencio impertinente;
Conque así, amiga, prevente,
Que me voy á declarar.

Tres años há que te quiero
Y dos hace que te ví:
Raro amor, pues que fué en mí
El amor que el ver primero.
¿Puede haber más verdadero
Amante que el que te adora
Cuando si existes ignora?
Y es que ántes queria bien,
Aunque no sabia á quién,
Y aun no lo sé en todo ahora.

Para que mi amor te asombre
Y cause á tu afecto mengua,
Un año hace que mi lengua
No pronuncia si es tu nombre.

Por tí dejo de ser hombre,
Pues parezco un encantado;
Por tí voy al monte, al prado,
Dejando el amable eco
De tu nombre, hasta en el hueco
De los peñascos grabado.
  Cuando pido la comida
«Saca á Inés,» «la Inés trae» digo;
Si saludo algun amigo
Digo: «Inés muy bien venida.»
Y llega á ser tan crecida
Esta pasion en que peno,
Que ya, de mí mismo ajeno,
Por decir en ocasiones,
Hoy estreno unos calzones,
Dije, «hoy á mi Inés estreno.»
  En amorosa modorra
Deshecho mi corazon,
Mis sesos y mi razon
Por tí se vuelven chichorra.
Fuerza será que me corra
Ansia de amor tan traviesa,
Aunque mi pena no es esa,
Ni sueña en tal, sino el ver
Que, viendo tal padecer,
Estés tú tiesa que tiesa.
  Ya no hay en mi cuerpo fibra
Que no diga cómo te amo,
Y unas lágrimas derramo
Cual cañamones de á libra.
Si tu tierno encanto vibra
Contra mí saeta alguna,
En suerte tan importuna
Habrás en drecho y razon

De ensanchar mi corazon,
Pues ya no cabe ninguna.

Mi ansia, amante peregrina,
Para explicar su desvelo
Se sale al campo y al Cielo
Porque no cabe en Molina.
Mira si tengo alma fina,
Si sé rendirla y amarte,
Quererte é idolatrarte,
Que, viendo que no hay remedio,
Por no querer darme un medio,
Te quiero de parte á parte.

Vaya, no seas ingrata,
Mira que cualquier favor
Pagaré á peso de amor,
Ya que no á peso de plata.
Y mira que, si me trata
Tu cariño con dureza,
Mi cuerpo á morir empieza,
Y no es razon muera niño
Hombre que es todo cariño
De los piés á la cabeza.

ANACREÓNTICA.

Estos mis flojos versos
Frutos de edad temprana
Crepúsculos que envia
Con luces mal formadas
De mi pequeño númen
La próxima mañana,
A ver la luz del dia
Nunca salir osáran,
Y con su claro oriente
Funesto ocaso halláran,
Si de dulces amigos
Benévolas instancias
No se me interpusieran
Entre ellos y las llamas.
Vosotros, oh poetas,
Que con segura planta
Hollais del sacro Pindo
La cumbre levantada,
Y de laurel ceñidos,
Entre las nueve hermanas,
Subis al alto cielo
Las voces delicadas,
Escuchad con la frente
Serena y no arrugada,

A los habitadores
De la sombría falda.
Otros sus grandes naves
Engolfan en las aguas,
Seguros con sus velas
De sirtes y borrascas:
Mi mísera barquilla
Juguetea en la playa,
Sin que de vista pierda
La tierra, de ella amada.
Tambien las musas graves
Alguna vez descansan,
Y se dignan mezclarse
En festines y danzas.
El que cantó de Aquiles
La cólera estremada,
Encontró objeto digno
(Tal es de ello la fama)
En fatigar su númen
Cantando las batallas
De sagaces ratones
Y chilladoras ranas.
El que las armas fuertes
Y el gran varon cantaba,
Y de Troya encendida
Vino á la amena Italia,
Tal vez halló en la selva,
Tal vez en la labranza,
Tal vez en un mosquito,
Materia digna y amplia.
De un pájaro la muerte
A Cátulo ocupára,
Y del locuaz lorito
Nason la suerte canta.

El mismo Apolo supo
Su deidad disfrazada,
Tocar entre pastores
La ruda agreste caña.
En las orillas de Ebro
Suene mi débil flauta,
En tanto que á mis labios
Hace sombra la barba,
Y otros con graves trompas
Cosas mayores cantan,
Que puede ser que imite
Si quien yo sé lo manda.

ENDECHAS.

Yo, aquel pastor que de Ebro
La siempre verde orilla
Con mi zampoña ruda
En ecos gratos resonar hacía,
Y, en tanto que mis cabras
Fresca grama pacían,
De un álamo á la sombra
Mil himnos entoné con voz festiva;
Hoy, por querer del cielo
Que así lo determina,
Entre funestos ayes
Baño con tierno llanto mis mejillas.
¿Quién de mi vista aparta
Las aguas cristalinas,
En que veía impresas
Las altas torres de la gran Saldivia?
¿Quién su ribera amena
Donde el placer habita
A mis ojos esconde,
Robando mi contento y mi alegría?
¿Dónde estais ovejuelas?
¿A dónde mis cabrillas?
Venid de mi silbido
A la seña de siempre conocida.

Mas ninguna parece,
Mi voz en vano grita:
Silencio temeroso
Horror esparce por las selvas frias.
Yo no estoy en el Ebro,
No estoy donde solía,
Y ni estoy en mí mismo,
Segun la pena y el dolor me agitan.
Otro sol ménos claro,
Estrellas ménos pías,
Cielo ménos brillante
Parece que se ofrecen á mi vista.
Las aves no gorjean,
El ruiseñor no trina,
Ni en frescas fuentes baña
Su pico la pintada cardelina.
¿Qué golpe inevitable
De mi fortuna inícua
Abatido me arroja
De Pisuerga á las márgenes sombrías?
¿Qué mano me separa
De las prendas queridas,
En dias venturosos
Objetos de mi amor y mis delicias?
¿El cordero lozano,
La traviesa cabrilla,
No entretendrán mis ojos
Con bellos juegos que formar solían?
El cielo me parece
Que con horror me mira:
Del rubio sol las luces,
Hermosas ántes, para mí no brillan.
Del céfiro los soplos
Dulzura no respiran;

Del ábrego violento
Se oyen bramidos y se ven las ruinas.
  Del dia de mis glorias
Las horas fugitivas
Veo que se sumergen
De eternos llantos en la sombra impía.
  Mírome del Pisuerga
En la agua mansa y limpia:
Triste vuelve mi imágen,
Pálido el rostro, lánguida la vista.
  De la callada noche
El manto no me abriga;
Y, en vez de paz y sueño,
Susto y horror sobre mi pecho giran.
  Bate el espanto fiero
Sus alas denegridas:
Los montes se estremecen
Y los floridos prados se marchitan.
  Oigo funestos himnos
De la reptil envidia,
Y la naturaleza
Al escucharlos gime resentida.
  Sus insolentes triunfos
Con fiera voz publica;
Su cantar acompañan,
Como música fiel, lágrimas mias.
  No lloro mis placeres,
Mis glorias mal perdidas;
A mis ovejas lloro,
Que por su dueño con temor suspiran.
  ¿Por qué, tenaz memoria,
Mis penas multiplicas?
¡Ah númen del olvido!
Tú minorar su número podrías.

Angustia lo pasado,
Lo presente atimida,
Lo porvenir aflige:
Todo en mi daño y mi pesar conspira.
Sólo, desamparado
Por las selvas ombrías,
Ni aun la lira me queda
Para cantar con voz enternecida.
Las lágrimas son solas
Las que piedad excitan;
Y para tristes llantos
Ociosa fuera la sonora lira.
Penas mal explicadas
Pero no mal sentidas,
Id á mis ovejuelas,
Decidlas que respiro todavía.

DÍSTICOS Á LA LATINA.

Haya novedades; que cansa siempre lo mismo:
  Para alegrarnos, vaya de metro nuevo.
A una cosa rara preven, amigo, el oido;
  Que asoma á mi pluma metro que no está en uso.
Si acaso tu oreja niega la debida paciencia,
  No te me enfades, rompe la carta luego.

. . . .

Percibo que mi musa jóven su vuelo levanta
  Y beber las aguas del Elicona quiere;
Tal vez, atrevida, coge la cítara dulce,
  Ó con ciega mano templa la tierna lira.
Tal vez á sus labios aplica la flauta süave,
  Del olmo ó fresno bajo la grata copa.
¿Ignoras, oh musa mia, que al monte sagrado
  Subir no puedes con tus alas débiles?
Ya del Ebro faltan prófugas las musas; Apolo
  Otro cielo mira; ya anda por otro suelo.
En vez de cisnes, suenan en Sálduba cuervos,
  Y habitan ratas donde habitaba Clio.

Tú, pues, musa mia, teme que un público rudo
De tus acentos y de tu canto ria.
Mas no, musa, temas; ántes intrépida sube
A la cumbre sacra, mas que la gente ria.
Ya cantes á la dulce Vénus, al tierno Cupido,
Ó del alegre Baco la deliciosa copa,
Desprecia del vulgo rudo la risa maligna,
Y tú, más que todos, ríete, musa mia.

SONETOS.

I.

La Mujer.

Gran vista es la del mar desde la orilla,
La de los toros desde la barrera,
Donde llegar no puede, aunque más quiera,
El peligro fatal por maravilla.
Do siempre rompe el mar la firme quilla
En bravo escollo ó en tormenta fiera,
Ni, herido el toro, con veloz carrera
Al que vertió su sangre siempre pilla.
Pero es mucha razon que consideres
Siempre peligro sumo en ambas cosas,
Y que lo más seguro es el no usarlas.
Esto te digo yo por las mujeres,
Que, aun siendo tan honestas como hermosas,
No hay cosa como verlas y dejarlas.

II.

A Santa Margarita de Cortona.

De un fiel perro guiada Margarita,
Hácia una cueva vá como de acaso,
Y se encuentra difunto al primer paso
A uno en quien su cariño deposita.
«¿Qué mano aleve, entre suspiros grita,
Guió tu luz amable hácia el ocaso?»
Para su pecho el lastimoso caso,
Y habla así en el quebranto que la agita:
«Sus grillos rompa el corazon cautivo:
Tuyo fué, pero ya con mejor suerte
Desde hoy te ofrezco á Dios reconocida.»
¡Oh, dignamente amado jóven! Vivo,
A Margarita dabas cruda muerte;
Pero, muerto, la das eterna vida.

III.

Ya vemos resolverse el acre invierno
Al soplo de la grata primavera:
Moncayo nos descubre ménos fiera
La frente que cubria hielo eterno:
Suena en la playa el retorcido cuerno,
Y arrancando el bajel de la ribera,
Tiende los anchos lienzos, donde espera
Hallar socorro y próspero gobierno;
Abre el Abril las chozas y cabañas,
Rompen los rios la prision de hielo;
La abeja laboriosa sale al prado;
Pinta el sol con las flores las campañas;
Para mí sólo, por querer el Cielo,
El perezoso invierno se ha alargado.

IV.

Dejad de perseguirme ya, envidiosos,
Que mi alma siempre á la virtud asida,
Cuanto más de vosotros combatida,
Más presto logra lauros generosos.
Así la hiedra en lazos vigorosos
A las paredes con teson unida,
Aunque vil mano la aje y la divida,
Brota y sigue sus pasos venturosos.
Así pelota que se tira al suelo,
Cuanto es mayor el golpe que la arroja,
Tanto más se alza con violencia al Cielo.
Hierba Romaza soy, que se embellece
En la persecucion; pues, sin recelo,
Más cuanto más la pisan reverdece.

V.

De leon la fiera estrella asoma al Cielo,
Erizada la rígida melena:
Can espumoso con ladridos suena
En la etérea region y abrasa el suelo:
Apolo rompe el obstinado velo
Y nos muestra su faz clara y serena:
Vénse en Ebro las piedras y la arena
Que en Enero cubria duro hielo:
Arde sin vientos silencioso el prado:
Mústias yacen las hierbas sin rocío:
Busca las sombras lánguido el ganado.
Todo arde con las llamas del estío,
Y sólo el pecho de mi dueño amado
Aprisionado está con hielo frio.

VI.

A LA SOCIEDAD ECONÓMICA.

¡Qué Bártulos ni Baldos! es locura:
Sócio seré por un doblon cada año,
Y me veré al que viene sin engaño
Hombre de mucho pró, de gran figura.
Luego mejoraré la agricultura;
Arreglaré las fábricas del paño;
Haré venir á España el oro extraño,
Sin que valga la industria ó cerradura.
Verá mi nombre el crédulo Moñino
Impreso con lucientes letruscones;
Dame una vara, en toga ya me enfalda,
Por más que me apellides gran pollino,
Tú que, en ser vara, distincion no pones
De echármela en las manos ó en la espalda.

VII.

A CLORI.

Unas rosas de seda está bordando
Clori, más bella que las mismas rosas,
Y, obediente á sus manos prodigiosas,
Se vá la tela en flores transformando.
A donde ella la aguja va clavando
Una flor se levanta, y tan hermosas
Todas, tan bien formadas y graciosas,
Que espera uno la olor de cuando en cuando.
En esto entran allí dos abejillas
Y, pensando ser rosa verdadera,
La una salta veloz á la bordada,
Vuela la otra de Clori á las mejillas:
Aquel que á Clori y á las flores viera,
¿A cuál diria ménos engañada?

VIII.

De la vida.

No es lo pasado ó lo futuro vida;
Vida llamo no más á lo presente,
É infiero de este fijo antecedente
Que apenas me es la vida conocida.
Cual si no hubiese sido recibida,
La porcion que he vivido está ya ausente,
Y ni disfruto ó vivo propiamente
La porcion que aun espero y no es venida.
El instante que vivo no concibo,
Porque, cuando imagino que lo alcanza
Mi discurso, ese instante es ya pasado,
Y el otro que le sigue aun no le vivo.
¡Memoria vana, estéril esperanza!
¿Este es nuestro vivir y es tan amado?

IX.

Trenck, al gran Federico sospechoso
Cuando aliviar sus penas procuraba,
Un tímido raton domesticaba
Que á su silbo acudia presuroso.
Este recreo al pecho congojoso
La vieja herida y el dolor templaba,
Y yo con tierno són versos cantaba
En caso igual, mas no tan peligroso.
Él no era reo, pero fué imprudente;
Su rey, tenaz; mi rey, de los más píos:
Tengo, pues, causa que á cantar me aliente;
Y más consuelo en los trabajos mios
Que amansar un raton de agudo diente,
Es escribir sonetos, aunque frios.

X.

Aumenta mi dolor el sufrimiento
Y no lo templa lastimosa queja:
La esperanza feliz de mí se aleja,
Y siento el no llorar, y el llorar siento.
No hay partido que tome en mi tormento,
Ni senda en el consuelo se me deja:
Suspiro y gimo por costumbre vieja,
Y mis ayes doquier se lleva el viento.
Por términos injustos, desiguales,
En que ocultos designios reverencio,
El callar y el hablar serán dos males.
Si así mi causa contra mí sentencio,
Quiero morir de osado en penas tales,
Más que de sospechoso en el silencio.

XI.

Ribera de Ebro grata y deleitosa
Donde sonó mi mal templada lira,
De tu vista apacible me retira
Ocasion muy injusta y muy forzosa.
¡Oh despedida cruda y lastimosa!
Todo en mi daño con rigor conspira:
Salgo; y mi pecho atribulado mira
Partida cierta, vuelta peligrosa.
Quedais con mi placer y mi consuelo
Ebro manso, pacífica ribera;
Yo á gemir parto bajo extraño cielo.
Adios, amada patria: ¡Oh si pudiera
Sobre mi rostro echar un mortal velo
Que para siempre mi dolor cubriera!

XII.

El que para desdichas ha nacido
En vano con sus lágrimas provoca
Tu duro corazon, oh suerte loca,
En ciega obstinacion empedernido.
Mi llanto varonil y no abatido
En lo más alto de los cielos toca;
Con ellos habla mi quejosa boca,
Y espero á tu pesar que seré oido.
Negra calumnia, envidia carcomida,
Ministros viles de la suerte fiera,
No intercepteis mi súplica atrevida.
Todavía hay justicia en la alta esfera;
Y, para que ésta pueda ser cumplida,
Sé que hay en mí inocencia verdadera.

XIII.

¡Oh cuál doy nueva fuerza á mis pesares,
Al pensar que mis templos no perfumo,
Y que es ceniza ya lo que ántes humo,
Deshechos mis magníficos altares!
Llanto amargo se vuelven mis cantares,
Y por lo que he cantado hoy me consumo:
Con errada opinion voy á lo sumo,
Del daño y del dolor por mil azares.
Del sentimiento los extremos toco,
Y, por más que trabajo, no he podido
Rendir la vida ni volverme loco.
Sola una reflexion me ha sostenido;
Y es que, si no hallo que esperar, tampoco
Tengo más que perder que lo perdido.

XIV.

A LA BOCA DE BELISA.

Boca tan grande, tan inmensa boca,
Sin que un átomo te haga de injusticia,
Aun entre las machihembras de Galicia
Boca sería descompuesta y loca.
La una punta en la zona ardiente toca
Y la otra en la que el hielo es tan propicia:
Si la luna del Cielo se desquicia,
Engullírtela tú será bicoca.
Tan pestífera boca huid de prisa:
Si no más medio abierta nos la enseña,
Cien mil amantes sorberá Belisa.
No vale excelsa roca ni alta peña,
Huid de tanta boca aun la sonrisa,
Que, á más de ser tan grande, es pedigüeña.

XV.

EL PINO.

Mi copa dió á las aves dulce nido
Y animó sus pacíficos amores;
Hecho árbol de una nave, los rigores
Sufrí del mar y viento embravecido.
Despues de haber fortunas mil corrido
A la playa me arrojan, y entre flores
Ocio grato gocé: los escultores
De mí en formar efigies se han servido.
Deshiciéronse ya; mi culto cesa:
He sido tocador de una gran boba
Y ahora de dos pícaros soy mesa.
No soy más que la mano que me adoba:
Fuego, ven y conviérteme en pavesa
Que, si no, aun he de ser palo de escoba.

XVI.

La vária vista del ameno prado
Borra la noche sin dejar ni seña:
Aparece la aurora y nos enseña
En cada valle un cuadro delicado.
Del áspero Diciembre el brazo airado
La tierra pone cual estéril peña:
Muestra Leon en el cielo crespa greña,
Y espiga es lo que fué grano ignorado.
Nube se vé cruzar que uno temia
Y otro burlaba: el estallido diste
Y descubrióse el fuego que en tí habia.
Así Pisuerga que, ignorado y triste
Me miras hoy, mis versos algun dia
El huésped te dirán que en mí tuviste.

XVII.

¡Oh cómo dan consejos, al lloroso
El hombre alegre, y al doliente el sano!
Decis que ria, y al pesar tirano
Dá treguas, ya que no total reposo.
De mí más de lo justo cuidadoso,
Busco alegrías con esfuerzo vano;
Pero me hiero con mi misma mano,
Y hallo el remedio que me dais dañoso.
Pasajero placer es bien incierto;
Y cuando vuelvo al verdadero estado,
El súbito terror me deja yerto.
Como el que estando á muerte condenado
Soñó su libertad, despues despierto
Le es pesar insufrible el bien soñado.

XVIII.

A Don Miguel Gayoso de Mendoza.

¿Qué es esto? Cual si fuese alguna moza
Que se llamase Pepa, ó no sé cómo,
¿Con una anguila de disforme lomo
Quereis mi mesa agasajar, Mendoza?
Regalos no esperó mi celda ó choza
Acá en Valladolid, ni por asomo;
Bolsa no tengo y tengo mayordomo,
Al revés que viviendo en Zaragoza.
Mi fiel observacion nunca me miente:
Sé que hay moza que os debe algun cuidado,
Y á ella debiera ir vuestro presente.
Mas para el sexo tierno y delicado,
La carne reservais como prudente,
Y dais á los amigos el pescado.

XIX.

Déjese vuecelencia, Señorito,
De hacer canciones con su verso manso,
Que hablar por boca de otro y más de ganso
Es hacer el papel de un mal lorito.
Nadie me encaja gato por cabrito;
Y ya de oir y de callar me canso:
Si turban á mi musa su descanso
A más de dos aturdirá su grito.
De los ritos gentiles fué impostura
Obligar á que al ídolo perfumen
Dando otro oculto la respuesta oscura.
El secreto se sabe: y, en resúmen,
Aunque no hubiera más, vuestra andadura
Diría que es frailesco vuestro númen.

XX.

Las estrellas apaga ya la Aurora
Que de la mano nos conduce al dia:
Las sombras huyen con la noche fria,
Y el sol las nubes y las cimas dora.
Del nido oscuro dó tranquila mora
Filomena dá á oir su melodía:
La aldea vuelve á su fatiga impía,
Y á sus vicios la corte engañadora.
Todo se alegra, todo resplandece
Y del céfiro anima la aura tierna
Las bellas flores que jugando mece.
¡Ay mísero de aquel en quien no alterna
La sombra con la luz, y le estremece
Del funesto pesar la noche eterna!

XXI.

Cuando de mano rústica regido
Sobre dos piés, y erguida la cabeza
Humanos sones á bailar empieza
El oso, á la cadena se vé asido.
Y cuando el ruiseñor agradecido
Al favor de la fiel naturaleza
Sabe soltar sus trinos con destreza,
Cambia en estrecha jaula el dulce nido.
Fragancia apenas por las selvas tiende
Purpúrea rosa, cándida azucena,
Villana mano cual segur la ofende.
El hombre así, si sus deberes llena
Y brilla su saber, no se defiende
De la segur, la jaula, ó la cadena.

XXII.

Mis tres potencias hoy contra mi vida
Armarse ciegas y furiosas siento:
De cada cual el brazo, al golpe atento,
Quiere ser por sí sólo mi homicida.
La memoria, mi gloria mal perdida
Me ofrece como el último tormento:
Me hace desesperar mi entendimiento;
Gime la voluntad despavorida.
El alma, con efectos desiguales,
No sabe por qué herida salir deba,
Y quedo de la muerte en los umbrales.
Si lo que uno ejecuta otro no aprueba,
Aun con tres enemigos capitales
Se transforma la muerte en vida nueva.

XXIII.

Estas humildes lágrimas que vierto,
A mi fortuna y mi dolor debidas,
Ni por debilidad son producidas,
Ni por algun pasado desconcierto.
Ni del que causa mi peligro cierto
A excitar la piedad son dirigidas:
Tan sólo son exequias merecidas
Que me hago en vida, al contemplarme muerto.
Muerto á los bienes, á los males vivo,
Antes que con la tierra me incorpore
En poderme llorar placer percibo.
Y, á más, no soy tan bárbaro que ignore
Que quien sufre un revés del hado esquivo,
Si él no se llora, no halla quien le llore.

XXIV.

Cuando los campos de Ebro pisa Flora
Hechizados la siguen los pastores:
Con delicada voz los ruiseñores
La saludan, creyendo ser la Aurora.
Por primavera que los montes dora
Los árboles la tienen y las flores:
Y Cupido, entonándola loores,
Su madre juzga ser y la enamora.
Si así se han los pastores hechizado,
Y error el ruiseñor ha padecido,
Y tambien la insensible flor del prado,
Ni del engaño se libró Cupido,
¿Yo que el Amor no soy, seré culpado
Si lo sensible me hace algo atrevido?

XXV.

Llegué á Valladolid, señora mia;
Mas tan fuera de mí, tan sin sentido,
Que ni siquiera acertaré si ha sido
Mi arribo por la noche ó por el dia.
Ocupado mi espíritu tenia
La lástima tal vez de haber perdido,
Por golpe no esperado ni debido,
El bien que en veros disfrutar solía.
Mi bravo corazon no ha lastimado
Pérdida de otros bienes lisonjeros;
Pero éste toda mi alma ha traspasado.
Estoy tan loco, que al placer de veros
(Que es el mayor bien mio) he renunciado
Si he de volver al susto de perderos.

XXVI.

Hoy mi vária esperanza, cual Proteo,
Mudando cada instante su figura,
Ya en forma de razon, ya de locura,
Mi pensamiento insulta á mi deseo.
Una vez con el bien me lisonjeo;
Luego desaparece mi ventura,
Y en desesperacion amarga y dura
Trocarse el vano simulacro veo.
Tal vez en forma del valor me anima,
Ya en la del miedo quiere que no alcance
Alivio alguno, y que al dolor me entregue.
Mas ya habrá mano que á Proteo oprima,
Y en una forma fija le afiance,
Cuando en la de mi bien á verle llegue.

XXVII.

¿Qué has hecho, Francia, de tus lises de oro?
¿Qué de tu religion y sacros ritos?
¿No ves del pueblo fiero los delitos,
De la razon el lastimoso lloro?
Manos crüeles roban tu tesoro;
Entregada á tus ciegos apetitos,
Por términos injustos é inauditos
Hoy de la humanidad eres desdoro.
Mas por los cielos su cabeza asoma
La santa religion de tí ultrajada,
É Hispanas lises por su amparo toma.
Tiembla; que morirás despedazada
En tus locos designios, como Roma:
Cuando no por la ajena, por tu espada.

XXVIII.

En el tiempo feliz, que mi alma llora,
Ni vivia envidioso ni envidiado,
Ántes bien, sobre mí muy descuidado,
De alegre juventud gocé la Aurora.
La dicha de aquel tiempo es pena ahora,
Porque, á perpétua noche condenado,
Me queda sólo de mi bien pasado
Memoria triste que el olvido ignora.
Si entre sollozos suelto tierno canto
Y hago que con mis lágrimas concuerde,
Divierto la pasion, no la quebranto.
Como el canario que en la jaula verde,
No por librarse, por templar su espanto,
Los duros hierros con el pico muerde.

XXIX.

En su nudoso báculo fiado
Conque los piés inciertos gobernaba,
Sin meterse con nadie un ciego andaba,
Y de tropa pueril se halló cercado.
El travieso escuadron, sólo enseñado
Á hacer daños, mil piedras le tiraba;
Pero él en su defensa el palo alzaba
Y alguno lo lloró descalabrado.
«Yo no fuí,» gritaban todos.—«Yo no veo
(Les responde:) insultado sé que he sido;
Palo de ciego en mi defensa empleo.»
El soneto se acaba y no he podido
Este cuento explicar por el rodeo:
No faltará quien lo haga, si me ha oido.

XXX.

CONTRA UNO.

Si alguna bulla se arma en Cogullada
Concurre Don Perico, y el primero:
Si hay algun baile, está de bastonero
La plaza á Don Perico destinada.
No hay convite, no hay boda señalada,
Que no esté Don Perico todo entero:
Si al paseo ó al Coso salir quiero,
Don Perico está allí; ¡cosa extremada!
No hay parte de él en la ciudad vacía:
Mas yo debia ir, soy un borrico,
Á su casa, que allí no le vería.
Por lo demás, ó yo le multiplico,
Ó entre las sopas pienso que algun dia
Me tengo de encontrar á Don Perico.

XXXI.

SOBRE LA ENVIDIA DE LAS MUJERES.

Filis estrenó ayer un bonetillo
En la Córte de Francia fabricado;
Galatea envidiosa hoy ha estrenado,
Aunque hecho por su mano, un sombrerillo.
Cuando Filis se puso un capotillo
Con delicadas pieles afelpado,
Galatea se puso otro no usado,
Aunque de ménos coste y ménos brillo.
Saya Filis vistió de raso liso,
Galatea de mué; Filis cortejo
Tuvo, y tenerlo Galatea quiso.
Cual reventó á la rana sin consejo
El grande buey, que rompa así es preciso
Filis á Galatea su pellejo.

XXXII.

La Compañía con respeto ofrece
«*El Maestro de la niña*» una zarzuela,
Donde á los rayos de italiana escuela
De España el gusto superar parece.
Serán los intermedios, cual merece
Fiesta en que así Talía se desvela;
La Vanidosa ajada con cautela,
Tonada nueva en que el primor florece.
Si torpe ejecucion de los actores
No consigue llenar su celo ardiente,
Supla su buen deseo sus errores.
Y la Graciosa al público indulgente,
Que le ha disimulado otros mayores,
Pide que en éste su bondad aumente.

XXXIII.

EL POETA Y UN LOCO.

—Cierto que tienes singular manía.
—Tal vez tu seso está mucho más vano.
—¿Y te parece ese proyecto llano?
—Quiero restablecer la idolatría.
—¿Y en nombre de quién vienes? ¿Quién te envía?
—Dios firmó la patente por su mano.
—¿Conque no has de dejar mundo cristiano?
—No habrá Europa, Israel ni Berbería.
—La obra es muy grande. —Ya está adelantada.
Por reyes, segun fija inteligencia,
Se vió la idolatría levantada:
Si el culto que hoy les dan y reverencia
No es una idolatría consumada,
Nunca hubo idolatría en mi conciencia.

XXXIV.

Á UN OPERADOR DE ZARATANES.

Del buen Comendador la caridad
Quiere que me suscriba á mantener
A un verdugo quirúrgico, que ayer
Vino y dejó sin tetas la ciudad.
Una triste Santa Agueda mirad,
Señor Comendador, cada mujer:
Por su madre aun Amor llegó á temer
Del teticida horrendo la impiedad.
Si un Cirujano hallais, Comendador,
Que, en vez de deshacer, sepa aumentar
Las bellas pomas que entumece Amor,
En suscricion ponedme sin dudar,
Y el bello sexo estimará el favor;
Que esto es lo que hace falta en el lugar.

XXXV.

SOBRE LOS RETRATOS DE LAS DAMAS.

Un sol muy claro y muy resplandeciente
Dicen que en Filis es cada ojo bello;
Una madeja de oro su cabello,
Y filigrana su espaciosa frente.
Una perla muy fina cada diente;
Sus labios dos rubíes de destello;
Sus dos mejillas nácar, y su cuello
Concha que no la vé más fina Oriente.
Si el que formó el retrato hizo justicia,
Y á la hermosura que pintó no injuria,
Hácia Filis corramos sin malicia.
No hay que temer de amor la brava furia;
Que tal mujer nos moverá á avaricia,
Y no, como las otras, á lujuria.

EPIGRAMAS.

I.

Á GALATEA.

Esta vez sí que parece
Que del amor me despido
Que á Galatea he tenido:
No quiero lo que me ofrece,
Ni me dá lo que la pido.

II.

Á LICIO.

No sé por qué á tu mujer
De algo avara han de tachar.
No acostumbra ella á tomar:
Puédesme, Licio, creer,
Que algo más peca por dar.

III.

Á FABIO.

Toda la gente murmura
De Fabio, que, siendo hermosa
Su mujer, él no procura
Tener algo más segura
Una alhaja tan preciosa.
Pero el hombre ¿qué ha de hacer
Ni por qué se ha de cansar,
Si ha llegado ya á entender
Que el guardar á su mujer
Será poner puente al mar?

IV.

Á GALATEA.

Galatea castigarme
Quiere porque de ella he escrito.
Por Dios, lo siento infinito.
¿Será el castigo olvidarme?
Pues ya no se me dá un pito.

V.

DE EL POBRE Y EL AVARO.

Pobres y avaros convienen
Con una igualdad muy alta;
Porque á aquellos todo falta,
Y á estos falta aun lo que tienen.
Y no es fácil encontrar
Diferencia en no tener
Que usar uno, y no poder
De lo que se tiene usar.

VI.

A GALATEA.

La que es hermosa, segura
Puede dos caras mostrar,
Porque así logra doblar
Con las caras la hermosura.
Pero tú, mi Galatea,
Haces mal, si lo reparas,
En ser mujer de dos caras;
Que serás dos veces fea.

VII.

IMITACION DE AUSÓNIO.

Porque de libros colmado,
Filomuro, está tu estante,
Te creiste que al instante,
Eras sabio consumado.
Cuerdas, si te dá la gana,
É instrumentos comprarás;
Que, por tal regla, serás
Un gran músico mañana.

VIII.

DEL MISMO.

Hoc quod amare vocant, misce aut disolve Cupido,
Aut neutrum flammis ure, vel ure duos.

(Traduccion.)

Ó mezcla ó deshaz por Dios,
Amor, lo que amar se llama:
Á nadie abrase tu llama,
Ó que abrase siempre á dos.

IX.

DEL MISMO.

Qui laqueum collo nectebat, repperit aurum,
Thesaurique loco deposuit laqueum.
At qui condiderat, postquam non repperit aurum,
Aptavit collo quem repperit laqueum.

(Traduccion.)

Uno que ahorcarse intentaba
Un tesoro se encontró:
Soltó el lazo y le dejó
En donde el tesoro estaba.
El que el oro habia escondido,
Cuando de ménos lo halló,
Á su cuello el lazo echó
Que se encontró prevenido.

X.

Á PABLA.

—Pabla se casa luego: me dá risa.
—¿Quién es el novio?—Treinta la festejan.
—Pues no se casa Pabla tan aprisa.
—La obsequian, la regalan y cortejan
En el paseo, el baile y aun en misa.
—Ménos se casa.—Cierto es que la dejan:
Pabla se reconoce; nadie la habla:
—Ahora podrá ser que case Pabla.

XI.

Á GALATEA.

De tres cosas no más me arrepintiera,
Caton decia con prudencia rara:

De pasar dia sin que nada hiciera,
De que á mujer secreto confiára,
Y de que, si por tierra irme pudiera,
Llegar por la onda frágil procurára.
Yo cuarta añado, sin que injuria sea:
De volver á tu trato, Galatea.

XII.

Á UN JURADOR.

¿Que no has de hablar sin jurar,
Licio amigo? ¡Es cosa fuerte!
Haces bien; que, aun de esa suerte,
No se puede en tí fiar.

XIII.

Á UN IMPACIENTE.

No hagas de ser pronto alarde,
Paciencia en las cosas ten,
Porque lo que se hace bien
Cree que nunca se hace tarde.

XIV.

Á UN AVARO.

Ayer no conocías las monedas,
Con un triste doblon te contentabas:
Diótele Dios y descontento quedas,
Pues ya por onza de oro suspirabas.
Porque en todo feliz decirte puedas,
Te la dió, y ya mil pesos anhelabas.
¿Y cómo has de ver harta la codicia,
Si crece con el oro tu avaricia?

XV.

Á LOS QUE PIDEN COSAS INJUSTAS.

¿Podrá lograrse lo que Dios no quiera?
Y lo que Dios no diere ó no permita,
¿Habrá mano ó poder que lo confiera?
Dices que no. ¿Dios ama ó facilita
Lo injusto? No. Pues cosa es verdadera
Que su poder y santidad irrita,
Segun todo eso, el que á pedir procede
Lo que Dios ni hacer quiere, ni hacer puede.

XVI.

Á GALATEA.

Admiré en Galatea un edificio
De no vulgar y tosca arquitectura:
Grande aparato ví en el frontispicio,
Adorno, majestad y compostura:
Mucho me prometí por el indicio
Del exterior ornato y hermosura;
Dije: ¿De quién esté palacio es centro?
Llamé y hallé que nadie habia dentro.

XVII.

Á UN PREDICADOR.

Nos preguntas si ha movido
A compasion tu sermon:
Tanta la emocion ha sido
Que á tí mismo te he tenido
Por digno de compasion.

XVIII.

DEL TRATO DE LOS SEÑORES.

El trato con grandes pasa
A ser llama, que te ofrece
De léjos luz que aclarece,
De cerca fuego que abrasa.

XIX.

CONSEJO Á UN RICO.

Fuera de riesgo pondrás
El caudal que al rico des:
Sólo éste será despues
El que seguro tendrás.

XX.

Á UN ENAMORADO.

Si templada quieres ver
Esa llama impetüosa
En que Filis te hace arder,
Cuando pienses que es hermosa
Acuérdate que es mujer.

XXI.

Á LESBIA.

Bien te puedes remediar
Si hambre llegas á tener,
Lesbia; que aunque es mucho azar
El no poderte vender,
Ya te sabes alquilar.

XXII.

Á FABIO.

Dicen que hoy Fabio ha lucido
Un informe con exceso.
¿Perdió el pleito, ó ha vencido?
Hasta él mismo se ha perdido:
Mira qué será el proceso.

XXIII.

A GALATEA.

Galatea porfiaba
Que quince años no ha cumplido:
Pues si ella no te engañaba,
Sabe que no habia nacido
Cuando yo la cortejaba.

XXIV.

A FABIO.

Aunque Platon sus ideas
Te dé, Fabio para amar,
No te debes, no, fiar,
Ni abstracciones tales creas.
No siempre brilla en las teas
De Amor luz impura; es fijo:
Porque, segun yo colijo,
No es Vénus misma el Amor,
Pero siempre es en rigor
El Amor, de Vénus hijo.

XXV.

Á GALATEA.

Perdido estoy si me niega
Galatea lo que pido:
Pero pienso que me ha oido
Galatea, y que me ruega:
Ahora sí que estoy perdido.

XXVI.

Á UNA MUJER.

Poco puede á mí importarme
Que exaltes tu gente al cielo,
Cuando tú andas por el suelo;
Porque yo no he de casarme
Con tu padre, ni tu abuelo.

XXVII.

EL ENFERMO DE AMOR.

¿Por qué no habrá para el mal
De amor que perdona á pocos
Un hospital general?
¡Cómo que no hay hospital!
¿Pues no está ahí el de los locos?

XXVIII.

Á GALATEA.

Porque dije que era fea
Galatea mi enemiga,
Que me desdiga desea:
¿Qué hará con que me desdiga
Si no hará que no lo sea?

XXIX.

PRETENSION MODERADA.

Si no ajusto mal la cuenta,
Esquiva niña, yo advierto
Que hay en sólo mi querer
Seis quereres á lo ménos.
Primero, querer de veras;
Segundo, querer sin premio;
Tercero, quererte sola;
Cuarto, quererte hace tiempo;
Quinto, querer desde el punto
En que ví tu rostro bello;
Sexto, querer sin temor
De que te olvide tan presto.
Conque así, mi niña esquiva,
Pues de seis modos te quiero,
Quiéreme tú de uno sólo.
¿Y qué mucho harás en ello?

XXX.

LOS BORRACHOS NUNCA SON JÓVENES.

Por el vino que ha bebido
Dice Anton que no encanece:
Lo cierto es que no envejece
El que siempre viejo ha sido.

XXXI.

Á LICIO.

Se me queja un mal testigo
De que á un amigo has faltado:
Mas, por Dios, que se ha engañado
Que tú no tienes amigo.

XXXII.

Á UN VIEJO PRÓDIGO.

Jóven, fuiste cicatero,
Y, viejo, pródigo eres:
Y es que, por no dar, no quieres
Dejar cosa á tu heredero.

XXXIII.

Á PABLA.

Pabla quiere ser pulida;
Más, pintándose, se afea:
Grave parecer desea,
Y declina en presumida:
Pabla maja de por vida
Quiere ser, y es descarada:
Quiere en chistes ser salada,
Y es fria á más no poder.
Queriendo así esta mujer
Serlo todo, al fin es nada.

XXXIV.

Si á desventura condena
A una manzana el azar,
Las tuyas podré tomar
Porque al cabo son docena.
Observacion algo ajena
Te parecerá por Dios
El que (hablando acá *inter nos*)
Esté, si á mal no lo tomas,
Seguro entre doce pomas
El que peligra entre dos.

XXXV.

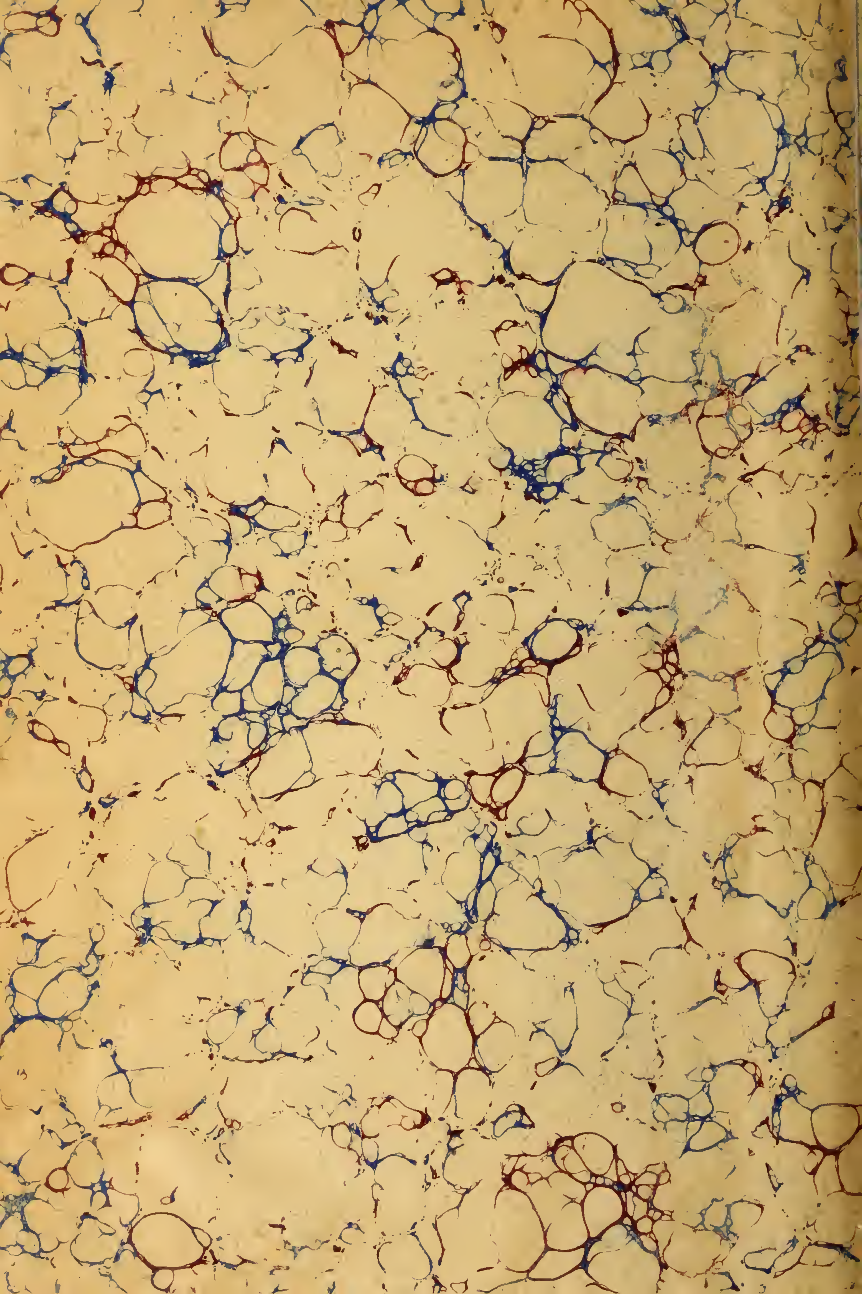
TRADUCCION DE UN EPIGRAMA DE AUSÓNIO.

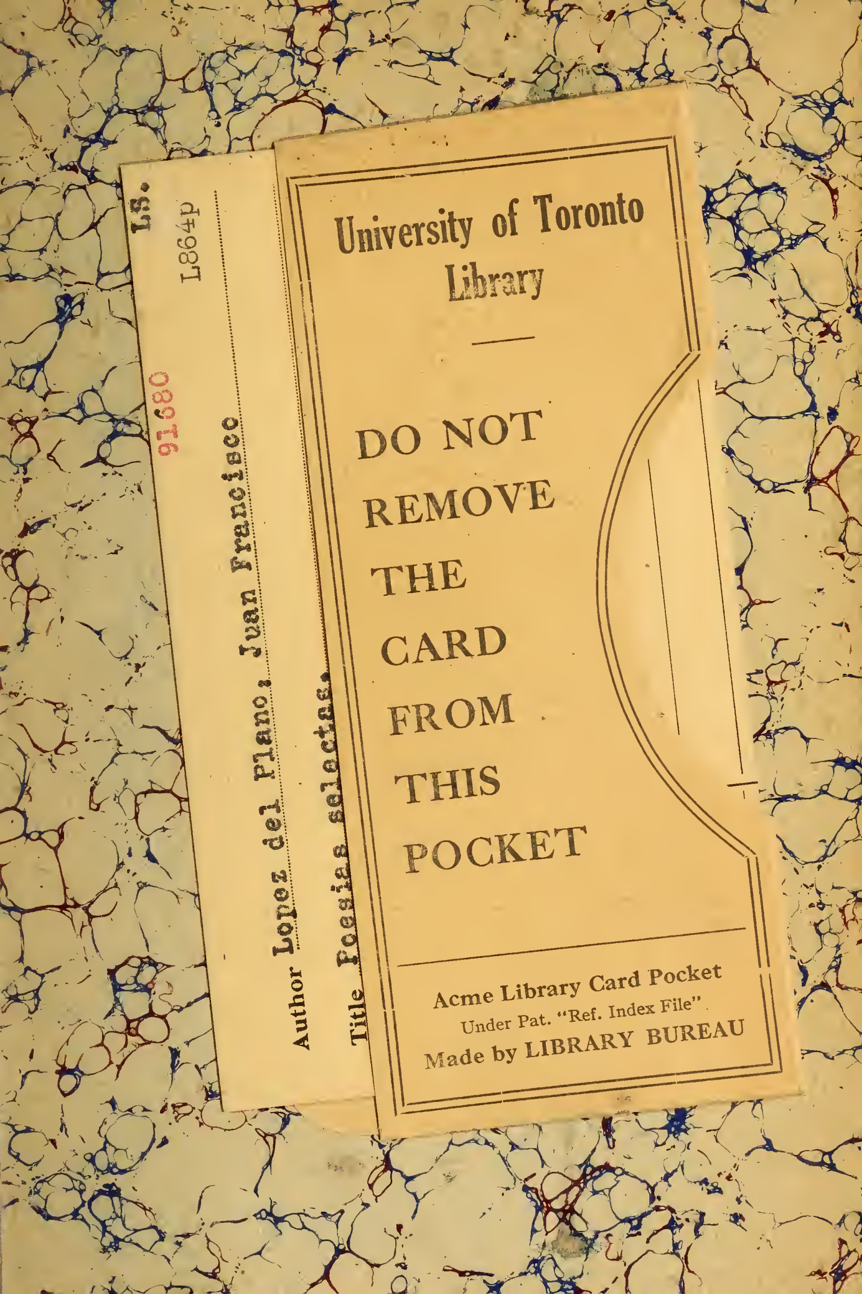
Una noche á Láis ruega
Mirón lleno de canas:
Despídelo, y el viejo,
Conociendo la causa,
Tiñe con negros untos
La cabellera blanca.
Muy otro en el cabello,
Muy el mismo en la cara,
A hacer Mirón volvia
La súplica pasada.
Pero Láis el semblante
Y el pelo cotejaba,
Y, creyendo ser otro
Que á Mirón semejaba,
O viendo que era el mismo,
Le dijo la taimada:
«¿Por qué lo que he negado
Pides con nueva instancia?
Ya le negué á tu padre
Lo mismo que demandas.

ÍNDICE DE MATERIAS.

PÁGINAS.

PÁGINAS




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
L864p
91680
Author Lopez del Plano, Juan Francisco
Title Poesias selectas.

